

Los Hermanos Kip

Por

Julio Verne

PRIMERA PARTE

I. LA TABERNA DE LAS TRES URRACAS

En aquella época, 1885, cuarenta y seis años después de haber sido ocupada por Gran Bretaña, que hizo de ella una dependencia de Nueva Gales del sur, a los treinta y dos años de haber conquistado su autonomía, Nueva Zelanda se sentía devorada aún por la fiebre endémica del oro. Los desórdenes que engendró aquella fiebre no fueron tan destructores como en ciertas provincias del continente australiano. Sin embargo, hubo que lamentar algunas turbulencias que conmovieron el espíritu de la población de ambas islas. La provincia de Otago, que comprende la parte meridional de Tawai-Pounamou, fue invadida por los buscadores de oro. Los yacimientos de Dutha atrajeron un gran número de aventureros. Para dar cuenta del febril movimiento minero de Nueva Zelanda, bastará decir que las extracciones auríferas desde 1814 a 1889 produjeron un rendimiento de 1200 millones de dólares.

No solamente los australianos y los chinos caían sobre los ricos territorios como bandadas de aves de rapiña; también los americanos y los europeos abundaban. ¿Se extrañará alguien de que las tripulaciones de los barcos mercantes que hacían sus escalas en Auckland, Wellington, Christchurch, Napier, Invercargill y Dunedin no pudieran sustraerse a esta atracción desde su llegada al puerto?...

En vano los capitanes trataban de retener a sus marineros; en vano las autoridades marítimas les prestaban su concurso. Las deserciones eran inevitables, y las radas se atestaban de barcos que, faltos de hombres, no podían hacerse a la mar.

Entre éstos encontrábase en Dunedin el bergantín inglés James Cook.

De los siete marineros que constituían la tripulación, tres solamente quedaban a bordo; los otros cuatro habían tomado las de Villadiego, decididos a no dejarse atrapar. A las doce horas de su desaparición encontrábase ya lejos del puerto, tierra adentro, en dirección de los yacimientos de oro de la provincia. Con quince días de forzosa escala, sus mercancías a bordo, todo dispuesto para continuar el viaje, el capitán no había conseguido reemplazar a los ausentes. Ni el incentivo de mayor salario, ni la perspectiva de un viaje de algunos meses solamente, habían sido eficaces para reclutar a los cuatro sustitutos, y todavía abrigaba el temor de que a los restantes de abordó les diese la tentación de reunirse con sus camaradas. Así pues, mientras él buscaba por un lado, el contra maestre del James Cook, Flig Balt, escudriñaba

por su parte en las tabernas, en los figones y por donde quiera que pudiera encontrarse un hombre de mar.

Dunedin está situado en la costa sudeste de la isla del sur, que el estrecho de Cook separa de la del Norte —en lengua indígena Tawai-Pounamou e Ika-na-Maoui, que constituyen Nueva Zelanda. En el lugar que la ciudad ocupa actualmente, Dumont d'Urville no encontró en 1839 más que unas cuantas chozas, en vez de los palacios, los hoteles, las plazas, los frondosos squares, las anchurosas calles surcadas de tranvías, las estaciones, los puentes, los mercados, las iglesias, los colegios, los hospitales..., todos los elementos de la vida urbana que el viajero puede ahora contemplar en aquellos barrios activos, en los faubourgs que crecen sin cesar. Dunedin es una ciudad industriosa y comercial, rica y lujosa, de la que parten los ferrocarriles en todas direcciones. Tiene cerca de 50.000 habitantes, población menos numerosa que la de Auckland, capital de la isla del Norte, pero mayor que la de Wellington, residencia del gobierno de la colonia.

Al pie de la ciudad, dispuesta en anfiteatro sobre una colina, se desarrolla el puerto, al cual tienen acceso todos los barcos, por grande que sea su tonelaje, desde que se abrió el canal que parte de Port Chalmers.

Entre las tabernas que abundan en los barrios bajos, una de las más ruidosas, de las más acreditadas entre la gente del bronce, era la de Adam Fry, el dueño de Las Tres Urracas. Este hombre corpulento, de tez rojiza, tenía el mismo grado de bondad que las bebidas despachadas en su tugurio, y podía codearse con sus asiduos parroquianos, todos tramposos y borrachos.

Aquella tarde dos consumidores estaban sentados en un rincón del establecimiento, ante dos vasos y una botella de ginebra, de la que habían de apurar hasta la última gota antes de salir de la taberna. Eran de la tripulación del James Cook: el contramaestre Flig Balt, en compañía de un marinero llamado Vin Mod.

—Tú siempre tienes sed, ¿verdad, Mod?... —dijo Flig Balt, volviendo a llenar el cubilete de estaño de su compañero.

—Siempre entre comida y comida, señor Balt —contestó el marinero—. ¡La ginebra después del whisky, el whisky después de la ginebra!... Lo cual no me impide hablar, escuchar y observar... No por eso los ojos dejan de ver claro, las orejas de oír perfectamente, y, como usted ve, no se me traba la lengua.

Bien puede asegurarse que todos los órganos citados por Vin Mod funcionaban con una perfección maravillosa, entre el ensordecedor runrún de la taberna.

Era un individuo de escasa estatura, treinta y cinco años, delgado, flexible,

musculoso, cara de garduña, nariz pellizcada, ojos vivos, en los que parecía brillar una llama alcohólica, hocico puntiagudo, dientes de rata, fisonomía astuta, inteligente; he aquí la silueta de nuestro hombre. Dispuesto siempre a cualquier fechoría, como su compañero, que le conocía a fondo, los dos se complementaban y podían contar el uno con el otro.

—Es preciso terminar —dijo Flig Balt con voz ronca y dejando caer el puño sobre la mesa.

—Pues no hay más que escoger en el montón —replicó Vin Mod.

Y mostraba los grupos que en torno de las mesas bebían, cantaban, blasfemaban a través de los vapores del alcohol y del tabaco, que llenaban la sala de una atmósfera espesísima. Bastaba respirar para emborracharse.

Flig Balt, de treinta y ocho a cuarenta años, era de mediana estatura, ancho de espaldas, la cabeza grande, la musculatura vigorosa. Su cara no podría olvidar la nadie que la hubiese visto una vez: una gran verruga en la mejilla izquierda, ojos de extraordinaria dureza en la mirada, cejas espesas y rizadas, barba rojiza a la americana, sin bigote; la verdadera fisonomía de un hombre rencoroso, envidioso, vengativo. Su primer viaje en el James Cook lo había hecho algunos meses antes como contramaestre. Originario de Queenstown, un puerto del Reino Unido, sus papeles le declaraban irlandés de nacimiento. Pero después de navegar por todos los mares desde hacía una veintena de años, no se le conocían padres ni familia. ¡Y cuántos marinos no tienen más parientes que sus compañeros de a bordo ni otro país que el barco donde navegan! Parece que su nacionalidad cambia con la del navío en que sirven. Por lo que a su servicio respecta, Flig Balt lo cumplía severamente, con rigurosa puntualidad, y, aunque no era más que contramaestre, desempeñaba las funciones de segundo de a bordo. El capitán Gibson se confiaba a él en todas las cuestiones de detalle, reservándose la dirección del bergantín.

En realidad, Flig Balt no era más que un miserable en acecho de cualquier fechoría, empujado por el canalla de Vin Mod, de quien sufría la funesta influencia y la incontestable superioridad. ¿Estaría próxima la ocasión propicia para realizar sus criminales proyectos?...

—Le repito a usted —le dijo el marinero— que en la taberna de Las Tres Urracas no hay más que coger a ojos cerrados... Aquí encontraremos los hombres que necesitamos, dispuestos a todo.

—Pero convendrá saber su procedencia —observó Flig Balt.

—Es inútil; lo importante es que vayan adonde nosotros queramos... ¡Desde el momento que se les reclute entre la clientela de Adam Fry, no hay más que fiarse de ellos!

La reputación de este tugurio de la más baja estofa estaba fuera de toda discusión. La policía podía hacer allí sus redadas sin el riesgo de atrapar ningún hombre honrado que no hubiese tenido que habérselas con la justicia. Aunque el capitán Gibson se veía obligado a completar de cualquier manera su tripulación, seguramente que por nada del mundo hubiera ido a buscarla a aquel antro. Flig Balt se hubiera guardado bien de decirle hacia qué lado dirigía sus pesquisas.

La única sala, amueblada con mesas, bancos y taburetes, con un mostrador en el fondo, detrás del cual estaba el tabernero rodeado de frascos y botellas, recibía la luz por dos ventanas guarnecidas de barrotes de hierro, que daban a una calle estrecha próxima al muelle. Se entraba por una puerta de fuerte cerradura y gruesos cerrojos, encima de la cual pendía la muestra, digna del establecimiento: tres urracas dándose picotazos.

En el mes de octubre anochece a las ocho y media en aquellas latitudes. Unas cuantas lámparas de metal, provistas de petróleo, de infectas emanaciones, estaban colgadas encima del mostrador y de las mesas. Las que, faltas de combustible o con la mecha consumida, chisporroteaban a punto de apagarse, se las dejaba en tal estado. Esta vaga claridad bastaba. Cuando no se trata más que de beber, no es necesaria mucha luz. Los vasos encuentran fácilmente el camino de los labios.

Una veintena de marineros ocupaban los bancos y los asientos; gentes de todos los países: americanos, ingleses, irlandeses, holandeses, desertores la mayor parte; los unos prestos a partir en busca del oro anhelado, los otros ya de vuelta y gastando sin orden ni medida sus últimas pepitas. Peroraban, cantaban, producían tan confusa y atronadora algarabía, que un disparo de revólver no se hubiese oído en medio de aquel tumultuoso e infernal estrépito. La mitad de aquella gente estaba ebria, con esa embriaguez estúpida de los alcohólicos recalcitrantes, cuyas gargantas absorbían maquinalmente el veneno de las diferentes bebidas sin sentir sus acres quemaduras. Algunos se levantaban, vacilaban y volvían a caer pesadamente. Adam Fry, con la ayuda de un mozo, vigoroso indígena, los cogía, tiraba de ellos y los arrojaba en un rincón. La puerta de la calle rechinaba sobre sus goznes. Era alguien que salía, pegándose a las paredes, o algún nuevo cliente que entraba e iba a ocupar un lugar desocupado. Los camaradas se reconocían e intercambiaba frases groseras con apretones de manos capaces de triturar los huesos. A veces oíanse también palabras malsonantes, chanzonetas inmundas, injurias, provocaciones, que iban de una a otra mesa. Casi nunca terminaba la velada sin que surgiera alguna cuestión que degeneraba en batalla campal. Pero esto no cogía de sorpresa ni al tabernero ni a los asiduos concurrentes a Las Tres Urracas.

Flig Balt y Vin Mod no cesaban de observar curiosamente todo este extraño mundo antes de decidirse a tomar su partido.

—En resumidas cuentas, ¿de qué se trata? —dijo el marinero, avanzando el codo sobre la mesa para aproximarse más al contraamaestre—. Se trata de reemplazar por cuatro hombres los cuatro que nos han abandonado... Y en verdad que la cosa no es para sentirla...; ¡ninguno de ellos nos hubiese seguido!... Se lo repito a usted; aquí encontraremos lo que nos hace falta... Y que me cuelguen si existe uno siquiera entre todos estos bigardos a quien repugne apoderarse de un buen navío, pues a eso estamos; ¿no es así, patrón?

—Desde luego —respondió Flig Balt.

—Entonces, echemos nuestras cuentas —repuso Vin Mod—. Cuatro de estos valientes, el cocinero Koa, usted y yo contra el capitán, los otros tres y el grumete. ¡Me parece que tenemos ganada la partida!... Una mañana se entra en el camarote del capitán Gibson..., ¡allí no hay nadie!... Se llama a la tripulación..., ¡faltan tres hombres!... Algún golpe de mar se los ha llevado durante su cuarto nocturno... Esto ocurre aun en tiempo de calma... Y después, el James Cook no vuelve a aparecer. Se lo tragó el Pacífico... tal día hará un año..., y bajo otro nombre cualquiera..., un bonito nombre..., el Pretty Girl, por ejemplo, va de isla en isla ejerciendo su honrado tráfico; capitán, Flig Balt; segundo, Vin Mod... Completa su tripulación con dos o tres sólidos marineros, que no han de faltar en los puertos del este o del oeste, y cada uno hace su fortunita, en vez de una mísera soldada, que generalmente está ya bebida antes de cobrada...

Aunque el ruido impedía a intervalos que las palabras de Vin Mod llegasen al oído de Flig Balt, poco importaba; no tenía necesidad de oírle. Todo lo que expresaba su compañero se lo decía a sí mismo. Había tornado resueltamente su partido, y sólo se preocupaba de asegurar la ejecución. Así es que sólo opuso la siguiente observación:

—Los cuatro nuevos, tú y yo, seis contra cinco, incluido el grumete..., ¡sea! Pero olvidas que en Wellington tenemos que recoger a bordo al armador Hawkins y al hijo del capitán.

—Efectivamente..., si fuésemos desde Dunedin a Wellington... ¡pero si no fuésemos!...

—Es cuestión de cuarenta y ocho horas con viento favorable —repuso Balt—, y no es seguro que tengamos ocasión de dar el golpe en tan corta travesía...

—¡Qué importa!..., —exclamó Vin Mod—. No se preocupe usted porque estén a bordo el armador y el hijo del capitán... Lo esencial es reclutar camaradas a quienes les importe la vida de un hombre menos que una pipa vieja..., valientes a los que no espante la idea de que puedan apretarles el tragadero..., y aquí es donde hemos de encontrarlos...

—Encontrémosles, pues —respondió el contraamaestre.

Los dos volvieron a su tarea de examinar muy atentamente los rostros de los parroquianos de Adam Fry, algunos de los cuales les miraban ya con cierta insistencia.

—Patrón —dijo de pronto Vin Mod—, mire usted a aquel mozo con trazas de boxeador y cabeza enorme... juraría que ha hecho méritos para que le cuelguen lo menos diez veces.

—Sí —contestó Balt—, es un buen tipo.

—Y el otro de más allá..., aquel que no tiene más que un ojo... Ya se puede apostar a que no perdió el que le falta defendiendo nada razonable...

—Si aceptase, sería una buena adquisición, Vin.

—Aceptará.

—Sin embargo —observó Flig Balt— no podemos asegurarlo tan pronto.

—Ya veremos... Mire usted ese otro que entra. Por la manera de cerrar la puerta cualquiera diría que siente a los policemen pisándole los talones...

—Vamos a ofrecerle un vaso —dijo el contraamaestre Balt.

—Y me apostaría la cabeza contra una botella de ginebra a que no lo rechaza... Pues aquel de allá abajo, aquella especie de oso, me parece que ha debido de navegar mucho más tiempo en el fondo de la cala que sobre cubierta, y que ha tenido con más frecuencia los pies trabados que las manos libres...

El hecho es que los cuatro individuos designados por Vin Mod tenían tan mala catadura, que era cosa de preguntarse, dado el caso de que aceptaran el enganche, si el capitán Gibson consentiría en admitir en su barco a tan siniestros marineros... Inútil era pensar en exigirles sus papeles; no los podrían presentar por razones bien poderosas.

Faltaba saber si aquellos hombres estaban dispuestos a aceptar un compromiso; si no acababan, precisamente, de desertar de su barco; si no se preparaban a cambiar la blusa del marinero por la chaqueta del buscador de oro. Después de todo, ellos no habían de ofrecerse, ni se sabría si aceptaban el embarque en el James Cook; más que después de haber charlado un rato y consumido unos cuantos vasos de ginebra o de whisky.

—Eh, amigo..., un vaso —dijo Vin Mod, atrayendo al recién llegado hacia la mesa.

—Y dos si usted quiere —contestó el marinero, chasqueando la lengua.

—Tres, cuatro..., la media docena..., y hasta la docena, si tan seca tienes

la garganta.

Len Cannon —era su nombre, o el nombre que él se daba— se sentó sin cumplimientos, y con aires de probar que llegaría fácilmente hasta la docena. Luego, comprendiendo que no se le obsequiaba por sus lindos ojos ni por su bella figura:

—¿Qué ocurre? —preguntó con voz enronquecida por el abuso del alcohol.

Vin Mod explicó la cosa: el bergantín James Cook dispuesto a zarpar..., buena paga..., una navegación de algunos meses..., simple cabotaje de isla a isla..., buena comida..., bebida abundante y de buena calidad..., un capitán que lo confía todo a su contraamaestre Flig Balt, aquí presente, en lo que concierne al bienestar de sus hombres..., puerto de matrícula Hobart Town; en fin, todo lo que puede seducir a un marinero que desea divertirse durante las escalas, y nada de papeles que enseñar al comisario de marina... Se haría a la mar al amanecer del día siguiente, si la tripulación estuviese completa. Y si el hombre tenía algunos amigos dispuestos a embarcar, bastaba que los designase, si se encontraban en la taberna, y todos serían de la partida.

Len Cannon miró a Flig Balt y su compañero frunciendo el entrecejo. ¿Qué significaba a punto fijo aquella proposición?... ¿Qué había detrás de aquello?... En fin, por ventajosa que pareciera, Len Cannon no contestó más que una palabra:

—¡No!

—¡Haces mal!... —le dijo Vin Mod.

—Es posible, pero no puedo embarcarme.

—¿Por qué?

—Porque me voy a casar.

Vin Mod le dio un golpe amistoso en la espalda, al mismo tiempo que le espetaba una grosería, que no se puede reproducir.

Len Cannon se echó a reír, y vació su vaso de un solo trago. A pesar de las instancias del contraamaestre, mantuvo su negativa, y se levantó para reunirse a un grupo de alborotadores, entre los que se cambiaban violentas provocaciones.

—¡Vamos a otro! —dijo Vin Mod, que no era hombre que se descorazonase al primer fracaso.

Esta vez, dejando al contraamaestre, fue a instalarse cerca de un marinero; sentado en un rincón de la sala, de tan mal aspecto como Cannon, pero menos comunicativo: sin duda no le gustaba hablar más que con su botella,

interminable conversación que parecía satisfacerle por completo.

Vin Mod entró inmediatamente en materia.

—¿Se puede saber tu nombre?...

—¿Mi nombre? —dijo el marinero después de unos segundos de vacilación.

—Sí...

—¿Y cuál es el tuyo?

—Vin Mod.

—¿Y es?

—El de un marinero del bergantín James Cook, de escala en Dunedin.

—¿Y por qué Vin Mod quiere saber mi nombre?

—Por si acaso hubiera que inscribirlo en nuestro rol.

—Mi nombre es Kyle..., pero lo guardo para mejor ocasión...

—Si se encuentra, amigo.

—Se encuentra siempre.

Y Kyle volvió la espalda a Vin Mod, que ante esta segunda negativa perdió mucha de su confianza. Aquella taberna de Adam Fry era como una Bolsa, en la que la demanda era mucho mayor que la oferta; de aquí que fuese difícil el éxito.

Efectivamente, ante otros dos dientes, en larga disputa para poner de acuerdo la última botella con su último chelín, el resultado fue idéntico. Sexton, un irlandés, y Bryce, un americano, irían a pie hasta América o Irlanda antes que embarcarse aunque fuese en el yate de Su Graciosa Majestad o en el mejor acorazado de los Estados Unidos.

Otras nuevas tentativas, apoyadas por Adam Fry, fueron tan desdichadas como las anteriores, y Vin Mod volvió cabizbajo a la mesa de Flig Balt.

—¿No has hecho nada? —le preguntó el contramaestre.

—Nada, patrón.

—¿Y no hay otras tabernas en la vecindad?

—Hay muchas, pero no encontrando aquí nuestra gente es inútil buscarla en otra parte.

Flig Balt no pudo contener un juramento, acompañado de un puñetazo, que hizo retemblar los vasos y las botellas. ¿Es que iba a fracasar su proyecto?...

¿No lograría introducir cuatro hombres escogidos en la tripulación del James Cook?... ¿Se vería obligado a sustituir las bajas con bravos marineros a la devoción del capitán Gibson?...

Verdad es que los buenos escaseaban tanto como los malos, y de seguir así las cosas se pasarían las semanas sin que el bergantín, por insuficiencia de personal, pudiera hacerse a la mar.

Sin embargo, era preciso buscar en otra parte. Las tabernas abundaban tanto en el barrio, que, como decía Vin Mod, eran más numerosas que las iglesias y los bancos.

Flig Balt se disponía a pagar el gasto cuando el tumulto se acentuó en el otro extremo de la sala.

La discusión de Sexton y de Bryce, a propósito de la cuantía del consumo, tornaba muy mal cariz. Los dos habían bebido indudablemente más de lo que les permitía el estado de sus bolsillos, y Adam Fry no era hombre capaz de abrir crédito a sus parroquianos. Faltaban, según él, dos chelines para la cuenta, y o los pagaban o tendrían que entenderse con los policemen, que tantas veces habían intervenido en la taberna por golpes, injurias y toda clase de desafueros.

El tabernero, prevenido por el mozo, estaba a punto de reclamar el dinero que Sexton y Bryce no hubieran podido pagar por más que revolvieran el fondo de sus bolsillos, tan exhaustos de metal como llenos sus estómagos de whisky y de ginebra.

Acaso la intervención de Vin Mod, dinero en mano, sería eficaz, y tal vez los dos marineros aceptasen aquellas monedas a título de anticipo sobre sus futuros salarios. Intentó el golpe, y le enviaron a freír espárragos... Indeciso entre el deseo de cobrar y la perspectiva de perder dos clientes, si los marineros embarcaban en el James Cook, desde el día siguiente, Adam Fry no le prestó la ayuda que él esperaba.

Agotados todos los recursos, el contramaestre comprendió que allí no tenían ya nada que hacer, y le dijo a Vin Mod:

—Vámonos.

—Sí, todavía no son más que las nueve y tenemos tiempo de hacer algo... Vamos a los Old-Brothers o al Good-Seeman, que están a dos pasos de aquí, y me dejen colgar si volvemos a bordo de vacío.

Como se ve, el colgamiento, como término comparativo o metafórico, acudía frecuentemente a los labios del honrado Vin Mod, que tal vez se imaginaba que aquél era el fin natural de la existencia en este bajo mundo.

Pero de las virulentas reclamaciones, Adam Fry había llegado a las

amenazas. O Sexton y Bryce pagaban lo que debían o irían a dormir a la prevención. El mozo recibió la orden de ir a buscar los agentes, que no son escasos en este barrio del puerto.

Flig Balt y Vin Mod se disponían a salir al mismo tiempo que aquél cuando tres o cuatro vigorosos mocetones se colocaron delante de la puerta para impedir tanto la salida como la entrada.

Evidentemente aquellos marineros hacían causa común con sus camaradas. Las cosas no tardarían en ponerse feas, y la velada terminaría violentamente, como tantas otras.

Adam Fry y el criado, viendo la puerta interceptada, trataron de ganar el patio, para salir por la callejuela próxima y avisar a la fuerza pública, como acostumbraba a hacerlo en semejantes circunstancias.

No les dieron tiempo. Toda la banda se fue contra ellos. Precisamente Kyle y Sexton, Len Cannon y Bryce se interpusieron cortándoles el paso. La sala se aprestaba a la lucha, y únicamente faltarían como combatientes media docena de borrachos perdidos, tirados por los rincones, incapaces de tenerse en pie.

De aquí que ni el conremaestre Balt ni Vin Mod pudieran abandonar la taberna.

—Es preciso largarse —dijo el primero—; aquí sólo podemos pescar algún porrazo...

—¿Quién sabe? —contestó el otro—. Sabremos en qué paran estas misas... Tal vez podamos aprovecharnos de la batalla.

Y como los dos estaban a las ganancias, pero no querían exponerse a las pérdidas, se acurrucaron en el suelo al abrigo del mostrador.

La lucha se había empeñado al arma blanca —si esta expresión puede aplicarse a los pies y a los puños de los combatientes—; y no tardarían en relucir los cuchillos; en verdad que no sería la primera vez, ni tampoco la última, que la sangre corriese en la sala de Las Tres Urracas.

Adam Fry y el mozo hubieran sido aplastados por el número, reducidos a la impotencia, si algunos de los clientes no se hubieran puesto de su parte. En efecto, cinco o seis irlandeses, con la esperanza de un crédito futuro, se dispusieron a rechazar a los asaltantes.

Se armó un estrépito infernal. Balt y Vin Mod, resguardándose lo mejor que pudieron, evitaban a duras penas que les alcanzasen los proyectiles cuando las botellas y los vasos empezaron a volar en todas direcciones. Menudeaban los golpes, las imprecaciones entre las voces y los alaridos. Las lámparas derribadas se extinguían, y la habitación quedó alumbrada nada más que por la escasa luz de la linterna exterior, embutida en la imposta de la entrada.

En suma, los cuatro más encarnizados, Len Cannon, Sexton, Kyle y Bryce, después de haber iniciado el ataque, tuvieron que defenderse. En primer lugar, que el tabernero y su criado no eran unos neófitos en el boxeo. Dos terribles golpes acababan de echar por tierra a Kyle y Bryce con la mandíbula medio deshecha; pero se levantaron para acudir en socorro de sus compañeros, a quienes los irlandeses habían acorralado en un rincón.

La ventaja estaba tan pronto por los unos como por los otros, y la victoria no podía decidirse más que por una intervención del exterior. Los gritos de ¡socorro!, ¡auxilio!, dominaban en medio de la batahola.

Los vecinos no hacían maldito el caso de lo que ocurría en la taberna, donde las batallas entre marineros eran el pan nuestro de cada día. Nadie se arriesgaba a intervenir en semejantes contiendas. Era asunto de los policemen, y, como la gente dice, para eso se les paga.

La lucha continuaba cada vez más encarnizada, a medida que la cólera se convertía en rabia. Las mesas habían sido volcadas.

Se blandían los taburetes por encima de las cabezas. Los nervudos brazos aparecieron armados de cuchillos; los revólveres salieron de las cinturas, y las detonaciones estallaron en medio del horrible tumulto.

El tabernero continuaba maniobrando para ganar, bien la puerta de la calle o la salida del patio, cuando una docena de agentes entraron de improviso por la parte trasera de la casa.

No se había necesitado llegar hasta el inmediato puesto de policía, situado en el muelle, a trescientos pasos de la taberna. Cuando los transeúntes les avisaron de que se estaban rompiendo el alma en la taberna de Adam Fry, se dirigieron al lugar del suceso, sin apresurarse mucho, y, al paso reglamentario que distingue al policía inglés, llegaron en número suficiente para restablecer el orden público.

Sin preocuparse en distinguir entre los que atacaban y los que resistían, sabiendo que todos eran de la misma calaña, procedieron a la detención de todos los que encontraron a mano, en la seguridad de que no daban el golpe en vano.

Además, aunque la sala no estaba bien alumbrada, los policemen reconocieron desde luego entre los más violentos a Len Cannon, Sexton, Kyle y Bryce, por haberles puesto anteriormente a buen recaudo.

Pero estos cuatro ganapanes se dieron cuenta inmediatamente de su situación, y sólo se preocuparon de escurrir el bulto, ganando la calle por el patio. Pero ¿dónde se esconderían para que no les atrapasen al día siguiente?

...

Vin Mod intervino en el momento crítico, cuya oportunidad esperaba, según había expresado a Balt, y en tanto que los demás hacían frente a los policemen, para favorecer la huida de los más comprometidos, él consiguió llegar hasta Len Cannon y decirle:

—¡Los cuatro al James Cook!...

Sexton, Bryce y Kyle lo habían oído.

—¿Cuándo zarpa?... —preguntó Len Cannon.

—Al amanecer.

Y a pesar de los agentes, contra los cuales, por espíritu de solidaridad, se había opuesto toda la gente; a pesar de Adam Fry, que estaba muy interesado en prenderles, Len Cannon y sus tres camaradas, seguidos de Flig Balt y Vin Mod, consiguieron escapar.

Un cuarto de hora después el bote del bergantín los llevaba a bordo, donde se encontraron a salvo.

II. EL BERGANTÍN «JAMES COOK»

El bergantín James Cook, de 250 toneladas, era un sólido navío de fuerte velamen, de amplia eslora, lo que aseguraba su estabilidad; la popa saliente, la proa bastante levantada, la arboladura poco inclinada. De excelente aspecto, muy ligero, respondía perfectamente a la maniobra, evitaba con rápidas viradas los golpes de mar, y hacía normalmente sus once nudos con brisa fresca.

Su personal —lo conocemos ya después de la conversación relatada en el capítulo anterior— lo constituía un capitán, un contramaestre, siete hombres de tripulación, un cocinero y un grumete. Navegaba con pabellón británico, y era de la matrícula de Hobart Town, capital de Tasmania, que depende del continente australiano, una de las colonias más importantes de Gran Bretaña.

Diez años aproximadamente llevaba el James Cook haciendo cabotaje en gran escala en el oeste del Pacífico, entre Australia, Nueva Zelanda y Filipinas; viajes felices y lucrativos, gracias a la habilidad maniobrera y comercial de su capitán, buen marino e inmejorable traficante.

El capitán Harry Gibson, que tendría en aquella época unos cincuenta años, no había dejado el bergantín desde que salió de los astilleros de Brisbane. Estaba interesado en una cuarta parte del negocio, perteneciendo las tres restantes a Hawkins, armador de Hobart Town. Los negocios prosperaban, y

los comienzos de este viaje eran feliz anuncio de grandes beneficios.

Harry Gibson había navegado siempre por cuenta de la casa Hawkins, y las familias del capitán y del armador estaban, desde hacía mucho, unidas por vínculos de la más estrecha amistad, y vivían en Hobart Town en el mismo barrio.

Los esposos Hawkins no tenían hijos. Gibson, uno de veinte años, que destinaba al comercio.

Las dos mujeres se veían a diario, lo que hacía menos penosa la separación, pues el armador se encontraba a la sazón en Wellington, donde acababa de fundar un comptoir con Nat Gibson, el hijo del capitán.

Desde allí había de llevarles el James Cook a Hobart Town, después de haber completado el cargamento en los vecinos archipiélagos de Nueva Guinea, al norte de Australia.

Inútil es explicar, con los antecedentes que ya tiene el lector, cuáles eran los proyectos que meditaba el contraamaestre Flig Balt, y el grado moral de este bandido. A sus criminales instintos, que le impulsaban hacia el mal, a la envidia que tenía al capitán, uníase la refinada hipocresía con la que se enmascaraba, apareciendo tal cual quería mostrarse. Gracias a dos certificados, que parecieron auténticos, fue admitido a bordo del bergantín con la categoría de contraamaestre, al mismo tiempo que Vin Mod embarcaba como marinero. Estos dos hombres se conocían de hacía tiempo y habían recorrido juntos los mares, pasando de uno a otro barco, desertando cuando veían la imposibilidad de llegar a conseguir sus fines por medio de alguna fechoría, como la que esperaban llevar a cabo durante la última travesía del James Cook, antes de su regreso a Hobart Town.

En efecto, Flig Balt había logrado inspirar confianza absoluta al capitán Gibson, engañándole con su afectado celo y las protestas de adhesión hacia su persona.

En contacto inmediato con la tripulación, se había ingeniado hábilmente para ejercer ascendiente sobre el personal de a bordo. En lo referente a la navegación y a la parte comercial, Harry Gibson no delegaba en nadie sus funciones, pues no habiéndose presentado ocasión de prueba, no sabía si Flig Balt era tan buen marino como él pretendía, aunque aseguraba haber navegado en calidad de segundo.

Es de creer que el capitán Gibson tenía alguna duda acerca de este punto; pero, después de todo, el servicio no dejaba nada que desear y nunca tuvo que reprender a su contraamaestre.

Así es que el viaje del bergantín se hubiese hecho probablemente en las

mejores condiciones del mundo, si la deserción de los cuatro marineros no le hubiera retenido una quincena de días en Dunedin.

Los hombres que no habían seguido el ejemplo de sus camaradas, Hobbes, Wickley y Burnes, eran buenos muchachos, disciplinados y valientes, en los cuales podía tener entera confianza un capitán. En cuanto a los desertores, no se les hubiera echado de menos seguramente, de no haber sido reemplazados por los bribones que Vin Mod acababa de reclutar en la taberna de Las Tres Urracas. Ya sabemos quiénes son, y les iremos conociendo más a fondo.

El grumete Jim era un mozalbete de catorce años, de una familia de honrados obreros que vivía en Hobart Town. Sus padres le habían confiado al capitán Gibson. Era un buen chico, amante del oficio, ágil y servicial, que prometía ser un excelente marino; el señor Gibson le trataba paternalmente, sin pasar, no obstante, por movimiento mal hecho, y Jim le quería entrañablemente. Por el contrario, el grumete experimentaba instintivamente una invencible repulsión hacia el contraamaestre, y éste, que lo había advertido, procuraba constantemente cogerle en falta, lo que dio lugar en más de un caso a la intervención del capitán.

En cuanto al cocinero Koa, era de ese tipo de indígenas que pertenecen a la segunda raza de los zelandeses, individuos de mediana talla, rostro de mulato, robustos, musculosos y ágiles, de cabellos rizados, individuos que constituyen la clase ínfima de los maoríes.

Al terminar el viaje, el primero que hacía a bordo del bergantín en calidad de cocinero, Harry Gibson pensaba despedir a este ser cazarro, vengativo, perverso, torpe y sucio además, en quien las reprimendas y los castigos no producían efecto alguno. Flig Balt tenía razón al contarle en el número de los que no vacilarían en sublevarse contra el capitán. Vin. Mod se las entendía con él perfectamente. El contraamaestre procuraba cubrir todas sus faltas, no castigándole más que cuando no podía pasarse por otro punto. Koa sabía lo que le esperaba al llegar a Hobart Town, y más de una vez había crispado los puños en señal de amenaza.

Por lo tanto, Flig Balt, Vin Mod y él, ayudados por los cuatro nuevos que ya estaban a bordo, eran siete hombres contra el capitán, los otros tres marineros y el grumete. Verdad es que el armador Hawkins y Nat Gibson debían tomar pasaje en el bergantín al llegar a Wellington, y la proporción sería menos desigual, pero era posible que Flig Balt lograra apoderarse del barco entre Dunedin y Wellington, a pesar de la corta duración de la travesía. Si la ocasión se presentaba, Vin Mod no la desperdiciaría.

El James Cook, en curso de cabotaje desde hacía cuatro meses, había sido consignado para diferentes puertos, en los cuales embarcó y desembarcó sus cargamentos con ventajosos fletes. Después de haber tocado sucesivamente en

Malikolo, Merèna y Eramonga, arribaría a Wellington, donde el armador y su hijo le esperaban.

Después tomarían el rumbo de los archipiélagos de Nueva Guinea, bien provisto de objetos de pacotilla para los indígenas, tomando en cambio nácar y copra por valor de diez o doce mil dólares. Desde allí efectuarían el regreso a Hobart Town, con escalas en Brisbane o en Sydney, si las circunstancias lo exigían. Dos meses más, y el bergantín entraría en su puerto de matrícula.

Se comprenderá, pues, hasta qué punto habían contrariado a Gibson los retrasos sufridos en Dunedin.

El armador sabía a qué atenerse respecto a este extremo, gracias a las cartas y telegramas cambiados entre Dunedin y Wellington, en algunos de los cuales apremiaba al capitán para que completase la tripulación. Hablaba también de ir a Dunedin si Gibson juzgaba que era necesario, a pesar de que los negocios reclamaban su presencia en Wellington. Como ya se ha visto, Gibson no había dejado nada por hacer, apresurándose a satisfacerle, orillando todo género de dificultades que embarazaban, no sólo a él, sino a otros muchos capitanes detenidos forzosamente en Dunedin al mismo tiempo que el James Cok.

Al fin, Flig Balt tuvo éxito en sus pesquisas, y cuando los cuatro marineros de la taberna de Las Tres Urracas estuvieron a bordo, mandó izar los botes para que no pudieran marcharse durante la noche.

Antes de acostarse, el contramaestre contó al capitán cómo habían sucedido las cosas; de qué manera habían aprovechado una colisión entre marineros para sustraer a Len Cannon y sus tres camaradas a la persecución de la policía. Pronto había de verse lo que valían... Generalmente las malas cabezas se sientan en cuanto el barco se hace a la mar... Los camorristas de tierra firme suelen hacer excelentes marineros... En suma, el contramaestre había hecho cuanto humanamente había podido.

—Mañana les veré —dijo el capitán.

—Sí..., mañana —contestó Balt—; más vale dejarles que duerman la mona hasta la madrugada.

—Por supuesto. Por otra parte, los botes están en los pescantes, y a menos que no se escapen a nado...

—Imposible, capitán... Los tengo encerrados en la bodega, de donde no saldrán hasta el momento de zarpar...

—¿Pero cuando amanezca, Balt?...

—¡Oh! Cuando vean la luz, el miedo de caer en manos de los policemen los retendrá a bordo.

—Hasta mañana, pues —contestó Gibson.

Nada más inútil que encerrar a Len Cannon y sus camaradas. No les cruzó por la mente la idea de volver a tierra, y pasaron la noche durmiendo ruidosamente su pesado sueño de borrachos.

Al día siguiente, en cuanto despuntó el alba, el capitán Gibson hizo sus preparativos para zarpar sin perder un minuto. Sus papeles estaban en regla y no tenía necesidad de volver a tierra. Había llegado el momento de llamar a los recién reclutados.

Vin Mod abrió la escotilla y los cuatro marineros subieron para la maniobra, completamente serenos, sin manifestar deseos de abandonar el barco.

Cuando comparecieron ante el capitán, Gibson fue lo suficientemente dueño de sí mismo para ocultar la mala impresión que la vista de aquellos hombres le produjera, y después de observarlos atentamente les preguntó sus nombres a fin de inscribirlos en el rol de la tripulación.

Indicaron además su nacionalidad: dos ingleses, un irlandés y un americano. En cuanto a domicilio, no conocían otro que las tabernas del puerto. Sus prendas y efectos habíanse quedado en el saco de marinero, que no habían podido llevar consigo a bordo. Pero Flig Balt ponía a su disposición los vestidos, ropa y utensilios que los desertores no habían nunca de reclamar. No había, pues, necesidad de enviar en busca de los sacos, y ellos no insistieron.

Cuando Len Cannon, Sexton, Kyle y Bryce hubieronse alejado hacia proa, el capitán Gibson dijo moviendo la cabeza:

—Mala traza tienen, Balt; creo que no ha tenido usted buena mano...

—Eso está por ver, capitán... Es preciso esperar a que se metan en faena.

—¡Hum!... Hay que vigilarlos, y muy de cerca.

—Desde luego, señor Gibson. Pero no le quepa a usted duda que saben el oficio, a juzgar por lo que me ha dicho un oficial del West Pound, que está aquí de escala.

—¿De modo que ya les había usted echado el ojo?

—Si, señor; desde hace algunos días.

—¿Y ese oficial les conocía?

—Han navegado con él, y los tiene por buenos marinos.

El contramaestre mentía descaradamente. Nadie le había hablado de semejante gente; pero su afirmación no podía ser comprobada, y Gibson no tenía razón alguna para dudar de sus palabras.

—Habrá que tener cuidado de que no entren juntos de cuarto —dijo el capitán—; los dos ingleses con Hobbes y Wickley; el irlandés y el americano con Burnes y Vin Mod... Esto será lo más seguro.

—Comprendido, capitán; pero ya ver  usted cómo en la mar se agarran al trabajo... En las escalas, especialmente en Wellington, será donde haya que vigilarles... Nada de permisos, si quiere usted creerme; pudiera suceder que no regresaran a bordo.

—No importa, Balt; no me inspiran confianza, y en Wellington les reemplazará si puedo.

—Se les reemplazará —contestó el contraamaestre.

Flig Balt no quiso insistir más para no hacer sospechosa la defensa de sus marinos de ocasión.

—Después de todo —concluyó—, he procurado hacerlo lo mejor posible, capitán, y ya sabe usted que no hay dónde escoger.

Gibson se dirigió a popa, en tanto que Flig Balt iba a proa a fin de hacer virar el anda y recogerla en su sitio en el momento que las velas estuviesen orientadas.

El capitán mir  el compás de la bitácora colocada delante del timón, luego la veleta del extremo del palo mayor, después el pabellón británico que flameaba al viento en constantes ondulaciones.

El James Cook se balanceaba en medio del puerto. La brisa noroeste debía favorecer su salida.

Después de bajar por el canal hasta Port Chalmers, encontrar  viento favorable para remontar de la costa oriental de Nueva Zelanda hasta el estrecho que separa las dos islas. Antes de encontrar camino franco tenía que describir una curva, para evitar algunos barcos que interceptaban en cierto modo la entrada del canal, y pegarse al muelle de la derecha del puerto.

El capitán dio sus  rdenes. Las dos gavias, la mesana, los foques y la cangreja quedaron establecidas rápidamente. Durante esta maniobra pareció comprobarse que Len Cannon y sus camaradas conocían el oficio, y cuando tuvieron que subir a las jarcias lo hicieron como hombres que del servicio de gaviero no tienen nada que aprender.

El ancla fue izada en el momento que todo estaba dispuesto para poner la proa del bergantín en dirección.

Flig Balt y Vin Mod pudieron cambiar algunas palabras durante la maniobra.

—¡Eh! —dijo este último—. Nuestros hombres se portan bien.

—Bastante bien, Mod.

—Tres más como éstos y tendríamos la tripulación que necesitamos.

—Y el barco que nos hace falta... —añadió Flig Balt en voz baja.

—Y el capitán que nos convendría... —repuso Vin Mod, llevándose la mano a la gorra como si estuviese ante su jefe. Flig Balt le detuvo con un gesto, temiendo que sus imprudentes palabras pudiesen ser oídas por el grumete, ocupado en amarrar un cabo. Vin Mod le preguntó qué le habían parecido a Gibson los cuatro parroquianos de Las Tres Urracas.

—Parece que no le han gustado mucho —contestó Flig Balt.

—¡La verdad es que los nuevos marineros tienen cara de pocos amigos! —repuso Vin Mod.

—No me sorprendería que quisiera desembarcarlos en Wellington.

—Para desembarcar en Wellington —dijo Vin Mod encogiéndose de hombros— es preciso ir a Wellington... Pero yo espero que no iremos, y, por consiguiente, que allí no desembarcará nadie.

—Cuidado con las imprudencias, Mod.

—En fin, Flig Balt, ¿el capitán no está contento?

—No.

—¡Qué importa, si lo estamos nosotros!

El contraamaestre se dirigió hacia la popa.

—¿Está todo dispuesto? —le preguntó Gibson.

—Todo, capitán.

El James Cook evolucionó aproximándose al muelle, cuyo extremo había de doblar al entrar en el canal.

Se había formado un grupo de marinos y desocupados a quienes la marcha de un barco de vela interesa siempre, y entonces mucho más, porque el forzado descanso de las naves en el puerto había privado de este espectáculo durante algunas semanas.

En el grupo de referencia veíanse algunos policemen, a quienes el James Cook parecía interesar mucho, a juzgar por la viva atención con que lo miraban. Además, sus gestos y actitud lo confirmaban.

Dos o tres de aquellos agentes se destacaron hacia el extremo del muelle, por donde había de pasar rasando el bergantín.

Precisamente —ni Flig Balt ni Vin Mod podían equivocarse— aquéllos

policemen eran los que habían entrado la víspera en la taberna de Adam Fry. Len Cannon y sus camaradas estaban, pues, expuestos a ser reconocidos, y quién sabe si el James Cook, llamado al pasar y recibiendo orden de detenerse, no se vería obligado a entregar a los cuatro marineros.

Después de todo, al capitán Gibson, dispuesto a vigilarles muy de cerca, le convenía conservarlos, porque le permitían hacerse a la mar, y se hubiese visto muy apurado de haberlos tenido que entregar a la policía.

Así es que cuando Flig Balt le puso al tanto de lo que ocurría, el capitán accedió a que Len Cannon, Sexton, Kyle y Bryce, abandonaran la cubierta del barco antes de que pudieran ser reconocidos por los agentes.

—¡Abajo!... ¡Abajo! —les dijo Vin Mod.

Ellos echaron una rápida mirada al muelle, comprendieron, y se deslizaron por la escotilla.

Por otra parte, su presencia no era indispensable, pues el timonel bastaba para dirigir el James Cook hacia la entrada del canal, sin que fuera necesario bracear las velas.

El brick continuó aproximándose a la punta del muelle más de lo que ordinariamente lo hacen los barcos, pues tuvo que evitar un vapor americano que pasaba desgarrando el aire con sus agudos silbidos.

Los policemen pudieron entonces observar a cuantos iban sobre cubierta, y seguramente que, de no haberse escurrido Len Cannon y los otros, no se hubieran escapado al ojo perspicaz de los policías, que tantas ganas tenían de echarles la mano encima.

Pero los agentes no pudieron verles, y el barco pudo entrar en el canal en cuanto el vapor le dejó el paso libre.

Ya no había nada que temer y los cuatro marineros volvieron a subir al puente. Su concurso se imponía. El canal, que va del sudoeste al nordeste, es bastante sinuoso, y a cada uno de los recodos hay necesidad de maniobrar con las velas.

El James Cook, con brisa favorable, navegó sin dificultad entre las orillas cubiertas de vegetación, sembrados de «villas», puestas en comunicación por el tranvía que hace el trayecto de Dunedin a Port Chalmers.

Apenas eran las ocho cuando el bergantín pasó por delante de este puerto, y un momento después estaba en alta mar. Luego, el cordaje a babor, remontó a lo largo de la costa, dejando en el sur el faro de Otago y el cabo Saunders.

III. MANOS A LA OBRA

La distancia entre Dunedin y Wellington, a través del estrecho que separa las dos grandes islas, no pasa de cuatrocientas millas. Si la brisa del nordeste se mantenía y el mar continuaba en calma a todo lo largo de la costa, el James Cook llegaría a Wellington a los dos días de haber salido de puerto.

Durante esta corta travesía, ¿lograría Flig Balt realizar sus proyectos, apoderarse del bergantín, después de haberse desembarazado del capitán y de sus compañeros, y hacer rumbo a lejanos parajes del Pacífico, donde podía sentirse seguro y en completa impunidad?...

Ya se sabe cómo Vin Mod pensaba proceder: Gibson y los hombres que le eran fieles serían sorprendidos y arrojados por la borda antes de que pudieran defenderse. Pero, ante todo, era preciso meter en el complot a Len Cannon y sus camaradas —lo que no sería difícil—, sondearles previamente y asegurar su concurso.

Es lo que pensaba hacer Vin Mod durante este primer día de navegación, a fin de ejecutar su plan en la noche próxima. No había tiempo que perder. En cuarenta y ocho horas el bergantín estaría en Wellington y recibiría a bordo a Hawkins y a Nat Gibson. Por lo tanto, era necesario que aquella misma noche, o la siguiente, a lo sumo, el James Cook cayese en poder de Flig Balt y de sus cómplices; si no, las probabilidades de éxito disminuirían considerablemente, y acaso no volviese a presentarse ocasión de lograrlo.

Desde luego que Len. Cannon, Sexton, Kyle y Bryce aceptarían las proposiciones de Vin Mod. No se le ocurría a éste que pudiera encontrar dificultades entre tales individuos sin fe ni ley, sin conciencia ni escrúpulos, seducidos con la perspectiva de fructuosas campañas en regiones del Pacífico, donde la justicia no había de ir a darles caza.

La isla sur de Nueva Zelanda, Tawai-Pounamou, adopta la forma de un largo rectángulo, abultado en su parte inferior, que se dibuja un poco oblicuamente de sudoeste a sudeste.

Ika-na-Maoui, la isla del Norte, ofrece, por el contrario, el aspecto de un triángulo irregular, terminado por una estrecha lengua de tierra, proyectada hasta la punta del cabo Norte.

La costa que seguía el bergantín es sumamente accidentada, recortada por rocas enormes, de extrañas siluetas, que semejan desde lejos gigantescos mastodontes echados sobre las playas. Aquí y allá, una sucesión de arcadas simulan un claustro en ruinas, y, aun con buen tiempo, las olas se precipitan por allí furiosamente con un estrépito formidable. Un barco que se metiera por el litoral, se perdería irremisiblemente, y tres o cuatro golpes de mar bastarían

para deshacerlo. Afortunadamente, cuando la tempestad se desencadena por aquellos parajes, los barcos pueden doblar los extremos promontorios de Nueva Zelanda. Además, existen dos estrechos donde pueden refugiarse en caso de peligro, cuando no tienen tiempo de arribar a puerto: el de Cook, que separa las dos islas, y el de Foveaux, abierto entre Tawai-Pounamou y la isla de Stewart, en su extremo meridional. Pero es preciso guardarse de los peligrosos arrecifes de los Sisares, donde chocan las olas del océano índico y las del Pacífico, parajes muy fecundos en siniestros marítimos.

Detrás de la costa se desarrolla un poderoso sistema orográfico horadado por cien cráteres, inundado de torrentes que alimentan unos cuantos ríos de caudal considerable, a pesar de la restringida extensión de su curso.

Las vertientes de las montañas están cubiertas de frondosísima vegetación: árboles de grandes dimensiones, pinos de cien pies de altura por veinte de diámetro, hermosísimos cedros, el koudy resinoso, el kaikatea de resistentes hojas, cuyos gallardos troncos están desprovistos de ramas desde el pie hasta la copa.

Si Ika-na-Maoui puede enorgullecerse de la riqueza de su suelo, de la pujanza de su fertilidad, de aquella vegetación, que rivaliza en ciertos lugares con las más brillantes producciones de la flora tropical, en cambio Tawai-Pounamou no tiene tanto que agradecerle a la Naturaleza. Apenas si puede cultivarse la décima parte de su territorio. Pero en los lugares privilegiados los indígenas pueden recolectar un poco de trigo indio, diferentes plantas herbáceas y patatas en abundancia, que constituyen la base de su alimentación.

El James Cook navegaba a veces tan próximo a la costa —pues Harry Gibson conocía perfectamente aquellos parajes—, que llegaba distintamente hasta el barco el canto de los pájaros, entre otros el del pou, uno de los más melódicos.

Mezclábase también el grito gutural de los loros de las diferentes especies, de los ánades de pico y patas de rojo escarlata, sin hablar de otras numerosas especies acuáticas, de las cuales los más arriesgados representantes revoloteaban alrededor, de los aparejos del navío...

¡Y con qué rapidez se dispersaban los cetáceos, las morsas, los leones de mar, la multitud de focas, tan buscadas por su abundante grasa, por su espesa piel, doscientas de las cuales bastan para producir unos cien barriles de aceite...!

El tiempo continuaba espléndido. Seguramente la brisa no caería en toda la tarde.

Bajo la influencia de un sol hermosísimo, empujaba rápidamente al bergantín, que navegaba con sus velas desplegadas. Apenas si había necesidad

de modificar las escotas ni tocar el timón. Así los nuevos marineros podían apreciar perfectamente las cualidades náuticas del James Cook.

A las once, aproximadamente, un poco antes del puerto de Oamaru, el monte Flerbert mostró su abultada cima.

Durante la mañana Vin Mod buscó inútilmente la ocasión de hablar con Len Cannon, a quien consideraba con razón como el más inteligente e influyente de los cuatro enrolados en Dunedin. Como sabemos, Gibson había ordenado que estos marineros no hiciesen juntos el mismo cuarto. Valía más que estuviesen separados.

No habiendo necesidad de maniobrar, el capitán dejó al contramaestre la vigilancia del barco, y él se retiró a] camarote para poner en regla sus cuentas de a bordo.

En este momento Hobbes estaba al timón. Flig Balt se paseaba desde el palo mayor hasta la popa. Los otros marineros, Burnes y Bryce, iban y venían sin cambiar una sola frase.

Vin Mod y Len Cannon encontrábanse juntos bajo el viento, y su conversación nadie la podía oír.

Cuando Jim, el grumete, se aproximaba a ellos, se le despedía brutalmente; y el contramaestre, que estaba observando el juego, le mandó, por prudencia, que frotase los cobres de la bitácora.

En cuanto a los otros camaradas de Len Cannon, Sexton y Kyle, que no estaban de cuarto, preferían el aire libre de cubierta a la atmósfera del camarote. El cocinero Koa les divertía con sus groseras ocurrencias y sus abominables gestos. Era necesario ver hasta qué punto este indígena se mostraba orgulloso de los tatuajes de su rostro, de su torso y de sus miembros, el moko de los neozelandeses, que surca profundamente la piel en vez de marcarla solamente, como se hace en los demás pueblos del Pacífico. Esta operación del moko no se practica en todos los naturales. ¡No! Los koukis, o esclavos, no son dignos, como tampoco la gente de clase baja, a menos que se hayan distinguido en la guerra por alguna acción brillante. Así es que Koa estaba envanecido por ostentar tan extraordinaria distinción.

Explicaba la significación de su tatuaje —lo que parecía interesar mucho a Sexton y Kyle—, contando en qué circunstancias su pecho habíase condecorado con tal o cual dibujo, y señalando el de la frente, que representaba su nombre, grabado en caracteres indelebles, que por nada del mundo hubiera él consentido borrar.

Además, en los indígenas el sistema cutáneo, en virtud de estas operaciones, que se extienden a toda la superficie del cuerpo, gana mucho en

espesor y solidez; de aquí una resistencia mayor a las inclemencias del clima en invierno, a las picaduras de los mosquitos en verano; y cuántos europeos se felicitarían, a este precio, de poder despreciar los ataques de esos malditos insectos.

En tanto que Koa iba experimentando instintivamente una lógica simpatía hacia Sexton y su camarada, base de una estrecha amistad, Vin Mod trabajaba a Len Cannon, el cual, por su parte, no quería más que verle venir.

—Eh, amigo Cannon —le dijo Vin Mod—, ya estás a bordo del James Cook... Un buen barco, ¿no es verdad? Y que hace sus once nudos sin que haya necesidad de darle la mano.

—Tienes razón, Mod.

—Y con un buen cargamento en la tripa...

—Tanto mejor para el armador.

—Entretanto nosotros estamos cruzados de brazos, sin tener gran cosa que hacer.

—Hoy la cosa va bien —repuso Len Cannon—, pero mañana... ¡quién sabe!...

—Mañana..., pasado mañana... ¡siempre! —exclamó Vin Mod, dando amistosos golpecitos en la espalda de Len Cannon—. ¿No es esto preferible a estar en tierra?... ¿Dónde estaríais ahora tú y tus amigos?

—En la taberna.

—No... Adam Fry os hubiera puesto en la puerta de la calle después de la escena de ayer... Luego los policemen os echarían el guante, y como supongo que no será la primera vez que hayáis tenido que ver con ellos, el tribunal de policía os gratificaría con uno o dos meses de reposo en la cárcel de Dunedin...

—Prisión en tierra, o barco en la mar, es todo uno —replicó Len Cannon, que no parecía resignarse con su suerte.

—¡Cómo!... —exclamó Vin Mod—. ¿Hablar así un marino?...

—No pensábamos navegar —declaró Len Cannon—. Sin la maldita reyerta de ayer, ya estaríamos lejos, camino de Otago...

—A sufrir..., a zancajear..., a morirse de hambre y de sed. ¿Y para qué?

—¡Para hacer fortuna! —contesto Len Cannon.

—¿Hacer fortuna en los placeres?... Pero si allí ya no hay nada que pescan. Bien se conoce que no has visto a los que vuelven con los bolsillos

vacíos... La recolección de pepitas es cosa terminada; no queda un grano de oro ni para un remedio.

—Conozco a quien no le pesa haber dejado su barco por los yacimientos de la Clutha...

—Y yo... yo conozco a cuatro que no sentirán haber embarcado en el James Cook, en vez de largarse tierra adentro.

—¿Lo dices por nosotros?

—Por vosotros y otros dos o tres de tu especie...

—¿Y tratas de meterme en la sesera que un marinero puede ganar para comer, beber y divertirse el resto de sus días, haciendo el cabotaje por cuenta de un capitán o de un armador?...

—Seguramente que no —replicó Vin Mod—. ¡A menos que lo haga por su propia cuenta...!

—¿Y de qué manera, no siendo propietario de un barco?

—Se puede llegar a serlo alguna vez.

—¡Ah! ¿Te has creído que mis camaradas y yo hemos dejado en el Banco de Dunedin el dinero para comprarlo? —No, amigo...

Ya sé que vuestras economías están en manos de Adam Fry y otros banqueros por el estilo.

—Entonces, tú dirás. No hay dinero, no hay barco...; y yo no creo que el señor Gibson esté de humor para regalarnos el suyo...

—Seguramente...; pero puede ocurrir una desgracia... Si el señor Gibson desapareciera... Un accidente..., una caída al agua... Esto le ocurre a los mejores capitanes... A lo mejor un golpe de mar se lleva a un hombre; si es de noche, nadie lo advierte... Luego, a la mañana siguiente se nota la falta.

Len Cannon miraba a Vin Mod cara a cara, preguntándose si entendía bien su lenguaje.

El otro continuó imperturbable:

—Y entonces, ¿qué es lo que ocurre?... Se reemplaza al capitán, y en este caso es el segundo quien toma el mando del barco, o si no hay segundo, es el teniente...

—Y si no hay teniente —interrumpió Len Cannon, bajando la voz y dando con el codo a su interlocutor—, si no hay teniente... el contramaestre...

—Eso mismo, amigo; y con un contramaestre como Flig Balt se va lejos...

—No donde se debe ir... —insinuó Len Cannon, lanzando una mirada de soslayo.

—No..., se va donde se quiere ir... —contestó Vin Mod—, donde se hacen buenos negocios, buenos cargamentos de nácar y de copra; todo en la cala del Pretty Girl.

—¿Cómo del Pretty Girl?

—Ése será el nuevo nombre del James Cook...; un bonito nombre que debe traernos buena sombra.

En fin, fuese uno u otro nombre —aunque Vin Mod parecía estar encariñado con el aludido—, lo cierto era que allí había un negocio en perspectiva. Len Cannon era bastante inteligente para comprender lo que a él y a sus camaradas se les proponía. No les retendrían seguramente escrúpulos de ningún género. Pero, sin embargo, antes de comprometerse, conviene conocer las cosas a fondo y examinar de qué lado están las probabilidades de éxito.

Así es que, después de algunos momentos de reflexión, Len Cannon, que echó una rápida ojeada en torno suyo para asegurarse de que nadie podía oírles, dijo a Vin Mod:

—¡Lárgalo todo!

Vin Mod le puso entonces al corriente de lo convenido con Flig Balt. Len Cannon, muy accesible a las proposiciones de este género, no mostró ninguna sorpresa al oírlas, ninguna repugnancia al debatirlas, ni la más leve vacilación en aceptarlas. Desembarazarse del capitán Gibson y de los marineros que se negasen a tomar parte en la rebelión; apoderarse del barco, cambiarle el nombre, y si fuera preciso, la nacionalidad, y traficar a través del Pacífico a partes iguales en las ganancias. La cosa era seductora para este bribón. Pero necesitaba garantías, quería tener la seguridad de que el contra maestre estaba en absoluta connivencia con Vin Mod.

—Esta noche, después del cuarto de las ocho, cuando estés al timón, Flig Balt te hablará; abre bien las orejas...

—¿Y es él quien mandará el James Cook?... —preguntó Len, que hubiera preferido no estar a las órdenes de nadie.

—Sí, hombre, sí, ¡claro está! —replicó Vin Mod—. Preciso es que haya un capitán... Pero los armadores seremos todos nosotros...

—Convenido, Mod. En cuanto me quede solo con Sexton, Bryce y Kyle, les pondré al corriente del asunto...

—Es que la cosa apremia.

—¿Tanta prisa corre?

—Si, antes de llegar a Wellington.

Y entonces Vin Mod le explicó por qué había que dar el golpe antes de que embarcaran en dicho punto el armador y el hijo del capitán. Con dos hombres más a bordo la partida era menos segura... En todo caso, de no poder ser aquella noche, era absolutamente preciso que fuese la siguiente...; cuanto más se retrasara, más dudoso sería el éxito.

Len Cannon comprendió estas razones. En cuanto anocheciera prevendría a sus camaradas, de los que respondía como de sí mismo. Los cuatro obedecerían todo lo que ordenase el contramaestre... Pero, ante todo, Flig Balt había de confirmar lo que Vin Mod acababa de decir... Dos palabras y un apretón de manos para sellar el pacto... ¡Por San Patricio, que Len Cannon no había de exigir ninguna escritura! Lo que se prometiera se mantendría..., etc.

Conforme había indicado Vin Mod, a las ocho de la noche, mientras Len Cannon estaba al timón, Flig Balt se dirigió hacia popa. El capitán estaba en cubierta, y era preciso esperar que se retirase al camarote, después de haber dado sus órdenes para la noche.

La brisa continuaba hinchando las velas.

El mar prometía estar tranquilo, y hasta la mañana siguiente no habría necesidad de maniobrar.

Cuando llegase el día, contaba Gibson con haber dejado a popa las Pompey's Pillars y encontrarse cerca de Christchurch.

El capitán, con gran disgusto de Flig Balt, permaneció en el puente hasta las diez, cambiando de vez en cuando algunas palabras con él, mirando a ratos atentamente el horizonte. El contramaestre, prevenido por Vin Mod, no encontraba medio de hablar con Len Cannon.

Todo iba bien a bordo. El bergantín no necesitaba cambiar de rumbo hasta las tres o las cuatro de la mañana, cuando estuviese a la vista del puerto de Akaroa. Así es que Gibson, después de una última ojeada al mar y al velamen, se retiró a su camarote.

Flig Balt y Len Cannon no tuvieron que hablar mucho para entenderse. El contramaestre confirmó las proposiciones de Vin Mod. Nada de términos medios... Se arrojaría al capitán por la horda, después de sorprenderle durante su sueño, y como no se podía contar con Hobbes, Wickley y Burnes, correrían la misma suerte que Gibson... Sólo faltaba que Len Cannon recabase el concurso de sus camaradas, a quienes había quedado en poner al corriente del asunto: seguramente no tendrían nada que objetar.

—¿Y cuándo? —preguntó Len Cannon.

—Esta noche —contestó Vin Mod, que ya había tomado parte en la

conversación.

—¿A qué hora?

—Entre las once y las doce —respondió Flig Balt—. En ese momento Hobbes estará de cuarto con Sexton, y Wickley al timón... No será preciso ir a buscarlos, y una vez que nos hayamos desembarazado de estos honrados marineros...

—Entendido —interrumpió Len Cannon sin mostrar vacilación ni escrúpulo.

Luego, abandonando a Vin Mod la rueda del gobernalle, se dirigió a proa, a fin de poner a Sexton y Bryce al corriente del asunto.

Al llegar al pie del mástil de mesana, buscó inútilmente a sus compinches. Los dos debieran estar de cuarto, y ni el uno ni el otro aparecían por allí.

Wickley, a quien interrogó, se encogió de hombros.

—¿Dónde están éstos? —le preguntó.

—Abajo, los dos borrachos como cubas...

—¡Ah, bestias! —dijo Len Cannon, acompañando su exclamación de un juramento—. ¡Ya no podemos hacer nada esta noche!

Bajó en busca de ellos, encontrándolos tirados boca abajo en la hamaca. Les sacudió... ¡como si fueran maderos!... Habían robado una botella de ginebra en la despensa y vaciado hasta la última gota... Imposible sacarles de esta borrachera, de la que no despertarían hasta la madrugada... ¡Imposible comunicarles los proyectos de Vin Mod!... Imposible contar con ellos para ponerlos en ejecución antes de que brillara el sol, y sin ellos la partida era muy desigual...

Cuando Flig Balt supo lo que ocurría, sintió que se ahogaba de cólera y de rabia. Vin Mod tuvo que hacer grandes esfuerzos para calmarle, y él también convino en que no podían intentar el golpe sin el concurso de los miserables borrachos... Pero, en fin, nada se había perdido... Lo que aquella noche no podía ser, se realizaría la próxima... Se vigilaría a Bryce y Sexton... Se les impediría beber... En todo caso, Flig Balt se guardaría muy bien de dar cuenta del hecho al capitán, ni de la borrachera, ni del robo de la botella... Gibson les encerraría en el fondo de la bodega hasta la llegada a Wellington, donde les entregaría a las autoridades marítimas, y para colmo, tal vez pondría en tierra a Len Cannon y Kyle, como hizo observar Vin Mod... Era hablar con cordura. Por otra parte, los marineros no se denuncian nunca los unos a los otros. Ni Hobbes, ni Wickley, ni Burnes, ni siquiera el grumete, dirían esta boca es mía, y, por lo tanto, el capitán no tendría que intervenir.

Pasó la noche sin que la tranquilidad se turbase a bordo del James Cook.

Cuando el capitán subió al puente al rayar el día, pudo ver que los de cuarto estaban en su puesto y el bergantín en buena dirección, después de haber doblado la península de Banks.

Se presentaba muy bien el día. El sol remontaba el horizonte y las brumas que velaban su luz desaparecerían muy en breve. Hubo un momento en que se creyó que la brisa saltaría a otro cuadrante; pero pronto pudo observarse que venía de tierra y se mantendría al noroeste, como la víspera.

—¿Nada nuevo? —preguntó Gibson a Flig Balt, cuando el contramaestre salió de su camarote, donde había pasado las últimas horas de la noche.

—No hay novedad, capitán.

—¿Quién está en el timón?

—El marinero Len Cannon.

—¿No ha tenido usted necesidad de reprender a ninguno de los cuatro?

—No han dado motivo, capitán; creo que son gente mejor de lo que parecen.

—Más vale así, Balt, pues creo que en Wellington los capitanes han de verse tan apurados como en Dunedin para completar sus tripulaciones...

—Es probable que suceda así, señor Gibson...

—Y, después de todo, si yo pudiera arreglarme con éstos...

—Sería lo más acertado —contestó Flig Balt.

Al remontarse hacia el norte, el James Cook no distaría de la costa más que unas tres o cuatro millas. Los detalles aparecían con claridad, bajo la luz vivísima de los rayos solares. Las altas cadenas del Kaikoura que surcaban la provincia de Malborough dibujaban sus caprichosas crestas a una altura de 10.000 pies. Sobre sus flancos se espaciaban los espesos bosques dorados por la luz, y los riachuelos se deslizaban hacia el litoral.

La brisa mostraba tendencia a la calma, y el bergantín andaría menos que la víspera. Era, pues, probable que no se pudiera llegar a Wellington en toda aquella noche.

A las cinco de la tarde se habían divisado las alturas del Ben More, al sur del puertecillo de Flaxbourne. Habían de pasar todavía cinco o seis horas para encontrarse en la entrada del estrecho de Cook. Como este paso se orienta de sur a norte, no habría necesidad de modificar el rumbo del bergantín.

Flig Balt y Vin Mod tenían la seguridad de disponer de toda la noche para

realizar sus proyectos.

Huelga decir que el concurso de los camaradas de Len Cannon estaba ya a estas horas asegurado. Sexton y Bryce, después de haber dormido la mona, Kyle, ya prevenido de antemano, no habían opuesto ninguna observación.

No se esperaba más que el momento de actuar. He aquí en qué condiciones:

Entre las doce y la una de la madrugada, cuando el capitán estuviera dormido, Vin Mod y Len. Cannon entrarían en su camarote, y atándole fuertemente lo subirían a cubierta para arrojarlo al mar, antes de que tuviera tiempo ni de lanzar un grito. Al mismo tiempo, Hobbes y Burnes, que estarían de cuarto, se encargarían de Kyle, Sexton y Bryce. Quedaban Vickley y el grumete, que a aquellas horas estarían descansando, y de los que Koa y Flig Balt darían buena cuenta.

Consumada la ejecución, no quedarían a bordo más que los autores del crimen, ni un testigo de la fechoría, y el James Cook ganaría a toda vela los parajes del Pacífico, al este de Nueva Zelanda.

Todo parecía conspirar para que este abominable complot tuviera éxito. Antes de amanecer, bajo el mando de Flig Balt, el bergantín estaría ya lejos de aquellos parajes.

Serían las siete aproximadamente cuando apareció al nordeste el cabo Campbell. Es, propiamente hablando, la punta extrema que limita al sur el estrecho de Cook, haciéndole pendant, a una distancia de cincuenta millas aproximadamente, el cabo Palliser, extremo de la isla Ika-na-Maoui.

El bergantín siguió el litoral, a menos de dos millas de tierra, largando todo el trapo, pues la brisa caía con la tarde. La costa era franca, bordeada de rocas basálticas que forman las primeras estribaciones de las montañas del interior. La cima del monte Weld se destacaba como una punta de fuego, bajo los rayos del sol poniente. Una corriente de tierra hacia el norte favorecía la marcha del James Cook en dirección del estrecho.

A las ocho el capitán acostumbraba bajar al camarote, después de haber dejado el cuarto al contramaestre. No había más que vigilar el paso de barcos a la desembocadura del estrecho. Además, la noche era clara, y ninguna vela se divisaba en todo el horizonte.

Pero antes de las ocho una columna de humo apareció a popa por la parte de estribor, y no tardó en dibujarse perfectamente la silueta de un vapor que doblaba el cabo Campbell.

Vin Mod y Flig Balt no se preocuparon. Dada la marcha que llevaba, no tardaría mucho en pasar de largo.

Era un aviso del estado, que no había arriado todavía el pabellón nacional. En aquel momento se oyó un disparo de fusil, y la bandera británica descendió de la punta de mesana.

Harry Gibson estaba todavía en el puente. ¿Iría a quedarse allí mientras estuviese a la vista el aviso, que llevaba el mismo rumbo que el James Cook, bien fuera que tuviera la intención de atravesar el estrecho o que navegara con destino a Wellington?...

Esta pregunta se hacían Flig Balt y Vin Mod, no sin cierta aprensión y con marcada impaciencia por quedarse solos sobre el puente.

Pasó una hora. El capitán no parecía dispuesto a retirarse. Cambiaba algunas frases con el timonel Hobbes y observaba el aviso, que apenas se encontraría a una milla del bergantín.

Juzgue el lector del desasosiego de Flig Balt y de sus cómplices, un desasosiego próximo a convertirse en rabia. El barco inglés navegaba a media marcha, y el vapor de la máquina escapábase por la válvula de seguridad. Se columpiaba en las ondulaciones de las olas; las revoluciones de la hélice apenas removían el agua, y no dejaba tras de su popa mayor estela que la del James Cook.

¿Por qué este barco había moderado su marcha?... ¿Habría ocurrido algún accidente en la máquina?... ¿O sería más bien que no quería ganar de noche el puerto de Wellington que tiene difícil la entrada?...

Por alguna de estas razones, sin duda, había decidido disminuir su velocidad durante la noche, y por lo tanto, navegaría a la vista del bergantín.

El caso era no sólo desesperante para Flig Balt y comparsa, sino que además llegó a inquietarles.

En efecto, Len Cannon, Sexton, Kyle y Bryce pensaron en el primer momento que el aviso había sido enviado en su persecución desde Dunedin; que la policía, habiendo tenido noticia de su partida en el James Cook, trataba de darles caza. Temores exagerados y vanos. Hubiera sido más sencillo enviar por telégrafo a Wellington la orden de arresto. No se destaca un barco de guerra para apoderarse de unos cuantos marineros revoltosos, cuando tan sencillo es echarles el guante en un puerto.

Len Cannon y sus camaradas no tardaron en tranquilizarse. El aviso no hizo señal alguna para ponerse en comunicación con el bergantín, ni echó ningún bote al agua.

El James Cook no sería, pues, objeto de registro, y los reclutados en Las Tres Urracas podían estar tranquilos a bordo.

Pero si el temor desapareció por, este lado, puede juzgarse cuál no sería la

desesperación del contraamaestre y de Vin Mod. Imposible dar el golpe aquella noche, y al día siguiente el bergantín estaría anclado en Wellington. El arrojar sobre el capitán y los tres marineros no podría hacerse sin ruido. Resistirían, se defenderían, gritarían, y sus voces se oirían desde el aviso. La sublevación no podía estallar en estas condiciones. Hubiera sido reprimida inmediatamente por el vapor inglés, que en unas cuantas vueltas de hélice se pondría al costado del bergantín.

—¡Maldición! —murmuró Vin Mod—. Tampoco esta noche podemos hacer nada.

—¡Y mañana —añadió Flig Balt— el armador y Nat Gibson estarán a bordo!

Hubiera sido necesario alejar el aviso, y tal vez el contraamaestre lo hubiese intentado si el capitán, en vez de bajar al camarote, no hubiese permanecido la mayor parte de la noche sobre el puente. Imposible...; no había más remedio que renunciar al proyecto de apoderarse del bergantín aquella noche.

Cuando amaneció, el James Cook pasaba por Blenheim, situado en el litoral de Tawaï-Pounamou, en el lado oeste del estrecho; luego se había aproximado a la punta Nicholson, que se proyecta a la entrada de la bahía de Wellington. Por último, a las siete de la mañana penetraba en esta bahía, al tiempo que el aviso acababa de fondear en medio del puerto.

IV. EN WELLINGTON

La ciudad de Wellington está situada en el extremo sudoeste de la isla del Norte, en el fondo de una bahía dispuesta en forma de herradura, que, muy abrigada de los vientos, ofrece excelentes fondeaderos. El bergantín había sido favorecido por el tiempo durante aquellos dos días; pero no siempre sucede lo mismo. Por regla general, la navegación ofrece no pocas dificultades en el estrecho de Cook, surcado de corrientes cuya velocidad alcanza a veces hasta diez nudos, aunque los mares del Pacífico no son muy agitados. El marino Tasman, a quien se debe el primer descubrimiento de Nueva Zelanda —en diciembre de 1642—, corrió grandes peligros; riesgos de quedar varado cien veces, riesgos de ataques por parte de los indígenas. De aquí el nombre de «Bahía de la Muerte», que figura en la nomenclatura geográfica del estrecho. El navegante holandés perdió allí a cuatro de sus hombres, que devoraron los caníbales del litoral, y, cien años después el inglés James Cook dejó en manos de aquéllos a la tripulación de una de sus canoas, mandada por el capitán Furneaux. Por último, a los dos años de esto, el marino francés Marion du

Frêne y 16 de los suyos encontraron la muerte en una agresión del más espantoso salvajismo.

En el mes de marzo de 1840, Dumont d'Urville, con dos barcos, Astrolabe y Zélée, dio en la bahía Otago de la isla del sur, visitó las islas Snares y la Stewart, en el extremo meridional de Tawai-Pounamou. Después hizo alto en el puerto de Akaroa, sin que tuviera que lamentarse de sus relaciones con los naturales del país. El recuerdo del paso de este ilustre marino está marcado por la isla que lleva su nombre. Habitada únicamente por pájaros-bobos y albatros, está separada de tierra por el French-pass, donde la mar es tan furiosa que no hay barco que voluntariamente se aventure por aquel paraje.

En la actualidad, por lo que respecta a los maoríes, existe completa seguridad en Nueva Zelanda, bajo pabellón inglés cuando menos. Los peligros procedentes de los hombres han sido conjurados. Sólo subsisten los del mar, y aun éstos han disminuido considerablemente, gracias a los trabajos hidrográficos y al establecimiento del gigantesco faro que se levanta sobre una roca aislada, ante la bahía Nicholson, en el fondo de la cual aparece Wellington.

En enero de 1849 fue cuando la New Zealand Land Company envió el Aurora, con los primeros colonos de aquellas lejanas tierras. La población de las dos islas no baja, hoy, de 800.000 habitantes, y Wellington, capital de la colonia, cuenta con unos 30.000.

La ciudad está muy bien situada, regularmente construida, con calles largas y bien cuidadas. La mayor parte de las casas son de madera, por temor a los temblores de tierra, frecuentes en la provincia meridional, hasta los edificios públicos, entre ellos el palacio del gobierno, en medio de un bonito parque, y la catedral, que no por tener carácter religioso está libre de los cataclismos terrestres. Esta población, menos importante, menos industrial, menos comercial que dos o tres de sus rivales de Nueva Zelanda, las igualará indudablemente en día no lejano bajo el impulso del genio colonizador de Gran Bretaña. En todo caso, con su Universidad, su Cámara legislativa, compuesta de 54 miembros, de ellos cuatro maoríes nombrados por el gobernador, su Cámara de representantes elegidos por sufragio popular, sus colegios, sus escuelas, su museo, su laboratorio, sus laboriosas fábricas para carne fiambre, su cárcel modelo, sus plazas, sus jardines públicos, en los que la electricidad va a sustituir al gas, Wellington goza de un confort excepcional que podrían envidiar muchas ciudades del antiguo y del nuevo mundo.

Si el James Cook no había atracado al muelle, era con el fin de dificultar la desertión de los marineros. La fiebre del oro era tan intensa en Wellington como en Dunedin y en los otros puertos neozelandeses. Una porción de barcos encontrábase imposibilitados de hacerse a la mar por falta de tripulación.

Gibson tenía que tomar precauciones para conservar a sus marineros, incluso los reclutados en la taberna de Las Tres Urracas, que con mucho gusto hubiera sustituido. Por otra parte, su escala en Wellington iba a ser muy corta, veinticuatro horas, a lo sumo.

Las primeras personas que recibieron su visita fueron Hawkins y Nat Gibson. El capitán saltó a tierra inmediatamente después de fondear, y daban las siete cuando se presentó en el despacho del armador, situado al final de una de las calles que desembocan en el puerto.

—¡Padre!...

—¡Amigo mío!

Con estas dos exclamaciones fue recibido a su entrada en el despacho. Se había adelantado a su hijo y al armador, que se disponían a bajar al muelle, como hacían todas las mañanas, para ver si el vigía del semáforo anunciaba por fin la llegada del James Cook.

El joven se arrojó el primero en los brazos de su padre; luego el armador estrechó al capitán entre los suyos.

Hawkins, que tendría a la sazón unos cincuenta años, era hombre de poca estatura, cabellos grises, sin barba, ojos claros y dulces, buena salud, buena constitución, muy vivaracho, muy activo, muy inteligente en asuntos comerciales, muy atrevido para los negocios. Su situación en Hobart Town era muy desahogada, y hubiera podido retirarse con una bonita fortuna. Pero no le hubiese convenido permanecer ocioso después de una existencia tan laboriosa. Así es que, lejos de retirarse de los negocios, con el objeto de dar mayor impulso a su comercio, acababa de fundar en Wellington un comptoir, asociado con Balfour. Nat Gibson vendría a ser el principal empleado, con participación en los beneficios, en cuanto el James Cook terminara su campaña.

El hijo del capitán Gibson, de viva inteligencia, de espíritu reflexivo, sentía por su padre un profundo afecto y quería mucho a Hawkins. Verdad es que éste y el capitán estaban tan íntimamente unidos, que Nat Gibson podía confundirles en el mismo cariño. Vehemente, entusiasta, amante de lo bello, era artista, a pesar de sus innegables condiciones para los asuntos comerciales. De buena estatura, ojos negros, cabello y barba castaños, de gallarda apostura y simpática fisonomía, agradaba desde el primer momento, y cuantos le trataban eran sus amigos. Por otra parte, de temperamento más decidido que su padre, no había duda de que, con la edad, había de ser resuelto y enérgico.

En sus ratos de ocio Nat Gibson se dedicaba con placer a la fotografía, ese arte que tanto ha progresado, gracias al empleo de las substancias aceleratrices, por medio de las cuales se ha llegado al último grado de la

perfección. Jamás abandonaba el aparato, que le sirvió a maravilla durante el curso de su viaje: lugares pintorescos, retratos de indígenas, clisés de todas clases.

Durante su estancia en Wellington, había tomado numerosas vistas de la ciudad y sus alrededores. El mismo Hawkins se interesaba en ello. Con frecuencia se les veía partir juntos con el equipo de fotógrafo en bandolera, y volvían de sus excursiones con nuevas placas con que enriquecer su colección.

Después de haber presentado el capitán al señor Balfour, el armador entró en su despacho, adonde le siguieron Gibson y su hijo. Se empezó hablando de Hobart Town. Las noticias no faltaban, gracias al servicio regular entre Tasmania y Nueva Zelanda. La víspera había llegado carta de la señora Hawkins, y las de la esposa del capitán esperaban en Wellington desde hacía días la llegada del James Cook.

Gibson leyó su correspondencia. Todos estaban bien. Las señoras gozaban de buena salud. Verdad es que la ausencia les parecía larga, y esperaban que no se prolongaría mucho más. El viaje debía tocar a su término.

—Sí —dijo el armador—, cinco o seis semanas más, y estaremos de regreso en Hobart Town...

—¡Querida madre! —exclamó Nat Gibson—; ¡qué placer tendrás al volvernos a ver! ¡Tanto como yo al abrazarte!

—¡Y el que yo he tenido, querido hijo!...

—Amigo mío —dijo el armador—, me parece que la travesía del James Cook será ahora de poca duración...

—Tal creo, Hawkins.

—Aun con poca velocidad, la navegación es bastante corta entre Nueva Zelanda y Nueva Irlanda.

—Y en esta estación sobre todo —contestó el capitán—. La mar está en calma hasta el ecuador, los vientos son regulares, y pienso, como tú, que no sufriremos retraso alguno, si nuestra escala en Port Praslin no se prolonga.

—Seguramente que no, Gibson. He recibido de nuestro corresponsal Zieger una carta muy afirmativa. Asegura que hay en el archipiélago una gran cantidad de nácar y de copra, y el cargamento se efectuará sin dificultades.

—¿Zieger está dispuesto a hacerse cargo de nuestras mercancías? —preguntó el capitán.

Sí, amigo mío; y, te lo repito, ten la seguridad de que no tendremos ningún retraso por este motivo.

—No olvides, Hawkins, que desde Port Praslin el bergantín se dirigirá a Kerawara...

—Es cuestión de veinticuatro horas, Gibson.

—Y bien, padre —dijo Nat—, ¿podremos fijar aproximadamente la duración total del viaje? ¿Cuántos días para Port Praslin y Kerawara?...

—Tres semanas, aproximadamente.

—¿Y de Wellington a Port Praslin?

—Otro tanto.

¿Y el regreso a Tasmania?

—Un mes, aproximadamente.

—De suerte que en dos meses y medio es posible que el James Cook regrese a Hobart Town.

—Sí, más bien antes que después.

—Bueno —contestó Nat Gibson—; voy a escribir a mi madre hoy mismo, porque el correo de Australia leva anclas pasado mañana... Le pediré dos meses y medio más de paciencia, de la que la señora Hawkins querrá tomar su parte, ¿verdad?

—Desde luego —contestó el armador.

—Y a principios de año las dos familias estarán reunidas.

—Dos familias que forman una sola —dijo Hawkins. Las manos del armador y las del capitán se entrelazaron afectuosamente.

—Querido Gibson, almorzaremos aquí, con Balfour, ¿no te parece?

—Por supuesto, Hawkins.

—¿Tienes que hacer algo en la ciudad?

—No; pero necesito volver a bordo.

—¡Perfectamente, al James Cook! —exclamó Nat—. Me alegraré mucho de volver a ver el bergantín antes de trasladar nuestros equipajes de pasajeros.

—¡Oh! —contestó Hawkins—; aún estaría algunos días en Wellington.

—Veinticuatro horas, a lo sumo —contestó el capitán—. No tengo averías que reparar, ni cargamento que embarcar ni desembarcar... Para renovar provisiones me basta con unas cuantas horas... A propósito de esto, necesito dar a Balt algunas órdenes.

—¿Estás satisfecho de tu contramaestre?

—Mucho; es un hombre celoso que conoce muy bien el servicio.

—¿Y la tripulación?

—De los antiguos marineros nada hay que decir.

—¿Y de los que has tomado en Dunedin?

—No me inspiran confianza; pero no he podido encontrar otros mejores.

—¿De modo que el James Cook partirá...?

—Mañana, si no nos sucede aquí lo que pasó en Dunedin. En estos momentos no les conviene a los capitanes mercantes prolongar sus escalas en los puertos de Nueva Zelanda.

—¿Te refieres a las deserciones que diezman las tripulaciones? —preguntó Hawkins.

—Más que diezmarlas, puesto que de ocho marineros yo he perdido cuatro.

—Tienes razón, Gibson; ten cuidado no te pase en Wellington lo que te sucedió en Dunedin.

—Sí, he tomado la precaución de no permitir que desembarque nadie de a bordo, bajo ningún pretexto..., ni siquiera el cocinero Koa...

—Haces bien, padre —añadió Nat Gibson—; hay en el puerto lo menos media docena de barcos que no pueden hacerse a la mar por falta de marineros.

—No me extraña —contestó Harry Gibson—. Así es que en cuanto reponga provisiones daré las órdenes a Flig Balt para zarpar mañana a primera hora.

Al oír el nombre del contramaestre, Hawkins no pudo reprimir un gesto bastante significativo.

Luego dijo:

—Ya sabes que ese hombre no me produjo buena impresión cuando le contratamos en Hobart Town.

—Sí, lo sé —contestó el capitán—, pero tus desconfianzas no son justificadas. Cumple sus funciones con verdadero celo; los hombres de a bordo le obedecen, y, te lo repito, el servicio no ha dejado hasta ahora nada que desear.

—Tanto mejor, Gibson; prefiero haberme equivocado, y desde el momento que te inspira confianza...

—Además, Hawkins, cuando se trata de maniobrar, ya sabes que no me fío

de nadie; pero el resto del servicio lo confío a mi contraмаestre. Desde nuestra partida no he tenido que dirigirle el más mínimo reproche, y si quiere volver a embarcar en el bergantín en el próximo viaje...

—Tú lo has de decidir, mi querido amigo. Eso a ti sólo te compete, y nadie mejor para saber lo que conviene hacer.

Como se ve, Flig Balt había conseguido inspirar completa confianza. De tal modo supo representar su papel aquel bandido, en connivencia con Vin Mod. Así es que cuando el armador le preguntó al capitán si estaba seguro de los cuatro marineros que no habían desertado, respondió Gibson:

—Vin Mod, Hobbes, Wickley y Burnes son buenos marineros, y lo que no han hecho en Dunedin, no han de intentarlo aquí.

—Se les tendrá en cuenta al regreso —declaró el armador—. No es por ellos por quienes he prohibido a mis hombres saltar a tierra; ha sido por los cuatro nuevos.

Y el capitán explicó en qué condiciones habían ido a bordo Len Cannon, Sexton, Kyle y Bryce, huyendo de los policemen de Dunedin, después de una refriega en la taberna de Las Tres Urracas.

—¿Son buenos prácticos? —preguntó el armador.

—Sabes su oficio. Pero no puedes imaginarte las dificultades con que he luchado para completar la tripulación. ¡Quince días de forzosa espera, y sin saber hasta cuándo íbamos a permanecer en Dunedin!... ¡He tenido que tomar lo único que se encontró!

—Bueno; si alguno no sirve, se le sustituye en cuanto se pueda.

—Eso pensaba hacer aquí si las circunstancias hubieran sido favorables; pero, en fin, habrá que dejarlo para Hobart Town...

—Tiempo tendremos de pensar en eso —observó Nat Gibson—. El bergantín estará algunos meses en el puerto, ¿no es verdad, Hawkins?, y pasaremos todo ese tiempo en familia hasta el día que yo regrese a Wellington.

—Todo se arreglará, Nat —repuso el armador.

Hawkins, Gibson y su hijo dejaron el comptoir, bajaron hasta el muelle, y en un bote del servicio del puerto se dirigieron a bordo del James Cook.

El contraмаestre les recibió muy atento, muy solícito, y el armador, tranquilizado por las buenas referencias del capitán, se mostró con él afectuoso.

—Veo que está usted muy bien, señor Hawkins —le dijo Flig Balt.

—Estoy perfectamente, muchas gracias —contestó el armador.

Los tres marineros, Hobbes, Wickley y Burnes, que navegaban en el bergantín desde hacía algunos años, fueron también saludados.

En cuanto a Jim, recibió dos sonoros besos del señor Hawkins, y el muchacho demostró una gran alegría por volverle a ver.

—Tengo muy buenas noticias de tu madre —le dijo—, y espera que el capitán estará satisfecho de ti.

—Completamente —declaró Gibson.

—Muchas gracias, señor Hawkins —dijo Jim—; me da usted una gran alegría.

—¿Y yo? —dijo Nat Gibson, llamándole la atención—; ¿no hay nada para mí?...

—¡Oh, sí, señor Nat! —exclamó Jim, arrojándose al cuello del joven.

—¡Qué buena cara tienes, muchacho! Si tu madre te viera, ¡qué contenta se pondría la pobre! Ya te fotografiaré para enviarle tu retrato.

—Que esté muy bien parecido, señor Nat.

—Lo estará si no te mueves.

—No me moveré, señor Nat, no me moveré.

Preciso es añadir que el armador, después de haber hablado a Hobbes, Wickley y Burnes de sus familias, que vivían en Hobart Town, dirigió algunas frases a Vin Mod. Éste se mostró muy reconocido a la atención. Le conocía menos que a sus camaradas, pues era el primer viaje que hacía en el James Cook.

En cuanto a los nuevos marineros, Hawkins se limitó a saludarlos con un «buenos días».

Y hay que confesarlo; la impresión que le produjeron no fue mejor que la experimentada por Gibson.

Hubiérase podido, sin inconveniente alguno, dejarlos saltar a tierra. No había cuidado de que desertaran después de las cuarenta y ocho horas de navegación, y seguramente hubiesen vuelto a bordo antes de que el bergantín levase anclas. Vin Mod les había trabajado, y a pesar de la presencia de los dos pasajeros, esperaban que no había de faltarles ocasión para apoderarse del barco. La empresa sería algo más difícil, pero no imposible para gente sin fe y sin conciencia decidida a no retroceder ante ningún crimen.

Después de una hora que pasaron juntos el armador y el capitán examinando las cuentas del viaje, este último anunció que el bergantín se haría a la mar al amanecer del siguiente día. El armador y Nat Gibson volverían por

la noche a tomar posesión de sus camarotes, enviando previamente sus equipajes.

Antes de volver al muelle, Gibson preguntó a Flig Balt si necesitaba ir a tierra.

—No, capitán —contestó el contraamaestre—. Prefiero quedarme a bordo; es más prudente; conviene no perder de vista a la gente.

—Tiene usted razón, Balt —le dijo el capitán—; pero de todos modos, el cocinero tendrá que hacer provisiones...

—Le enviaré, capitán, y si es necesario irán con él dos marineros.

Estando ya todo convenido, el bote que les había llevado a bordo los dejó en el muelle. De allí fueron al comptoir, donde Balfour los esperaba para almorzar.

Durante la comida se habló de negocios. Hasta entonces, el viaje del James Cook había sido feliz y pródigo en beneficiosos resultados.

El cabotaje en gran escala tendía, de modo bien acentuado, a tomar gran incremento en aquella parte del Pacífico. La toma de posesión de los archipiélagos vecinos por Alemania abría nuevos mercados. Así es que Hawkins no había estrechado sus relaciones con Zieger a humo de pajas. Éste era su corresponsal en Nueva Irlanda, y actualmente se encontraba en Nueva Mecklenburg. Al comptoir que acababa de fundar en Wellington debía muy especialmente mantener dichas relaciones, bajo la dirección de Balfour y de Nat Gibson, que se instalaría definitivamente en él pasados unos cuantos meses.

Cuando acabó el almuerzo, Gibson quiso ocuparse de las provisiones para el bergantín, que el cocinero había de ir a buscar aquella misma tarde: conservas, aves, carne, harina, legumbres secas, quesos, cerveza, ginebra, café y otros diferentes artículos.

—Padre, tú no puedes salir de aquí antes de que yo haya hecho tu retrato —le dijo Nat.

—¡Cómo... aún andas con eso! —exclamó el capitán.

—¡Qué quieres, amigo mío! —añadió Hawkins—; los dos estamos poseídos por el demonio de la fotografía, y no dejamos en paz a la gente hasta después de haber pasado por delante de nuestro objetivo... Así es que no tienes más remedio que someterte de buen grado.

—¡Pero si tengo ya tres o cuatro de esos retratos en nuestra casa de Hobart Town!

—Pues bien; éste será uno más; y puesto que mañana partimos, el señor

Balfour se encargará de remitirlo a mi madre por el próximo correo.

—Desde luego —dijo el aludido.

—Debes considerar, padre, que un retrato es como un pescado: no tiene valor más que cuando está fresco. Piensa en que tienes ahora diez meses más, casi un año, que cuando dejaste Hobart Town; y estoy seguro de que no te pareces por completo a tu última fotografía, la que está sobre la chimenea de tu gabinete...

—Nat tiene razón —dijo el armador riéndose—; apenas si yo te he conocido cuando te has presentado esta mañana.

—¡Hombre, no tanto! —exclamó el capitán.

—Te lo aseguro; no hay nada que cambie tanto como diez meses de navegación.

—Haz lo que quieras, hijo; aquí me tienes dispuesto al sacrificio.

—¿Y qué pose vas a adoptar? —preguntó bromeando el armador—. ¿La del marino que parte o la del marino que arriba? ¿Te conviene la pose del capitán, el brazo extendido hacia el horizonte, y en la otra mano el sextante?

—La que tú quieras, Hawkins...

—Luego, cuando estés colocado delante de nuestro aparato, procura pensar en algo... Esto da cierta expresión a la fisonomía... ¿En qué vas a pensar tú?

—Pensaré en mi mujer, en mi hijo... y en ti, amigo mío.

—Entonces vamos a obtener una magnífica prueba.

Nat Gibson poseía uno de esos aparatos portátiles perfeccionados que dan el negativo en pocos segundos. El capitán resultó admirablemente, a juzgar por las manifestaciones de su hijo, que examinó el cliché en la cámara oscura.

El armador, el capitán y su hijo dejaron después el comptoir para procurarse todo lo necesario para una navegación de nueve o diez semanas. No faltan en Wellington los almacenes donde encontrar los diferentes aprovisionamientos marítimos: productos alimenticios, utensilios de a bordo, aparejos, poleas, cordajes, velas de recambio, instrumentos de pesca, barriles de brea y alquitrán, útiles de calafate y de carpintero. Pero las necesidades del bergantín estaban limitadas a la alimentación de los dos pasajeros y de la tripulación. Esto fue pronto adquirido, arreglado y expedido al James Cook, en cuanto llegaron los marineros Wickley, Hobbes y el cocinero.

Al mismo tiempo, Gibson llenó las formalidades obligatorias para todo barco que entra o sale de puerto. Por lo tanto, nada impediría al bergantín zarpar con el alba, más dichoso que otros barcos mercantes que por la

deserción de sus hombres estaban de escala forzosa en Wellington.

Durante su correría a través de la ciudad, entre aquella turbamulta de gente atareada, encontraron unos cuantos maoríes de los alrededores. Su importancia numérica ha disminuido en Nueva Zelanda, como la de los aborígenes en Australia, y... sobre todo, la de los tasmanos en Tasmania, puesto que apenas quedan individuos de esta raza. Actualmente, sólo existe una cuarentena de indígenas en la isla del Norte, y apenas dos mil en la del sur. Estos maoríes se dedican principalmente a la orticultura, y, sobre todo, al cultivo de frutos, muy abundantes y de excelente calidad.

Los hombres son de buena presencia; sus rasgos fisonómicos demuestran un carácter enérgico; tienen constitución robusta. Las mujeres parecen seres inferiores. Hay que habituarse a ver a estos individuos del sexo débil pasearse por las calles con la pipa en la boca, fumando más inmoderadamente que el sexo fuerte. En vista de esto, no es de es que resulte un tanto enojoso el cambio de cortesías con las señoras maoríes, puesto que, según las costumbres, no han de limitarse solamente a dar los buenos días y cambiar apretón de manos, sino que hay que frotar nariz contra nariz.

Estos indígenas parece ser que son oriundos de Polinesia, y posible que los primeros emigrantes a Nueva Zelanda procediesen del archipiélago de Tonga-Tabou, que está situado a mil doscientas millas hacia el norte.

Existen dos razones para que esta población disminuya paulatinamente y esté destinada a extinguirse en el futuro. La primera causa de destrucción son las enfermedades, y principalmente la tisis pulmonar, que produce estragos en las familias. La segunda, más terrible aún, es la embriaguez; y conste que las mujeres figuran en primera línea en este espantoso abuso de los licores alcohólicos.

Por otra parte, el régimen alimentario de los maoríes se ha modificado profundamente. Gracias a los misioneros, la influencia del cristianismo ha dejado en ellos profundas huellas. Los indígenas eran antiguamente antropófagos. Y ¿quién se atrevería a decir que esta alimentación ultranitrogenada no convenía más a su temperamento?...

Sea lo que fuere, más vale que desaparezcan, a que se coman los unos a los otros. Un turista muy observador ha dicho que la vida de los caníbales no tiene más que un objeto: la batalla; devorar los ojos y el corazón del enemigo para sentirse inspirados de su valor y para adquirir su sagacidad.

Los maoríes resistieron la invasión británica hasta 1875 en cuya fecha el último rey de King Country se sometió a la autoridad de Gran Bretaña.

A las seis de la tarde Hawkins, el capitán y su hijo regresaron al comptoir, donde les esperaba la cena, terminada la cual se dirigieron a bordo del

bergantín, que estaba ya dispuesto para levar anclas en cuanto apuntaran la primeras luces del alba.

V. UNOS CUANTOS DÍAS DE NAVEGACIÓN

A las seis de la mañana el James Cook estaba dispuesto a zarpar. El capitán tuvo que evolucionar para salir de la bahía por la sinuosa garganta que le sirve de entrada. Después de dar vuelta a la punta Nicholson, gracias a las múltiples viradas, entró en el estrecho, donde soplaban un viento norte contrario. Pero cuando estuvo a la altura de Orokiva, la brisa del oeste le permitió atravesar con facilidad la vasta escotadura que forma el litoral de Ika-na-Maoui, entre Wellington y New Plymouth, hasta más allá del cabo Egmont.

El James Cook, cortando oblicuamente esta inmensa bahía, se iba alejando de tierra para no volverla a encontrar hasta la latitud del citado cabo.

La distancia que había de recorrer a lo largo de la costa occidental de la isla del Norte era cien millas aproximadamente. Con brisa fresca podía franquearla en tres días. Por otra parte, dada la dirección del viento, era imposible mantenerse a la vista del litoral, que Harry Gibson conocía braza a braza, y el bergantín podía alejarse sin peligro mar adentro.

Esta primera jornada transcurrió muy agradablemente. Hawkins y Nat, sentados cerca de la camareta, se abandonaban a la deliciosa impresión de la marcha de su barco. Un poco escorado por la acción del viento, se sustraía rápidamente a las grandes olas y dejaba tras de sí una ondulosa estela. El capitán iba y venía echando una rápida ojeada a la bitácora colocada delante del timonel y cambiando algunas palabras con sus pasajeros. La mitad de la tripulación estaba de cuarto en proa; la otra mitad descansaba, después de haber recibido la ración de la mañana. Se echaron al agua unos cuantos sedales de pescador, y cuando llegó la hora de la comida se recogieron de los anzuelos algunos peces de los que tanto abundan en esos mares.

Bueno es saber también que los parajes de la Nueva Zelanda son muy frecuentados por las ballenas, hasta el punto de que la pesca de éstas se ejerce en aquellos mares con gran éxito. Alrededor del bergantín aparecieron más de una vez colosales cetáceos que no hubiera sido difícil arponear.

Lo que hizo que el armador dijese al capitán, al ver estos enormes mamíferos:

—Hace mucho tiempo que tengo el deseo de simultanear la pesca con el cabotaje, y creo, Gibson, que tanto producto se puede sacar de lo uno como de lo otro.

—Es posible —contestó el capitán; los balleneros que utilizan en estos mares sus arpones llenan fácilmente la bodega de barriles de aceite, de grasa y de ballenas.

—Se dice en Wellington que la pesca de la ballena es más fácil aquí que en ninguna parte...

—Así es, y esto obedece a que las de estos parajes no tienen el oído tan fino como el de otras especies, lo que permite aproximarse mucho a ellas para arrojarles el arpón. En suma: ballena vista, ballena cazada, a menos que lo impida el mal estado del mar. Por desgracia, los golpes de viento son frecuentes y terribles en estos mares...

—Espero que más pronto o más tarde haremos la pesca —dijo Hawkins.

—Será con otro capitán, amigo mío. Cada uno a su oficio, y yo no soy ballenero...

—Bueno, Gibson, con otro capitán y con otro barco; pues se necesita una instalación especial de que no es susceptible nuestro James Cook.

—Sin duda, Hawkins; un barco que pueda embarcar dos mil barriles de aceite durante una campaña que a veces dura un par de años; piraguas para perseguir a esos animales, y una tripulación de treinta o cuarenta hombres, entre arponeros, toneleros, herrero, carpintero, marineros, tres oficiales, lo menos, y un médico...

—El señor Hawkins no olvidará nada de lo necesario para esta empresa —dijo Nat Gibson.

Es un negocio en grande, hijo mío, y yo opino que en esta parte del Pacífico el cabotaje es de más seguros rendimientos. Sé de algunas campañas de pesca que han sido verdaderamente ruinosas... Además, las ballenas perseguidas tienden a alejarse hacia los mares polares. Es preciso ir a buscarlas hasta en los parajes del estrecho de Bering, hacia las islas Kuriles, o en los mares antárticos, viajes largos y peligrosos, de los cuales no todos los barcos regresan.

—Después de todo, mi querido Gibson —dijo el armador—, esto no es más que un proyecto... Ya veremos más adelante...

Atengámonos, pues, a nuestro cabotaje, puesto que hasta ahora lo hemos hecho con brillante éxito, y lleguemos a Hobart Town con un buen cargamento en la bodega.

A las seis de la tarde el James Cook divisó la costa a través de la bahía Waimah, a la altura de los puertecillos de Ohawe. En el horizonte dejáronse ver unas cuantas nubes, y el capitán mandó recoger los juanetes y tomar rizos en las gavias. Es una precaución que deben tomar todos los barcos en estos

parajes donde los golpes de viento son tan súbitos como violentos, y hay que disminuir el velamen para precaverse de la contingencia apuntada.

Y, efectivamente, el bergantín estuvo toda la noche recibiendo las intermitentes sacudidas del viento, teniendo que ganar algunas millas mar adentro después de haber divisado el faro del cabo Egmont. Cuando se hizo de día, torció el rumbo hacia tierra, de la que Gibson no quería alejarse, y vino a pasar por la abertura de New Plymouth, una de las ciudades importantes de la isla del Norte.

La brisa había refrescado durante la noche y soplaba el viento con gran fuerza. No era, pues, posible izar los juanetes, que fueron arriados la víspera, y el capitán se limitó a largar los rizos de las gavias. El bergantín navegaba con velocidad de doce millas por hora, escorado a estribor. A veces las juguetonas olas salpicaban sobre la cubierta finísimas gotas que parecían rocío. Su roda se sumergía a cada instante en el agua hasta mojar el mascarón de proa, irguiéndose inmediatamente.

Las cabezadas y bandazos afectaban poco a los dos pasajeros del James Cook. Hawkins y Nat Gibson ya habían navegado, y el mareo no hizo presa en ellos. Respiraban con voluptuosidad aquel aire vivificante, impregnado de sales marinas, que ensanchan el pulmón. Al mismo tiempo sus miradas se extasiaban en la contemplación de aquellos paisajes, infinitamente variados, de la costa oriental.

Aquella costa es quizá más curiosa que la de la isla del sur. Ika-na-Maoui —este nombre significa en lengua polinesiana «el Pescado de Maoui»— tiene más caletas, bahías y puertos que Tawai-Pounamou, nombre que los indígenas dan al lago donde se recoge el jade verde. En sentido lateral la ruta se extiende sobre la cadena montañosa, toda cubierta de vegetación, donde en otro tiempo borboteaban las erupciones volcánicas. Estas montañas forman lo que pudiéramos llamar la columna vertebral de la isla, cuya anchura media es de unas 30 leguas. En total, la superficie de Nueva Zelanda no es inferior a la de las islas Británicas, y es como una segunda Gran Bretaña que el Reino Unido posee en sus antípodas del Pacífico. Con la única diferencia de que así como Inglaterra no está separada de Escocia más que por un río, la isla del Norte lo está de la del sur por un brazo de mar.

Desde que el James Cook dejó el puerto de Wellington, disminuyeron las probabilidades de apoderarse de él por un golpe de mano. Flig Balt y Vin Mod abordaban el tema tantas veces como podían hablar libremente. Y este día, a la hora del almuerzo, ausentes de cubierta el armador, el capitán y su hijo, pudieron cambiar sus impresiones. Vin Mod estaba al timón, y el único riesgo que corrían era que les oyese alguno de los marineros de cuarto.

—¡Ah, ese maldito aviso! —no cesaba de exclamar Vin Mod

—¡Él ha impedido el golpe!... Si a su comandante le cuelgan alguna vez, quisiera yo ser el que tirara de la cuerda que le ha de apretar el cuello. ¿No podía haber continuado su camino en vez de mantenerse cerca del bergantín? ... Sin él, el James Cook se hubiera ya desembarazado del capitán y de sus hombres, y navegaría con bien distinto rumbo.

—Bueno, todo eso no es más que hablar por hablar —replicó el contraamaestre—; lo que importa es saber si la presencia del armador y del hijo del capitán nos obliga a renunciar a nuestros proyectos.

—¡Jamás! —exclamó Vin Mod—. ¡Nuestros compañeros habrían encontrado el medio de largarse en Wellington si hubiesen creído que el bergantín ha de regresar tranquilamente a Hobart Town!... Lo que ellos quieren es navegar por su propia cuenta, y no por la de Hawkins.

—Te repito que todo eso son palabras nada más —dijo Flig Balt encogiéndose de hombros—. ¿Podemos esperar que se presentará la ocasión?

—¡Sí!... ¡sí!... —afirmó Vin Mod, que empezaba a encolerizarse al ver el descorazonamiento del contraamaestre—. ¡Y se sabrá aprovechar!... Si no es hoy, será mañana..., más tarde..., en estos parajes o más lejos... donde la policía no ha de echarnos el guante... Pongamos un ejemplo: el armador y algunos otros, el hijo de Gibson, dos o tres marineros, no vuelven a bordo una noche; no se sabe lo que ha sido de ellos... El bergantín zarpa, ¿no es así?

Y estos criminales pensamientos los deslizaba Vin Mod en voz baja en el oído de Flig Balt. Decidido a no darse por vencido, resuelto a llegar hasta el fin, no pudo contener un formidable juramento cuando el contraamaestre le opuso de nuevo su poco animosa respuesta:

—¡Palabras, nada más que palabras!...

El horrible juramento se dejó oír hasta en la camareta. Gibson se levantó de la mesa, apareciendo en la puerta.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Nada, capitán —contestó Flig Balt—; una guiñada que ha derribado a Vira Mod.

—¡Creí que nos iba a echar por encima del empalletado! —añadió el marinero.

—El viento es vivo, la mar dura —dijo el capitán, después de examinar con rápida ojeada el velamen del barco.

—La brisa tiende a cambiar al este —hizo observar Flig Balt—. Efectivamente, arriba un poco, Mod... No hay inconveniente en aproximarse a tierra.

Después de ejecutada la orden, Gibson volvió a reunirse con su hijo y el armador.

—¡Ah! —murmuró Vin Mod—, si mandase usted el James Cook, señor Balt, algo mejor orzado iría...

—Sí..., pero como no soy el capitán... —contestó Flig Balt dirigiéndose a proa.

—Pues lo será, pese a quien pese —se repetía Vin Mod

—Es preciso que lo sea..., si no, ¡que me cuelguen!...

Durante esta segunda singladura se vieron menos ballenas que la víspera, lo que explicaba la ausencia de barcos balleneros en aquellos parajes. Del lado de Akaroa y de la bahía de las islas de Tawai-Pounamou es donde se intenta capturarlas. Pero la mar no estaba desierta. Unos cuantos barcos de cabotaje descendían o remontaban al abrigo del litoral, atravesando la bahía Taranaki.

Al mediodía, a impulsos de la fuerte brisa persistente, habiendo perdido de vista la cima del Whare-Orino, de dos mil pies de altura, y la base del cual se hundió en el mar; el James Cook pasó delante de los puertos de Kawhia y de Aotea, donde se abrigó una flotilla de barcos de pesca, que no podían mantenerse con tanto viento en alta mar.

El capitán mandó tomar un rizo en las gavias, conservando la mesana, la vela mayor, la cangreja y los Toques. Si la mar se ponía más dura, si el viento se convertía en tempestuoso, siempre tendría un refugio para la noche, puesto que a las seis de la tarde el barco estaría en Auckland. Pero él prefería no apartarse de su ruta.

En la hipótesis de que el James Cook no hubiese tenido más remedio que buscar un abrigo contra el mal tiempo, lo hubiera encontrado fácilmente en el puerto que acabamos de citar. La bahía de Auckland es una de las más seguras de esta parte del Pacífico. Cuando un barco ha franqueado su angosta entrada entre las rocas de Parera y el Manukan hafén, encuéntrase en una rada perfectamente protegida por todo su perímetro. No tiene necesidad de ganar el puerto, la rada basta, y los barcos encuentran en cualquier parte de ella magnífico fondeadero.

Con semejantes ventajas para el comercio marítimo, no es de extrañar que la población haya adquirido rápidamente una gran importancia. Cuenta en la actualidad con 60.000 habitantes, comprendiendo los de los arrabales. Establecida sobre las colinas de la parte meridional de la bahía, ofrece muy variado aspecto. Admirablemente urbanizada con sus squares y jardines, que decora la espléndida flora tropical, sus largas calles bordeadas de hoteles y almacenes, esta curiosa ciudad, industriosa y comercial, puede excitar bien

legítimamente los celos de Dunedin y de Wellington.

Si el capitán Gibson se hubiera refugiado en su puerto, hubiera visto cien barcos, de arribada los unos, los otros dispuestos a zarpar. En esta parte norte de Nueva Zelanda, la atracción de las minas de oro se hacía sentir mucho menos que en la parte meridional de Ika-na-Maoui, y, sobre todo, en las provincias de Tawai-Pounamou. Allí hubiera sido fácil desembarazarse de los reclutados en Dunedin y reemplazarles por tres o cuatro marineros, escogidos entre los que licencian los barcos. Tan poca confianza seguían inspirándole Len Cannon y los suyos, que, seguramente, los hubiera reemplazado, con gran disgusto de Flig Balt y Vin Mod, si se hubiera decidido a entrar en Auckland. Pero para evitar nuevos retrasos, prefirió mantenerse a media vela durante la noche. Alguna vez se puso a la capa para hacer frente a las oleadas del oeste y alejarse de la costa, cuyos faros le parecían demasiado próximos sobre estribor.

Por lo demás, el James Cook se portó de maravilla, gracias a la habilidad maniobrera del que lo dirigía. No sufrió averías de consideración ni en el casco ni en la arboladura.

Al día siguiente, 2 de noviembre, con viento más moderado y mar más tranquila, el bergantín pasó de largo por la embocadura de otra rada más vasta que la de Auckland, la de Kaipara, en el fondo de la cual aparece Puerto Alberto.

Por último, veinticuatro horas después, pues la brisa había calmado notablemente, las alturas de Mannganni-Bluff, la bahía Hokianga, la punta Beef, el cabo Van Diemen, después de un recorrido de setenta a ochenta millas, quedaron a popa del bergantín. El mar se abría libremente a proa hasta los intrincados archipiélagos de las Tonga, de las Hébridas, de las Salomón, que están comprendidas entre el ecuador y el trópico de Capricornio.

Si el viento y el mar favorecían, el capitán Gibson contaba con efectuar su travesía en poco tiempo. Al remontar hacia la línea equinoccial, los temporales son menos frecuentes, menos temibles que en los parajes de Australia y de Nueva Zelanda. Por otra parte, es verdad que un barco de vela está expuesto a las calmas, que pueden retardar la marcha, cuando tan rápida y segura es la navegación a vapor. Pero este sistema es demasiado costoso, y cuando se trata nada más que de cabotaje en los lejanos mares del Pacífico, vale más usar tela que gastar carbón.

La brisa débil e intermitente amenazaba reducir a dos o tres millas por hora la velocidad del bergantín. Si sobrevenía la calma chicha, si ni un soplo de viento rizaba la superficie del mar, entonces las olas mecerían dulcemente al barco sin desplazarlo ni una braza. Todo su velamen sería inútil, y al capitán no le quedaría otro recurso que aprovechar las corrientes, que, por lo regular,

llevan la dirección norte en esta parte del Pacífico.

Pero el viento no cayó del todo. Un sol espléndido parecía poner el mar en ebullición, como si tuviera fuego en sus capas inferiores. Las velas altas se hinchaban todavía y el James Cook dejaba tras de sí una ligera estela.

Y durante la mañana, como Hawkins y Nat Gibson hablasen de lo que es natural en una navegación, del tiempo presente y del probable, el capitán dijo:

—No creo que esto dure mucho.

—¿Y por qué? —preguntó el armador.

—Veo en el horizonte ciertas nubes que muy pronto nos traerán viento, o me equivoco de medio a medio.

—Pero esas nubes no se elevan —observó Hawkins—, o si suben un poco, pronto se disipan.

—No importa, amigo mío; acabarán por tomar cuerpo, y aquí las nubes son brisa.

—Que nos será favorable —añadió Nat Gibson—. No necesitamos que sea muy fuerte.

—¿Y qué dice el barómetro? —preguntó el armador.

—Tiene una ligera tendencia a bajar —respondió Nat Gibson examinando el aparato.

—Que baje lo que quiera —dijo el capitán—, pero lentamente; lo que no quiero es que dé saltos bruscos, como el mono que se encarama y se descuelga en un cocotero. Si las calmas resultan enojosas, los golpes de viento son temibles, y creo que es mucho más preferible...

—Te diré lo que sería preferible, Gibson —interrumpió Hawkins—; tener a bordo una maquinita auxiliar, de quince a veinte caballos, por ejemplo... Esto permitiría seguir la ruta cuando no hay un soplo de viento, y además favorecería la entrada y salida de los puertos.

—Así hemos navegado hasta el presente y navegaremos mucho tiempo todavía.

—Tú eres siempre, amigo mío, el marino de la antigua marina mercante.

—Efectivamente, Hawkins, y no estoy por esos barcos mixtos... Si están bien contruidos para el vapor, lo están mal para la vela, e inversamente...

—De todos modos, padre —dijo Nat—, allá abajo se divisa una columna de humo que no será desagradable contemplar cerca de nuestra banda.

El joven señalaba con la mano hacia un largo penacho negruzco que se

dibujaba en el horizonte, prolongándose en dirección noroeste. No era posible confundirlo con una nube.

Era el humo de un vapor que navegaba rápidamente en dirección del bergantín. Antes de una hora los dos barcos estarían próximos.

El encuentro de un navío es siempre cosa interesante para quien navega. Se busca y reconoce la nacionalidad por la forma del casco y la disposición de su arboladura, esperando que iese su pabellón en señal de saludo. Harry Gibson examinaba el vapor con su antejo de larga vista, y veinte minutos antes de que pudiera reconocerse sin la ayuda del catalejo, creyó poder afirmar que era un barco francés.

No se equivocó, pues cuando el vapor estuvo a un par de millas del James Cook, el pabellón tricolor apareció en el extremo de mesana.

El bergantín respondió izando inmediatamente el pabellón del Reino Unido. Este vapor, de 800 a 900 toneladas, probablemente un carbonero, debía de marchar con rumbo a uno de los puertos de Nueva Holanda.

A las once y media, aproximadamente, encontrábase a unos cuantos cables del costado del bergantín, y se aproximó más, como si tuviera la intención de ponerse al habla con él. La perfecta calma del mar favorecía la maniobra, que podía hacerse sin peligro alguno. A bordo del barco no se hizo preparativo para lanzar un bote al agua, pues, siguiendo la costumbre, las preguntas y respuestas se cambiarían por medio de la bocina.

Y he aquí lo que se habló en inglés, entre el vapor y el bergantín:

—¿Nombre del barco?

—James Cook, de Hobart Town.

—¿Capitán?

—Capitán Gibson.

—Entendido.

—¿Y el vapor?

—El Assomption, de Nantes; capitán Foucault.

—¿Dónde van?

—A Sydney, Australia.

—Entendido.

—¿Y ustedes?

—A Port Praslin, Nueva Irlanda.

—¿Viene usted de Auckland?

—No, de Wellington.

—Entendido.

—¿Y ustedes?

—De Amboine, de las Molucas.

—¿Buena navegación?

—Buena... Una referencia. En Amboine se teme por la suerte de la goleta Wilhelmina, de Rotterdam, que debía haber llegado hace un mes, procedente de Auckland. ¿No tiene usted ninguna noticia de ese barco?...

—Ninguna.

—He navegado por el oeste, a través del mar del Coral —declaró el capitán. Foucault—, y no la he encontrado... ¿Ni usted tampoco?

—No —contestó Gibson.

—¿Piensa usted hacer rumbo al este, hacia Nueva Irlanda?

—Ésa es nuestra intención.

—Posible es que la Wilhelmina se encuentre desamparada a consecuencia de alguna tempestad...

—En efecto, es posible.

—Ruego a usted que vigile al atravesar esos parajes...

—Vigilaremos.

—Y ahora, buen viaje, capitán Gibson.

—Buen viaje, capitán Foucault.

Una hora después, el James Cook, que había perdido de vista al vapor, remontó hacia el norte-noroeste, dirigiéndose hacia la isla de Norfolk.

VI. A LA VISTA DE LA ISLA DE NORFOLK

Un cuadrilátero, casi regular en tres de sus lados, se levanta y modifica hacia el noroeste la regularidad del litoral; en sus cuatro ángulos las puntas Howe, Nord-Est, Rocs y Rocky; más excéntricamente, un pico, el Pitt-Mount, que levanta su cima a mil cien pies aproximadamente: tal es la figura geométrica de la isla de Norfolk, situada en estos parajes del Pacífico a los 29°

02' de latitud sur y 105° 42' de longitud este.

Esta isla sólo tiene seis leguas de perímetro, y lo mismo que todas sus semejantes de este vasto océano, está rodeada de un anillo de coral, que la defiende, como una muralla a una plaza fuerte. Las olas no socavarán nunca su base de creta amarillenta, que una ligera resaca bastaría para destruir, porque se estrellan contra las rocas coralinas antes de llegar a tierra. Así es que los barcos sólo pueden abordar la isla deslizándose a través de los angostos y peligrosos pasos, expuestos a todas las sorpresas de los remolinos. No existe en Norfolk un puerto propiamente dicho, únicamente al sur, en la bahía Sydney, se establecieron penitenciarías. Por su situación aislada, por la dificultad de embarcar y desembarcar, por la casi imposibilidad de evadirse de allí, parece, efectivamente, que la Naturaleza ha destinado esta isla a no ser más que una penitenciaría.

Conviene observar que al sur, en la dirección de las islas Nepcan y Philips, que completan el grupito Norfolk, los arrecifes de coral se prolongan hasta seis o siete leguas del litoral.

Es, por lo tanto, a pesar de sus escasas dimensiones, una rica parcela del dominio colonial de Gran Bretaña. Cuando Cook la descubrió en 1774, quedó sorprendido por su admirable vegetación, bajo el clima dulce y cálido de los trópicos. Hubiérase dicho que era una corbeille desprendida de los campos de Nueva Zelanda, ornada de plantas idénticas. Allí se multiplica un lino de superior calidad, el *Phorniurn tenax*, y una especie de pino, de una hermosura incomparable, perteneciente al género de las araucarias. Luego la vista se pierde en aquellas llanuras, todas verdes, donde crecen sin cultivar la acedera silvestre y la biznaga. A principios de siglo, el gobierno británico transportó a la isla una colonia de forzados. Gracias al trabajo de estos infelices, se limpió la tierra de maleza, se emprendieron trabajos agrícolas, y el rendimiento de maíz fue tal que los hectolitros se contaron por miles.

Aquello era como un abundantísimo granero colocado entre Australia y Nueva Zelanda. Pero siendo de muy difícil acceso todo el litoral de la isla, no podían aprovecharse sus productos en condiciones prácticas.

Ante estos obstáculos se suprimió el establecimiento penitenciario. Pero teniendo en cuenta que en aquella isla se podían tener en completa seguridad los más endurecidos criminales de Tasmania y de Nueva Gales, la colonia penal fue reorganizada. Llegó a tener hasta quinientos forzados, bajo la vigilancia de 124 soldados, y la administración de 150 empleados.

La isla de Norfolk estaba deshabitada cuando el gran navegante determinó su situación geográfica. Ningún indígena, ni maorí ni malayo, había sido atraído a aquel lugar, a pesar de las riquezas de su suelo. Nunca tuvo otra población que la de los condenados introducidos por el gobierno británico.

Desierta estaba cuando se la descubrió, y desierta han vuelto a dejarla los hombres. En 1842, por segunda, y sin duda última vez, Inglaterra abandonó este establecimiento penitenciario, que fue trasladado a Puerto Arturo, en la costa meridional de Tasmania.

Cuatro días después de haber perdido de vista las extremas prolongaciones de Nueva Zelanda, el James Cook dio vista a la isla de Norfolk. Con regular viento había hecho 80 millas durante la jornada del día 2, 100 durante todo el 3, otras tantas el 4, y habiéndose acostado la brisa, el día 5 no pudo andar más que 70 millas. Por la tarde había ya franqueado las 400 millas, que es la distancia aproximada que separa a las dos islas.

Al mediodía el vigía avistó una altura que se dibujaba en el nordeste. Era la cima del Pitt Mount, y a eso de las cinco de la tarde estaba a la altura de la extremidad nordeste de la isla de Norfolk...

En el curso de esta navegación Gibson había hecho vigilar atentamente esta parte del Pacífico. Ninguna señal de naufragio se había encontrado en la ruta del James Cook, y el misterio de la desaparición del barco holandés Wilhelmina permanecía impenetrable.

A medida que el sol declinaba detrás de las alturas de la isla, el viento caía, el mar tomaba un tinte lechoso, las ondas desaparecían de la superficie, que sólo de vez en cuando se hinchaba ligeramente. Era seguro que al amanecer aún estaría el barco a la vista de la isla. No le separaban de ella más que dos millas, y por prudencia evitaba aproximarse más, pues los bancos de coral se prolongan peligrosamente. Por otra parte, el James Cook, estaba tan inmóvil como si hubiese fondeado sobre su ancla. Ninguna corriente lo desplazaba, las velas pendían flácidas, haciendo grandes pliegues. Si la brisa se levantaba, volverían a hincharse, y el bergantín continuaría su ruta.

El capitán Gibson y sus pasajeros no tenían, pues, más ocupación que gozar de esta magnífica noche bajo aquel purísimo cielo.

Después de comer, el armador, Gibson y su hijo se sentaron a popa.

—Ya tenemos la calma chicha —dijo el capitán—; y, por desgracia, no descubro ningún síntoma que indique el retorno de la brisa.

—Esto no creo que dure mucho —dijo Hawkins.

—¿Y por qué? —preguntó el capitán.

—Porque nos encontramos en pleno verano, Gibson, y el Pacífico no tiene fama de justificar el nombre con que le bautizaron, algo a la ligera...

—Convengo en ello, amigo mío. Sin embargo, aun en esta época se ha dado el caso de que los barcos se encuentren varios días seguidos en la situación en que ahora está el James Cook.

—Afortunadamente —repuso el armador—, no estamos en aquellos tiempos en que la isla del Norte encerraba una población de bandidos... Entonces no hubiera sido prudente estacionarse en su vecindad.

—Efectivamente; si así fuera, tendríamos que vigilar con gran cuidado.

—En mi infancia oí hablar de esos forzados, a quienes ni los castigos, ni la férrea disciplina de los correccionales habían logrado reducir; por lo cual el gobierno resolvió instalar en la isla de Norfolk una colonia penitenciaria.

—Bien guardados debían estar —dijo Nat Gibson—; y, por otra parte, ¿cómo huir de una isla a la cual no se aproximaban los barcos?

—Bien guardados, sí, hijo mío. La huida, desde luego muy difícil... Pero para criminales que no retroceden ante nada cuando se trata de recobrar la libertad, todo es posible, hasta lo que parece no serlo en absoluto.

—¿Ha habido, pues, frecuentes evasiones, señor Hawkins?

—Sí, Nat; y hasta inverosímiles. Los presidiarios se apoderaban, por un golpe de mano, de algún barco del estado, o construían uno secretamente con cortezas de árbol, y se lanzaban intrépidamente a la mar.

—Teniendo el noventa por ciento de probabilidades de perecer —declaró el capitán.

—Indudablemente —contestó Hawkins—; pero si encontraban en aguas de la isla algún barco en la situación del nuestro, bien pronto saltaban a bordo y daban buena cuenta de la tripulación... Luego se alejaban con rumbo a los archipiélagos de Polinesia, donde pirateaban a sus anchas.

—En fin, ese temor no existe ahora... —afirmó el capitán Gibson.

Como se habrá observado, todo lo que acababa de decir el armador coincidía con los proyectos que abrigaban Flig Balt y Vin Mod. Aunque no eran habitantes de la isla de Norfolk, tenían los criminales instintos de los forzados a quienes Hawkins aludía; no pretendían otra cosa que lo que aquéllos hubiesen hecho en su lugar: convertir el bergantín de la casa Hawkins, de Hobart Town, en un barco pirata, y ejercer su bandolerismo precisamente en los parajes del Pacífico central, donde había de ser casi imposible darles caza.

Así es que si el James Cook no tenía a la sazón nada que temer por la proximidad a la isla de Norfolk, puesto que la penitenciaría estaba en Puerto Arturo, no era menor el peligro por la presencia a bordo de los reclutados en Dunedin, decididos a secundar los deseos de Vin Mod y el contramaestre.

—Pues bien —dijo entonces Nat Gibson—; puesto que no hay peligro, ¿me permites tomar el bote?

—¿Qué es lo que quieres hacer?

—Pescar al pie de las rocas; tenemos aún dos horas de día... Es el momento oportuno, y no puedes tener cuidado alguno, porque estaré siempre a la vista del bergantín.

No había inconveniente en satisfacer el deseo del joven. Dos marineros y él bastarían para echar los anzuelos entre los bancos de coral. Estas aguas son muy abundantes en peces, y seguramente no regresarían con las manos vacías.

Por otra parte, el capitán creyó conveniente fondear en aquel punto, y echó su anda, con 35 brazas de cadena, sobre un fondo de arena.

Preparado el bote, Hobbes y Wickley se dispusieron a acompañar a Nat Gibson. Eran, como ya sabemos, dos marineros leales, en los cuales podía fiarse el capitán.

—Ve con Dios, Nat —dijo a su hijo—; y no tardes.

—Te lo prometo, padre.

—Tráenos una buena fritada para el almuerzo de mañana —añadió Hawkins—, y también un poco de brisa, si queda algo en la costa.

La embarcación se separó del bergantín, y bajo el vigoroso impulso de los dos marineros, pronto franqueó las dos millas que la separaban de las primeras rocas coralinas.

Se echaron al agua los sedales, sin que Nat Gibson tuviera que hacer uso del bichero, ni apoyarlo una vez siquiera en los arrecifes. Ni corrientes ni resaca. El bote quedó inmóvil en cuanto los marineros dejaron los remos.

Por aquel lado de la costa los bancos se extendían a una media milla, y aunque no estuviera muy alumbrada por el sol, que ocultaban las masas del Pitt Mount, la vista podía distinguirlos detalles: estrechas playas entre las rocas calizas y amarillentas, caletas cerradas, puntas rocosas, numerosos ríos deslizándose hacia el mar a través de los espesos bosques y las verdes planicies de la isla. Todo este litoral estaba absolutamente desierto. Ni una cabaña bajo los árboles, ni una columna de humo desprendiéndose de la frondosidad, ni una piragua fondeada en cualquier remanso o varada sobre la arena.

La animación de la vida no faltaba, sin embargo, en la región comprendida entre la cresta de los bancos y la tierra. Pero era debida únicamente a la presencia de las aves acuáticas, que llenaban el aire con sus gritos discordantes; cuervos de blanquecino plumaje; el martín pescador, de color verdemar; los stournes, con ojos de rubí; las golondrinas de mar; el pájaro mosca, sin contar las fragatas, que pasan dando grandes aletadas.

Si Nat hubiera llevado su escopeta, habría hecho seguramente muy buenos tiros, únicamente por deporte, pues la carne de estas aves no es comestible. Más valía, en previsión de la próxima comida, pedir al mar lo que el aire no podía dar.

Y el mar se mostró generoso; pasada una hora al pie de los bancos, el bote había recogido con que alimentar a la tripulación durante un par de días. El pescado abunda en aquellas aguas claras, erizadas de plantas marinas, bajo las cuales hierven los crustáceos, las langostas, los cangrejos, los camarones, centollos, lapas, y es preciso que sean inagotables, puesto que los anfibios, focas y otros hacen de ellos un consumo enorme.

Entre los peces que picaron en los anzuelos, y que presentaban una extraordinaria variedad de especies, rivalizando por la brillantez de sus colores, Nat Gibson y los marineros pudieron recoger varias parejas de blenias. La blenia es un extraño animal, que tiene los ojos en la parte superior de la cabeza, las mandíbulas muy pronunciadas, el color gris de lino; recorre las playas y salta sobre las rocas con movimientos de zarigüeya o de canguro.

Eran las siete de la tarde; el sol acababa de trasponer las cumbres, y su postrera purpúrea luz se extinguía en la cima de Pitt Mount.

—Ya es hora de regresar a bordo; ¿no le parece a usted, señor Nat? —dijo Wickley.

—Es prudente —añadió Hobbes—. A estas horas suele levantarse alguna brisa de tierra, y si el bergantín pudiera aprovecharla, no debemos hacerlo esperar.

—Bueno, recoged los sedales, y volvamos al James Cook —dijo el muchacho—. Pero mucho me temo no poder llevar al señor Hawkins el viento que nos ha encargado.

—No —declaró Hobbes—, lo que es viento, no llevamos ni el necesario para llenar una gorra.

—No se divisa ni una nube en todo el horizonte —añadió Wickley.

—Desatracuemos —ordenó Nat Gibson.

Pero antes de separarse del banco, se puso de pie en la popa de la embarcación, recorriendo con la mirada todas las sinuosidades de los arrecifes que rodeaban el extremo nordeste de la isla. Le había acudido a la mente el recuerdo de la goleta desaparecida, de la que no había la menor noticia... ¿No podría dar la casualidad de que divisara algún resto de la Wilhelmina, algún despojo del naufragio, si las corrientes los habían llevado hacia aquellas aguas? ¿No podía suceder que si el casco del barco no estaba completamente demolido, sobresaliera por entre aquellos arrecifes?...

También los dos marineros observaron la costa en una extensión de algunas millas. Inútil observación; ninguno de ellos logró ver el menor resto de la goleta indicada por el vapor francés.

Wickley y Hobbes iban, pues, a ponerse a los remos, cuando sobre una de las rocas que se destacaban del litoral Nat Gibson creyó distinguir una forma humana. Como se encontraba a una milla de distancia, y era el momento del crepúsculo, la falta de luz le impedía asegurar si aquello era una realidad o un error de la vista. ¿Era aquel bulto un hombre, a quien la llegada del bote había atraído hacia la costa?... ¿No agitaba este hombre los brazos en demanda de socorro?... Era imposible contestar con exactitud estas preguntas.

—Mirad —dijo Nat a los marineros.

Los dos dirigieron la mirada en la dirección indicada.

En este momento las sombras invadían el litoral, y la forma humana, si realmente lo era, había desaparecido.

—No he visto nada —dijo Wickley.

—Ni yo —declaró Hobbes.

—Sin embargo, creo no haberme engañado —dijo Nat Gibson—. Allí había un hombre.

—¿Cree usted haber visto a una persona? —preguntó Wickley.

—Sí..., allí..., sobre aquella roca, y agitaba los brazos...; pero su voz no podía llegar hasta nosotros.

—En estas playas hay muchas focas, y cuando a la puesta del sol alguna se yergue, se la puede confundir con un hombre.

—Puede suceder, y a esta distancia la confusión es fácil. Posible es que yo me haya engañado.

—¿Es que tiene todavía habitantes la isla de Norfolk? —preguntó Hobbes.

—No —contestó el joven—. No hay en ella indígenas. Sin embargo, tal vez algún náufrago se haya visto obligado a buscar refugio en ella.

—Y si hubiera náufragos —añadió Wickley—, tal vez fuesen los de la Wilhelmina.

—¡A bordo! —mandó Nat—. Es probable que mañana el bergantín continúe donde está, y con nuestros anteojos recorreremos el litoral cuando esté iluminado por el sol.

Los dos marineros empuñaron los remos. En veinte minutos el bote atracó al costado del James Cook, y el capitán, que seguía desconfiando de la mitad

de sus tripulantes, tuvo buen cuidado de no dejar en el agua la embarcación.

La pesca tuvo una gran acogida por parte de Hawkins; y como era muy aficionado a la historia natural, pudo estudiar prácticamente las blenias, de las cuales no había tenido hasta entonces ningún ejemplar entre las manos.

Nat Gibson dio cuenta a su padre de lo que creía haber visto en el momento de apartarse de los bancos coralinos.

El capitán y el armador prestaron gran atención al relato del joven. No ignoraban que desde el abandono de la isla como lugar de reclusión, debía estar desierta, y que a los indígenas de los archipiélagos vecinos, australianos y maoríes, no se les había ocurrido nunca fijarse en aquel punto.

—Es posible que haya algunos pescadores en la isla —observó Flig Balt, tomando parte en la conversación.

—Efectivamente —contestó el armador—, y no sería de extrañar en esta época del año.

—¿Has visto alguna embarcación por, aquellos arrecifes? —preguntó el capitán a su hijo.

—Ninguna, padre.

—Entonces creo que el señor Nat se ha engañado —repuso el conremaestre—. La noche se había echado encima, y era difícil distinguir a tanta distancia... Me parece, capitán, que si el viento se levanta esta noche, podíamos largar las velas.

Se comprende que a Flig Balt, muy contrariado ya por la presencia de Hawkins y el hijo del capitán, no había de hacerle maldita la gracia la posibilidad de un nuevo pasajero. En estas condiciones no tendría más remedio que renunciar a sus proyectos, cada día más acariciados. Él y sus cómplices estaban decididamente resueltos a apoderarse del barco antes de llegar a Nueva Irlanda.

—Sin embargo —dijo el capitán—, si Nat no se ha equivocado, es que existen náufragos en la isla—. ¿Por qué no habían de ser los de la Wilhelmina? ... Si así fuera, tendríamos que socorrerlos... Faltaría a mis deberes de hombre y de marino si me diese a la vela antes de asegurarme acerca de este extremo...

—Tienes razón, Gibson —aprobó el armador—. Pero se me ocurre que el hombre que Nat cree haber visto pudiera ser algún confinado que se escapase de la penitenciaría, permaneciendo en la isla después de suprimida aquélla.

—Entonces ese hombre sería muy viejo, pues la evacuación data de 1842, y si en aquella época estaba ya en presidio, tendría más de setenta años, puesto

que estamos en 1885.

—Tienes razón, Gibson; lo más probable es que se trate de los náufragos de la goleta holandesa, que hayan sido arrojados sobre Norfolk, si Nat no se ha engañado.

—¡No, no! —afirmó el joven.

—Entonces —dijo Hawkins— esa pobre gente se encontraría ahí desde hace unos quince días, pues no es probable que el naufragio se remonte a más larga fecha.

—Así debe de ser, a juzgar por lo que nos ha comunicado el capitán del Assomption. Así es que mañana haremos todo lo que podamos, todo lo que debamos hacer... Si, como Nat ha dicho, hay un hombre en la costa, seguramente estará observando el bergantín, y a pesar de la distancia le veremos con los gemelos.

—Pero, capitán —insistió el contraamaestre—, es posible que esta noche se levante brisa favorable...

—Que se levante o no, el James Cook permanecerá sobre su anda, y no zarparemos sin haber enviado un bote a reconocer la costa... No dejaré la isla de Norfolk antes de haber visitado sus alrededores, aunque tengamos que consagrar a ello un día entero.

—Muy bien, padre, y estoy seguro de que no perderemos ese día.

—¿No opinas lo mismo, Hawkins? —preguntó el capitán, volviéndose hacia el armador.

—¡Absolutamente! —contestó el interpelado.

Y en verdad que era bien plausible la determinación de Gibson. Obrar de esta suerte era cumplir un deber de humanidad.

Cuando Flig Balt hubo vuelto a proa, contó a Vin Mod lo que se había hablado y decidido. El marinero quedó tan descontento como su superior inmediato. Después de todo, tal vez Nat Gibson se hubiese engañado... Tal vez aquella costa no albergara a ninguno de los náufragos de la Wilhelmina. La duda habría de resolverse en muy pocas horas.

Llegó la noche, noche oscura, de luna nueva. Un telón de espesa bruma velaba las constelaciones. Hacia el oeste, en el horizonte, la tierra mostraba confusamente una masa más oscura todavía.

A las nueve aproximadamente sopló una ligera brisa, y el James Cook viró un cuarto sobre su ancla. Este viento era favorable para que el bergantín siguiera su ruta. Pero el capitán no volvió sobre su acuerdo, y el barco continuó fondeado.

Además, no era más que un viento intermitente que rozaba la cumbre del Pitt-Mount, y el mar continuaba en calma.

Hawkins, el capitán y su hijo estaban sentados a popa. No teniendo prisa por entrar en sus camarotes, aspiraban el aire fresco de la noche, que indemnizaba del calor del día.

Serían las nueve y media cuando Nat Gibson, levantándose y mirando del lado de tierra, dio algunos pasos a babor:

—¡Una hoguera!... ¡Allí hay una hoguera! —exclamó.

—¿Una hoguera?

—Sí, señor Hawkins.

—¿En qué dirección?

—En la de la roca donde he visto al hombre.

—Efectivamente —dijo el capitán.

—¡Ven ustedes cómo yo no me había equivocado! —dijo Nat lleno de alegría.

Una hoguera brillaba hacia aquella parte, un fuego de leña que levantaba grandes llamas, en medio de los torbellinos de una espesa humareda.

—Gibson, es una señal que se nos hace —dijo el armador—. No cabe duda, en la isla hay náufragos.

Fueran o no fueran náufragos, lo cierto es que en la isla había seres humanos que pedían socorro: ¡y qué ansiedad debían de experimentar, qué temor de que el bergantín hubiese levado anclas!...

Convenía, pues, tranquilizarles lo antes posible, y al efecto el capitán mandó a su hijo que cogiera la escopeta y respondiera a la señal.

El joven entró en la camareta y apareció inmediatamente con una escopeta en la mano.

Resonaron tres detonaciones, cuyos ecos el litoral devolvió al James Cook.

Al mismo tiempo un marinero agitó tres veces consecutivas un farol que fue izado hasta el extremo de mesana.

Sólo quedaba esperar a que apuntara el alba, y el James Cook se pondría en comunicación con la isla de Norfolk.

VII. LOS DOS HERMANOS

Al amanecer, una bruma bastante densa cubría por el oeste el horizonte y del litoral de la isla apenas si se distinguía la línea rocosa. Pero estos vapores no tardarían en desaparecer, pues la cima del Pitt Mount se destacaba por encima de la niebla, bañado ya por los rayos del sol.

El náufrago, o los náufragos, debían de estar tranquilos, porque aunque el bergantín no fuera visible desde la costa, habrían oído, indudablemente, durante la noche las señales que se les hicieron desde el barco, en contestación a las suyas. El bergantín no podía haber zarpado, y una hora después habría enviado un bote a tierra.

Pero antes de hacerlo, el capitán Gibson prefería, no sin razón, que se despejase la bruma por la parte donde había brillado la hoguera indicadora. Evidentemente los que la encendieron no disponían de una piragua, pues de ser así hubieran ido ellos a bordo del James Cook.

Empezaba a levantarse una ligera brisa sudeste, y las nubes que se extendían a lo largo de la imaginaria línea divisoria del mar y el cielo indicaban que refrescaría durante la mañana. Sin el motivo que le retenía anclado, el capitán hubiese dado las órdenes para continuar la ruta.

Poco antes de las siete, la parte inferior del banco coralino, a lo largo del cual dejaba la resaca un festón de espuma, se dibujó bajo la bruma. Las volutas de vapores se evaporaron las unas tras las otras, y apareció la tierra.

Nat Gibson cogió el antejo, paseó con impaciencia la vista por toda la extensión del litoral, y no tardó en exclamar:

—¡Allí está!... Mejor dicho, ¡allí están!...

—¿Varios hombres? —preguntó el armador.

—Dos, señor Hawkins.

Éste cogió a su vez el antejo.

—Sí —exclamó—; nos hacen señales... agitan un pedazo de tela en el extremo de un palo.

El instrumento pasó a manos del capitán, que confirmó la presencia de dos individuos, de pie sobre las últimas rocas en la extremidad de la punta. El espacio se había despejado por completo de bruma, y podía distinguirse a simple vista a los náufragos. Que uno de ellos era el hombre que Nat Gibson había visto la tarde anterior, estaba fuera de duda.

—¡Al agua el bote grande! —mandó el capitán.

Y al mismo tiempo Flig Balt, obedeciendo las órdenes de su superior, izó el pabellón británico en el extremo de mesana, en contestación a las señales de

tierra.

El capitán Gibson había mandado echar al agua el bote grande en previsión de que hubiese que embarcar en él más de dos personas. Pudiera darse el caso de que se hubiesen refugiado en la isla otros náufragos, en la hipótesis de que aquéllos fuesen de la tripulación de la Wilhelmina. ¡Y ojalá que todos hubiesen ganado esta costa después de abandonar la goleta!

Descendió el bote; el capitán y su hijo fueron los primeros que lo ocuparon; Nat Gibson se puso al timón y cuatro marineros a los remos. Vin Mod estaba entre éstos, y en el momento de pasar cerca del contraamaestre hizo un gesto de desesperación.

El bote se dirigió hacia el banco de coral. La víspera, durante la pesca, Nat Gibson había advertido una estrecha abertura que permitía franquear la barrera de arrecifes. De allí a la punta no habría más que unos siete u ocho cables de distancia.

En menos de un cuarto de hora la embarcación abordó el estrecho paso. Desde allí pudieron advertirse las últimas humaredas del fuego, que había sido alimentado durante toda la noche, y cerca del cual estaban de pie los dos hombres.

Vin Mod, que iba a la proa del bote, se volvió impaciente para verlos, aunque embarazaba el movimiento de los remos.

—¡No te distraigas, Mod! —le gritó el capitán—. Ya tendrás tiempo de satisfacer tu curiosidad cuando estemos en tierra...

—¡Sí!... —murmuró el marinero, que, de haber dado rienda suelta a su rabia, hubiera hecho trizas el remo.

El angosto paso abríase entre rocas de coral, que hubiera sido peligroso abordar. Sus agudas aristas, cortantes como el acero, hubieran destrozado el casco de una embarcación. Así es que el capitán Gibson ordenó moderar la velocidad. La brisa empujaba suavemente la embarcación por entre aquellos arrecifes, constantemente batidos por la resaca.

El capitán y su hijo miraban a los dos hombres. Cogidos de la mano, inmóviles, silenciosos, no hacían un gesto, no proferían ni un grito. Cuando el bote viró para enfilar la punta, Vin Mod pudo verles perfectamente.

El uno debía de tener unos treinta años, y treinta y cinco el otro. Con la ropa hecha jirones, la cabeza descubierta, nada indicaba que fuesen marinos. Aproximadamente de la misma estatura, rubia en los dos la barba inculta, se parecían lo suficiente para comprender que eran hermanos. En todo caso, no se trataba de indígenas polinesios.

Y entonces, antes de que los del bote hubiesen desembarcado, cuando el

capitán y su hijo estaban sentados todavía en el banco de popa, el mayor de los dos avanzó hacia la orilla, y en inglés, pero con acento extranjero, exclamó:

—¡Gracias, por haber acudido en nuestro socorro... muchas gracias!...

—¿Quiénes son? —preguntó Gibson

—Dos holandeses.

—¿Náufragos?

—Sí, náufragos de la goleta Wilhelmina.

—¿Los únicos salvados?

—Los únicos, o al menos después del naufragio, los dos únicos que hemos llegado a esta costa...

El tono suspensivo de estas últimas palabras indicaba que este hombre no sabía en qué punto se encontraba.

Echaron a tierra el rezón del bote, y una vez que un marinero lo hubo sujetado al saliente de una roca, Gibson y sus acompañantes pusieron pie en tierra.

—¿Dónde estamos? —preguntó el de más edad.

—En la isla de Norfolk —contestó el capitán.

—La isla de Norfolk —repitió el más joven.

Entonces supieron los náufragos que se encontraban en un pedazo de tierra aislado en aquellos parajes del oeste del Pacífico.

Acerca de la magnitud del desastre ocurrido a los tripulantes de la Wilhelmina, nuestros náufragos no pudieron responder de una manera precisa a todas las preguntas de Gibson. En cuanto a las causas del naufragio, he aquí lo que contaron:

—Quince días antes la goleta fue abordada por el temporal durante la noche; debíamos de estar a tres o cuatro millas al este de esta isla. Al salir de nuestro camarote fuimos arrastrados por una furiosa oleada... La noche era muy oscura. Afortunadamente, pudimos asimos a una jaula de gallinas que pasó a nuestro alcance... Tres horas después la corriente nos traía hacia estos bancos de coral, desde los cuales ganarnos la tierra a nado...

—¿De modo que hace dos semanas que están ustedes en la isla? —preguntó Gibson.

—Dos semanas.

—¿Y no han encontrado ustedes a nadie?

—A nadie.

—Y creemos —dijo el más joven— que no hay un ser humano en esta tierra, al menos en esta parte de la costa.

—¿No han pensado ustedes en internarse tierra adentro?

—Sí, pero hubiésemos tenido que aventurarnos en el interior de bosques espesos, corriendo el riesgo de perdernos y no encontrar lo necesario para la subsistencia.

—Y después de todo, ¿dónde hubiéramos ido a parar, puesto que dice usted que la isla está desierta?... Más valía no abandonar el litoral... Hubiese sido renunciar a toda posibilidad de ser avistados por un navío que nos salvase, como acaban ustedes de hacerlo...

—Tienen ustedes razón.

—Y el bergantín, ¿cómo se llama?

—El James Cook.

—¿Y su capitán?

—Yo soy —respondió Gibson.

—Pues bien, capitán —dijo el mayor estrechándole la mano—, ya ve usted cómo hemos hecho muy bien esperando en esta orilla.

Efectivamente, si los náufragos hubiesen intentado explorar la falda del Pitt Mount, o escalar su cima, hubieran luchado con dificultades insuperables, y, rendidos por el hambre y la fatiga, habrían encontrado la tumba en medio de los infranqueables bosques del interior.

—Pero ¿cómo han podido ustedes vivir durante estos quince días? —preguntó el capitán.

—Nos hemos alimentado de productos vegetales, raíces desenterradas aquí y allá, plantas marinas, piñas... Si hubiésemos tenido sedales, o con qué fabricarlos, no hubiese sido difícil procurarnos pescado, pues abunda al pie de las rocas.

—Y el fuego —preguntó Nat—, ¿cómo han podido ustedes hacerlo?

—Los primeros días hubo que pasar sin él. No teníamos cerillas; mejor dicho, las teníamos, pero mojadas e inservibles... Por fortuna, al remontarnos hacia la montaña nos encontramos con una solfatara que arroja todavía algunas llamas; gracias a este hallazgo pudimos cocer las legumbres.

—¿Y así han vivido ustedes quince días?

—Así, capitán, pero, lo confieso, nuestras fuerzas nos iban abandonando, y

ya empezábamos a desesperarnos cuando, al regresar ayer de la solfatara, divisé un barco fondeado a dos millas de la costa.

—El viento había caído —dijo Gibson—, y como la corriente amenazaba llevarnos hacia el sudeste, apartándonos de la ruta, me vi obligado a echar el ancla.

—Era ya tarde. Apenas quedaba una hora de día y estábamos aún a más de media legua de la orilla... Después de correr a toda velocidad, advertimos que un bote se preparaba a regresar al bergantín... Llamé; agité los brazos..., pedí socorro...

—Yo iba en el bote —dijo Nat—, y me pareció ver un hombre, nada más que uno, en esta roca, en el momento en que empezaba a oscurecer.

—Era yo —dijo el de más edad—; me había adelantado a mi hermano, y cuál no sería mi decepción cuando vi alejarse el bote sin lograr que me advirtiesen... Creímos que ya no había salvación para nosotros... La brisa se levantaba, el bergantín zarparía durante la noche... Al día siguiente estaría ya lejos de la isla.

—¡Pobres!... —murmuró el capitán.

—La costa se había sumergido en la sombra. No se veía nada del barco; las horas pasaban, y entonces se nos ocurrió la idea de encender fuego. Recogimos hierba seca, madera seca, y las echamos sobre las brasas del fuego, que mantenemos desde que descubrimos la solfatara. Muy pronto se elevó una gran llamarada. Si el bergantín continuaba anclado, la claridad no podía pasar inadvertida para los hombres de cuarto. ¡Qué alegría cuando, un rato después, oímos una triple descarga!... Un farol brilló luego en la dirección del bergantín. No cabía duda de que habíamos sido advertidos. Entonces tuvimos la seguridad de que el barco no partiría, y que, al lucir el día, vendrían en nuestro auxilio. ¡Pero ya era tiempo, capitán, sí, ya era tiempo!... Así es que repito como a su llegada: ¡Gracias, gracias!

Visiblemente, los náufragos parecían estar extenuados, exhaustos de fuerza, casi desnudos bajo sus harapos, y Gibson comprendió la urgencia de trasladarlos al James Cook.

—Vamos a bordo —les dijo el capitán—. Lo primero que necesitan ustedes es comer y vestirse; luego veremos lo que podemos hacer.

Los supervivientes de la *Wilhelmina* no tenían nada que recoger. Se les proporcionaría todo lo necesario, y no tendrían que poner más el pie en la isla.

En cuanto Gibson, su hijo y los dos hermanos hubieron tomado asiento en la popa, el rezón fue recogido, y el bote se dirigió hacia la salida de los arrecifes.

El capitán había observado al escucharles que, por su manera de expresarse, eran hombres superiores a la clase en la que se reclutaban de ordinario los marineros. De todos modos, quiso esperar que estuviesen en presencia de Hawkins para informarse de su situación y tomar, respecto a ellos, la determinación que conviniera.

Vin Mod, por su parte, se dio cuenta, con gran disgusto, de que no se trataba de dos compinches dispuestos a todo, como Len Cannon y sus camaradas de Dunedin, ni siquiera de aventureros, que tan frecuentemente suelen encontrarse en estos parajes del Pacífico. Los dos hermanos no formaban parte de la tripulación de la goleta. Eran dos pasajeros, y, probablemente, los únicos que resultaron sanos y salvos del naufragio. Así es que Vin Mod sentíase cada vez más irritado al pensar que sus proyectos no se podrían ya realizar.

El bote atracó al bergantín; el capitán, su hijo y los náufragos subieron a bordo. Cuando los presentaron al armador, Hawkins no pudo dominar su emoción al ver el lastimoso estado en que se encontraban.

—¡Bien venidos, amigos míos! —les dijo, tendiéndoles la mano.

Los dos hermanos, no menos impresionados, quisieron arrojarse a sus pies; él lo impidió.

—¡No! —repuso—. ¡No!... Nos consideramos muy felices pon...

Las palabras le faltaban, se le oprimía la garganta, y este excelente hombre no pudo más que aprobar a Nat Gibson, que exclamó:

—¡A comer!... ¡Que les den de comer!... ¡Se están muriendo de hambre!
...

Los dos hermanos fueron conducidos al comedor, donde pudieron resarcirse de los quince interminables días de privaciones y sufrimientos.

Luego el capitán puso a su disposición uno de los camarotes laterales, donde estaban dispuestas las ropas recogidas a los antiguos tripulantes. Cuando hubieron cambiado de prendas, los náufragos volvieron sobre cubierta, y sentados en la popa, en presencia de Hawkins, del capitán y de su hijo, contaron su historia.

Estos hombres eran holandeses, originarios de Groninga. Se llamaban Karl y Pieter Kip. Karl, el mayor, oficial de la marina mercante de los Países Bajos, había hecho ya numerosas travesías con categoría de teniente; luego de segundo de a bordo en barcos mercantes. Pieter estaba asociado en un comptoir de Amboine, una de las Molucas, corresponsal de la casa Kip, de Groninga.

Esta casa hacía un gran negocio con la nuez moscada y el clavo, muy

abundantes en esta colonia, y si no puede asegurarse que fuera una de las más importantes de la ciudad, lo cierto es que su jefe gozaba de una excelente reputación en el mundo comercial.

El señor Kip, padre, viudo desde hacía unos cuantos años, hacía cinco meses que había muerto. Éste fue un golpe funesto para los negocios del *comptoir*, y fue preciso hacer grandes esfuerzos para evitar una liquidación en desventajosas condiciones. Ante todo, era indispensable que los hermanos regresaran a Groninga.

Karl Kip tenía entonces treinta y cinco años. Buen marino, con aptitud para capitán, esperaba el mando de un barco, que seguramente no tardaría en obtener. Con menos inteligencia, tal vez, que su hermano, menos hombre de negocios, sin todas las condiciones que Pieter tenía para la dirección de una casa de comercio, le sobrepujaba en resolución, en energía, en fuerza y en resistencia física. Su gran sentimiento consistía en que la situación financiera de la casa Kip no le había permitido nunca tener un barco de su propiedad. Karl Kip hubiera hecho entonces por su cuenta la navegación de altura. Pero no había sido posible distraer del negocio los fondos necesarios para la empresa, y el hijo mayor se quedó con el deseo.

Karl y Pieter se querían entrañablemente, y unidos por una estrecha amistad, ningún desacuerdo había jamás alterado aquella concordia, basada más bien en la simpatía que en los lazos de familia. Nunca se interpuso entre ellos una sombra, una nube de celos o de rivalidad.

Cada cual estaba en su esfera. Para el uno los largos viajes, las emociones, los peligros del mar. Para el otro los trabajos del despacho en Amboine y las relaciones con Groninga. Su propia familia les bastaba, y no habían tratado de crearse una segunda, de procurarse nuevos lazos, que tal vez les hubieran separado. Pieter, que tenía el sentido del negocio, se consagraba a él por entero. Su asociado, también holandés, le secundaba en todo, y ambos esperaban que había de aumentar el crédito de la casa, y que no emplearía en balde ni su tiempo ni su celo.

Cuando murió el señor Kip, padre, Karl estaba en el puerto de Amboine, en un barco de la matrícula de Rotterdam, en el cual desempeñaba el cargo de segundo de a bordo. Los dos hermanos fueron dolorosamente sorprendidos por este golpe, que les privaba de un padre a quien amaban profundamente. ¡Y sin tener el consuelo de encontrarse a su lado, para recibir sus últimas palabras, su último suspiro!...

Entonces entre los dos hermanos se adoptó la siguiente resolución: Pieter se separaría de su asociado de Amboine y marcharía a Groninga a ponerse al frente de la casa que su padre dirigía.

Precisamente el Maximus, en el cual Karl Kip había hecho el viaje desde las Molucas, era un barco viejo, en tan mal estado, que allí mismo fue dado de baja, por no considerarlo en condiciones para hacer el viaje de regreso. Muy combatido por el mar, durante su travesía entre Holanda y las islas, no era ya más que un almacén de madera vieja. Así es que el capitán, los oficiales y los marineros debían ser repatriados a Europa por cuenta de la casa armadora de Rotterdam.

Pero este viaje de regreso exigiría una larga estancia en Amboine, pues era preciso que toda la tripulación pudiera embarcar en algún navío con destino a Europa, y los dos hermanos tenían prisa por llegar a Groninga.

Karl y Pieter decidieron, pues, tornar pasaje en el primer barco que zarpara, fuera de Amboine; de Ceram o de Teruate, otras islas del archipiélago de las Molucas.

En aquellos días arribó la goleta Wilhelmina, de Rotterdam, que haría en Amboine una escala muy corta. Era un barco de 500 toneladas, que iba con destino a su puerto de matrícula, haciendo escala en Wellington.

Si la plaza de segundo hubiese estado vacante, no cabe duda de que Karl Kip la hubiera obtenido. Pero el personal estaba completo, y ningún individuo de la tripulación del Maximus encontró plaza en la de la Wilhelmina. Pero Kip no quiso perder la ocasión, y tomó un camarote de pasajero en dicho barco.

La goleta se hizo a la mar el 23 de septiembre. Su tripulación se componía del capitán Roebok, el segundo Stourn, dos contramaestres y diez marineros, todos de origen holandés.

La navegación fue buena por el mar de Arafura, tan estrechamente encerrado entre la costa septentrional de Australia, la costa meridional de Nueva Guinea y el grupo de las islas de la Sonda, al oeste, que le defiende contra los temporales del océano Índico. Al este no ofrece otra salida que el estrecho de Torres, que termina en el cabo de York.

A la entrada de este estrecho el barco se encontró con vientos contrarios, que retardaron su marcha algunos días. Hasta el 6 de octubre no consiguió desembarazarse de los numerosos arrecifes, que hicieron difícil su ruta antes de desembocar en el mar del Coral.

Ante la Wilhelmina se abrió entonces el inmenso Pacífico hasta el cabo de Hornos, que la goleta había de doblar después de una corta escala en Wellington, de Nueva Zelanda. Su ruta era larga, pero los hermanos Kip no habían podido escoger otra mejor.

En la noche del 29 al 30 de octubre todo iba bien a bordo; el servicio estaba montado como de ordinario, cuando se produjo un espantoso accidente,

que la más exquisita vigilancia no hubiera podido evitar.

La noche era muy oscura. Pesadas brumas envolvían el mar, en completa calma, como generalmente sucede en estas condiciones atmosféricas.

La Wilhelmina llevaba encendidas sus luces reglamentarias: verde a estribor y roja a babor. Por desgracia, la niebla impedía ver el barco a medio cable de distancia.

De improviso, sin que se oyera el mugido de una sirena, antes de que se descubriera una de las luces de situación, la goleta fue abordada por la banda de babor, a la altura de la camareta de la tripulación. El terrible choque produjo la caída del palo mayor y del de mesana.

En el momento en que Karl y Pieter Kip se lanzaban fuera de la toldilla, no entrevieron más que una enorme masa vomitando humo y vapor, que pasaba como una tromba después de haber hecho dos pedazos a la Wilhelmina.

Durante medio segundo, antes del choque, una luz blanca había aparecido. El barco que abordó a la goleta fue un vapor; era todo lo que se sabía.

La Wilhelmina, la proa por un lado, por otro la popa, se iba a pique rápidamente. Los dos pasajeros no tuvieron tiempo de reunirse a la tripulación. Apenas pudieron advertir unos cuantos marineros agarrados a los aparejos. Utilizar los botes no era posible, porque ya se habían sumergido. En cuanto al capitán y al segundo, lo más probable era que no hubieran podido salir del camarote.

Los dos hermanos, medio desnudos, estaban ya metidos en el agua hasta medio cuerpo. Sentían cómo se sumergía lo que restaba de la Wilhelmina, e iban a ser arrastrados en el remolino que se produciría al desaparecer por completo el navío.

—¡No nos separemos! —gritó Pieter.

—¡Cuenta conmigo! —respondió Karl.

Los dos eran buenos nadadores. Pero ¿habría alguna tierra próxima?... ¿Qué posición ocupaba la goleta en el momento de la colisión en aquella parte del Pacífico comprendida entre Australia y Nueva Zelanda, avistada cuarenta y ocho horas antes, en la última observación del capitán Roebok?

Huelga decir que el vapor que abordó a la goleta debía de estar ya lejos, a no ser que hubiera sufrido averías en el choque. Si acaso había echado los botes al agua, ¿cómo iba a encontrar entre aquella densa niebla los supervivientes de la catástrofe?...

Karl y Pieter Kip se consideraron perdidos. Una oscuridad profunda les envolvía por todas partes. Ningún silbato de máquina ni de sirena indicaba la

presencia de un navío, ni el ruido producido por el escape del vapor, si el barco se hubiese detenido después del siniestro... Ni una tabla salvadora al alcance de la mano...

Durante media hora se mantuvieron sobre el agua, el mayor dando alientos al más joven, ayudándole a sostenerse cuando notaba que su vigor decaía. Pero se aproximaba el momento en que sus fuerzas habían de faltarles por completo, y después de un supremo ¡adiós! se sumergirían en el abismo...

Serían las tres de la mañana aproximadamente cuando Karl Kip logró agarrarse a un objeto que flotaba cerca de él. Era una jaula de gallinas de las que llevaba el barco, y los dos hermanos se asieron a ella.

La luz del alba penetró por entre la bruma, que no tardó en desaparecer apenas brillaron los primeros rayos del sol.

Karl Kip paseó su mirada por el horizonte. Hacia el este, el mar desierto. Al oeste, la costa de una tierra bastante elevada; he aquí lo que a primera vista pudo advertir.

La costa de referencia no se encontraba a más de tres millas. La corriente y el viento llevaban hacia allí, y era casi seguro que se podría ganar tierra firme si no cambiaba el estado de las cosas.

Aquella tierra, isla o continente, era de momento la salvación de los náufragos.

El litoral, que se desarrollaba hacia oeste, estaba iluminado por un pico, la cima del cual doraban los primeros rayos del sol.

—¡Allí! ¡Allí! —exclamó Karl Kip.

Allí, sí; no había más que aquello, pues en vano se hubiera buscado en toda la superficie del mar ni una vela ni otra porción de tierra.

De la Wilhelmina no quedaba ni el menor vestigio. Tampoco había señales del vapor que la echara a pique, que, habiendo sin duda resultado ileso de la colisión, encontrábase lejos, fuera del alcance de la vista.

Incorporándose cuanto pudo, Karl Kip no advirtió sobre las aguas restos del casco ni de la arboladura. Sólo flotaba aquella jaula de gallinas que los hermanos habían tenido la suerte de atrapar.

Extenuado, embotado, Pieter se hubiera ido al fondo si su hermano no le hubiera mantenido a flote. Karl nadaba vigorosamente, empujando la jaula hacia los arrecifes, festoneados por la espuma de la resaca.

Esta primera franja del anillo coralino se prolongaba por delante de la costa. No faltaría menos de una hora para poderla abordar. Con el movimiento del agua hubiera sido difícil poner el pie en aquel primer firme que la tierra les

ofrecía. Así es que los náufragos se deslizaron por un estrecho paso, y serían las siete de la mañana cuando lograron poner la planta en la punta donde el bote del James Cook los había recogido.

Y en aquella isla desconocida, desierta, sin útiles, sin utensilios, sin ropas, era donde los náufragos habían de pasar durante quince mortales días una miserable existencia.

Tal fue el relato que hizo Pieter Kip, en tanto que su hermano, escuchándole en silencio, se limitaba a confirmar sus palabras con el gesto.

Ya sabemos, pues, por qué la Wilhelmina, esperada en Wellington, no arribaría jamás al puerto; por qué el vapor Assomption no había encontrado restos del naufragio. La goleta yacía en las profundidades del mar, a menos que las corrientes hubiesen arrastrado algunos restos hacia el norte.

La impresión que produjo el relato de los náufragos les fue favorable. Naturalmente, nadie se hubiera atrevido a poner en duda su veracidad. Se servían del idioma inglés con una facilidad que atestiguaba una instrucción y educación impropias de gente vulgar. Su actitud no era la de esos aventureros que pululan por los parajes del Pacífico, y expresaban, Pieter Kip sobre todo, una inquebrantable confianza en Dios.

Así es que el excelente Hawkins no disimuló la satisfacción que experimentaba.

—Amigos míos —les dijo—, están ustedes a bordo del James Cook, y en él continuarán.

—Muchas gracias, señor —contestó Pieter Kip.

—Pero no podrá llevarles a Europa... —añadió el armador.

—Poco importa —contestó Karl Kip—. Lo esencial es haber dejado la isla de Norfolk, donde estábamos sin recursos, y no pedimos más.

—En cualquier parte donde desembarquemos encontraremos medios de repatriarnos —añadió el hermano menor.

—Y yo ayudaré a ustedes para que lo consigan —dijo el capitán Gibson.

—Y ¿adónde va el James Cook? —preguntó Karl Kip.

—Praslin, en Nueva Irlanda —contestó el capitán.

—¿Tiene que permanecer allí mucho tiempo?

—Tres semanas aproximadamente.

—¿Luego vuelve a Nueva Zelanda?

—No, vamos a Tasmania, a Hobart Town, donde está la casa armadora.

—Pues bien, capitán —declaró Karl Kip—, tan fácil nos será encontrar pasaje en Hobart Town, como en Dunedin, Auckland o Wellington.

—Ciertamente —aseguró el armador—, y si embarcan ustedes en un vapor que regrese a Europa por el canal de Suez, la travesía será mucho más corta.

—Eso quisiéramos.

—En todo caso, señor Hawkins, y usted, capitán —dijo Pieter Kip—, puesto que tienen la bondad de aceptarnos como pasajeros...

—No como pasajeros, sino como huéspedes —interrumpió Hawkins—, y nos consideramos felices al poder ofrecerles hospitalidad en el James Cook.

Se cambiaron nuevos apretones de manos. Luego los dos hermanos se retiraron a su camarote en busca del necesario reposo, pues habían velado toda la noche cerca del fuego.

La brisa, que había disipado las brumas, empezaba a refrescar. La calma parecía tocar a su fin y el mar verdeaba en el sudeste de la isla.

Convenía aprovechar; el capitán dio las órdenes para hacerse a la mar. Las velas fueron amuradas, giró el cabestrante, se levó el ancla, y el bergantín volvió a surcar las olas remontándose en dirección norte-noroeste.

Dos horas después había desaparecido la más alta cumbre de la isla de Norfolk, y el James Cook ponía la proa al nordeste, hacia las tierras de Nueva Caledonia, en el límite del mar del Coral.

VIII. EL MAR DEL CORAL

Mil cuatrocientas millas aproximadamente separan la isla de Norfolk de Nueva Irlanda. Después de navegar 500, la primera tierra que había de descubrir el James Cook era la posesión francesa de Nueva Caledonia, con la que se completa el grupito de las islas Loyalty, en el este.

Si el viento y el mar favorecían la marcha del bergantín, bastarían cinco días para la primera parte de esta travesía, una decena para la segunda.

La vida a bordo continuaba con su habitual regularidad. Los cuartos sucedían a los cuartos con esa monotonía de las navegaciones tranquilas, que no dejan de tener su encanto. Marineros y pasajeros se interesaban por el menor incidente de mar: un barco que pasara, una bandada de pájaros que revoloteara alrededor de los aparejos, un grupo de cetáceos, a los cuales el paso del barco dispersaba.

Generalmente los hermanos Kip, sentados a popa, se abandonaban, en compañía de Hawkins, a largas conversaciones, en las que con mucho gusto tornaban parte el capitán y su hijo. Los náufragos no podían dominar su intranquilidad respecto a la situación de la casa de Groninga. La situación de los negocios reclamaba con urgencia que Pieter Kip se pusiera al frente de ellos. Ninguno de los dos hermanos ocultaba su desconfianza cuando hablaban con el armador acerca del asunto.

Hawkins trataba de darles ánimos. Encontrarían crédito seguramente... Si era preciso llegar a la liquidación, no sería en tan malas condiciones como ellos esperaban... Pero la inquietud de Karl y Pieter estaba sobradamente justificada por el retraso que les había impuesto el naufragio de la Wilhelmina.

No habrá olvidado el lector la mala impresión que los hermanos Kip habían producido en el ánimo de Vin Mod. Que no se podía contar con ellos para la ejecución de sus propósitos era la evidencia misma. Los náufragos no eran unos aventureros sin remordimientos ni escrúpulos. Superiores a la clase donde se reclutan los marineros, su presencia a bordo hacía irrealizable toda tentativa de sublevación.

Fácil es imaginarse cuál sería la conversación de Flig Balt y Vin Mod, cuando pudieron cambiar impresiones entre sí y con Len Cannon.

Con relación a los hermanos Kip, la opinión del contraamaestre fue que, si llegara el caso, los náufragos se pondrían de parte del armador y del capitán.

Sin embargo, Len Cannon, que juzgaba a los demás por sí mismo, no pareció opinar del mismo modo.

—¿Se sabe a punto fijo quiénes son esos holandeses?... —dijo el marinero—. ¿Has visto tú sus papeles?... No; entonces, ¿por qué hemos de creerles bajo su palabra?... Y puesto que han perdido en el naufragio cuanto tenían, bien pudieran quererlo ganar... He conocido a más de uno con trazas de santo, y que no ha hecho aspavientos cuando se le ha propuesto un buen golpe...

—¿Y serás tú quien los tantee? —preguntó Flig Balt, encogiéndose de hombros.

—¡Yo..., bien seguro que no! —contestó Len Cannon—. Los marineros no tienen ocasión de hablar con los pasajeros..., puesto que pasajeros son éstos en tan mala hora venidos.

—Len tiene razón —afirmó Vin Mod—; ni él ni yo estamos en situación de poderlo intentar.

—Entonces, ¿seré yo? —preguntó el contraamaestre.

—Precisamente usted mismo, no, Flig Balt.

—¿Quién, pues?

—El nuevo capitán del James Cook.

—¿Cómo el nuevo capitán? —preguntó el contramaestre sorprendido.

—¿Qué quieres decir, Mod? —añadió Len Cannon—. Quiero decir que se debe ser lo menos capitán para tratar con esos señores Kip...

—¿Y qué? —exclamó Flig Balt, cada vez más impacientado por las reticencias.

—Será necesaria una circunstancia... sí... no abandono mi idea... Supongamos que el señor Gibson cae al mar durante la noche..., un accidente... ¿Quién tomaría el mando?... Flig Balt evidentemente... El armador y el hijo del capitán no saben nada de marinería..., y entonces, en vez de llevar el bergantín a Port Praslin... y, sobre todo, antes de ir a Hobart Town... en fin, ¡quién sabe!...

Luego añadió el marinero:

—¡Verdaderamente que hemos tenido una suerte perra!... Primero el aviso, que se cruzó en nuestro camino... Luego Hawkins y Nat Gibson, que embarcaron en Wellington... Después los dos holandeses que vienen a bordo... Cuatro hombres más; otros tantos como habíamos enrolado en la taberna de Las Tres Urracas... Y ahora resulta que contra nosotros seis, tenemos ocho... ¡Lástima de ocho lazos corredizos!...

Flig Balt escuchaba sin hablar. La perspectiva de mandar el barco le halagaba. Provocar un accidente que hiciese desaparecer al capitán era mucho mejor que entablar una lucha contra los pasajeros del James Cook y la mitad de la tripulación.

Pero Len Cannon respondía que seis hombres resueltos debían dar buena cuenta de otros ocho que no están sobre aviso, si se les sorprende antes de que tengan tiempo de darse cuenta de la situación... Bastaría desembarazarse de dos de ellos para que la partida se equilibrara... Y concluyó con estas palabras:

—Es preciso dar el golpe esta noche. Que el señor Balt diga que sí...; yo prevengo a los otros, y mañana el bergantín será nuestro...

—Vamos, patrón, ¿qué dice usted a eso? —preguntó Vin Mod.

El contramaestre continuó callado.

—¿Quedamos en ello? —insistió Len Cannon.

En aquel momento Gibson, que se encontraba a popa, llamó a Flig Balt.

—¿No quiere, pues, decidirse? —preguntó Len Cannon.

—Se decidirá, no tengas cuidado —dijo Vin Mod—; si no esta noche, en cuanto la ocasión se presente.

—¿Y si no se presenta?

—La inventaremos. Los hermanos Kip

—Bueno, pues que sea antes de llegar a Nueva Irlanda... Mis camaradas y yo no hemos embarcado en el bergantín para navegar a las órdenes del capitán Gibson; y te prevengo Mod que si no damos el golpe en cuanto lleguemos a Port Praslin, tomamos las de Villadiego...

—Por supuesto, Len...

—Y no hay más que hablar, Mod... No seremos nosotros los que llevaremos el James Cook a Hobart Town, donde no tendríamos más que hacer que arrastrar las patas.

En suma, a Vin Mod le preocupaban las vacilaciones de Flig Balt. Conocía su naturaleza cautelosa, en la que la astucia predominaba sobre la audacia. Así es que procuraba comprometerlo de tal suerte que no pudiera retroceder. Por otra parte, era preciso contener a Len Cannon, cuyas impacencias podían comprometer el asunto.

La navegación continuó en inmejorables condiciones. Viento favorable, bastante fuerte durante el día, calmado al anochecer. Las noches eran hermosas, frescas, e indemnizaban de los calores diurnos, que iban en aumento a medida que el bergantín avanzaba hacia el trópico de Capricornio. Hawkins, el capitán, su hijo y los hermanos Kip, hablando y fumando, prolongaban la velada, y a veces permanecían en el puente hasta las primeras luces del alba. La mayor parte de los marineros que no estaban de cuarto preferían el aire libre sobre cubierta a la atmósfera asfixiante del camarote. En estas condiciones hubiese sido imposible sorprender a Hobbes, Burnes y Wickley. En un instante los tres hubiesen estado a la defensiva.

El bergantín llegó al trópico al mediodía del 7 de noviembre. Casi inmediatamente dieron vista a la isla de Pinos y a las alturas de Nueva Caledonia.

La gran isla Bolada no tiene menos de 200 millas de longitud por 30 de anchura. Sus dependencias las componen las islas de los Pinos, Beaupré, Botanique y Hohohana; luego a Levante está el grupo de las Loyalty, de las cuales la más meridional es la isla Britannia.

Sabido es que este archipiélago pertenece al dominio colonial de Francia. Es un lugar de deportación para los condenados por delitos comunes. Aunque se ha llevado a cabo más de una evasión, no es cosa fácil abandonar la penitenciaría de los antípodas. Para lograrlo es necesario estar en combinación

con algún barco, como ha ocurrido diferentes veces en favor de deportados políticos. En todo caso, cuando los fugitivos se ven precisados a arrojar al mar para ganar el barco a nado, están expuestos a las acometidas de los formidables escualos que pululan entre aquellos arrecifes.

Además, salvo en el puerto de Noumea, capital de la isla, es casi imposible abordar este archipiélago, que está defendido por bancos madreporicos, sobre los cuales chocan furiosamente las olas.

El James Cook continuó remontándose hacia el norte, a lo largo de la costa. A la distancia de dos o tres millas, la mirada podía abarcar todo el desenvolvimiento de la isla grande, las colinas litorales, dispuestas en anfiteatro, áridas, completamente desprovistas de vegetación. El capitán Cook descubrió estas islas en 1771, y veinte años después el almirante francés Entrecasteaux completó el plano hidrográfico de las mismas.

La población neocaledoniana, que se calcula en unos 60.000 habitantes, tiene asegurada su existencia por los productos del suelo, que es muy rico: ñame, caña de azúcar, pinos en abundancia, naranjas, plátanos, cocoteros, higos, etc. En el interior existen grandes bosques, cuyos árboles alcanzan prodigiosas dimensiones.

Durante la mañana del 9, los de a bordo pudieron observar la alta cadena de montañas que constituye el esqueleto de la isla. Surcada de torrentes, dominan en ella ciertas alturas, como el monte Kogt, el Arago, el Homedebua, cuya altitud excede de 500 metros.

También Flig Balt, Vin Mod, Len Cannon y sus camaradas observaban esta isla, pero con bien distinta disposición de ánimo. No podía pasar inadvertido para ellos que en aquella tierra había centenares de forzados, de los que de buen grado hubieran llevado a bordo una media docena.

—Allí hay —repetía Vin Mod— una porción de valientes, que en un santiamén se apoderarían de un barco para recorrer el Pacífico... Si tuviéramos la suerte de que esta noche se les ocurriera largarse a unos cuantos...; si su embarcación llegase al costado del bergantín...; si se precipitaran en el puente sin pedirle permiso al armador ni al capitán..., muy pronto nos entenderíamos con ellos...

—Sin duda —contestó Len Cannon—; pero esto no ocurrirá.

Efectivamente, no era fácil que ocurriera. Por otra parte, los fugitivos de Noumea no hubiesen sido recibidos a bordo como los naufragos de la Wilhelmina. ¡Un barco que se dedica a un tráfico honrado, no favorece la evasión de criminales!...

Al día siguiente Nueva Caledonia dejaba ver aún su parte septentrional; los

últimos arrecifes que se extienden hacia el norte fueron dejados a popa al mediodía, y el James Cook continuó a toda vela a través del mar del Coral.

En diez días, con buena brisa, el bergantín podría franquear la distancia de 900 millas que separa Nueva Caledonia de Nueva Irlanda.

Este mar del Coral es tal vez, en opinión de los navegantes, uno de los más peligrosos del globo. En una extensión de dos grados de latitud, encima y debajo de su superficie, está erizado de puntas madreporicas, interceptado por bancos de coral, surcado de corrientes irregulares y mal conocidas. Numerosos navíos han naufragado allí. Sería muy conveniente señalar con boyas los peligros, como se hace en las bahías de Europa y América. Durante la noche del 10 de junio de 1770, a pesar del buen viento y de la brillante claridad de la luna, el ilustre Cook no pudo evitar el naufragio.

No era de esperar que al capitán Gibson le ocurriera lo mismo. El casco de su barco no se abriría sobre una de aquellas puntas, y, como había hecho el navegante inglés, no se limitaría a taponar la quilla con una vela para cegar la vía de agua. Sin embargo, la tripulación tuvo que vigilar día y noche con gran cuidado para evitar los escollos. En esta época, gracias a los estudios hidrográficos hechos con cierta precisión, podíase fiar de los planos de a bordo. Por otra, parte, Gibson ya había navegado por el mar del Coral y conocía todos los peligros.

También Karl Kip había frecuentado los difíciles parajes, bien sea que su barco hubiese ido a buscar por el este la entrada del estrecho de Torres, o que dejase el mar de Arafura durante sus campañas en Extremo Oriente. La vigilancia no había de faltar a bordo del bergantín.

En suma, el tiempo favoreció la travesía del James Cook, y transcurrió rápidamente, impulsado por los vientos alisios del Pacífico, sin que los hombres tuviesen que maniobrar.

Estos parajes son, generalmente, poco visitados. A menos que tengan que ir a los puertos del oeste de América, los vapores no se aventuran en el mar del Coral, que sólo surcan los barcos de vela que prefieren la ruta del cabo de Hornos a la del de Buena Esperanza, o para los que, como el James Cook, hacen el cabotaje en gran escala entre Australia, Nueva Zelanda y los archipiélagos del norte. Es, pues, raro divisar una vela en el horizonte; así es por una navegación monótona, a la que han de resignarse, si no las tripulaciones, que no se preocupan de la distracción, los pasajeros, a quienes estas travesías parecen interminables.

En la tarde del 9 de noviembre, Nat Gibson, que estaba a proa, llamó al capitán, que salía de la camareta, y le señaló una especie de masa negruzca que se divisaba por babor a dos millas de distancia.

—Padre —le dijo—, ¿será aquello un escollo?

—No lo creo —contestó el capitán—; he hecho una buena observación a mediodía y estoy seguro de mi posición.

—¿No señala el mapa ningún arrecife?

—Ninguno, Nat.

—Sin embargo, allí hay algo.

Después de haber observado aquella masa con el anteojo, respondió el capitán:

—No sé lo que es.

Los dos hermanos acababan de llegar, así como Hawkins. Todos miraron atentamente aquella masa, de forma irregular, que pudiera tomarse por una roca coralina.

—No —dijo Karl Kip, después de servirse de los gemelos—, eso no es un escollo...

—Parece que eso flota, que el mar lo sube y lo baja —dijo el armador.

Y, efectivamente, la masa en cuestión no permanecía inmóvil en la superficie del mar, sino que obedecía a los movimientos de las olas.

—Además —dijo Karl Kip—, no se advierte la resaca sobre sus bordes...

—Diríase hasta que deriva —hizo notar Nat Gibson.

El capitán llamó entonces a Hobbes, que estaba al timón:

—Orza ligeramente para que nos podamos acercar.

—Bien, capitán —contestó el marinero dando una vuelta a la rueda.

Diez minutos después el bergantín estaba lo suficientemente cerca para que Karl Kip pudiera decir:

—Son restos de un naufragio.

—Sí —afirmó Gibson.

No cabía duda, era el casco de un barco que flotaba sobre el agua.

—¿Serán los restos de la Wilhelmina? —preguntó el armador.

No era imposible. Veinte días después de la colisión, no era extraordinario que se encontraran en aquellos parajes los despojos de la goleta, arrastrados hasta allí por las corrientes.

—Capitán —dijo entonces Pieter Kip—, permítanos usted que reconozcamos ese casco... Si es de la Wilhelmina, posible es que encontremos

algunos objetos...

—Y —añadió Hawkins— quién sabe si algún náufrago a quien salvar todavía.

No hubo necesidad de insistir; el capitán dio enseguida las órdenes para que el bergantín se pusiera al paio, a la distancia de dos o tres cables de los restos flotantes. Y entonces Karl Kip exclamó:

—Sí..., es la Wilhelmina...; los restos de su popa y de su toldilla.

Flig Balt y Vin Mod, cerca el uno del otro, se hablaban en voz baja.

—¡No faltaría más que aún tuviéramos que embarcar a otro par de ellos!...

El contraamaestre se limitó a encogerse de hombros. Era poco probable que hubiera náufragos en aquellos restos.

Nadie aparecía. Si se encontraran allí uno o más hombres, a menos que estuvieran medio muertos de sufrimiento, hubiéranse ya mostrado, hubieran pedido auxilio al bergantín, y nadie daba señales de vida.

—El bote al agua —mandó el capitán, volviéndose hacia Flig Balt.

—La embarcación fue rápidamente desprendida de las perchas. Tres marineros cogieron los remos, Vin Mod, Wickley y Hobbes. Nat Gibson embarcó con los dos hermanos, y Karl Kip se puso al timón.

Era, efectivamente, la popa de la Wilhelmina, cuya toldilla, casi entera, había flotado después del abordaje. Faltaba toda la proa, habiéndose ido a pique lógicamente por el peso del cargamento, a menos que la corriente la hubiese arrastrado lejos. El grumete Jim, subido en el extremo del palo mayor, gritó que no se divisaba ningún otro resto en la superficie del mar. En la popa se distinguían perfectamente estos dos nombres:

El bote atracó. La toldilla, muy escorada hacia la izquierda, flotaba por encima de la parte de la cala, destinada a la despensa, sumergida en toda su profundidad. Del mástil de mesana no quedaba más que un pedazo de dos o tres pies, y del que pendían algunos fragmentos de drizas.

Sería cosa fácil penetrar en la toldilla. La puerta estaba arrancada, y el oleaje baldeaba todo el interior.

Lo que había que hacer era poner el pie en el casco y visitar los camarotes, entre ellos el de los dos hermanos.

Los del capitán y el segundo, situados en la parte delantera de la toldilla, estaban completamente destrozados.

Karl Kip aproximó el bote cuanto pudo, y Vin Mod echó la amarra, anudándola a uno de los montantes de estribor.

El mar, bastante calmado en aquel momento, fluía y reflúa en el extremo del puente. A veces el balanceo descubría la cala, vacía de todo lo que había contenido.

Karl y Pieter Kip, Nat Gibson y Vin Mod, dejando el bote al cuidado de los marineros, se introdujeron en el interior.

Lo primero era asegurarse de si había algún superviviente de la Wilhelmina. ¿No era posible que alguien de la tripulación hubiese buscado refugio en la toldilla, mientras el mar se tragaba la otra parte del barco?...

Pero allí no había nadie, ni vivo ni muerto. No se podía afirmar si el capitán y el segundo habían logrado salir de sus camarotes, ni si la parte de proa le había podido mantener sobre la superficie del mar con una parte de la tripulación. Pero lo más probable era que el James Cook acababa de encontrar todo lo que subsistía de la Wilhelmina.

Se comprendía toda la violencia del choque. El vapor, lanzado a toda velocidad en medio de la niebla, había cogido de través a la goleta, y, partiendo en dos su casco, pasó como un proyectil, sin experimentar tal vez graves averías que le impidiesen continuar su ruta. ¿Había podido parar enseguida, lanzar los botes al agua, recoger algunos náufragos?...

Los dos hermanos, Nat y Vin Mod, con el agua a media pierna, examinaron los restos de la goleta.

En su camarote encontraron Karl y Pieter Kip algunos objetos, más o menos deteriorados; ropas, prendas interiores, utensilios de aseo, calzado. En las literas se conservaban aún las colchonetas, que fueron trasladadas al bote.

Hubiera sido muy de desear que los hermanos Kip hubiesen podido recoger sus papeles, sobre todo los concernientes al comptoir de Amboine y la casa de Groninga. Su desaparición entorpecía considerablemente el arreglo de sus asuntos. Pero no quedaba ni resto de ellos; el mar había hecho su labor de destrucción. También había desaparecido una suma de mil dólares que depositaron en un armarito, hecho trizas en el momento de la colisión.

—¡Nada, nada! —dijo Pieter Kip.

Mientras los hermanos y Nat continuaban sus investigaciones, Vin Mod, impulsado por sus instintos de pillaje, no cesaba de rebuscar por todos los rincones, y, sin que los otros lo advirtieran, penetró en el camarote de aquéllos.

Allí encontró un objeto que había escapado a las pesquisas de Karl y de Pieter Kip.

Era un puñal de fabricación malaya, que se había deslizado en el intersticio de dos tablas. Esta arma, muy corriente entre los indígenas del Pacífico, no era de precio, y seguramente que no hubiera servido para completar la panoplia de

un amateur.

¿Tuvo alguna idea Vin Mod al apoderarse de esta arma?... No lo sabemos; lo cierto es que se la metió bajo la blusa con intención de ocultarla en su saco en cuanto estuviese a bordo del bergantín.

Puede asegurarse que si en vez del puñal hubiera encontrado el millar de dólares, no hubiera tenido ningún escrúpulo en apropiárselos.

No había ya nada que recoger a bordo del barco naufrago. Los efectos y ropas fueron transportados al bote. Por otra parte, aquel trozo de la goleta no debía tardar en dislocarse por completo. Con el primer temporal se desharía toda aquella inconsistente armazón, que ya cedía bajo el pie.

El bergantín estaba al paio, y la corriente empezaba a alejarlo de los restos del barco naufragado.

La brisa refrescaba, crecía el oleaje y era conveniente regresar a bordo. Varias veces se oyó la voz del contramaestre que con la bocina llamaba a los del bote.

—Se nos manda regresar —dijo Nat Gibson—, y puesto que hemos cogido todo lo que había...

—Sí, vamos —le interrumpió Karl Kip.

—¡Pobre Wilhelmina! —murmuró el hermano.

No acertaban a disimular la emoción que les embargaba... Si acaso habían creído encontrar algo de lo que les pertenecía, tenían ahora que renunciar a toda esperanza.

El bote largó su amarra. Nat se puso al timón, en tanto que Carl y Pieter Kip, vueltos hacía popa, miraban aún los restos de la Wilhelmina.

En cuanto el bote fue izado en su puesto, el bergantín largó sus velas, e impulsado por una hermosa brisa, ganó rápidamente en dirección del noroeste.

Durante cinco días la navegación no presentó ningún incidente, y en la mañana del 14 el vigía avistó las primeras alturas de Nueva Guinea.

IX. A TRAVÉS DE LAS LUISÍADAS

Al día siguiente, 15 de noviembre, el James Cook no había avanzado más que unas 30 millas hacia el nordeste. La brisa había caído al declinar el día, y la noche fue tan calurosa que los pasajeros y la tripulación tuvieron que pasarla en el puente. Con aquella atmósfera asfixiante no hubiera sido posible

dormir en los camarotes ni una hora.

Además de esto, el barco navegaba por parajes peligrosos, y toda vigilancia era poca para evitar un contratiempo.

El capitán había mandado colocar delante de la camareta una tienda de campaña, bajo la cual se comía más agradablemente que en el interior.

Aquella mañana, durante el almuerzo, la conversación recayó sobre las islas Luisiadas, en medio de las cuales el bergantín había de efectuar la parte peligrosa de la travesía. En cuatro días, si la calma no retardaba la navegación —lo que suele ocurrir frecuentemente durante el estío entre el trópico y el ecuador—, el James Cook podría franquear las 450 millas que le separaban de Nueva Irlanda y anclar en el fondeadero de Port Praslin.

—¿Ha recorrido usted varias veces este archipiélago de las Luisiadas? —preguntó Pieter Kip, dirigiéndose al capitán.

—Sí, muchas veces; tantas como he ido por cargamento a Nueva Irlanda —contestó Gibson.

—Debe de ser una navegación difícil —añadió Karl Kip.

—Difícil, efectivamente, señor Kip. ¿No ha tenido usted ocasión de visitar esta parte del Pacífico?

—Nunca, señor Gibson.

—Pues bien, un capitán imprudente o descuidado se arriesgaría a dejar su barco en uno de los innumerables arrecifes de estos parajes. Figúrese usted que hay bancos madreporicos de doscientas millas de largo por cien de ancho... A menos de ser buen práctico, se dejaría uno en ellos los fondos del barco.

—¿Ha hecho usted escala alguna vez en las principales islas? —preguntó Pieter Kip.

—No. Por otra parte, no puede hacerse comercio alguno en Rossel, Saint-Aignan, Trobiaut, Entrecasteaux... de no querer llenar la cala de nuez de coco, pues estas islas producen los cocoteros más hermosos de la tierra.

—Sin embargo —observó el armador—, si los barcos no cargan en las Luisiadas, no es porque el archipiélago esté desierto...

—Efectivamente, amigo mío —repuso el capitán—, hay aquí una población feroz y cruel..., tal vez hasta caníbales, a pesar de los esfuerzos de los misioneros.

—Pues qué, ¿ha habido recientemente alguna escena de antropófagos? —preguntó Pieter Kip.

—¡Ya lo creo, escenas espantosas!... Si un barco embarrancara en estos parajes, correría el riesgo de ser atacado por los indígenas.

—Y no solamente por los naturales de las Luisíadas, sino por los de Nueva Zelanda —dijo Karl Kip—. Creo que los papúas no son menos temibles.

—Todos estos salvajes son igualmente traicioneros y sanguinarios. Más de trescientos años hace que estas tierras fueron descubiertas por el portugués Serrano; visitadas en 1610 por el holandés Shouten, y en 1770 por James Cook, que fue recibido a mano armada... Por último, el francés Dumont d'Urville, cuando hizo su viaje de la Astrolabe, en 1827, tuvo que responder a tiros a las demostraciones hostiles de los polinesios... Pues bien, después de tantos años, la civilización no ha hecho ningún progreso entre estas tribus.

—Y lo mismo sucede —añadió Nat Gibson— en toda la parte del Pacífico comprendida entre Nueva Guinea y las islas Salomón. No hay más que recordar los viajes de Carteret, de Hunter, del americano Morrel, que perdió su navío Australia... Una de estas islas se denomina del Destrozo, y algunas otras merecían llevar el mismo nombre.

—A fe mía —concluyó Hawkins—, que es a ustedes, señores holandeses, a quienes corresponde civilizar a esta gente... Su pabellón flota sobre las tierras vecinas..., y sería una buena obra asegurar la navegación de los barcos mercantes.

—Sí —respondió Karl Kip—, el gobierno de Batavia no deja de preocuparse de ello. No se pasa un año sin que se envíe algún barco a la bahía de Tritón, en la costa norte de Nueva Guinea, donde hemos fundado una colonia...

—Y trataremos de fundar algunas más —añadió el hermano menor—. Nuestro interés es evidente desde el momento en que Alemania ha puesto la mano sobre los archipiélagos del norte.

—Verdaderamente, todas las potencias marítimas tendrán interés en ayudarles —observó Nat Gibson—. ¿No tienen casi todas algún terreno en esta zona del Pacífico?... Observen ustedes los nombres inscritos en los mapas: Nueva Caledonia, Nueva Zelanda, Nuevas Hébridas, Nuevo Hannover, Nueva Bretaña, Nueva Irlanda, sin hablar de Australia, a la que se la denomina Nueva Holanda, y de la cual tiene Inglaterra la posesión exclusiva.

La observación es atinada. Banderas de todos los colores flamean en este dominio colonial, y su civilización debía, lógicamente, hacer rápidos progresos.

Lo que no es menos exacto es la falta de seguridad que existe entre aquellos parajes. Entre las Salomón y las Hébridas, principalmente, la

navegación ofrece más peligros que los del mar.

No es de extrañar, pues, que el James Cook, destinado a esta navegación, estuviese armado con una cañoncito que lanzaba una bala de 15 libras a 600 metros, y que el armero de la camareta tuviese media docena de fusiles y revólveres. Si se aproximaban piraguas sospechosas se sabría tenerlas a distancia.

Los papúas constituyen una raza intermedia entre los malayos y los negros. Se dividen en alfakis, que son los de las montañas, y papúas, propiamente dichos, que ocupan el litoral. Estos indígenas, ni agricultores ni pastores, forman tribus aisladas, bajo el mando de jefes, a los que dan el nombre de capitanes. Habitan en miserables chozas, y llevan por vestidos pieles de animales y taparrabos de corteza de árbol. Su vida es fácil en los territorios de Nueva Guinea y de las Luisíadas. La alimentación es variada y abundante: tortugas, pescados, ñames, conchas en abundancia, cañas de azúcar, plátanos, cocos, sagú... En los magníficos bosques del interior, ricos en bambús, ébanos, palmeras, pululan los cerdos, los canguros, las palomas torcaces. Allí se encuentran también todas las especies del mundo ornitológico: loros, cacatúas, cotorras, tórtolas... Debemos citar muy especialmente que existen también los ejemplares más notables del ave del paraíso, ocho especies admirables, pagadas a muy buen precio por los comerciantes de Asia oriental. De aquí que un viajero haya podido llamar a esta región la Oceanía dorada, en la que no faltan ni el oro, ni las maderas preciosas, ni las perlas de gran valor.

El James Cook no tenía para qué visitar los principales puertos de Nueva Guinea, el abra Dori, el golfo Mac Cluer, la bahía Geelwink, la bahía Humboldt, la de Tritón, donde los holandeses tienen algunos establecimientos. El bergantín se limitaría a doblar el cabo Rodney, en la extremidad más oriental de la isla grande, tomando de través, a fin de evitar los innumerables arrecifes.

Esto se hizo durante la jornada del 15 de noviembre. Desde el barco se divisaba la cadena de la Astrolabe, de 3000 a 4000 pies de altura, y los picos que la dominan, el Simpson y el Sucking. Luego, con reducido velamen, el bergantín dio en aquel mar erizado de escollos, comprendido entre el archipiélago de las Salomón y la extensa punta que Papuasía destaca hacia el sudeste.

No había ningún barco a la vista; ninguna embarcación indígena se mostraba por esta parte.

Durante la noche todos los de a bordo se impusieron una vigilancia extrema. Más allá del cabo Rodney divisáronse bastantes luces a lo largo de la costa y sobre la isla de Entrecasteaux, que un estrecho de unas cuantas millas separa del cabo. La oscuridad era profunda, el tiempo muy cubierto. En el

cielo no brillaba ni una estrella. Una hora después de anochecer, la luna se había ocultado detrás de las nubes del horizonte.

A eso de la media noche, los hombres de cuarto creyeron entrever algunas piraguas próximas al James Cook, pero no lo hubieran podido asegurar. Por lo que pudiera ocurrir, se pusieron a la defensiva; pero la noche transcurrió sin incidentes.

Al día siguiente, el viento, que había refrescado al amanecer, cayó de repente. El agua tomó una apariencia aceitosa. Como a las diez se disiparon las nubes; había que resignarse a sufrir una alta temperatura, pues estos parajes están situados a diez grados solamente del ecuador, y el mes de noviembre corresponde al de mayo del hemisferio norte.

Un poco antes de mediodía, el vigía del bergantín, que navegaba a la altura de la isla de Entrecasteaux, divisó la aproximación de una piragua. Esta embarcación venía indudablemente en dirección del James Cook, inmovilizado por la calma.

Desde que Karl Kip la hubo advertido, dijo al armador:

—Mucho me engaño si esta piragua no trata de llegar hasta nosotros.

—Me parece lo mismo —contestó Hawkins.

El capitán, su hijo y Pieter Kip, que salían de la camareta, dirigieron a proa. La piragua, hecha de corteza de árbol, era de pequeñas dimensiones. Navegaba lentamente, maniobrando entre las rocas que se extienden al sudeste de la isla de Entrecasteaux.

El capitán la observó con el anteojo, y dijo:

—Lleva dos hombres.

—¿Dos hombres? —repitió Hawkins—. Pues bien, si su intención es venir a bordo, no creo que haya inconveniente en recibirles...

—Y que será curioso —añadió Nat— examinar de cerca el tipo papúa.

—Dejémosles que se aproximen —contestó el capitán—; dentro de diez minutos la piragua estará pegada al bergantín, y sabremos lo que quieren estos indígenas.

—Traficas sin duda —dijo el armador.

—¿Y no hay alguna otra embarcación a la vista? —preguntó Pieter Kip.

—Ninguna —contestó el capitán, que acababa de echar una mirada en redondo. La piragua avanzaba hacia el bergantín, impulsada por los dos remos, cuyas paletas subían y bajaban con una regularidad mecánica.

Cuando estuvo a unos cincuenta pies del James Cook, uno de los indígenas se puso en pie, gritando:

—¡Ebura... ebura!

El capitán, inclinado sobre la borda, se volvió a sus compañeros, y dijo:

—Es una palabra que significa pájaro en el lenguaje de los naturales de Nueva Irlanda, y supongo que los papúas de Nueva Guinea le darán la misma significación.

Gibson no se engañaba. El salvaje tenía en la mano un pájaro, que merecía figurar en una colección ornitológica.

Era, efectivamente, una ave del paraíso, de la especie real, plumaje rojo oscuro afelpado, la cabeza anaranjada, una mancha negra en el ángulo del ojo, cuello dorado, atravesado por una raya oscura y otra de un verde metálico; el resto del cuerpo de una perfecta blancura; las alas, guarnecidas de plumas esmeralda, rojas y amarillas, con filamentos multicolores, rizados en sus extremidades.

Este pájaro tiene una longitud de seis pulgadas, aproximadamente; dicese que no se posa en parte alguna, y es lo cierto que los indígenas no han conseguido nunca descubrir su nido. Es uno de los más curiosos, de los más interesantes del país papúa, donde se encuentran en gran número.

—A fe mía —dijo el armador— que me agradecería mucho adquirir uno de estos pájaros paradisiacos, de los que Gibson me ha hablado con tanta frecuencia.

—Pues se le van a realizar a usted sus deseos —dijo Pieter Kip—, porque este salvaje viene indudablemente a cambiarlo...

—Que suba a bordo —ordenó el capitán.

Uno de los marineros echó la escala de cuerda. La piragua se aproximó, y el indígena, con su pájaro en la mano, se lanzó con viveza sobre el puente, repitiendo:

—¡Ebura... ebura!

Su compañero había quedado en la piragua, y no cesó de mirar atentamente al bergantín, sin responder a los signos que le hacían los marineros.

El que había subido con el pájaro presentaba el tipo distintivo de la raza de papúas-malayos que ocupan los litorales de Nueva Guinea: mediana talla, rechoncho, constitución vigorosa, nariz groseramente horadada, la boca grande, los labios gruesos, rasgos angulosos, cabellos cerdosos y rígidos, piel de un amarillo sucio; fisonomía dura, pero no desprovista de inteligencia ni de astucia.

Este hombre, según Gibson, debía de ser un capitán, un jefe de tribu. Tendría unos cincuenta años, y no llevaba más ropa que una piel de canguro alrededor de la cintura y un trozo de corteza a la espalda.

Como el armador había manifestado con un gesto su admiración por el pájaro, el indígena se dirigió a él. Después de levantar el ave a la altura de su cabeza, la balanceó, le dio vuelta para mostrarla en todas sus perspectivas.

Hawkins, decidido a adquirir este magnífico ejemplar, se preguntó qué podría dar a cambio. Probablemente el papúa no sería muy sensible al ofrecimiento de una moneda, cuyo valor seguramente desconocería.

Pero muy pronto salió de su perplejidad, oyendo al salvaje repetir con la boca abierta de par en par:

—¡Wobba... wobba!

Esta palabra la tradujo Gibson por: «¡a beber, a beber!», y mandó subir de la despensa una botella de whisky.

El indígena la cogió, se aseguró de que estaba llena del líquido blanquecino que conocía perfectamente, y sin descorcharla se la puso bajo el brazo. Luego se puso a examinar el puente, fijándose menos en los aparejos que en los marineros, el capitán y los pasajeros. Hubiérase dicho que quería darse cuenta del número de personas que se encontraban a bordo. Así lo interpretó Karl Kip, haciéndoselo notar a su hermano.

Nat Gibson tuvo entonces la idea de fotografiar este tipo. No porque pensara regalarle su retrato, pues no tenía tiempo de obtener la prueba, sino para enriquecer su colección introduciendo en ella un papúa auténtico.

—Es una buena idea —dijo Hawkins—; pero ¿cómo nos las vamos a arreglar para que este diablo se esté quieto?

—Probemos —contestó Nat.

Cogió al indígena por el brazo para conducirlo a popa; pero como no comprendía lo que iba a hacerse con él, opuso alguna resistencia.

—Assaï —dijo el capitán Gibson. Esta palabra es el imperativo del verbo venir, en el lenguaje de los papúas, y el indígena contestó dirigiéndose hacia la camareta.

Nat llevó su aparato, colocándolo en el trípode. Luego, antes de enfocar al salvaje, trató de colocarlo en una postura conveniente, de manera que se obtuviese un buen cliché.

Pero el indígena, muy agitado, muy demostrativo, se puso a mover la cabeza, los brazos... ¿Y cómo obligarle a estar tranquilo durante los momentos necesarios para la operación? Por fortuna, cuando vio a Nat

desaparecer bajo el paño negro del objetivo, la sorpresa le dejó completamente inmóvil.

Este instante bastó, y terminada la operación, el indígena, con su botella en la mano, se dirigió a la escala por donde había subido.

Mas al pasar por delante de la camareta, la puerta de la cual estaba abierta, entró en ella con la mayor frescura, como para asegurarse de que no había nadie dentro. Y el mismo sentimiento le condujo al camarote de la tripulación. Por último, sus miradas se detuvieron sobre el cañoncito de cobre emplazado en proa, y cuyo uso no ignoraba, pues exclamó:

—¡Mera..., mera!

Palabra del vocabulario indígena que significa trueno, como ura significa relámpago o luz viva.

La mirada del salvaje brilló un segundo y su fisonomía volvió a adquirir la insignificancia que distingue a los representantes de su raza.

El papúa franqueó la borda, descendió por la escala, embarcó en la piragua, paseó por última vez su mirada de proa a popa del bergantín y cogió uno de los remos, en tanto que su compañero empuñaba el otro.

La frágil embarcación, hábilmente manejada, no tardó en desaparecer dando vuelta a la isla de Entrecasteaux:

—¿Ha visto usted con qué atención ha observado ese hombre el James Cook y, sobre todo, a su tripulación? —preguntó Karl Kip.

—Sí que me ha chocado —contestó el armador.

El capitán Gibson había hecho también la misma observación. Pero de esto a asegurar que el papúa había ido a bordo para saber con qué gente contaba el bergantín, había mucha distancia. Llevaba un pájaro para vender, y lo había vendido por una botella de whisky, se había mostrado satisfecho, la piragua se lo había llevado, y antes de una hora estaría borracho como una cuba y seguramente no se le volvería a ver.

Sea, pero era muy de lamentar que el James Cook tuviera que estar inmóvil a la vista de la isla de Entrecasteaux. La brisa no se dejaba sentir más que a soplos intermitentes. La superficie del mar apenas se rizaba. El capitán pensaba, por lo tanto, en fondear con 50 brazas de cadena, esperando que volvieran los vientos del sudeste.

Cambió impresiones con el contramaestre, que no vio inconveniente alguno en echar el anda.

Flig Balt tenía sus razones para opinar como el capitán; Vin Mod le había dicho:

—El tiempo está cubierto, la noche será lluviosa, una de esas lluvias sin viento que durará hasta el amanecer. Lo probable es que el señor Hawkins, los holandeses y Nat Gibson se vayan a dormir a sus camarotes... No quedarán en el puente más que el capitán y los hombres de cuarto... Cuando llegue el turno de Len Cannon, Sexton, Kyle y Bryce, los otros estarán roncando... Tal vez sea ésta la ocasión de sorprender al capitán, desembarazándonos de él, y si no logramos apoderarnos del bergantín, al menos tendremos a Flig Balt de jefe...

Había hablado previamente con Len Cannon y sus compinches, y todos estuvieron de acuerdo en que lo esencial era desembarazarse del capitán; luego ya se vería.

Las circunstancias iban a ser favorables si el bergantín anclaba, pues así sólo el capitán vigilaría y podría simularse el accidente de su desaparición...

Lo que desbarató los planes de Vin Mod fue el consejo que Gibson quiso tomar de Karl Kip sobre la conveniencia de fondear hasta que llegase el día.

Y el mayor de los Kip le contestó sin vacilar:

—En lugar de usted yo no haría nada, señor Gibson... Estos parajes no son seguros. Siempre es de temer un ataque de los indígenas... Si esto ocurre, vale más estar en disposición de largarse a poco que sople la brisa, sin perder un tiempo precioso en levar el ancla e izar las velas.

El capitán comprendió cuán atinadas eran estas razones y se rindió a ellas. Así pues, con gran disgusto del contramaestre y sus cómplices, el James Cook conservó sus velas durante la noche, permaneciendo distante dos o tres millas de la isla de Entrecasteaux.

Por otra parte, la lluvia, que había comenzado a las cinco de la tarde, no se sostuvo, como era de esperar. La tormenta se manifestaba por relámpagos de calor y lejanos truenos. La temperatura era muy elevada, el termómetro marcaba 32 °C. Así es que ni Hawkins, ni Nat, ni los hermanos Kip se metieron en el camarote. Todos, así como los marineros que no estaban de cuarto, se tendieron sobre el puente.

Decididamente, la suerte volvió la espalda una vez más a Flig Balt, Vin Mod y sus partidarios.

Huelga decir que el capitán Gibson había dado sus órdenes y tomado sus medidas para que las proximidades del barco se vigilasen con el mayor cuidado. Los hombres debían estar a proa y a popa. A pesar de los optimismos de Hawkins, la observación de Karl Kip subsistía. ¿El capitán indígena había ido abordo con el único fin de cambiar su ave del paraíso por un objeto cualquiera, o para reconocer las fuerzas del James Cook?...

Precisamente se habló aquella noche, entre otras cosas, del incidente de la

tarde. Un profundo silencio reinaba en torno del barco, y por ninguno de los cuatro puntos cardinales se divisaba una luz que pudiera atraer las miradas.

La conversación fue decayendo poco a poco. Los párpados se cerraban y poco faltaba ya para que el sueño venciera por completo a los más resistentes cuando se oyó una voz, la del grumete.

—¡Piraguas..., piraguas! —gritó Jim.

Todos se pusieron en pie inmediatamente, y capitán, pasajeros y tripulación se lanzaron a la borda de babor.

En aquella dirección, efectivamente, era donde el grumete había creído observar embarcaciones en marcha hacia el bergantín.

Tal vez se hubiese equivocado en medio de aquella oscuridad.

Creyose así en el primer momento; pero muy pronto pudo percibirse el ruido de los remos, y Nat Gibson no tardó en exclamar:

—¡Ya lo creo que son piraguas!...

Uno de los marineros proyectó la luz del farol en aquella dirección, y pudieron distinguirse varias embarcaciones indígenas a una treintena de pies del bergantín. Sin la vigilancia de Jim, el barco hubiera sido víctima de un brusco ataque sin dar tiempo a la gente de a bordo para ponerse a la defensiva.

—¡A los fusiles! ¡A los revólveres!... —ordenó el capitán Gibson.

Los marineros corrieron a la camareta; se distribuyeron las armas; cada uno recibió un fusil o un revólver con cartuchos de repuesto, y todos se apostaron a lo largo de la banda de babor dispuestos a rechazar a los asaltantes que intentaran lanzarse sobre el puente.

Por la otra banda no se notaba nada sospechoso ni se oía ruido de remos. Ni la menor agitación en la superficie del mar; no era, pues, probable que otras embarcaciones acudiesen por el este.

Sin embargo, al ver la luz del farol proyectada sobre ellos, los indígenas comprendieron que estaban descubiertos. No era ya posible la sorpresa, y el ataque empezó inmediatamente. Una nube de flechas y una lluvia de piedras lanzadas contra el barco fueron a estrellarse contra los flancos del bergantín o pasaron por encima del puente entre los aparejos.

Nadie resultó lesionado; pero, por la cantidad de proyectiles, no cabía duda de que los asaltantes debían ser numerosos. Lo menos había sesenta embarcados en una decena de grandes piraguas. El capitán Gibson no disponía más que de quince hombres, contando el grumete Jim.

—¡Fuego! —mandó el capitán.

Y una descarga cerrada contestó a la agresión de los papúas. No cabía duda de que algunas balas habían hecho blanco. Se oyeron los gritos de los heridos al mismo tiempo que una segunda nube de flechas caía sobre el barco.

—Esperad ahora —dijo el capitán—. Disparad sólo a quemarropa sobre los primeros de esos miserables que quieran franquear las bordas.

No se hicieron esperar. Un instante después las piraguas se pegaban al casco del bergantín. Luego los papúas, agarrándose a los obenques, trataron de izarse, a fin de invadir el puente y entablar lucha cuerpo a cuerpo.

Evidentemente, una vez a bordo los indígenas no podrían emplear el arco ni la onda, pero con seguridad que no irían desarmados. Sus brazos blandían un cuchillo de hierro, llamado paraug en lengua insular, arma que sabían manejar con destreza y vigor.

Era necesario, pues, rechazar el asalto a tiros y a machetazos, arrojando al mar a los indígenas antes de que hubiesen podido poner el pie en cubierta.

Del primer impulso los papúas aparecieron a la altura de las bordas; pero, rechazados enérgicamente, volvieron a caer al fondo de las piraguas.

Al resplandor de los fogonazos habíase conocido a uno de ellos.

Era el capitán, jefe de toda la banda, que había estado a bordo con su pájaro. El número de asaltantes era tan considerable, las fuerzas tan desproporcionadas, que la situación no dejaba de ser de las más graves. Si el capitán y los papilas invadían el puente, el personal del James Cook, a pesar de la superioridad de sus armas, acabaría por ser vencido. Después de una defensa desesperada sucumbirían todos irremisiblemente. Era imposible emplear la pieza de artillería. Excelente para tirar a distancia sobre una piragua, resultaba inútil en aquellas circunstancias.

Los pasajeros y la tripulación defendiéronse enérgica y valerosamente.

Al principio cinco o seis indígenas lograron gatear por el casco, intentando montar sobre la borda, pero los revólveres y los machetes les lanzaron al mar y a las embarcaciones.

Verdad es que también a bordo empezó a correr la sangre. Pieter Kip y el marinero Burnes resultaron heridos, el primero en el brazo y en la espalda el segundo. Estas lesiones, leves afortunadamente, no les obligaron a abandonar su puesto. En suma, las armas de fuego hicieron verdaderos destrozos entre los indígenas.

El combate no duró más que unos diez minutos, y los papúas no lograron apoderarse del barco. Hubo un momento en que el capitán de los salvajes y dos de los suyos intentaron ganar el puente, en tanto que dos o tres piraguas se dirigían a atacar por la popa. Entonces Karl Kip, secundado por Nat Gibson, se

lanzó sobre el capitán, disparándole dos tiros en el pecho, en tanto que el joven disparaba sobre las embarcaciones.

Cuando los papúas vieron caer a su jefe, cuyo cuerpo desapareció bajo las aguas, cesaron en el ataque y parecieron dispuestos a retirarse.

No habiendo podido sorprender el barco, se dieron cuenta de que la combinación no había de resultarles, aun siendo cuatro contra uno. Los que todavía intentaron saltar al puente, fueron igualmente rechazados. Obligados a defenderse a su vez, intentaron reembarcar en las piraguas, no consiguiéndolo más que algunos, pues otros, gravemente heridos, se ahogaron. Uno o dos marineros más resultaron heridos, pero ninguno muerto.

Serían las diez y cuarto cuando las piraguas empezaron a alejarse del bergantín.

Entonces continuaron haciendo fuego sobre ellas en tanto se las pudo divisar. En este momento, sin duda por torpeza del tirador —que la oscuridad de la noche excusaba—, una bala rozó la frente del capitán Gibson, llevándose el sombrero a gran distancia.

El capitán no se preocupó, a pesar de que la bala pudiera haberle matado, y lanzándose hacia proa llamó a su hijo para que le ayudara a emplazar rápidamente el cañoncito.

Las piraguas, a un cable del James Cook, presentaban una masa confusa, hacia la cual Hobbes dirigió la luz del farol.

La pieza cargada, con el estopín en su lugar, estaba dispuesta a hacer fuego.

El tiro salió, y gritos de dolor y de rabia respondieron a la detonación.

No había duda; una de las piraguas había sido echada a pique por el proyectil.

La pieza fue cargada de nuevo, no para hacer un segundo disparo, sino en previsión de una reacción ofensiva, que no se verificó.

El haz luminoso del farol, proyectado en dirección oeste, no alumbró más que una superficie de mar absolutamente desierta, y ya las piraguas se habían abrigado detrás de la isla de Entrecasteaux. El James Cook no tenía ya nada que temer, o al menos no sería sorprendido. Se tomaron todas las precauciones; se vigiló, arma al brazo, hasta rayar el día.

Cuando todo estuvo en calma, se procedió a reconocer a los heridos. Hawkins, que era algo médico, aseguró que no presentaban gravedad. Se echó mano del botiquín de a bordo para hacerles la primera cura, y ninguno de ellos pensó en retirarse a su camarote.

Cuando Flig Balt y Vin Mod se encontraron solos en la proa del bergantín, el marinero dijo en voz baja:

—¡Hemos errado el tiro!...

Y si Flig Balt, siguiendo su costumbre habitual, no respondió nada, Vin Mod sabía lo que significaba aquel silencio.

—¡Qué quiere usted, señor Balt! —continuó diciendo—. ¡En medio de la oscuridad se apunta mal!... Después de todo, parece ser que no se ha dado cuenta. Otra vez tendremos mejor suerte.

Luego añadió al oído de su compañero:

—¡Por vida de!... ¡A estas horas Flig Balt sería el capitán del bergantín y Vin Mod el contramaestre!...

X. REMONTANDO HACIA EL NORTE

Cuando se disiparon las últimas sombras de la noche, todas las miradas escudriñaron el mar en torno del bergantín. El James Cook ocupaba el mismo lugar que la víspera, a tres millas al este de Entrecasteaux, con la misma inmovilidad que si hubiese estado anclado. Ninguna corriente se dejaba sentir, ni un soplo de viento rizaba la superficie del mar, hinchado levemente por un lento y suave oleaje que no desplazaba el barco ni una braza.

No había a la vista ni una piragua; únicamente flotaban aquí y allá los restos de la que el proyectil había destrozado. En cuanto a los que la tripulaban, o fueron recogidos por sus compañeros o tragados por el abismo.

El capitán examinó con el anteojito todo el litoral de la isla y los arrecifes de coral que rodeaban el extremo meridional de la misma. Millares de pájaros volaban por encima de las rocas. No se divisaba ni un hombre ni un bote, y era indudable que los indígenas habían desaparecido para no volver.

Sin embargo, era prudente huir de aquellos parajes todo lo antes posible. Por ciertos indicios, Gibson conoció que la brisa no tardaría mucho en levantarse.

Ésta fue también la opinión de Karl Kip cuando el sol se elevó entre los purpurinos vapores del horizonte. El mar sentía algo en esta dirección, como lo acusaba un ligero rumor que procedía de aquella parte.

—Me sorprendería mucho que no tuviésemos buen viento antes de un par de horas —dijo el capitán.

—Y si se mantiene nada más que cuatro días, arribaremos a puerto — afirmó el armador.

—Efectivamente, apenas si nos faltan trescientas millas para llegar a Nueva Irlanda.

Suponiendo que así fuera, que la calma cesara en aquella mañana, la navegación del James Cook resultaría muy favorecida. Se encontraba entonces en plena zona de los vientos alisios del sudeste, que reinan de mayo a noviembre, a los cuales sucede el monzón durante los otros meses del año.

El capitán Gibson estaba dispuesto a largar sus velas en cuanto el viento las pudiera hinchar. Nunca sería pronto para alejarse de esta peligrosa región de las Luisíadas. Impulsado por un buen viento, nada había que temer de las piraguas, si los indígenas intentaban repetir el ataque.

Pero no había cuidado de que volvieran a parecer. Así es que los fusiles y revólveres volvieron a su armero, y se retiró también el cañoncito de su emplazamiento, porque el bergantín no tenía para qué permanecer por más tiempo a la defensiva.

Hablando de los sucesos de la víspera, Gibson aludió a la bala que se le llevó el sombrero, en el momento en que Karl Kip rechazaba al capitán de los indígenas, precipitándole en el mar.

—¡Cómo! —exclamó el armador lleno de extrañeza—. ¿Tú has estado expuesto?...

—A ser una baja del combate, amigo mío —le interrumpió Gibson—; ha estado en un tris que la bala no me agujerease la cabeza...

—No sabíamos nada —dijo el menor de los Kip—. Pero ¿está usted seguro de que era una bala y no una azagaya de alguno de esos salvajes?

—No —contestó Nat—. Aquí está el sombrero de mi padre, y ya ven ustedes que está atravesado por una bala.

Después del examen del sombrero, no quedó duda alguna acerca del caso. En suma, no era de extrañar que, durante la lucha, en medio de aquella profunda oscuridad, uno de los revólveres hubiera sido mal dirigido; y no se volvió a pensar más en ello.

Hacia las siete y media la brisa había adquirido bastante fuerza y regularidad para que el bergantín pudiera continuar su ruta. Terminado el aparejo, el James Cook reanudó su navegación, interrumpida hacia veinte horas.

Antes de mediodía había doblado el extremo norte de la isla de Entrecasteaux. Más allá apareció por última vez la costa oriental de Nueva

Guinea, dominada por las altas montañas que proyectaban sobre el azul del cielo su caprichosa crestería.

El mar estaba completamente desierto en toda la extensión que la vista podía abarcar. Había desaparecido el temor de una segunda agresión. Al este se desarrollaba la inmensa llanura líquida, que sólo el horizonte limitaba.

Sin embargo, a falta de los ataques por parte de los indígenas, era preciso contar con los bruscos golpes de viento que tan peligrosa hacía aquella zona del Pacífico entre las islas Salomón y los archipiélagos del norte. Duran poco tiempo, y sólo son temibles para los capitanes negligentes o poco prácticos, víctimas de sus sorpresas.

Se les llama simiente negra, y un barco que no esté sobre aviso se expone a zozobrar.

Durante todo aquel día y la noche siguiente no hubo necesidad de precaverse contra ese peligro. La dirección del viento continuó invariable. Cuando el James Coa hubo dejado a babor la isla de Mouyon, árida y desierta, que surge en medio de un anillo coralino, encontró un mar más desembarazado de bancos madreporicos y pudo mantener su marcha a una velocidad media de diez millas por hora.

En estas condiciones, fácil es comprender que la ocasión tan deseada por Flig Balt, Vin Mod y los otros no se presentaba. Gibson, su hijo, el armador y los hermanos Kip no pasaban las noches en sus camarotes; ni los marineros Hobbes, Wickley, Burnes y Jim, el grumete, desaparecían de cubierta. Era, pues, imposible desembarazarse del capitán... por accidente, puesto que nunca estaba solo.

El bergantín no encontró ningún barco en su ruta. Esto se debía a que los comptoirs no son bastante numerosos, no tienen toda la importancia que debían tener en estos archipiélagos, y, por consiguiente, no hay tráfico constante que el porvenir desarrollará sin duda alguna.

He aquí cómo están distribuidos los archipiélagos, desde el doble punto de vista político y geográfico.

Desde hace muchos años, Inglaterra, según su costumbre, ejercía, más o menos legalmente, su protectorado sobre las islas vecinas de Nueva Guinea, cuando en 1884 intervino una comisión mixta de Alemania y del Reino Unido.

Como consecuencia de las negociaciones entabladas, todas las islas existentes en estos parajes, hasta el 41° del meridiano de Greenwich, fueron declaradas posesión germánica.

Constituían una población calculada en 100.000 almas, que acrecentaban el dominio colonial de Alemania, que había tenido buen cuidado de favorecer la

emigración.

Por lo que a este relato respecta, conviene llamar la atención del lector sobre el grupo principal.

Las dos islas más importantes del mismo son Tombara, o Nueva Irlanda, y Birara, o Nueva Bretaña. La primera está separada de Nueva Guinea por el estrecho de Dampier. El canal Saint-Georges se dibuja entre la parte sur y la nordeste de la segunda, en medio de numerosos arrecifes coralinos.

El mapa indica a continuación la isla Nueva Hannover, la isla de York, y algunas otras, habitadas o desiertas, y que en total tendrán una superficie de 1680 kilómetros cuadrados.

Después del tratado de particiones entre las dos potencias, cambiaron de nombre algunas islas: así Tombara, o Nueva Irlanda, se denominó Nueva Mecklenburg; Birara, o Nueva Bretaña, se convirtió en Nueva Pomerania. York se llamó Nueva Senimburg. Solamente Nueva Hannover ha conservado su nombre, y con razón, puesto que estaba ya germanizado.

Quedaba por bautizar el conjunto de estas islas, que constituyen una posesión de bastante importancia en aquella parte del Pacífico. Actualmente este grupo se denomina archipiélago Bismarck.

Pieter Kip preguntó a Hawkins qué relaciones comerciales tenía con el archipiélago, y especialmente con Nueva Irlanda.

—Yo estaba en relación con una casa de Wellington, en Nueva Zelanda, que tenía negocios en Tombara —dijo el armador.

—¿Antes del tratado de particiones, señor Hawkins?

—Sí, señor Kip, unos diez años antes; y cuando aquella casa liquidó, continué yo con sus negocios. Luego, después del convenio entre Inglaterra y Alemania en 1884, me puse en contacto con los nuevos comptoirs, fundados por los colonos alemanes.

—¿El comercio se ha desarrollado más después del tratado?

—Seguramente, señor Kip; y creo que ha de adquirir mayores proporciones... La raza teutónica emigra con la esperanza de hacer fortuna.

—¿Y qué exporta el archipiélago principalmente?

—Nácar, que es aquí muy abundante; y como se encuentran en estas islas los cocoteros más hermosos del mundo, como tendrá usted ocasión de apreciar, proporcionan grandes cargamentos de copra, del que tomaremos trescientas toneladas en Port Praslin.

—¿Y cómo ha establecido Alemania su dominación en el archipiélago?

—Muy sencillamente: arrendando las diferentes islas a una compañía comercial. En realidad su poder no está muy extendido, y su acción sobre los indígenas es poco considerable. Se limita a procurar la seguridad de los emigrantes y la de las transacciones.

—Como dice el señor Hawkins —dijo Nat Gibson, interviniendo en la conversación—, todo indica que la prosperidad del archipiélago aumentará con el tiempo. Se han podido comprobar grandes progresos, sobre todo en Tombara, descubierta en 1616 por el holandés Shouten. Fue uno de sus compatriotas, señor Kip, el primero que se aventuró a través de estos peligrosos mares.

—Lo sé, señor Nat. Holanda ha dejado su huella en estos parajes, y cuenta con muchos marinos ilustres.

—Así es —dijo el capitán Gibson.

—Sin embargo, no ha conservado todos sus descubrimientos —hizo observar el armador.

—No; pero al conservar las Molucas le ha quedado una buena parte, y ha cedido voluntariamente a Alemania su archipiélago Bismarck.

El navegante Shouten fue, efectivamente, quien a principios del siglo XVII recorrió la parte oriental de Nueva Irlanda. Las primeras relaciones con los indígenas fueron hostiles, y muchos de éstos pagaron con la vida sus ataques a los europeos.

Después de Shouten fue también un holandés, Tasman, el que dio su nombre a Tasmania, llamada también Dimania, porque otro holandés, Van Diemen, visitó esta costa en 1643.

Después de éstos fueron los ingleses, y entre ellos Dampier, que dio nombre al estrecho que separa Nueva Guinea de Birara. Dampier recorrió la costa de norte a sur, desembarcó en varios puntos, teniendo que rechazar la agresión de los insulares en una había que él denominó de los Honderos.

En 1767, Carteret, un navegante inglés, visitó la parte sudoeste de la isla e hizo escala en Port Praslin.

En 1768, en el curso de un viaje alrededor del mundo, Bougainville fondeó también en Port Praslin, y le dio este nombre en honor del ministro de Marina promotor del primer viaje de los franceses alrededor del mundo.

En 1792 Entrecasteaux se dirigió hacia la parte occidental de la isla, desconocida hasta entonces, marcó sus contornos y pasó una semana en el abra Carteret.

Por último, en 1823, Duperrey condujo su navío a Port Praslin, levantando

el plano hidrográfico de aquel lugar. Tuvo frecuentes relaciones con los indígenas, que las piraguas conducían desde el poblado de Like-Like, establecido en la parte oriental de Nueva Irlanda.

En la mañana del 18 hubo que variar el rumbo del bergantín durante algunas horas. El viento, que soplaba con la constancia habitual de los alisios, cambió súbitamente. Las velas batieron contra los palos, y el James Cook se encontró sin gobierno.

Esta modificación meteorológica no podía coger desprevenido a tan excelente marino como el capitán Gibson.

En este momento Karl Kip, que observaba el horizonte, le señaló una nube, cuya marcha debía de ser muy rápida, porque por instantes su volumen crecía a simple vista.

—Vamos a tener vendaval —dijo el capitán Gibson.

—Creo que no durará mucho —repuso el mayor de los Kip.

—No, pero puede ser de gran violencia.

Inmediatamente, obedeciendo la orden del capitán, los marineros empezaron a recoger velas. El James Cook quedó bajo sus gavias, su trinquete y su segundo foque.

Ya era tiempo. Apenas el bergantín había reducido su velamen, el vendaval se desencadenó con extraordinaria impetuosidad.

Mientras los marineros estaban en su puesto, el capitán delante de la camareta, Hawkins, Nat Gibson y Pieter Kip habían ganado la popa. Karl Kip se había puesto al timón, y entre sus manos el bergantín maniobraría hábilmente.

Al primer asalto del viento, el barco fue sacudido como en un abordaje. Se inclinó de tal modo sobre estribor, que la extremidad de su gran verga se mojó en el agua. Una rápida virada lo levantó y lo mantuvo. Mejor que mantenerse a la capa, haciendo frente al vendaval, el capitán prefirió huir delante de él, sabiendo, por experiencia, que estos huracanes pasan como meteoros y duran poco.

Sin embargo, era cosa de preguntarse si no sería arrastrado el bergantín hasta las islas Salomón, por lo menos hasta la de Bougainville, la primera de este grupo que se extiende al nordeste de las Luisíadas.

Lógicamente, Flig Balt y Vin Mod no experimentaron contrariedad alguna al ver que se apartaban de su ruta. Al contrario, todo lo que fuese retardar su viaje a Nueva Irlanda favorecía sus propósitos. Este archipiélago de las Salomón es propicio a los golpes de mano. Abundan allí los aventureros, y sus

parajes han sido frecuentemente teatro de escenas criminales. El contramaestre podía encontrar algún antiguo conocido, que seguramente no había de negarle su concurso.

Por otra parte, Len Cannon y sus camaradas le apremiaban sin cesar. No querían continuar la navegación en estas condiciones, y no cesaban de repetirle:

—Si no damos el golpe antes de Port Praslin, nosotros desembarcarnos allí para no volver a bordo... Es cosa resuelta.

—Y ¿qué vais a hacer en Nueva Irlanda? —observaba Vin Mod.

—Nos quedaremos como colonos —contestaba Len Cannon—. Los alemanes necesitan brazos. Esperaremos alguna buena ocasión, que no había de presentarse en Tasmania, y de ninguna manera pisaremos nunca Hobart Town.

Esta resolución era más bien una añagaza para hostigar a Flig Balt y a su cómplice. Sin los cuatro bribones de Dunedin no tenían más remedio que renunciar a sus proyectos. ¿Y había de terminar la campaña del James Cook sin haberlos llevado a cabo?

Si Len Cannon, Kyle, Sexton y Bryce desertaban en Port Praslin, el capitán se encontraría imposibilitado de hacerse a la mar. No había que pensar en que había de poder sustituirles. Port Praslin no era Dunedin, ni Wellington, ni Auckland, donde pululan de ordinario marineros en disponibilidad de embarque.

Aquí no hay más que colonos, instalados por su cuenta, o empleados de las casas de comercio. No hay, pues, posibilidad de completar una tripulación.

Pero el capitán Gibson ignoraba todo lo que se urdía contra él y su barco. Los nuevos marineros no daban lugar a ninguna queja. En cuanto al contramaestre, siempre adulador, siempre obsequioso, no podía despertar sospechas. Si había conseguido engañar también a Hawkins, no había tenido la misma fortuna con los hermanos Kip, que sentían hacia él instintiva desconfianza y habían guardado cierta reserva, que no pasó inadvertida para el astuto Flig Balt. ¡Verdaderamente que había sido mala sombra salvar a estos náufragos en la isla de Norfolk!... ¡Y si todavía los dejaran en Port Praslin!... Pero no; ¡habían de llevarles hasta el fin del viaje, hasta Hobart Town!...

La esperanza de que pudiera el viento transportarles hasta los siniestros parajes de las Salomón duró poco en el ánimo de los criminales. Al cabo de tres horas, durante las cuales sopló con violencia inaudita, el viento se calmó súbitamente. Bajo la mano de Karl Kip el barco se portó admirablemente, sin recibir ninguno de esos golpes de mar tan terribles cuando se navega huyendo

del vendaval. En estos casos un barco no puede gobernarse, o se gobierna mal, y nada más difícil que evitar las embestidas del mar. Karl Kip había tenido ocasión de demostrar su habilidad y su sangre fría. Ningún hombre de la tripulación hubiera manejado tan bien el timón durante la borrasca.

Si el viento se calmó de improviso, no siguió su ejemplo el mar; espantosamente agitado. Sus olas entrechocaban con tal furia, que no parecía sino que el barco navegaba en medio de rompientes o de la escora de bancos madreporicos. Y, sin embargo, en la atmósfera reinaba la calma, y después de la lluvia torrencial que había acompañado al vendaval y vaciado las nubes del oeste, los alisios recobraron enseguida su dirección normal.

El bergantín, con sus amuras a estribor, hizo tan buena marcha, que al día siguiente, 19, se encontraba por el canal de San Jorge, estrechamente encajonado entre las dobles alturas de Nueva Irlanda y de Nueva Bretaña.

El canal no medía más que unas cuantas millas de ancho. La navegación no se hace cómodamente por entre sus peligrosos arrecifes, pero abrevia la distancia en una mitad, por lo menos.

Y ya no había más qué hacer, puesto que Port Praslin está situado en la parte sur de Nueva Irlanda, sobre el litoral del Pacífico, cerca del cabo de San Jorge, casi a la entrada del estrecho.

Como el James Cook navegaba muy cerca de tierra, el armador, Nat y los hermanos Kip tuvieron ocasión de observar toda aquella parte de la costa.

La orografía de la isla está formada por una doble cadena de montañas de una altura media de 6000 pies. Los bosques las llenan por completo, desde la falda a la cima. Impenetrables a los rayos del sol, despréndese de ellos una humedad constante, y la temperatura es más soportable que en otras comarcas vecinas al ecuador, donde el aire es seco y abrasador. Esta circunstancia atenúa, afortunadamente, el calor que reina de ordinario en el archipiélago Bismarck, y es raro que la columna termométrica se eleve por encima de 30 grados centígrados.

Durante esta jornada el bergantín sólo se cruzó con unas cuantas piraguas, de velas cuadrangulares. Se deslizaban a lo largo de la costa, sin tratar de acercarse al James Cook. Nada había que temer de estos indígenas de Nueva Irlanda, o, mejor dicho, de Nueva Mecklenburg, desde que el archipiélago está bajo el pabellón de Alemania.

Ningún incidente turbó la noche. Cuando volvió la brisa, después de veinticuatro horas de calma, fue preciso maniobrar con reducido velamen por entre los bancos madreporicos y los arrecifes coralinos, muy numerosos en las proximidades de Port Praslin. Toda la tripulación tuvo, pues, que permanecer en el puente para ejercer la más exquisita vigilancia.

Cuando empezó a amanecer, el vigía avistó la entrada de la rada de Port Praslin, cubierta por las altas montañas de Lanut. El James Cook continuó su marcha por los pasos navegables, y a las nueve de la mañana, aproximadamente, fondeaba sobre dos anclas en medio del puerto.

XI. PORT PRASLIN

El primero que se presentó a bordo del bergantín fue Zieger, negociante de Nueva Irlanda, en relaciones comerciales con la casa Hawkins. Este hombre, de edad madura, estaba instalado en Port Praslin desde hacía unos doce años, fundó su comptoir antes del tratado de partición entre Inglaterra y Alemania, que dio a la isla el nombre de Nueva Mecklenburg, y a la reunión de grupos insulares el de archipiélago Bismarck.

Las relaciones de Hawkins y Zieger fueron siempre muy cordiales. No se limitaban solamente al cambio de mercancías entre Hobart Town y Port Praslin. Varias veces había ido ya Zieger a la capital de Tasmania, donde el armador le había agasajado. Estos dos comerciantes se profesaban una verdadera estimación mutua. Nat Gibson tampoco era un extraño para los esposos Zieger, y el capitán era un amigo antiguo, a quien el corresponsal estrechó afectuosamente la mano.

Zieger, que hablaba correctamente el inglés, dijo al armador:

—Espero, señor Hawkins, que aceptarán ustedes la hospitalidad en nuestra casa de Wilhelmstaf...

—¿Quieren ustedes que abandonemos el James Cook? —respondió el armador.

—Desde luego, amigo mío.

—A condición de que no les causemos el menor trastorno.

—Ninguno, se lo aseguro. La habitación de usted está ya preparada, y hay también otras para Gibson y su hijo.

El ofrecimiento estaba hecho con tan buena voluntad, que no era posible rehusarlo. Además, Hawkins, poco acostumbrado a vivir en el estrecho camarote de un navío, no deseaba otra cosa que cambiar aquél por la comfortable habitación que de tan buen grado se le ofrecía.

La proposición fue también aceptada por Nat Gibson, pero el capitán la declinó, como había hecho siempre.

—Nos veremos todos los días, mi querido Zieger —le dijo—; pero mi

presencia es necesaria a bordo, y profeso el principio de no dejar mi barco durante las escalas.

—Como usted quiera, Gibson; pero queda convenido que se le pondrá cubierto en mi mesa y que no faltará.

—Por supuesto; luego iré con Hawkins y Nat a saludar a la señora Zieger, y tomaré parte del almuerzo familiar.

El armador presentó a los dos náufragos, contando su historia a grandes rasgos. Zieger recibió a los hermanos Kip con gran simpatía, y les invitó a que fueran por su casa. No tenía habitación que ofrecerles, pero en Port Praslin encontrarían un alojamiento cómodo donde estar hasta la partida del James Cook.

Pieter Kip respondió:

—Nuestros recursos son muy escasos, mejor dicho, nulos. Hemos perdido en el naufragio cuanto poseíamos, y puesto que el señor Hawkins ha sido tan amable, admitiéndonos como pasajeros, es preferible que permanezcamos a bordo.

—Ustedes están en su casa, amigos míos —dijo el armador—; si necesitan proveerse de ropa o de alguna otra cosa, me tienen a su disposición.

—Y a mí también, señores —dijo Zieger.

—Le damos a usted las gracias, y en cuanto regresemos a Holanda le reembolsaremos...

—No se trata ahora de eso; no se preocupen ustedes de semejante cosa; ya se arreglará más tarde.

El capitán Gibson preguntó al corresponsal cuánto tiempo aproximadamente duraría la escala del bergantín en Port Praslin, para descargar las mercancías que llevaban y recibir otras nuevas.

—Unas tres semanas, caso de que le baste a usted una para descargar sus mercancías, que yo me encargo de colocar ventajosamente en la colonia.

—¿Están dispuestas las trescientas toneladas de copra? —Tengo aquí ciento cincuenta en el almacén. Las otras ciento cincuenta habrá que ir a tomarlas a Kerawara...

—Bueno; la travesía es corta. Iremos a Kerawara, y luego el James Cook volverá a Port Praslin a completar el cargamento.

—Las cajas de nácar están preparadas, y por este lado no habrá que sufrir ningún retraso.

—Estamos a 20 de noviembre —concluyó Gibson—, y como no tengo

averías que reparar, el 14 de diciembre podremos hacernos a la vela.

—Y durante ese tiempo, señor Hawkins, pueden ustedes visitar los alrededores de Port Praslin. Valen la pena. Además, procuraremos por todos los medios posibles que no se les haga a ustedes largo el tiempo.

El armador, los hermanos Kip y Nat desembarcaron, dejando al capitán en sus ocupaciones de a bordo, con la promesa de unirse a ellos a la hora del almuerzo.

Port Praslin es un puerto muy abrigado en el fondo de su bahía, y ofrece excelentes fondeaderos a los barcos de gran tonelaje. La profundidad del agua es igual por todas partes, y entre Birara y Tombara los sondeos han registrado hasta 1400 metros. El bergantín había podido anclar a unas 30 brazas, en uno de esos fondos de arena madreporica donde las anclas muerden sólidamente.

En aquella época constituían la población un centenar de colonos, de origen alemán la mayoría, y algunos emigrantes de nacionalidad inglesa. Ocupaban casas diseminadas al este y al oeste del puerto, bajo las magníficas umbrías del litoral.

La casa de Zieger estaba situada a una milla aproximadamente hacia el oeste remontando la costa. Pero el comptoir y los almacenes se agrupaban en una plazuela irregular en el fondo del puerto, donde otros comerciantes habían establecido sus factorías y oficinas.

Los naturales de Nueva Irlanda viven también allí con la población colonial. Sus viviendas están edificadas sobre pilotes, y forman un grupo aparte, que se distingue de los demás. Frecuentan la población y el puerto; así es que al desembarcar el armador y sus compañeros, lo primero que encontraron fue unos cuantos indígenas sentados en el suelo.

Aunque los nativos sean poco trabajadores por naturaleza, pues la mayor parte se pasan el día sin hacer nada, el deseo de ganar algún dinero les saca de vez en cuando de su quietismo. No es, pues, raro que se ofrezcan para la carga y descarga de los barcos. Se les admite siempre, pero vigilándolos de cerca, porque arramblan con todo lo que pueden.

El indígena de Nueva Irlanda es de buena estatura, de piel amarillenta y vientre prominente. Su cabellera es lanosa y la deja caer a sus espaldas en trenzas rizadas o en tirabuzones, peinado propio de las mujeres en los países civilizados. De la nariz y de los lóbulos de las orejas cuelgan estos salvajes dientes de animales, manojos de plumas y otra porción de cosas. Estos indígenas no llevan más ropa que unos pedazos de tela, con los que han sustituido a los antiguos trozos de corteza. Para completar su indumentaria recurren a la pintura. Con ocre disuelto en aceite de coco se tiñen las mejillas, la frente, la extremidad nasal, la barbilla, las espaldas, el pecho y el vientre. Ya

son pocos los que practican el tatuaje, que lo imprimen en sus miembros no por medio de pinchazos, sino surcando la carne con piedras cortantes. Toda esta ornamentación no consigue disimular la lepra de su epidermis, a pesar de las fricciones de aceite a que se someten, ni las cicatrices de heridas recibidas en los frecuentes combates con sus vecinos de Binara sobre todo.

Que los naturales de este archipiélago han sido antropófagos, no cabe duda, y hasta puede suceder que lo sean todavía si se les presenta ocasión. De todos modos, las prácticas del canibalismo han disminuido mucho, gracias a los misioneros instalados en la isla de Roon.

Los naturales agrupados en el muelle pertenecían al sexo fuerte.

—Haremos algunas excursiones al interior, y tendrán ustedes ocasión de estudiar estas hordas salvajes —dijo Zieger cuando se dirigían hacia su casa.

Era muy sombrío el camino que costea el litoral en dirección a Wilhelmstaf. Las plantaciones que se extendían hacia el interior llegaban a la misma orilla del mar. A la derecha, espesos bosques ascendían hasta las últimas cimas de la cadena central, dominada por los picos de Lanut. Las enredaderas, algunas de un amarillo áureo, rodeaban el tronco de los árboles, trepando hasta sus copas. Era preciso guardarse de las espinas, y Zieger no cesaba de repetir:

—Tengan ustedes mucho cuidado, si no van a llegar a casa medio desnudos.

Todo aquel dominio forestal es de colosales proporciones: cocoteros, árboles de nuez moscada, palmeras, innumerables plantas arborescentes, helechos, inocarpas de una talla superior a la que sus semejantes adquieren en otras islas del Pacífico, y cuyas raíces emergen del suelo, formando cabañas naturales capaces para cinco o seis personas.

De vez en cuando veíanse en el bosque algunos claros, con cauces de agua cristalina; eran parcelas de terreno acotadas para el cultivo de la caña de azúcar.

No había que preocuparse de las fieras, de otros animales peligrosos ni de los reptiles. No había más que cerdos salvajes, menos temibles que los jabalíes, domesticados la mayor parte; perros llamados poulis en lengua indígena, zarigüeyas y una multitud de ratas. Por último, hay una cantidad enorme de hormigas blancas, que suspenden sus esponjosos nidos de las ramas de los árboles, entre las cuales legiones de arañas tienden sus telas azul y púrpura.

—Parece que oigo ladridos —dijo Nat Gibson.

—No —contestó Zieger—, no son perros que ladran, son pájaros...

—¿Pájaros? —repuso Hawkins muy sorprendido.

—Sí, unos cuervos que constituyen una especialidad del archipiélago Bismarck.

Nat y el armador se habían engañado, como Bougainville la primera vez que se aventuró a través de los bosques. Efectivamente, el cuervo de especie tan extraña imita perfectamente los ladridos del perro.

En un recodo del camino apareció la casa de Zieger. Era una especie de villa de madera, en medio de un vasto cercado, en el cual se alineaban los cocoteros, los naranjos y otra porción de árboles frutales. A la sombra de aquella frondosidad estaba Wilhelmstaf, de un solo piso, con una techumbre de gruesa tela alquitranada, necesaria por las frecuentes lluvias, que hacen soportable el clima de un archipiélago situado casi en el ecuador.

La señora Zieger era una mujer de unos cuarenta años, alemana como su marido, que se apresuró a salir al encuentro de sus huéspedes.

—¡Ah, señor Hawkins! —exclamó, tendiendo la mano al armador—. ¡Cuánto gusto volver a verle!...

—Y yo también tengo una gran satisfacción en saludar a usted, querida señora —contestó Hawkins, que la besó en las dos mejillas—. Hace ya cuatro años que estuvo usted en Hobart Town.

—Cuatro y medio, señor Hawkins.

—Pues bien —declaró el armador sonriendo—, aun contando con esos seis meses más, la encuentro a usted lo mismo que estaba...

—No diré yo lo mismo de Nat —repuso la señora—. ¡Cuánto ha cambiado! Ya no es un muchacho, es todo un hombre.

—Que le pide a usted permiso para imitar al señor Hawkins —replicó Nat besándola a su vez.

—¿Y el señor Gibson?

—Se ha quedado a bordo, pero no faltará a la hora del almuerzo.

Los Zieger no tenían hijos, y vivían en aquella villa de Wilhelmstaf, con sus criados, un mobiliario alemán, como ellos, y una familia de colonos, alojada en un departamento próximo a la casa. Estos cultivadores tenían a su cargo la parte agrícola, en la que trabajaban también mujeres indígenas. Había campos de caña de azúcar, de batatas y de ñames, en una extensión de una milla cuadrada.

Delante de la casa el suelo estaba tapizado de finísimo césped, que la sombra de los plátanos y la frescura del agua de un arroyo conservaban

siempre verde. En la parte posterior, también con mucho arbolado, había una pajarera, que encerraba los más hermosos volátiles del archipiélago, y una infinidad de gallinas domésticas, a las cuales los indígenas dan el nombre de gallo, por onomatopeya, en razón de su grito gutural.

No hay que advertir que el armador y sus acompañantes encontraron refrescos preparados en el salón de la villa.

Los hermanos Kip fueron presentados a la señora Zieger, que escuchó emocionada la historia del naufragio y del salvamento, poniéndose a la disposición de los náufragos, que agradecieron mucho tan simpático recibimiento.

Hawkins y Nat fueron a visitar sus habitaciones, amuebladas con sencillez, no exenta de confort. La señora Zieger se excusó por no poder ofrecer hospitalidad a los dos holandeses. Pero estaba convenido que no abandonarían su camarote del bergantín.

Un poco antes del mediodía llegó Gibson, acompañado del marinero Burnes, portador de diferentes objetos que Hawkins ofreció a la señora Zieger, entre ellos una pulsera, que le agradó en extremo. Inútil es decir que el capitán fue recibido con los brazos abiertos.

Se sentaron todos a la mesa, y los convidados, que tenían un apetito devorador, hicieron los honores al almuerzo, muy bien servido. Los platos fuertes los habían proporcionado el corral de la casa y el puerto de Port Praslin. Las legumbres procedían todas del cultivo de la villa. En cuanto a los vinos, se habían subido de la bien provista bodega, que los conservaba muy frescos.

Se felicitó a la señora Zieger por las excelencias de su mesa, que podía rivalizar con las mejores de Hobart Town.

—Pues hay un plato que no puedo ofrecerles, mis queridos amigos, porque ya no se hace en el país.

—¿Cuál es?

—Un pastel compuesto de sagón, nuez de coco y sesos humanos...

—¿Y estaba bueno?

—El rey de los pasteles.

—¿Lo ha comido usted? —preguntó riendo Hawkins.

—No he tenido nunca ocasión —contestó la señora Zieger en el mismo tono jocoso.

—Consecuencia de haber destruido el canibalismo en el archipiélago —

dijo Gibson.

El capitán debía volver a bordo del James Cook en cuanto concluyese de almorzar. Aunque tenía confianza en su contramaestre, no le gustaba ausentarse del barco, y menos con el temor de que los cuatro marineros desertaran en aquel puerto, donde no había de encontrar con quienes sustituirles.

Los recelos del capitán no eran infundados. Precisamente aquella mañana Flig Balt y Vin Mod habían estado hablando con Len Cannon y compinches, que insistían en su propósito de largarse. En vano Vin Mod había apurado su elocuencia; no lograba persuadirles de que debían permanecer a bordo.

—En fin —les dijo, como final de la argumentación—, ¿es que os disgusta el barco?

—Sí, desde el momento que lo manda un capitán —contestó Len.

—¿Y si el capitán desapareciera?

—Es la centésima vez que nos vienes con esa tonada, Mod —contestó el marinero Kyle—; y lo cierto es que estamos en Port Praslin, y dentro de tres semanas habremos zarpado para Hobart Town.

—Donde no queremos ir —dijo Bryce.

—Y estamos decididos a largarnos —añadió Sexton.

—Esperad al menos unos días —dijo entonces Flig Balt—. Hasta que el bergantín se haga a la mar, ¡quién sabe lo que puede ocurrir!

—Y, por otra parte —observó Vin Mod—, vais a desertar, bueno; pero ¿qué es lo que vais a hacer aquí?

En aquel momento el grumete Jim, que andaba escamado de sus conciliábulos, se aproximó al grupo. Flig Balt, que lo advirtió, le dijo bruscamente:

—¿Qué vienes a hacer tú aquí?

—Venía a almorzar.

—Ya almorzarás más tarde.

—Estoy seguro de que no has arreglado todavía el camarote de los hermanos Kip —añadió Vin Mod.

—¡Largo, a tu obligación! —le ordenó el contramaestre. El grumete se dirigió hacia popa sin responder una palabra, y entró en el camarote de los náufragos.

El primer objeto que le llamó la atención fue un puñal que hasta entonces

no había visto.

Era el que Vin Mod había robado en los restos de la Wilhelmina.

Jim cogió el puñal, examinó su hoja dentada, su mango guarnecido de clavos de cobre, y lo dejó sobre la mesita del camarote. Pensó que los hermanos Kip lo habrían recogido al registrar los restos de la goleta, y sin dar a la cosa más importancia, concluyó su tarea.

Los bribones continuaban discutiendo, sin que les oyesen los otros marineros. Len Cannon seguía obstinado y Vin Mod trataba de convencerle. Al menos, durante la escala del James Cook, sus compañeros y él no carecerían de nada, y siempre estarían a tiempo de desembarcar... ¿Quién les aseguraba que durante la travesía de Port Praslin a Kerawara, donde el bergantín había de completar su cargamento, no se presentaría una buena ocasión?... Era posible que Hawkins y Nat se quedaran en Port Praslin... ¿Quién sabe si hasta los hermanos Kip... ¡Y entonces!...

A regañadientes, Len Cannon y sus compinches consintieron en permanecer a bordo hasta el día en que hubieran de zarpar con rumbo a Hobart Town.

Cuando Flig Balt y Vin Mod se quedaron solos, dijo éste con un tono preocupado:

—¡Trabajo nos ha costado convencerles!...

—Sí, pero estamos en la misma situación.

—Paciencia —concluyó Vin Mod, con el tono que utiliza un hombre resuelto—; y cuando el capitán Balt tenga que escoger a su contramaestre, espero que no se olvidará de su fiel Vin Mod.

XII. TRES SEMANAS EN EL ARCHIPIÉLAGO

Los días siguientes se emplearon en la descarga del bergantín. Len Cannon y sus compañeros trabajaron bien, y el capitán Gibson no tuvo la menor sospecha acerca de sus intenciones.

Ayudaron a la tripulación unos cuantos indígenas, hombres robustos y nada torpes; así es que la operación se efectuó en excelentes condiciones.

Jim no había hablado del puñal a los hermanos Kip; ellos ignoraban la existencia de esta arma.

Vin Mod tuvo buen cuidado de recoger el puñal antes de que regresaran a

bordo, ocultándolo en su saco, donde nadie hubiera podido descubrirlo. Le bastaba sin duda que lo hubiera visto el grumete. ¿Qué se proponía?... Ni el mismo Flig Balt estaba enterado.

En tanto que el capitán permanecía a bordo vigilando la descarga, el armador, Nat y los hermanos Kip, acompañados de los Zieger, paseaban por las inmediaciones de Port Praslin. Visitaron las principales factorías establecidas en esta parte de la costa. Las unas pertenecían a colonos alemanes; algunas todavía estaban en manos de casas inglesas, fundadas antes del tratado del reparto. Todas hacían negocio. El movimiento de importación y de exportación a la antigua Tombara, luego Herbertshohe, como la antigua Birara, Matupi posteriormente, aumentaba en provecho de la Melanesia germánica.

En todas partes fueron objeto de un excelente recibimiento los huéspedes del señor Zieger. Este honrado negociante ocupaba una situación preponderante en la compañía comercial que ejercía la autoridad política. Estaba revestido de cierto poder judicial que los indígenas reconocían de buen grado. No se pasaba un año sin que un barco de guerra alemán visitase alguna de las islas del archipiélago Bismarck, y cuando llegaba a Port-Praslin, el señor Zieger hacía que se rindieran al pabellón nacional los honores reglamentarios.

Esto aparte, el Gobierno imperial había dejado a los naturales una independencia casi completa. Las tribus puede decirse que no tienen jefes. Si alguna autoridad se reconoce entre ellos es en los ancianos, y todos viven bajo un pie de igualdad. No hay esclavos ni aun en los poblados del interior, y todos los trabajadores son libres. En este concepto, y mediante un salario que se les paga en objetos manufacturados o de consumo, se los emplea en las fábricas o en el cultivo del campo. Aun antes de abolirse la esclavitud, los indígenas eran bien tratados por sus amos.

Este principio de civilización en los salvajes es debido al celo y a la abnegación de los misioneros instalados en diferentes puntos del archipiélago. Lo recorren sin cesar predicando el Evangelio. En Port-Praslin existe una capilla, servida por dos pastores, que bastan para las necesidades del culto.

Durante una excursión hacia la parte central de la isla, a tres millas aproximadamente del puerto, Hawkins y sus acompañantes visitaron un pueblo indígena.

Era una aglomeración de medio centenar de casas de madera que se elevaban sobre pilotes, aunque allí el suelo no era pantanoso.

Habría unos 160 habitantes entre hombres, mujeres, ancianos y niños; todos conocían a Zieger y se sometían a su autoridad, que raramente tenía que

ejercer entre las tribus del interior.

Sus compañeros y él fueron recibidos por dos personajes ya de edad, que querían aparecer dignos permaneciendo impassibles e indiferentes. Las mujeres y los niños no salieron de las casas, y fue difícil acercarse a ellos. La verdad es que no se sabe a punto fijo cuál es la constitución de la familia, ni el estado social de las diversas tribus de la Melanesia.

No están lejanos los tiempos en que estos salvajes andaban desnudos o cubiertos únicamente con un pedazo de corteza, cortado en varios filamentos, unidos por fibras vegetales. Gracias a la industria inglesa y alemana, los hombres y las mujeres cubren sus desnudeces con telas rayadas. Esta decencia debe ser considerada como un comienzo de las reformas civilizadoras.

El excelente Zieger pudo dar a sus acompañantes informes precisos y preciosos acerca de las costumbres de estos indígenas, en los cuales los sentidos de la vista, del olfato y del oído están extraordinariamente desarrollados. También se manifiestan de una destreza incomparable en todos los ejercicios corporales. Pero para que trabajen es preciso que sientan la necesidad de comer. De carácter indolente, prefieren el reposo a todo. En este poblado la mayoría de los habitantes estaban fuera de sus casas, abandonados a un dulce far niente, con las piernas cruzadas, las manos en el pecho, mirando sin hablar, mascando incesantemente el betel, como los orientales fuman opio y los occidentales tabaco.

El betel está compuesto de cal, obtenida por la calcinación de las madreporas y de un fruto de epidermis roja, cuyo nombre indígena es kambau. Es un sialagogo muy fuerte, que tiene un sabor nada desagradable. Su inconveniente es que ennegrece los dientes y los corroe, haciendo sanguinolentas las mucosas de la boca. Por una costumbre, que nunca se ha variado, los jóvenes no tienen derecho a disfrutar del betel, que sólo pueden usarlo los indígenas de cierta edad.

En cuanto a la industria de los indígenas, limítase a toscos tejidos y a la fabricación de objetos de alfarería. Y hasta estos trabajos están confiados a las mujeres, menos holgazanas que los hombres, sin hablar de las faenas agrícolas ni de la cotidiana preparación de la comida.

La alimentación exige poca ciencia culinaria. Los naturales no comen a horas fijas; mejor dicho, comen a todas horas. Así es que un viajero pudo decir, hablando de ellos:

«Cualquiera que sea el animal que cae en manos del salvaje, es inmediatamente arrojado al fuego, asado y devorado, sin que se tomen la molestia de quitarle el pellejo, si es cuadrúpedo, ni de desplumarlo, si se trata de un pájaro».

Pescados, tortugas, mariscos, pulpos, langostas, cangrejos enormes, reptiles, insectos..., todo se lo comen con un apetito de glotones. Lo mismo hacen con los vegetales y las frutas.

Pero no vaya a creerse que se muestran refractarios a las tentativas de civilización. Los misioneros tratan de convertirles a la religión cristiana; mas el paganismo ha echado en ellos profundas raíces, con mezcla de creencias musulmanas adquiridas en sus relaciones con los malayos. Es de creer que estos salvajes son polígamos. En cada poblado hay una casa de los ídolos, de la que cuidan los ancianos de la tribu.

Hawkins y sus compañeros no encontraron dificultad para entrar en el templo de los salvajes, cuyas puertas se abrieron ante Zieger con más facilidad que las de las casas. Encontraron en el interior del vasto recinto varias estatuas de arcilla, groseramente ejecutadas, con chafarrinones blancos, negros y rojos, y cuyos ojos, hechos con una lentejuela de nácar, brillaban como brasas. Estos ídolos se designan con el nombre de Bakoui. Entre los objetos depositados alrededor de ellos se destacaban dos tamtams, que un indígena hizo sonar estrepitosamente, obedeciendo el mandato de un anciano de larga barba, cubierta de polvo de ocre.

Nat Gibson, que iba provisto de su máquina, obtuvo del interior y exterior curiosísimas fotografías, que resultaron perfectamente, yendo a aumentar la colección de Hawkins.

En esta excursión había pasado la tarde. Empezaba el crepúsculo, cuando Zieger y sus huéspedes tomaron el camino de Wilhelmstaf, a través del bosque. Si las estrellas celestes brillaban a millares por encima de las copas de los árboles gigantes, millones de estrellas terrestres proyectaban su resplandor fosforescente, en medio de la frondosidad, entre las hierbas del suelo, tantos son los gusanos de luz que por allí pululan. Parecía que los pies hollaban un césped luminoso, en tanto que una infinidad de puntos brillantes destacábanse entre el ramaje.

Los días fueron pasando en interesantes excursiones a lo largo del litoral y al interior de la isla.

Una mañana Karl Kip, Nat Gibson y Hawkins, guiados por uno de los hombres de la factoría, hicieron la ascensión a la montaña. La subida fue fatigosa, aunque se efectuara a la sombra de los frondosos árboles.

Esta montaña no es de las más elevadas de la cadena central —5000 pies aproximadamente—; pero su altura permite que pueda contemplarse perfectamente el canal de San Jorge, entre Nueva Bretaña y Nueva Irlanda. Más allá aparecen otras elevaciones.

Los Zieger no podían sustraer a la admiración de sus huéspedes uno de los

sitios más pintorescos que pueden solicitar la curiosidad del turista en el este de Port Praslin. Nos referimos a la maravillosa cascada, a la que el francés Duperrey puso el nombre de su compatriota Bougainville.

El agua que la montaña envía al mar cae en este lugar desde una altura de 50 pies. Brota de uno de los flancos de la cadena y cae por una verde gradería de alturas superpuestas, produciendo un efecto sorprendente. Estas aguas, cargadas de una fuerte proporción de sal, bordean su curso de estalactitas calcáreas, y nada más cierto que la descripción del capitán Duperrey cuando hablaba de estas «cascadas que saltan en gradaciones casi regulares, precipitándose y diversificándose esta originalísima fuente sin igual, en cuyas aguas espumantes y cristalinas se proyectan, con irisadas coloraciones, los árboles inmensos, algunos de los cuales sumergen sus raíces en el gran recipiente de la cascada».

Esta excursión valió a Hawkins nuevas fotografías, que fueron indudablemente las más hermosas que hasta entonces se habían hecho de la maravillosa cascada de Bougainville.

La descarga del James Cook se terminó en la tarde del 25 de noviembre. Toda la pacotilla consignada al comptoir Zieger se había colocado enseguida, porque estaba compuesta de objetos de uso corriente.

El bergantín había de recibir ahora su cargamento, que consistía, como ya sabemos, en copra y cajas de nácar. De las 300 toneladas de la primera materia ya hemos dicho que la mitad habían de tomarse en Kerawara, uno de los islotes situados al sur de la isla de York.

El capitán, de acuerdo con el armador y Zieger, decidió que el cargamento de Kerawara sería el primero que se hiciera. El James Cook iría a cargar de las 150 toneladas, volviendo luego a Port Praslin para tomar el resto.

Por otra parte, si el bergantín no tenía efectivamente averías que reparar, necesitaba limpiar sus fondos y repintar el casco de proa a popa. Este trabajo exigiría tres o cuatro días. La tripulación se puso a la obra, se acabó en el tiempo previsto, y la partida se fijó para el día 29 por la mañana.

No se habrá olvidado que Flig Balt y Vin Mod esperaban que los pasajeros del bergantín se quedaran en Port Praslin durante el viaje a Kerawara; que permaneciera a bordo el capitán solamente, y que podrían aprovechar la ocasión para cumplir sus criminales proyectos. Una vez dueños del barco, pondrían la proa hacia el nordeste y el armador esperaba inútilmente la aparición de su James Cook en aguas de Nueva Irlanda.

El contramaestre y sus cómplices estaban decididos a todo, pero se equivocaron de medio a medio.

No solamente Hawkins, Nat Gibson y los hermanos Kip harían la travesía, sino que Zieger se ofreció a acompañarles, y su proposición fue acogida con el mayor gusto.

Flig Balt y Vin Mod dominaron a duras penas su furor. La posibilidad, o, por lo menos, la eventualidad de apoderarse del James Cook, escapábaseles una vez más.

—¡El diablo protege a este maldito capitán!... —exclamó Vin Mod cuando supo que todos eran de la partida.

—¡Ya verás, Mod, cómo vuelve a Hobart Town! —añadió el contramaestre—. Y ahora ¿qué harán los otros?

Los otros eran Len Cannon, Sexton, Kyle y Bryce. ¿Dejarían inmediatamente el barco, o harían el viaje a Kerawara antes de recoger sus sacos?...

Si no habían de sacar nada de esta navegación, ¿por qué habían de continuar a bordo del bergantín?

Verdad es que durante la estancia en Port Praslin se habían convencido de que no sería fácil vivir en la isla, y esto les daba en qué pensar, proporcionando gran fuerza a los argumentos de Vin Mod, que consiguió una prórroga más, decidiéndoles a que fueran a Kerawara y no dejaran el barco hasta su regreso a Port Praslin.

El bergantín zarpó en la mañana del 29. Veinticuatro horas para llegar a la isla de York; dos días para cargar las 150 toneladas de copra, otro día para el regreso a Port Praslin. El viaje no debía, pues, durar más de cuatro o cinco días.

La capital política y comercial del archipiélago de Bismarck había sido primeramente la islita de Mioko, al sur de la de York. Ocupaba un lugar intermedio entre las dos grandes islas del archipiélago Bismarck. Luego, por razones de salubridad, fue trasladada a la isla Matupi. Pero allí, los frecuentes temblores de tierra comprometieron la seguridad de los habitantes, y el gobierno estableció definitivamente la capital en el islote de Kerawara, situado al noroeste de Mioko.

La navegación se hizo a través del canal de San Jorge, no sin alguna lentitud a consecuencia de los vientos contrarios reinantes en esta vasta bahía, donde las sondas registran hasta 4000 pies de profundidad. Está formada por las islas Tombara y Birara, que aproximan sus extremos sudeste y nordeste. Hawkins y Nat se quedaron con las ganas de desembarcar, pues Birara merece verse.

Rodeada de un anfiteatro de conos volcánicos, tales como la Madre, la Hija

del Norte, la Hija del Sur, es la más considerable del archipiélago, la más montañosa y forestal, y también la más rica en cocoteros.

Por otra parte, Birara encierra especialísimas curiosidades. En ningún lugar del mundo se encontraría una isla donde un yerno no se atreve jamás a dirigir la palabra a su suegra y se oculta cuando la encuentra; una isla cuyos habitantes pasan por tener los dedos de los pies unidos por una membrana; una isla, en fin, en la que, según la leyenda, existen algunos indígenas provistos de un apéndice caudal, hombres con rabo...

Pero el bergantín no debía hacer escala en Birara, sino continuar a través del canal de San Jorge para llegar a York en el tiempo prefijado.

Carteret fue quien en 1707 puso este nombre a la isla en lugar del melanesiano de Amakata.

Visitada en 1791 por Hunter, en 1792 por Entrecasteaux, en 1823 por Duperrey, conocióse exactamente su situación geográfica entre los 150' 2' y 150° 7' de longitud y 4° 5' y 4° 10' de latitud sur. Su extensión comprende ocho millas del nordeste al sudoeste, por cinco de anchura, y su altitud media sobre el nivel del mar es bastante considerable.

Aunque está muy poblada y tiene magníficas fondeaderos, no es la capital del archipiélago. La rodean numerosos islotes, tales como Makada, Burnan, Ulu, Utuan, Kabokon, Muarlin, Mioko, Kerawara. En este último, situado más al sur, se fijó definitivamente la residencia del gobierno germánico.

Al amanecer del día 30 el vigía avistó el cabo Brown del islote Makada.

El James Cook dobló el cabo Makukar, dio vista al islote Kabokon y ancló, por fin, en Kerawara.

Este islote, que adopta la forma de una podadera, no mide más de tres millas de este a oeste. Dotado de un puerto muy seguro, ofrece a los navíos todas las ventajas de una excelente escala.

El principal agente germánico, Hamburg, que desempeñaba las funciones de gobernador del archipiélago Bismarck, estaba en constantes relaciones con Zieger. Dirigía una de las principales factorías del grupo, y su casa debía entregar al James Cook las 150 toneladas de copra, que podrían estar a bordo en cuarenta y ocho horas.

Mientras la tripulación, bajo la vigilancia del capitán, se ocupaba del cargamento, Hawkins, Nat y los hermanos Kip saltaron a tierra.

Kerawara puede decirse que es un extenso bosque dominado por colinas de 700 a 800 pies.

La capital del archipiélago contaba entonces con un millar de habitantes,

de los cuales la cuarta parte eran europeos, y el resto de origen melanesio. Estos indígenas no son absolutamente sedentarios. Establecidos la mayor parte en la isla de York o en los islotes vecinos, van constantemente a Kerawara a sus negocios; así es que los canales de este grupito, surca dos sin cesar por sus piraguas, que tienen una forma muy extraña, ofrecen una gran animación.

Hamburg pudo proporcionar a los expedicionarios interesantes detalles. La elección de Kerawara como residencia política le parecía muy justificada. Las relaciones eran desde allí fáciles con Nueva Bretaña y Nueva Irlanda.

En aquel momento encontrábase en el puerto dos barcos mercantes, con pabellón alemán el uno y con británico el otro, ocupados en descargar sus mercancías. Consignados el uno a Sydney, de Australia, el segundo a Auckland, de Nueva Zelanda, su escala en Kerawara habíase de prolongar tres semanas todavía. Hawkins y Gibson conocían al capitán del barco inglés, por haberle visto alguna vez en Hobart Town, y se complacieron en saludarle.

La casa de Hamburg estaba situada a la mitad de la colina y en medio del bosque, atravesado por un estrecho sendero bordeado de espesos zarzales. Media milla le separaba de su comptoir del puerto. El gobernador había invitado a comer para el día siguiente a Hawkins, al capitán y a su hijo. El cargamento de las 150 toneladas de copra estaría terminado en la tarde del 2 de diciembre, y el James Cook estaría el 3 en disposición de hacerse a la mar con rumbo a Port Praslin.

Los hermanos Kip habían sido invitados también por Hamburg, pero se excusaron con la reserva propia de personas que no quieren ser molestas. Prefirieron aprovechar el tiempo dando su último paseo por los alrededores del puerto.

En cuanto a la tripulación del bergantín, como no era de temer que desertara, obtuvo permiso para desembarcar, y nadie les reprocharía que fraternizara con los marineros de los otros barcos. La velada concluiría con alguna borrachera en la principal taberna de Kerawara. Esto era difícil de impedir, y Gibson se limitó a recomendar moderación y prudencia.

Flig Balt aseguró al capitán que él se cuidaba de que no pasara nada desagradable, y que podía marcharse tranquilo. Pero al hablar con su habitual amabilidad, no pudo disimular la agitación nerviosa que le dominaba. Gibson lo advirtió, y le dijo:

—¿Qué tiene usted, Balt?

—Nada, capitán, nada —contestó el contramaestre—; estoy un poco fatigado; no es más que eso.

Y su mirada, separándose del capitán, dirigióse hacia Vin Mod, que le

observaba.

A las cinco de la tarde, Hawkins, Nat y Zieger encontrábanse en casa del gobernador, donde había de servirse la comida a las seis y media. El capitán, retenido a bordo, no llegaría hasta más tarde. Debía llevar 2000 dólares en oro, importe del cargamento, que ya estaba en la cala del James Cook.

Entretanto, los invitados visitaron la propiedad, muy bien cuidada, y una de las más bonitas de Kerawara. Nat tomó algunas vistas fotográficas de la finca, de la terraza y de los alrededores. La mirada, pasando por encima de los macizos de árboles, abarcaba una gran extensión. Hacia el nordeste se destacaban los promontorios del gran islote de Ulu, y por el oeste la extrema punta del islote Kabokon, más allá del cual el sol se ocultaba bajo un horizonte magnífico de fantásticas tonalidades.

A las seis y media el capitán no había aparecido. Hamburg y sus huéspedes permanecieron en el jardín esperando su llegada.

La tarde estaba espléndida, la atmósfera deliciosamente refrescada por el viento, que se levantaba cuando el sol caía.

El aire, perfumado por los naranjos en flor, dilataba el pecho.

El tiempo transcurría. Eran las siete, y Gibson no llegaba.

—Algo imprevisto ha debido de ocurrir a mi padre —dijo Nat—; de no ser así, no me puedo explicar su retraso...

—¿No tenía que ir al despacho de usted, señor Hamburg? —preguntó el armador.

—Efectivamente; pero sólo para recoger sus papeles. —Puede que eso le haya entretenido.

—Paciencia —dijo el gobernador—; no llevamos más que treinta minutos de retraso.

Cuando transcurrió otra media hora, el armador, Nat y Zieger empezaron a intranquilizarse.

—¿Se habrá extraviado en el camino? —hizo observar Zieger.

—No es probable; el sendero es recto, y él lo conoce ¡porque ha venido varias veces a la casa! —dijo el gobernador.

—¿Por qué no vamos en su busca? —propuso Nat, poniéndose de pie.

—Vamos —contestó Hawkins.

El dueño de la finca llamó a uno de sus criados, que, provisto de un farol, acompañó a los invitados.

La oscuridad era profunda bajo la espesa frondosidad de los árboles, que forman un túnel sobre el sendero.

Se escuchó, por si se percibía ruido de pasos en la dirección del puerto...

Ni el menor rumor.

Se llamó...

Ninguna respuesta.

Esta parte del bosque parecía estar completamente desierta. En fin, después de andar media milla, todos desembocaron en la plaza de Kerawara.

De la principal taberna, vivamente iluminada, salía el ruido sordo, producido por los bebedores. Si una parte de la tripulación del James Cook había vuelto a bordo, algunos marineros permanecían aún de codos en la mesa, y, entre ellos, Len Cannon y sus camaradas.

Pieter y Karl Kip, que acababan de llegar, estaban sentados a popa del bergantín.

Un poco antes que ellos, Flig Balt y Vin Mod habían igual mente reembarcado, después de una ausencia de una media hora.

Al llegar al muelle Nat Gibson, preguntó con voz anhelosa:

—¿Y el capitán?

—¿El capitán Gibson? —contestó Vin Mod—. ¿No está en casa del señor Hamburg?

—No —contestó el gobernador.

—Pues desembarcó para dirigirse allí —dijo el marinero Burnes.

—Y yo le he visto tomar el sendero —añadió Hobbes.

—¿Cuánto hace que salió? —preguntó Zieger.

—Una hora, aproximadamente —contestó Vin Mod.

—¡Le ha ocurrido una desgracia! —exclamó el armador. Y entonces sus compañeros y él se repartieron por el puerto, yendo de comptoir en comptoir y de taberna en taberna. Por ninguna parte daban noticias del capitán.

Fue necesario dirigir las pesquisas por el bosque en un extenso radio.

Tal vez Gibson hubiese ya llegado a casa del gobernador dando algún rodeo.

Todo fue inútil. Después de varias horas de incesantes pesquisas, los citados, más los hermanos Kip, que se habían unido a ellos, tuvieron que volver a bordo sin haber calmado su ansiedad.

¡Qué angustia la de aquella funesta noche!...

El capitán no aparecía ni vivo ni muerto. El sendero entre el puerto y la morada de Hamburg fue recorrido mil veces con faroles y antorchas... Harry Gibson se había evaporado.

Nat se abandonaba a la desesperación, y el armador, no menos angustiado, no acertaba a calmar al joven, trastornado por la idea de que ya no volvería a ver a su padre...

Sus presentimientos no le engañaron.

Al amanecer corrió la noticia de que el cadáver del capitán Gibson se había encontrado en el bosque, a media milla del puerto.

XIII. EL ASESINATO

He aquí lo que había sucedido:

Después de haber dado sus últimas instrucciones para que al rayar el día el James Cook estuviera dispuesto a zarpar, el capitán Gibson desembarcó, dirigiéndose al comptoir.

Llevaba consigo los 2000 dólares en oro que debía entregar a Hamburg.

Una parte de la tripulación dejó el barco inmediatamente después que él, y los hermanos Kip hacía rato que estaban de paseo por los alrededores del puerto.

Cuando Gibson llegó al comptoir, uno de los empleados le entregó unos cuantos papeles.

Quedaban aún dos horas de sol. El capitán conocía perfectamente el camino de la «villa», y no temió extraviarse.

Una vez internado en el bosque, anduvo una media milla, y disponíase a oblicuar hacia la izquierda cuando de improviso fue violentamente arrojado a tierra.

Dos hombres acababan de precipitarse sobre él, y uno de ellos le apretaba la garganta.

Aturdido por el violento golpe que en el pecho recibiera, no les reconoció en el primer instante, pues se había quedado casi sin sentido.

Estos dos hombres le cogieron entonces por la cabeza y los pies, trasladándolo a 500 pasos del sendero hacia el interior del bosque.

Los malhechores depositaron a su víctima en el suelo, y uno de ellos dijo:

—Es preciso rematarlo...

En este momento el capitán Gibson abrió los ojos.

—¡Flig Balt!... ¡Vin Mod! —exclamó débilmente.

Eran, en efecto, el contraamaestre y su cómplice, que al fin cometían su crimen. Vin Mod se desembarazaba de Harry Gibson con la esperanza, bastante justificada, de que Flig Balt obtendría el mando del barco.

Entonces, bajo la dirección del nuevo capitán, en lugar de poner la proa hacia Hobart Town, el bergantín se saldría de su ruta, y sin que Hawkins lo advirtiera, avanzaría hacia el este a los parajes de las islas Salomón.

Allí procurarían desembarazarse del armador, de Nat Gibson, de los hermanos Kip, y de los marineros que no quisieran asociarse a una campaña de piratería.

Lo que no había sido hecho entre Nueva Zelanda y el archipiélago Bismarck, se verificaría a la salida de Port Praslin.

Después de pronunciar los nombres de los dos asesinos, el desgraciado Gibson añadió:

—¡Miserables!... ¡Miserables!...

Intentó levantarse, quiso defenderse; pero ¿qué podía él hacer contra aquellos dos hombres vigorosos y armados?...

—¡Socorro! —gritó entonces.

Vin Mod se precipitó sobre él y con una mano le tapó la boca, en tanto que Flig Balt, con el puñal robado a bordo de la Wilhelmina, le hirió en mitad del pecho.

Harry Gibson lanzó un gemido; después sus ojos, desmesuradamente abiertos, se fijaron por última vez en los asesinos. La hoja del puñal había tocado al corazón, y, transcurridos breves momentos de angustia, volvió a caer: estaba muerto.

—¡Capitán Balt, salud! —dijo Vin Mod, llevándose la mano a la gorra.

Aterrorizado el contraamaestre, retrocedía ante los abiertos ojos de su víctima, que, vivamente iluminados por un rayo de sol, le miraban fijamente.

Vin Mod, que conservaba su sangre fría, registró los bolsillos del capitán, donde encontró los papeles de a bordo y el saquito con los 2000 dólares en oro.

—¡Agradable sorpresa! —exclamó, guardándose el dinero.

Luego, dando un golpecito en la espalda del contramaestre, que continuaba inmóvil, fascinado por la mirada del muerto:

—Larguémonos —le dijo.

Y dejando el cadáver en aquel lugar, donde probablemente no sería descubierto hasta después que el bergantín zarpara, los asesinos volvieron a tomar el sendero, dirigiéndose apresuradamente hacia el puerto.

Un cuarto de hora después estaban en el puente del James Cook.

Flig Balt se metió en su camarote. Vin Mod bajó al de la tripulación y ocultó en el fondo de su saco los papeles del capitán Gibson, el oro robado y el puñal que había servido para cometer el asesinato.

Media hora después volvieron a bordo Karl y Pieter Kip, que fueron a sentarse a popa, esperando el regreso de los invitados de Hamburg.

Cuando el miserable Vin Mod volvió al puente, aparentaba una gran alegría, y se puso a charlar con los marineros Hobbes y Wickley, que no habían bajado a tierra.

Al día siguiente un empleado de una factoría que atravesaba el bosque descubrió, por casualidad, el cadáver del capitán Gibson.

Fue corriendo a dar cuenta del fúnebre hallazgo, y la noticia se esparció rápidamente por el puerto.

Al conocer su desgracia, Nat Gibson fue acometido de un ataque de locura. Ya sabemos qué profundo afecto se profesaban el padre y el hijo.

Hawkins, trastornado por el terrible e inesperado golpe, no podía atender al desventurado huérfano.

Tuvieron los hermanos Kip que trasladarlo a su camarote, donde al fin recobró el conocimiento. Los dos daban muestras del más vivo sentimiento y de la más profunda indignación.

La tripulación estaba aterrada.

Jim lloraba a lágrima viva. Hobbes, Wickley y Burnes no querían creer en la muerte de su capitán. Flig Balt y Vin Mod se deshacían en violentas amenazas contra el matador.

Solamente los enrolados en Dunedin mostraron una completa indiferencia.

Len Cannon y los otros habían decidido desembarcar aquel mismo día, lo que hubiera comprometido e impedido tal vez la partida del bergantín.

Pero, desaparecido el capitán Gibson, sus proyectos se modificaban. Varias veces había dirigido Len Cannon a Vin Mod una mirada interrogadora. Pero el

asesino volvía siempre la cabeza, afectando no comprenderle.

Cuando Nat Gibson hubo vuelto en sí, lanzose fuera del camarote.

—¡Mi padre! —exclamó con desesperación—. ¡Quiero ver a mi padre!...

Karl Kip trató de retenerle. El joven le rechazó, precipitándose en el puente.

Hamburg, que se había apresurado a volver a bordo tan pronto como tuvo noticia del asesinato, llegaba al James Cook en el momento que Nat se disponía a desembarcar.

—Le acompaño a usted —le dijo.

Eran las ocho de la mañana.

Hamburg, Zieger, Hawkins y Kip y algunos empleados de la factoría, que rodeaban al huérfano, se dirigieron a través del bosque hacia el lugar del crimen. No tardaron en llegar más que unos diez minutos.

El cuerpo estaba en la misma disposición en que le dejaron los asesinos: tendido en el suelo, los ojos desmesuradamente abiertos, como si la vida no le hubiese abandonado todavía.

Nat Gibson se arrodilló junto al cadáver de su padre. Le besaba, le llamaba desesperadamente; llamaba también a su madre...

Cuando la pobre señora conociese la desgracia, ¿podría sobrevivir a su querido esposo?...

Hamburg, a quien incumbía el cuidado de las pesquisas para el descubrimiento del autor del crimen, examinó con gran cuidado las huellas en la hierba, y creyó reconocer por recientes señales que habían sido dos los asesinos.

Luego, desabrochando el chaleco y la camisa del pobre Gibson, comprobó que la muerte había sido producida por una hoja dentada, y que la herida, mortal de necesidad, había sangrado muy poco.

En cuanto a los papeles y al dinero, habían desaparecido. Parecía, pues, que el móvil del crimen era el robo. Pero ¿quién lo había cometido?

¿Algún colono de Kerawara?

No parecía probable...

¿Habían sido indígenas los autores del crimen?... Lo que es capacidad para ello nadie se la negaría.

Pero ¿cómo y dónde descubrir a los asesinos?... Realizada la fechoría, habrían abandonado inmediatamente Kerawara, dirigiéndose en una piragua a

la isla de York. En unas cuantas horas habían podido ponerse al abrigo de toda persecución.

Lo probable era que el crimen quedase impune, como tantos otros cometidos en estos parajes.

Lo primero que había de hacerse era trasladar el cadáver a la factoría.

Hamburg había mandado llevar unas parihuelas, sobre las cuales se depositó el muerto.

Luego el fúnebre cortejo, Nat Gibson del brazo de Hawkins, tomó el camino del puerto.

El cadáver fue colocado en una habitación del comptoir, en espera de que el gobernador concluyese su información judicial.

El entierro se verificaría al día siguiente, pues la descomposición se opera con gran rapidez bajo el abrasador clima de los trópicos.

El misionero, que se hallaba entonces en Kerawara, rezó las preces junto al cadáver.

Zieger llevó a bordo al inconsolable Nat, que, en un alarmante estado de postración, permaneció echado en su camarote.

Entretanto Hamburg no cesaba de trabajar en el descubrimiento del crimen.

Cuando el armador y Zieger se reunieron con él en la factoría, hablaron del asunto, y al preguntarle su parecer acerca de quiénes podían ser los autores del crimen:

—Los indígenas seguramente —contestó el gobernador de la colonia.

—¿Para robar al pobre Gibson? —preguntó el armador.

—Sí... Indudablemente ellos supieron que llevaba consigo una suma considerable; le espionaron, le siguieron por el bosque y le atacaron de improviso para desvalijarle...

—Pero ¿cómo descubrirles? —dijo Zieger.

—Eso será casi imposible —declaró el gobernador—. ¿En qué indicios vamos a basarnos para encaminar las pesquisas? ¿Qué pista vamos a seguir?...

—Podemos hacer una cosa: fotografiar la herida hecha por el arma del asesino, y si tuviéramos la suerte de encontrarla tal vez descubriésemos a quién pertenece.

—Tiene usted razón —contestó el gobernador—, y si le parece al señor Hawkins, procederemos a la operación.

—Sí, sí —aprobó el armador, a quien la emoción apenas dejaba hablar—. ¡Que el espantoso crimen no pueda quedar impune!...

Zieger fue a bordo en busca del aparato.

Se puso de nuevo al descubierto el pecho del capitán, haciendo un minucioso examen de la herida.

No medía más que una media pulgada de anchura y uno de los bordes ofrecía una marca, como si la piel hubiese sido aserrada.

Y entonces dijo Hamburg.

—Ya lo ven ustedes, el crimen se ha cometido con un arma indígena, unos de esos kriss malayos con hoja dentada de los que usan los naturales.

Se obtuvieron dos clichés perfectísimos. El uno reproducía el pecho de Harry Gibson, el otro su cabeza. Hawkins le cerró los ojos, que aún tenía abiertos.

Se convino en que las fotografías quedasen en poder de Hamburg, porque pudieran serle útiles para sus pesquisas. Los clichés los guardó el armador para poder sacar nuevas pruebas.

La imagen de su desgraciado amigo asesinado en Kerawara la llevaría a su pueblo natal.

Fue necesario meter el cadáver en el féretro. Las exequias serían a la mañana siguiente.

Se escogió un lugar en el reducido cementerio de Kerawara, y procediose a cavar la fosa destinada a recibir el cuerpo del desgraciado capitán.

Aquella triste jornada acabó en medio de la desolación general.

Llegó la noche, que Nat Gibson pasó sin poder conciliar el sueño un instante, ahogado por los sollozos.

Al día siguiente toda la población inglesa y alemana asistió a los funerales.

El pabellón del James Cook ondeaba a media asta; los otros barcos también pusieron el suyo a media asta en señal de duelo.

El féretro, cubierto con la bandera nacional, fue conducido a hombros por cuatro marineros del bergantín. Nat Gibson, el gobernador, Hawkins y Zieger marchaban detrás, seguidos de Flig Balt y del resto de la tripulación, a la que se habían unido los marineros de otros barcos.

El misionero anglicano iba delante del cadáver recitando las preces litúrgicas.

El fúnebre cortejo llegó al cementerio, y allí, ante la tumba, el gobernador

de la colonia pronunció algunas palabras en recuerdo del capitán Gibson.

El dolor de Nat movía a compasión. A duras penas podía sostenerle el armador. El joven quiso abrazarse una vez más al ataúd que guardaba el cuerpo inanimado de su padre, que al fin bajó al fondo de la fosa, sobre la cual Hamburg hizo colocar una cruz de madera con esta inscripción:

AL CAPITÁN HARRY GIBSON

DE HOBART TOWN

ASESINADO EL 2 DE DICIEMBRE DE 1885.

Su hijo, sus amigos, su tripulación y la población de Kerawara.

¡Dios acoja su alma!

Las pesquisas del gobernador no dieron resultado alguno. Los asesinos se habrían refugiado seguramente entre las tribus de York. En estas condiciones era imposible descubrirles, pues las piraguas indígenas circulan día y noche entre el islote y la isla.

¿Se encontraría el arma homicida? ¿Aparecería su dueño?... Sólo el azar podía despejar estas incógnitas.

El bergantín no tenía ya nada que hacer en Kerawara. La mañana en que se descubrió el cadáver estaba ya dispuesto para hacerse a la mar de regreso a Port Praslin.

Así es que, de acuerdo con Zieger, el armador llamó al contraмаestre, y le dijo:

—Flig Balt, el James Cook ha perdido a su capitán...

—Y es una gran desgracia —contestó Flig Balt, cuya voz hacía temblar una emoción que no era la del dolor.

—Sé —continuó Hawkins— que mi desgraciado amigo tenía en usted mucha confianza, y yo estoy dispuesto a seguir dispensándosela.

El contraмаestre, con los ojos bajos, se inclinó sin pronunciar una palabra.

—Mañana conducirá usted a Port Praslin al James Cook. Allí concluiremos el cargamento, y en cuanto la operación esté terminada, nos haremos a la vela con rumbo a Hobart Town.

—A sus órdenes, señor Hawkins —contestó Flig Balt retirándose.

El armador había dicho que el contraмаestre reemplazaría al pobre Gibson en la dirección del barco; pero no que sería el capitán. Tal vez no pensara darle oficialmente el título, y encontrara suficiente que llenase las funciones de tal durante la travesía del archipiélago Bismarck a Tasmania.

El contraмаestre se había hecho cargo de ello, y comunicó sus recelos a Vin Mod momentos después.

—¡Eh! ¿Qué importa? —le dijo el marinero—. Llevemos primero el bergantín a Port Praslin... Que sea usted enseguida el capitán o el segundo, es todo uno, señor Balt... Cuando estemos en posesión del barco, seremos nosotros quienes le nombremos capitán; y que me cuelguen alto y corto si este nombramiento no vale más que el del armador.

Por otra parte, Len Cannon y sus compañeros, si no sabían a ciencia cierta que Flig Balt y Vin Mod eran los asesinos del capitán, estaban seguros de que el bergantín no iría ya a Hobart Town, y no volvieron a hablar de abandonarlo.

El día 5 de diciembre Hawkins se despidió del gobernador.

Hamburg estrechó entre sus brazos a Nat, prometiéndole hacer todo lo posible para descubrir a los asesinos de su padre. Si lo conseguía, la justicia alemana no tendría piedad para ellos, y pagarían con la cabeza tan abominable crimen.

Luego los pasajeros del James Cook y el gobernador de Kerawara se dieron un apretón de manos. La despedida fue muy triste.

Los preparativos se efectuaron bajo las órdenes de Flig Balt.

Una hora después, el bergantín salió de los bancos madreporicos, y navegando al sudeste perdió de vista el cabo Barard, la punta más avanzada de la isla de York, con la proa hacia la entrada del canal de San Jorge.

La travesía no era más que de veinticuatro horas.

El viento era favorable, y no hubo necesidad de hacer maniobras, ni siquiera cambiar las amuras. De suerte que en esta corta travesía no pudo apreciarse si Flig Balt era o no un buen marino.

Para juzgarlo era preciso esperar a que el bergantín fuese a Hobart Town.

El contraмаestre no ocupó el camarote del capitán; continuó en el suyo, próximo al de la tripulación.

Durante la noche, Len Cannon, que ardía en curiosidad, interrogó a Vin Mod, con quien estaba de cuarto. El criminal marinero le contestó bien satisfactoriamente.

El James Cook no volvería más a Tasmania... Capitán o no, Flig Balt sabría separarlo de su ruta... Y una vez en los parajes de las Salomón, no sería difícil concluir con los pasajeros... ¿No habían de encontrar por allí bravos marineros, al acecho de aventuras, que se apresurarían a ayudarles?... Len Cannon y los otros no tenían, pues, motivo alguno para abandonar el James Cook, del que iban a resultar dueños.

En la mañana del día 6 de diciembre se descubrieron las alturas de Lanut. Antes de mediodía el bergantín habría echado el ancla frente al comptoir de Zieger.

Como llegó con su pabellón cubierto, comprendiose enseguida en Port Praslin que alguna desgracia había ocurrido a bordo.

¡Y cuál fue la desolación general cuando se supo cómo había muerto el desventurado capitán Gibson...!

La señora Zieger, que había acudido apresuradamente al muelle, recibió a Nat en sus brazos en el instante que desembarcaba. Los sollozos la sofocaban, y en cuanto pudo hablar, repitió con los ojos arrasados en lágrimas: ¡pobre niño... mi pobre Nat... y su pobre madre... su pobre madre!...

Nat tuvo que aceptar la hospitalidad de Wilhelmstaf, e igualmente Hawkins. Los dos volvieron a ocupar sus habitaciones, y se sentaron a la mesa de aquella hospitalaria casa, adonde el pobre Gibson no había devolver...

Zieger no quiso confiar a nadie el cuidado de embarcar las 150 toneladas de copra, complemento de la carga del bergantín.

Le ayudaron en la tarea Pieter y Karl Kip, que no dejaron el barco ni una hora.

Cuando hubieron llenado de copra la cala del barco, repartieron a proa y a popa las cajas de nácar con destino a Hobart Town. Y como antes de su viaje a Kerawara el capitán había procedido a los trabajos de limpieza y pintura, no había para qué retardar la partida.

El barco estaba listo en la tarde del 9.

Aquella noche Hawkins y Nat Gibson, acompañados de los Zieger, volvieron a bordo, a fin de que el James Cook pudiera hacerse a la mar en cuanto amaneciera.

Cuando llegaron dijo el armador a Flig Balt, que salió a recibirles:

—¿Está todo preparado?

—Todo, señor Hawkins.

—Pues bien, Flig Balt, mañana nos haremos a la mar... Usted, que ha traído el bergantín desde Kerawara, lo conducirá desde Port Praslin a Hobart Town... Usted lo mandará de aquí en adelante...

—Muchas gracias, señor Hawkins —respondió Flig Balt, en tanto que de la tripulación escapábase un murmullo de aprobación.

El armador estrechó la mano del nuevo capitán, sin notar que temblaba al ponerse en contacto con la suya.

Los Zieger dijeron adiós al armador y a Nat, sin olvidar a los hermanos Kip, que les fueron muy simpáticos, prometiéndoles ir a pasar, lo antes posible, una temporada a Hobart Town, al lado de las dos familias.

A las cinco de la mañana el capitán Balt hizo sus preparativos, y una hora después el James Cook salía del puerto de Port Praslin.

XIV. INCIDENTES

La distancia entre el archipiélago Bismarck y Tasmania está calculada en 2400 millas aproximadamente. Con viento favorable, navegando a 100 millas en cada singladura, el James Cook no emplearía más de tres semanas en franquearla.

El período de los vientos alisios tocaba a su fin, y bien pronto se echaría encima el monzón de los trópicos. Efectivamente, después de una calma pasajera, la brisa empezó a soplar por el oeste.

El bergantín navegaba, pues, en buenas condiciones para atravesar los difíciles parajes de las Luisiadas y entrar en el mar del Coral.

A bordo del James Cook los pasajeros no se entregaban a las alegres impresiones de su agradable viaje de regreso, que seguramente hubieran experimentado sin el espantoso drama de Kerawara.

Cuando Nat Gibson dejaba su camarote, iba a sentarse a popa, cerca de Hawkins.

No había nada que lograra sustraerle a su dolor.

Se estremecía al pensar en la llegada a puerto; en su madre, que esperaría con impaciencia el James Cook; en la infeliz mujer, a quien habría que decirle que su esposo no volvía...

Los hermanos Kip tenían la delicadeza de mantenerse a distancia, respetando esta aflicción, que no se había mitigado.

Por otra parte, sin aparentarlo, Karl vigilaba la marcha del barco. El contramaestre no le había inspirado nunca confianza. En diversas ocasiones había tenido ocasión de apreciar que le faltaba bastante para ser un buen marino. Dos o tres maniobras mal dirigidas, en ausencia del capitán, le hicieron comprender que Flig Balt no era un hombre de mar.

Entonces no se preocupó de semejante cosa; pero lo que no ofrecía graves inconvenientes bajo el mando de Harry Gibson, los tenía ahora que Flig Balt era el capitán del James Cook.

Este día Karl Kip comunicó sus temores a su hermano.

—¿De modo que tú crees que este Flig Balt no está a la altura de sus funciones? —le preguntó Pieter.

—Hay motivo para pensarlo... Durante la borrasca que nos sorprendió en el mar del Coral, adquirí la certidumbre de que este hombre no sabe bien su oficio.

—Entonces, Karl, tu deber es vigilarle, y si alguna maniobra te parece peligrosa, hacer las observaciones procedentes...

—Que Flig Balt recibiría rogándome que no interviniese en la dirección del navío...

—No importa, debes hacerlo; y en el caso de que tus consejos fuesen mal recibidos, dirígete directamente al señor Hawkins... Tiene muy buen sentido, te escuchará, pedirá explicaciones al excontramaestre, y con seguridad te dará la razón.

—Ya veremos, Pieter. Por desgracia, no tengo las cartas de a bordo a mi disposición, y no puedo comprobar la ruta.

—Haz cuanto puedas, mi querido Karl. El James Cook ha sufrido ya una ruda prueba para que vayamos a someterle a otras nuevas.

Como se ve, no creyendo todavía que Flig Balt obrase de mala fe, Karl Kip le tenía por un mediano marino. Así es que, sin que él lo advirtiera, le vigilaba lo más posible.

La presencia del náufrago no dejaba de causar al capitán cierta inquietud, y, a despecho de Vin Mod, tendría que proceder con prudencia cuando tratara de modificar la ruta en dirección al archipiélago de las Salomón.

Después de haber pasado la entrada del canal de San Jorge, el bergantín perdió de vista las últimas derivaciones de Nueva Irlanda y Nueva Bretaña.

A través de esta porción de mar, Flig Balt tenía razón en poner la proa al sur, pues no quería aproximarse a Nueva Guinea para no exponerse a un segundo ataque de los indígenas, que tal vez no pudiera ser rechazado tan felizmente como el primero.

El día 15 el James Cook alcanzó el límite de las Luisiadas.

La travesía se había hecho sin dificultad. Después de dejar al oeste la isla de Rossel, la principal del grupo, el mar del Coral se abría ampliamente al duodécimo grado de latitud sur.

A partir de este paralelo, la dirección sería imperturbablemente conservada al sur, a fin de dar vista a la costa oriental de Australia, a la altura de Brisbane.

Con un buen viento, que soplaba regularmente, el James Cook podría obtener su máximo de velocidad.

Al llegar al límite del mar del Coral, era cuando Flig Balt debía modificar el rumbo hacia el este, para dar vista a la isla Mangara, situada al final de las Salomón.

Pero como esto hubiera producido un cambio de ruta muy notorio, Flig Balt se limitó a oblicuar hacia el sudeste.

Pero aun hecho con discreción el cambio extrañó a Karl Kip, que, después de observar la brújula, dijo al capitán:

—Creo, señor Balt, que encontrará usted mar bella al abrigo de la costa australiana.

—Es posible —contestó Flig Balt, que empezaba a mirar al holandés con malos ojos.

—Entonces, ¿por qué no conserva usted su dirección?

—Porque las rachas del nordeste son siempre terribles, y no pienso aproximarme a tierra.

—¡Oh! Hay mucho espacio todavía; siempre tendría usted tiempo de torcer el rumbo.

—No opino lo mismo —contestó secamente el nuevo capitán.

Y cuando encontró a Vin Mod, cambió con él unas cuantas frases a propósito de lo sucedido.

—¿Quién le mete a ese holandés en estas cosas? —dijo el marinero—. ¡Cuándo nos desembarcaremos de toda esta gente!...

El antiguo proyecto de arrojar por la borda a los pasajeros del bergantín subsistía aún, y si la ocasión se presentaba, no la desaprovecharían. Con el concurso de los malhechores que pululan por los parajes de las Salomón, la cosa tenía grandes probabilidades de éxito para los asesinos del capitán Gibson.

Aquella modificación de ruta, observada por Karl Kip, era poco importante, y sin justificarla de un modo absoluto, era en cierto modo aceptable.

Efectivamente, suponiendo que estallara la tempestad, un barco está menos expuesto en alta mar, donde puede correr el temporal, que en las proximidades de la costa.

Karl Kip no creyó que debiera prevenir a Hawkins.

Sin embargo, a despecho de Flig Balt, que estaba ya sobre aviso, no dejó de vigilar la dirección dada al timonel.

Pero muy pronto las circunstancias favorecieron al nuevo capitán y a sus cómplices.

En la tarde del 17 cambió el tiempo.

El sol acababa de desaparecer detrás del horizonte, cargado de nubarrones. El mar empezó a agitarse.

Durante el día el calor había sido asfixiante, y la brisa cayó varias veces, sin fuerza para hinchar las velas.

Hacia las tres de la tarde el termómetro marcaba 39 °C a la sombra, y a las cinco el barómetro había descendido a 730 milímetros.

Este rápido descenso de la columna mercurial indicaba una profunda perturbación atmosférica.

Además, el bergantín iba encontrando mar gruesa, y el oleaje anunciaba que el viento soplabá reciamente del oeste.

Esta perturbación atmosférica fue anunciada por una violenta tempestad.

A las nueve, aproximadamente, después de lejanos truenos, el horizonte se incendió con vivísimos y continuados relámpagos, que, al reflejarse en el agua, parecía que el mar bullía en hirvientes olas de fuego.

Los estallidos del trueno eran tan intensos que ensordecían el oído, así como el fulgurante centelleo de las descargas eléctricas deslumbraban los ojos.

A las once la tormenta estaba en todo su apogeo.

Podía asegurarse que después sobrevendría el temporal, y era necesario prepararse para recibirlo.

No había peligro de que el bergantín fuese arrojado hacia la costa, como había indicado Flig Balt. Por el contrario, y a menos que se dirigiera hacia el archipiélago Salomón, el bergantín no encontraría ningún obstáculo hacia el este.

Hawkins, Flig Balt y Karl Kip, reunidos delante de la camareta, no podían equivocarse acerca de la violencia de la tempestad, y el armador dijo:

—Ya tenemos el huracán.

—Seguramente —dijo Flig Balt—, y creo que para rato. —Eso me temo.

—Y será preciso correr el temporal.

—¿Y por qué no hacer frente a la borrasca? —preguntó Karl Kip—.

Poniéndose a la capa...

—¿Se podría hacer? —interrumpió Flig Balt—. Un navío cargado, como el James Cook, hasta su línea de flotación, es muy difícil que pueda mantenerse a merced del oleaje.

—Un marino debe tratar siempre de conservar su ruta —respondió Karl Kip—, y huir sólo en último extremo.

—Ése es mi criterio —añadió Hawkins—, pues nos exponemos a ser arrastrados lejos, hacia el este.

—Y puede que hacia el nordeste —añadió Karl Kip—. Con el viento en popa no tardaremos en caer en los parajes de las Salomón.

Así lo habían calculado Flig Balt y Vin Mod.

El excontramaestre no podía desconocer que el holandés hablaba en marino. Por otra parte, no podía convenirle dejar escapar aquella ocasión de cambiar el rumbo del James Cook. Así es que repuso, echando por la calle de en medio, como vulgarmente se dice:

—Tengo la responsabilidad de un capitán, como comprenderá el señor Hawkins, y no he de recibir órdenes del señor Kip.

—No son órdenes, son consejos lo que doy a usted —contestó Karl, a quien semejante obstinación no dejó de sorprender.

—Órdenes que yo no necesito —replicó Flig Balt, muy irritado por la oposición que se le hacía.

—Señores —intervino Hawkins—, pongamos término a esta discusión. Doy las gracias al señor Kip por habernos ilustrado con su consejo... Pero puesto que el capitán Flig no lo considera oportuno, que obre a su discreción. Le he confiado el mando del barco, y tiene el derecho de reivindicar la responsabilidad de sus actos.

Karl Kip se inclinó y fue a reunirse con su hermano, a quien dijo:

—Este Flig me parece un incapaz, y me temo que pierda el barco...; después de todo, él es el capitán.

De cualquier modo, no había tiempo que perder.

El ímpetu del viento aumentaba por instantes, y las espantosas rachas que azotaban la arboladura amenazaban llevarse el velamen.

Bajo las órdenes de Flig Balt comenzó la maniobra. El bergantín sufría tremendas sacudidas; la evolución estuvo a punto de no poderse efectuar. El James Cook viró al fin, y con la proa al nordeste, se dejó llevar por el viento.

Durante media hora la navegación se hizo en regulares condiciones.

La única dificultad era impedir los abordajes de través. El bergantín navegaba casi sin gobierno entre aquellas embravecidas olas, que corrían tanto como él. Los golpes de mar por los flancos constituían un peligro continuado.

Era imposible aumentar el velamen. Uno de los foques que Flig Balt mandó izar, para hacer más sensible y eficaz el timón, fue hecho jirones inmediatamente. La gavia restallaba a punto de desgarrarse.

Llegó el caso de preguntarse si no sería mejor correr el temporal a palo seco. Lo cual vale tanto como dejar al navío completamente desamparado, incapaz de seguir una dirección determinada, juguete de las olas.

A media noche el más ignorante de los marineros del bergantín hubiera reconocido que el James Cook no podía continuar de aquella manera. Los golpes de mar se sucedían sin interrupción; las olas llevaban doble velocidad que él, y le faltaba el gobierno absolutamente.

El armador no ocultaba la inquietud de que era presa.

No se trataba del navío y su cargamento, que hubiese arrojado por la borda en caso de necesidad; era la vida de los pasajeros y tripulantes lo que le preocupaba.

Si Flig Balt tenía la responsabilidad del mando, él, como armador, era responsable de haberle nombrado capitán del James Cook.

Y si el excontramaestre no estaba a la altura de sus funciones; si por su impericia peligraba la seguridad del barco, y si, en resumen, Karl Kip, un marino, tenía razón contra Flig Balt...

Todos estos pensamientos, todas estas incertidumbres se agitaban en el cerebro de Hawkins, que las comunicaba a Nat Gibson, quien compartía sus recelos y desconfianzas acerca del flamante capitán.

De vez en cuando, en el momento en que éste se le aproximaba, el armador le hacía preguntas, a las que el criminal no contestaba más que por frases ininteligibles, incoherentes, que denotaban una profunda turbación, una insuficiencia notoria ante los peligros de la crítica situación.

Y a la luz de los relámpagos, cuando se volvía hacía los hermanos Kip, veía al mayor hablando en voz baja, en la actitud de un hombre que a duras penas puede contener una violenta determinación.

¡Sí! Cualquiera hubiese pensado que Karl estaba a punto de precipitarse sobre la rueda del gobernalle para poner el bergantín en dirección contraria.

Obstinándose en aquella ruta, aun suponiendo que el barco no recibiese algún mal golpe de mar; que no se acostase sobre una de las bandas para no

levantarse más; que no hubiese que llegar al extremo de picar los palos, ¿adónde llegarían?... A los parajes de las Salomón, entre aquellas islas erizadas de escollos, en uno de los cuales se perdería el bergantín seguramente.

Flig Balt lo comprendía. Vin Mod y los demás hombres lo comprendían también. Era la pérdida cierta del bergantín si la tempestad duraba cuarenta y ocho horas.

La prudencia más elemental aconsejaba, pues, poner rumbo al oeste en tanto quedase un pedazo de vela.

Flig Balt trató de hacerlo.

Era una maniobra muy peligrosa en un mar embravecido, y tal vez resultara imposible hacer que el bergantín virase en redondo para cambiar su rumbo por completo.

Se largó la cangreja para ayudar al gobernalle.

En este momento el bergantín se acostó sobre babor, y el extremo de una de sus vergas desapareció bajo la espuma de las olas.

Entonces, un hombre se lanzó hacia el armador, gritando:

—¡Déjeme usted hacer!...

—¡Haga lo que quiera! —contestó el señor Hawkins.

Y entonces pudo apreciarse de lo que es capaz un verdadero marino que tiene sangre fría, y lo que era aquél en comparación del excontramaestre.

Al mando de Karl Kip, a su voz imperiosa, a la precisión de sus órdenes, la tripulación maniobró con prontitud y decisión.

El James Cook se levantó poco a poco, y aprovechando las rápidas embestidas, Karl Kip consiguió ponerlo en condiciones de gobierno. Los golpes de mar, aunque de una extraordinaria impetuosidad, fueron menos peligrosos, pues asaltaban por proa y no por popa.

Se izó, no sin grandes dificultades, un foque de borrasca capaz de resistir las acometidas del vendaval, en tanto que el marinero Burnes, excelente timonel, mantenía imperturbablemente el James Cook en buena ruta.

En aquel momento Vin Mod, aproximándose a Flig Balt, le dijo furioso.

—¡Todo está perdido con el capitán Kip en lugar del capitán Balt!...

Al día siguiente, 21 de diciembre, contra todas las probabilidades, la violencia de la tempestad disminuyó considerablemente.

Gracias a esta feliz circunstancia, el bergantín, que no convenía que

siguiera corriendo hacia tierra, puso su proa al mar.

Es lo que hizo Karl Kip en cuanto el viento se lo permitió, y aumentando después el velamen, el James Cook, favorecido por la brisa, ganaría rápidamente lo que había perdido hacia el este.

El mar no se calmaría tan pronto como el viento. Permanecería duro y erizado algunas horas más. Así es que el bergantín fue horriblemente sacudido por balanceos y cabezadas.

A las diez de la mañana reapareció el sol, y Karl Kip pudo tomar la altura. La observación de mediodía le dio exactamente la posición del barco, a los 150° 17' de longitud oeste y 13° 27' de latitud sur.

En aquel instante Hawkins se le acercó diciendo:

—Le doy a usted las gracias, señor Kip.

Karl se inclinó sin responder.

—Sí, le doy a usted las gracias —repuso el armador—, en mi nombre y en el de toda la tripulación...

—He procedido como todo buen marino hubiera hecho en mi lugar. No merezco por ello reconocimiento..., y voy a entregar el mando al capitán.

—No —declaró Hawkins con voz firme, que todos pudieron oír—, de acuerdo con Nat Gibson, ruego a usted que conserve el mando de nuestro barco.

Y como Karl quisiese rehusar con un gesto, el armador repuso:

—¡El que lo ha salvado lo debe dirigir!... A usted, capitán Kip, corresponde llevar el bergantín a Hobart Town.

Flig Balt, en el último grado de la cólera, avanzó hacia Hawkins y protestó en estos términos:

—Me ha nombrado usted capitán del James Cook, y debo continuar mandándolo hasta llegar al puerto.

—Bah —respondió Hawkins, cuya resolución era irrevocable—, aquí no hay más capitán que el que yo elijo, como armador y propietario de este barco... Considero que no está usted a la altura de su misión... De aquí en adelante, después de Dios, nadie manda en el bergantín más que el capitán Kip...

—Yo haré valer mis derechos ante las autoridades marítimas de Hobart Town —replicó Flig Balt.

—Como usted guste.

—He sido formalmente nombrado, y...

—¡Basta, Flig Balt! —dijo imperiosamente el capitán Kip—. ¡Ni una palabra más!... ¡A su puesto!... En cuanto a vosotros, marineros, cuento con vuestra abnegación, con vuestra obediencia.

Así terminó el mando del excontraestre; así se le escapó esta última ocasión de apoderarse del barco.

Desde aquel instante los marineros comprendieron que tenían que habérselas con un capitán enérgico, resuelto, que no toleraría resistencia alguna a sus órdenes.

Hawkins no tuvo que arrepentirse de la decisión que acababa de tomar en favor del James Cook.

¿Y ahora, Vin Mod, Len Cannon y sus camaradas, se resignarían a abandonar sus criminales proyectos?...

¿No intentarían un último y decisivo golpe de mano antes de llegar a Tasmania?...

Por si acaso, habría que vigilarles de cerca. Karl Kip, que no se fiaba de ellos, estaba resuelto a mantener severamente la disciplina a bordo.

La navegación no ofreció nada de particular del 20 al 27 de diciembre.

El bergantín se había aproximado a la costa australiana. Al abrigo de tierra encontró un buen viento favorable a la marcha. El barco hacía perfectamente sus 100 millas diarias.

Así es que en la tarde del 30 se encontraba a la entrada del estrecho de Bass, que separa Tasmania del continente australiano.

Si las circunstancias continuaban siendo favorables, en tres o cuatro días el James Cook daría vista a Hobart Town, Con gran disgusto de Flig Balt, de Vin Mod, y sobre todo, de Len Cannon y camaradas de Dunedin.

Se comprenderá que la desesperación del excapitán y los suyos había llegado al colmo.

Un irresistible espíritu de rebelión les dominaba; no una rebelión sorda, que quiere proceder por sorpresa y en la sombra, ¡no!, una protesta franca antes de arribar al puerto, y en la cual jugarían el todo por el todo...

Karl Kip no ignoraba el estado de los ánimos, pero sabría triunfar ante ellos, como había triunfado ante la tempestad a través de los parajes de islas Salomón.

Sin contar con el armador, Nat y su hermano Pieter, Karl Kip podía estar seguro de los tres marineros Hobbes, Wickley y Burnes, honrados y valientes.

De Vin Mod, gracias a su costumbre de lanzar a los demás sin comprometerse, no había formado el capitán un juicio concreto.

En cambio, sabía a qué atenerse respecto a Len Cannon, Sexton, Bryce Kyle y el cocinero Koa.

No le cogió, pues, de sorpresa a Karl Kip que en la noche del 30 la rebelión estallase a bordo del James Cook.

Flig Balt, arrastrando a sus cómplices, quiso forzar la entrada de la camareta para apoderarse de las armas. Se arrojarían sobre los hermanos Kip, y después de desembarazarse de ellos, obligarían al armador, Nat y los otros tres marineros a rendirse, quedando dueños del barco...

La actitud y energía de Karl Kip desbarató en un instante la tentativa.

Precipitándose en medio de los rebeldes, cogió por la garganta a Len Cannon, que se había abalanzado al capitán amenazándole con un revólver.

En aquel momento Nat Gibson, Hawkins, Hobbes, Wickley y Burnes se apoderaron de los otros, en tanto que Pieter Kip derribaba a Flig Balt, arrancándole el arma de la mano.

La lucha no duró ni un minuto. ¿Podían seis hombres —puesto que Vin Mod se había echado atrás prudentemente— vencer a siete, a quienes no habían sorprendido?...

Karl Kip encontrábase en el caso de legítima defensa, y estaba en su derecho si le levantaba a Flig Balt la tapa de los sesos. Sin la intervención del armador tal vez lo hubiera hecho.

Hawkins le contuvo, prefiriendo entregar a Flig Balt a la justicia marítima cuando llegasen a Hobart Town.

El excapitán fue encerrado en el fondo de la bodega y puesto en el cepo, con los dos que más se habían significado por su violencia, Len Cannon y Kyle.

La seguridad del bergantín estaba ahora garantizada hasta el final del viaje.

La travesía iba a terminar en menos de sesenta horas, y Karl Kip no necesitaba imprescindiblemente de los brazos de estos tres hombres. Además, estos parajes son muy frecuentados. Los barcos que hacen cabotaje en pequeña escala no cesan de navegar a lo largo de esta costa oriental de Tasmania, donde se encuentran flotillas de embarcaciones a través del estrecho de Bass. De suerte que si fuera necesario encontraríanse marineros a jornal para reforzar la tripulación, en caso de que Karl Kip se viera precisado a tratar con rigor a los compañeros de Len Cannon, muy sospechosos por la parte que habían tomado en la rebelión.

El capitán les prohibió absolutamente la conversación con los prisioneros. Éstos no habían de dejar la bodega del James Cook más que para trasladarse a la cárcel de Hobart Town. No les dejaba subir al puente más que dos horas después de mediodía y nadie podía dirigirles la palabra. En cuanto a la comida, era el grumete Jim quien se la bajaba, y ya se sabe que podían fiarse de él absolutamente, por el afecto que profesaba a Nat y al armador.

De aquí que Vin Mod no pudiese comunicar con Flig Balt, para cambiar impresiones acerca de su conducta futura y sus declaraciones ante el consejo marítimo.

El criminal marinero estaba vigilado muy de cerca. A la menor sospecha se le pondría también a la sombra, y precisamente su interés estaba en tener libertad de acción después de desembarcar.

La navegación continuó en excelentes condiciones, con viento y mar favorables. Karl Kip no tuvo necesidad de tomar marineros suplementarios.

En suma: Hawkins estaba cada vez más satisfecho por haber reemplazado al indigno contraamaestre por un capitán como Karl Kip.

Cuando el bergantín hubo doblado el cabo Pillar, en el extremo meridional de Tasmania, bordeó para doblar luego el cabo Raoul, que se encuentra más al oeste.

El James Cook empleó todavía veinticuatro horas en ganar Storm Bay, que escota tan pronunciadamente aquella parte de la costa tasmana.

La configuración de las altas tierras modifica frecuentemente el sentido de las corrientes atmosféricas. Así es que el James Cook encontró a la entrada de Storm Bay una brisa bastante fresca. A favor de ella atravesó la bahía a toda vela, ganando la embocadura del río Derwent, y el 2 de enero, a las tres de la tarde, echaba el anda en el puerto de Hobart Town.

SEGUNDA PARTE

XV. HOBART TOWN

Tasmania, descubierta en 1642 por el holandés Abel Tasman, regada con sangre del francés Manon en 1772, visitada por Cook en 1784 y por Entrecasteaux en 1793, fue, por fin, reconocida como isla por Bass, cirujano de la colonia australiana. Se llamó primeramente Tierra de Van Diemen, en

honor del gobernador de Batavia, capital del dominio colonial de los Países Bajos en esta parte del Extremo Oriente.

En 1804 fue cuando Tasmania pasó a poder de Gran Bretaña, en la época en que los emigrantes ingleses fundaron Hobart Town, su capital.

Después de haber pertenecido al territorio político de Nueva Gales del Sur, una de las provincias de la Australia meridional, de la que sólo está separada por las 150 millas del estrecho de Bass, la Tierra de Van Diemen se desligó por completo de aquélla, y desde entonces conserva su autonomía bajo el protectorado de Inglaterra, como la mayor parte de las posesiones británicas.

Es una isla casi triangular, situada en el 43 paralelo sur y el 147 meridiano al este de Greenwich. Es bastante grande, pues mide 175 millas por 150, aproximadamente; es fértil, puesto que en ella se recolectan en abundancia todas las producciones de la zona templada. Dividida en nueve distritos, tiene dos ciudades principales, Hobart Town y Lanwceston —antiguamente Port-Delrympe—; la una en la costa septentrional, en la meridional la otra, unidas por una magnífica carretera construida por los reclusos australianos.

Los primeros habitantes de Tasmania fueron penados, y allí se fundaron importantes establecimientos penitenciarios, entre otros, el de Puerto Arturo. Actualmente, gracias al genio colonizador de Inglaterra, aquél es un país de hombres libres donde la civilización ha echado profundas raíces, y reina en el solar donde en otro tiempo imperaba el salvajismo más completo.

La población indígena ha desaparecido. En 1884 se pudo mostrar como una curiosidad etnológica el último, o, mejor dicho, la última tasmaniense, una anciana del país. De aquellos negros estúpidos y feroces, del más ínfimo orden dentro de lo humano, no existe ni un solo representante; y lo mismo sucederá con los de Australia, que irán desapareciendo al empuje civilizador de Gran Bretaña.

Hobart Town está construida a nueve millas de la desembocadura del río Derwent, en el fondo de la bahía de Sullivan-Cove. Su trazado es regular, demasiado regular tal vez, a semejanza de las poblaciones americanas, en las que todas las calles se cortan en ángulos rectos; pero sus alrededores son pintorescos en extremo, con sus valles profundos, sus espesos bosques dominados por las altas montañas. Por otra parte, la extraordinaria escotadura del litoral alrededor de Storm Bay, las múltiples franjas de Cookville Island, los caprichosos accidentes de la península de Tasman, dicen cuán grande fue la violencia de las fuerzas telúricas durante el período plutoniano de formación.

El puerto de Hobart Town está muy abrigado de los vientos de alta mar. Sus aguas son profundas y el anclaje es muy seguro en plena rada. Está

defendido por una escollera, que hace el oficio de rompeolas, y el James Cook encontró en el muelle su sitio habitual, frente al comptoir de la casa Hawkins.

Hobart Town no tiene más que 25 o 26.000 habitantes. Todos se conocen en aquella sociedad de armadores, de negociantes, de agentes marítimos, que constituyen el núcleo más considerable de aquella población esencialmente comercial. Y aunque los estudios artísticos, científicos y literarios no dejan de cultivarse, es natural que sea el comercio lo que ocupe el primer lugar. El territorio tasmano es de una gran fertilidad; los bosques son, por decirlo así, inagotables. En cuanto a las producciones del suelo, bajo una latitud que es la de España en el hemisferio septentrional, produce cereales, café, tabaco, té, lino, lana, algodón, vino, azúcar, etc. El ganado abunda extraordinariamente, y respecto a sus frutas, ha podido decirse: Tasmania bastaría para surtir de conservas a todo el resto del mundo.

Hawkins ocupaba una posición muy distinguida entre el alto comercio de Hobart Town. Su casa, de la que el pobre Gibson formaba parte en calidad de asociado y de capitán para hacer el cabotaje en gran escala, gozaba de la estimación y simpatía públicas. La desgracia que acababa de herirle había de tener una dolorosa resonancia. Y antes de que el James Cook hubiera lanzado a tierra sus amarras, la ciudad tenía la certidumbre de que se había producido a bordo alguna catástrofe.

En cuanto el bergantín fue avistado por el vigía del semáforo, uno de los empleados del comptoir fue a prevenir a la señora Hawkins, que, acompañada de su amiga la señora Gibson, acudió al puerto apresuradamente. Las dos querían estar allí cuando el James Cook atracase al muelle.

Su presencia fue objeto de algunos cuchicheos y miradas de conmiseración. Efectivamente, no había lugar a dudas; el pabellón británico flotaba a media driza.

Unos cuantos marineros que lo observaban desde la escollera cambiaron las siguientes impresiones:

—¡Ha ocurrido a bordo una desgracia!...

—Algún marinero que habrá sucumbido durante la travesía.

—Es seguro que alguien ha muerto.

—Puede que haya sido el capitán.

—¿Llevaba pasajeros el James Cook?

—Sí, según han dicho, debió recoger en Wellington al señor Hawkins y a Nat Gibson.

—¿Se pondría el pabellón de duelo por un hombre de la tripulación?

—¡Desde luego!

Las dos señoras no estaban lo bastante al corriente de las costumbres marinas para observar lo que ya había sorprendido a la gente del puerto. Se hubieran guardado bien de llamarles la atención acerca del caso. Hubiese sido alarmarlas, acaso sin razón.

Pero cuando el bergantín llegó al muelle, cuando la señora Gibson no reconoció a su marido en el capitán que mandaba la maniobra, cuando no vio a su hijo lanzarse para estrecharla en sus brazos, sino sentado a popa, las facciones contraídas, sin atreverse apenas a mirarla, y cerca de él a Hawkins en dolorosa actitud, se le escapó este grito:

—¡Harry!... ¿Dónde está Harry?

Un momento después, Nat estaba a su lado y la estrechaba contra su corazón, sofocándola a besos en medio de sus sollozos. Y entonces fue cuando comprendió la espantosa desgracia, y murmurando con voz angustiada algunas frases, hubiera caído a tierra, si Hawkins no le hubiera servido de apoyo.

—¡Muerto!... —le dijo.

—¿Muerto? —repitió con espanto la viuda.

—¡Muerto!... ¡Asesinado!

La infeliz señora se desvaneció, y hubo necesidad de colocarla en un coche; a su lado tomaron asiento su hijo y los señores Hawkins. El carruaje, dando la vuelta al puerto, se dirigió hacia aquella casa en la que entraba el hijo y adonde el padre no había de volver. La desgraciada viuda fue trasladada a su habitación sin recobrar el conocimiento. Se pasó más de una hora sin que pudiese responder más que con lágrimas a los sollozos de su hijo.

Aquella funesta noticia corrió por la ciudad como un reguero de pólvora. La sensación fue muy honda; tanta era la simpatía de que gozaba entre sus conciudadanos la honrada familia de Gibson. Y, además, que nada entristece tanto como el regreso a su puerto de matrícula de un barco que no lleva a bordo su capitán.

El armador pidió a Karl Kip que continuase en sus funciones durante la descarga del James Cook. Éste no emplearía más que unos cuantos días, y los dos hermanos podrían vivir a bordo. Esto no era obstáculo para que se procurasen paraje en un barco que fuese a Europa, y el armador les tendría al corriente de todas las expediciones.

Karl y Pieter Kip aceptaron de muy buen grado la proposición de Hawkins, quien procuraría inmediatamente ponerles en comunicación con su casa de comercio.

El primer cuidado de Karl Kip fue conferenciar con el oficial del puerto, a fin de tomar sus medidas respecto a Flig Balt y sus cómplices.

Este oficial no tardó en presentarse en el James Cook, donde se enteró de la sublevación ocurrida a bordo en las condiciones que el lector ya conoce.

—¿El contramaestre está en el cepo? —preguntó.

—Sí, señor, con dos marineros reclutados en Dunedin —contestó Karl Kip.

—¿Y el resto de la tripulación?

—Salvo tres o cuatro que desembarcaré, con los demás puedo contar totalmente.

—Bien, señor —dijo el oficial—; voy a enviarle un piquete de constables, y los rebeldes serán encerrados en la prisión del puerto.

Un cuarto de hora después estaban en cubierta los agentes de policía.

Flig Balt, Len Cannon y Kyle fueron entonces extraídos de la cala.

El contramaestre, con los dientes apretados, sin pronunciar una palabra, se limitó a lanzar sobre Karl Kip una mirada de odio y de venganza.

Len Cannon, más demostrativo, le amenazó con el puño, saludándole con un chaparrón de injurias tales, que uno de los constables le tuvo que amordazar.

Durante este tiempo, Vin Mod, inadvertido detrás del cabestrante, pudo deslizarse en el oído de Flig Balt estas palabras:

—No se ha perdido todo... Haga usted lo convenido... Se encontrarán los papeles y el dinero...

Evidentemente Vin Mod había conseguido comunicar con el contramaestre, a pesar de todas las precauciones adoptadas. Entre ellos había un plan, al que Flig Balt había de acomodarse. Así es que al oír a su cómplice contestó con un imperceptible gesto afirmativo.

Cuando los constables se disponían a llevarse a los tres prisioneros, produjéronse murmullos en el grupo formado por Sexton, Bryce y el cocinero Koa. Pero fueron reprimidos inmediatamente, y poco faltó para que el capitán no los enviase a hacer compañía a sus compinches.

Un instante después Flig Balt, Len Cannon y Kyle desembarcaban en el muelle, y, seguidos de una multitud bulliciosa, ingresaron en la prisión del puerto, donde habían de permanecer hasta el día de su comparecencia ante el Consejo marítimo.

Inmediatamente después de la partida de los rebeldes, Karl Kip llamó a Vin

Mod, Sexton, Bryce y el cocinero, y sin más explicaciones les despidió, con prohibición absoluta de reaparecer a bordo bajo ningún pretexto. Podían dirigirse al comptoir del armador, donde se les liquidaría su cuenta.

Vin Mod esperaba esta solución, que sin duda alguna le satisfacía. Desapareció por la escotilla, y poco después estaba en el puente con su saco. En cuanto a Sexton y Bryce, ya sabemos en qué condiciones embarcaron en Dunedin para escapar de las garras de la policía después de los incidentes ocurridos en la taberna de Las Tres Urracas, y todo su equipaje lo llevaban consigo.

—Vámonos —les dijo Vin Mod.

Y siguieron al marinero, que los condujo primeramente a las oficinas del armador, luego a una casa conocida, donde los tres tomaron hospedaje.

Ahora, con Hobbes, Wickley, Burnes y Jim, Karl Kip no tenía nada que temer. Con ellos bastaría para el servicio de a bordo hasta que concluyese la descarga del James Cook.

No es posible describir la angustiosa noche que Nat Gibson pasó con su madre. La señora Hawkins no quiso abandonar un momento a la desgraciada mujer para prodigarle de continuo sus cuidados, sus cariñosas solicitudes.

Fue necesario contar la dolorosa historia... ¡No hubo más remedio que decir cómo había muerto el infortunado capitán, sin que hubiese sido posible encontrar la pista del asesino!... ¡Fue indispensable indicar en qué rincón del reducido cementerio de Kerawara reposaba su marido!... ¡Imposible evitar que viese las fotografías que Hawkins había hecho!... ¡Lo pidió con tal insistencia, que no hubo manera de rehusar!... Y cuando vio la imagen fiel del capitán con el pecho desgarrado por el puñal asesino, los ojos desmesuradamente abiertos, fijos sobre ella, la acometió un ataque de nervios, y fue necesario velarla durante aquella interminable noche.

Al día siguiente la visitó un médico, que logró calmar sus nervios. Pero ¡qué existencia le esperaba entre las tristezas de aquella casa!

Transcurrieron los días. Habíase concluido la descarga del bergantín, bajo la dirección de Karl Kip. Las 300 toneladas de copra y las cajas de nácar estaban ya depositadas en los almacenes del comptoir. Los marineros ocupábanse en el desarme y limpieza del barco desde la cala hasta el puente. El James Cook no debía volver al mar hasta pasados algunos meses; después de que la tripulación hubo cobrado su paga, se condujo el bergantín al fondo del puerto, donde permanecería bajo la vigilancia de un guarda.

Los hermanos Kip tuvieron que tomar alojamiento en tierra. Inútil es decir que estaban en continua relación con el armador. Comieron en su casa varias

veces, y la señora Hawkins, que participaba de los sentimientos de su marido, les daba constantes muestras de simpatía.

La viuda de Gibson no recibía a nadie. Una o dos veces, sin embargo, hizo una excepción en obsequio de los dos hermanos, quienes, respetando su dolor, observaron una extremada reserva en su presencia. En cuanto a Nat Gibson, que había ido varias veces a bordo, ya sabemos que profesaba un verdadero afecto a los dos náufragos que le debían su salvación.

El 7 de enero, antes de que Karl y Pieter Kip hubiesen abandonado el barco, el armador estuvo conversando con ellos acerca de su situación, y no es de extrañar que les hiciera la siguiente proposición:

—Señor Karl —le dijo—, no tengo más que motivos de agradecimiento hacia usted por su abnegación y celo en las tristes circunstancias que se ha encontrado nuestro barco... Debemos a usted su salvación y la de todos los que íbamos a bordo. Sin su intervención es seguro que hubiéramos perecido durante aquella horrorosa tempestad que nos abordó en el mar del Coral...

—Me considero feliz, señor Hawkins, por haber logrado serle útil.

—Y yo por darles las gracias —repuso el armador—. Si el James Cook, hubiera podido hacerse a la mar en plazo breve, yo le hubiera ofrecido el mando del barco.

—Es usted muy bueno, señor Hawkins, y su proposición me honra en extremo. Hubiera aceptado sin vacilar si los apremiantes graves asuntos que usted ya conoce no nos llamasen a Europa.

—Efectivamente, señor Hawkins —añadió Pieter—, estamos deseando saber que parte un barco cualquiera en esa dirección.

—Lo comprendo —declaró Hawkins—; pero no me separaré de ustedes sin verdadero disgusto; tal vez no nos volvamos a ver...

—¡Quién sabe!... Una vez arreglados nuestros asuntos en Groninga, donde nuestra presencia es indispensable, ¿por qué no hemos de establecer relaciones comerciales entre nuestras dos casas?

—Lo deseo vivamente, y me satisfaría mucho que así fuera.

—Y a nosotros también —contestó Karl—. Yo pienso buscar un puesto en un barco en cuanto acabemos nuestra liquidación, y es posible que vuelva a Hobart Town.

—Donde siempre será usted recibido como amigo —aseguró Hawkins, con el tono más cordial del mundo—. Ya saben ustedes que tienen mi caja abierta. Lo perdieron todo en el naufragio de la Wilhelmina, y ahora necesitan dinero... Ya arreglaremos cuentas más tarde...

—Damos a usted las gracias por tanta bondad, y espero que no tengamos necesidad de hacer uso de ella. Tal vez encuentre ocasión de llenar las funciones de segundo en un navío que nos conduzca a Europa, y con mis emolumentos podré pagar el pasaje de mi hermano...

—Bien, señor Karl; pero si esta ocasión no se presenta, no olvide usted que estoy a su disposición.

Los dos hermanos contestaron con un apretón de manos.

—En todo caso —repuso el armador—, conste que le adeudo a usted los honorarios de capitán por esta última parte de la travesía del James Cook, y no podrá usted rehusarlos.

—Sea, señor Hawkins —contestó Karl Kip—; pero no podemos olvidar el recibimiento que obtuvimos a bordo. Usted se ha conducido con nosotros, pobres náufragos, como hombre de corazón, y, sea lo quiera, siempre resultaremos nosotros los deudores.

Entonces Hawkins prometió buscar un barco que condujese a los hermanos Kip. Los tendría al corriente de las salidas de puerto, y haría cuanto estuviera de su parte por proporcionar a Karl una plaza de segundo, que le permitiera regresar a Europa sin auxilio de nadie, ya que ése era su deseo.

Luego, el armador y los dos hermanos se separaron, no sin cambiar sus calurosas protestas de afecto y amistad.

Karl y Pieter Kip se ocuparon en buscar un alojamiento modesto donde estar hasta su salida de Hobart Town. Tuvieron, pues, ocasión de visitar la ciudad, que no conocían.

Es indudable que la capital de Tasmania merece la atención de los turistas. Hobart Town es una de las poblaciones más bonitas de la Australia británica. Sus calles son largas, aireadas, bien cuidadas, con árboles que dan sombra a las casas, pequeñas y agradablemente dispuestas. No le faltan squares, y tiene un magnífico parque de una extensión de 400 hectáreas, que domina al oeste el monte Wellington, cuyas nevadas cumbres se pierden entre las nubes.

Durante sus paseos, Karl y Pieter encontraron con frecuencia a algunos marineros del James Cook, entre otros, a Vin Mod y Bryce. ¿Estaban en disponibilidad de embarque, o se proponían permanecer algún tiempo en tierra?... En todo caso, parecía que aquellos hombres eran inseparables, pues siempre se les veía juntos por las calles de la población. Pero lo que Pieter y Karl Kip no advirtieron fue la persecución constante de que fueron objeto por parte de Vin Mod y Bryce, durante todo el tiempo que estuvieron buscando alojamiento.

A los dos marineros les interesaba evidentemente conocer el domicilio de

los hermanos Kip, que se hubieran puesto sobre aviso, de haber oído estas palabras, cambiadas entre Vin Mod y su compañero:

—¡No van a concluir nunca!... ¡Cuidado que son dificultosos para encontrar hotel!...

—¡Y eso que deben de tener el bolsillo vacío, o poco menos! —hizo observar Bryce.

—A menos que ese animal de armador, que el demonio se lleve, no se haya cuidado de llenárselo...

—Pero, por lo visto, no les ha ofrecido alojamiento —repuso Bryce.

—¡No, afortunadamente! —exclamó Vin Mod—. Preferiría, antes que eso, pagarles una hermosa habitación de diez chelines diarios.

Estas impresiones, cambiadas entre Vin Mod y Bryce, probaban dos cosas: primera, que se preocupaban de dónde iban a vivir los hermanos Kip; segunda, que si Hawkins les ofrecía hospitalidad en su casa, experimentarían una gran contrariedad.

¿Cuáles eran sus proyectos?...

Seguramente alguna fechoría contra los hermanos Kip, y sin duda era interesante que pudieran introducirse en su domicilio.

La cosa sería posible si los hermanos iban a vivir a un hotel; pero no había esperanza de realizarlo si se alojaban en casa del armador.

Ésta fue, pues, la razón del continuo espionaje de que hicieron objeto a los dos hermanos, sin preocuparse de que pudieran ser vistos.

El 8 de enero pudieron satisfacer su interesada curiosidad.

Por la mañana, el marinero Burnes, llevando la caja encontrada en los restos de la Wilhelmina, que contenía todo lo perteneciente a Karl y Pieter Kip, acompañaba a estos dos por una de las calles próximas al puerto.

Allí, no en un hotel, sino en una casa de modesta apariencia, habían escogido una habitación en el primer piso.

Vin Mod se aproximó para asegurarse bien, y cuando se hubo reunido con Bryce, que le esperaba en el muelle, le dijo:

—Flect street, posada del Great Old Man... ¡Ya les tenemos!

XVI. PROYECTOS PARA EL PORVENIR

La catástrofe, que tan cruelmente había herido a la familia Gibson, había de modificar los proyectos formados por Hawkins.

Deseoso de dar mayor amplitud a sus negocios, el armador había ido a Nueva Zelanda a fin de fundar el comptoir, que ya conocemos, con Balfour, uno de los negociantes mejor reputados de Wellington.

Nat Gibson, que le acompañó en este viaje, había de ser el asociado de Balfour. En breve estableceríanse relaciones comerciales con el archipiélago Bismarck muy especialmente.

Zieger, consultado durante la escala del James Cook en Tombara, se mostró solícito a entrar en relaciones con el nuevo comptoir, al que auguraba muy buenos negocios. Uno de los barcos de la casa Hawkins haría el cabotaje en gran escala entre Wellington y Port Praslin.

Recordará también el lector que fue en Wellington donde el pobre Harry Gibson recogió a su hijo y al armador para llevarlos a Hobart Town, después de tomar a bordo la carga que estaba preparada en Port Praslin y en Kerawara, de tan funesta memoria. Nat Gibson había de establecerse definitivamente en Wellington.

El capitán Gibson había muerto en las circunstancias que sabemos, y no era posible realizar los proyectos del armador en la forma que habían sido planeados. La viuda no hubiera podido hacerse a la idea de separarse de su hijo. Nat no consentiría en abandonar a su madre, sola en aquella casa, en la que se había producido un vacío que nada podía llenar. Toda la abnegada amistad de los Hawkins no hubiera bastado a la viuda de Gibson. Era necesario que su hijo permaneciese a su lado, que se entregase a sus cuidados, a sus ternuras. El armador fue el primero en comprenderlo. Se entendería con Balfour, buscándole un nuevo asociado, y Nat le ayudaría en el comptoir de Hobart Town.

—Nat —le dijo estrechándole contra su corazón—, siempre te he considerado como a un hijo, y ahora quiero que lo seas más que nunca... No, jamás podré olvidar a mi desgraciado amigo...

—¡Mi padre, mi pobre padre!... —murmuró el joven—. ¡Y no conocer a los asesinos!...

En medio de su dolor, a través de sus sollozos, aparecía aquella sed de venganza que no había podido aplacar.

—¿No llegaremos a saber quiénes son los miserables? —añadió Nat—. ¿Ha de continuar sin venganza el abominable asesinato?...

—Esperemos el próximo correo de Port Praslin —repuso el armador—. Tal vez la información de Hamburg y de Zieger haya dado algún resultado... Tal

vez hayan recogido nuevos indicios... No, yo no puedo creer que este crimen quede impune...

—Si se descubren los asesinos —exclamó Nat—, yo iré allá... Sí, iré, y yo... No pudo concluir la frase porque la cólera impidióle pronunciar las últimas palabras.

Pero antes de que se juzgara este atentado, en caso de que así pudiera ser, había de desarrollarse otro proceso ante el Consejo marítimo, el de los sublevados del James Cook.

Karl Kip, en calidad de capitán del barco, había entregado a las autoridades una circunstanciada relación de hechos. Flig Balt, como jefe, Len Cannon, como cómplice, habían incurrido en penas muy graves, pues las leyes inglesas son muy duras en los casos de este género que interesan a la disciplina a bordo de los barcos mercantes.

Desde el día de su encarcelamiento, los detenidos no tenían relación alguna con sus compañeros. Sexton, Kyle y Bryce no figuraban en el proceso más que en calidad de testigos. La acusatoria del capitán no les encartaba como reos de aquella rebelión, tan rápidamente reprimida gracias a la energía de Karl Kip. Posible era que cuando el proceso se viese ante el Consejo marítimo no estuviesen ya en Hobart Town, si encontraban un barco en el que hacerse a la mar.

Por lo que respecta a Vin Mod, que había sido el alma de la sedición, este astuto personaje, que tan funesto influjo ejercía sobre el contraamaestre, la cosa variaba. Seguramente no trataría de esquivar con la huida las consecuencias de sus manejos. La instrucción procuraría poner las cosas en claro; y quién sabe si Flig Balt, apremiado por las preguntas, viéndose perdido, no acabaría por confesarlo todo y delatar a su cómplice. Y, por otra parte, ¿no estaban ligados el uno al otro, como dos forzados, por la sangre vertida, la sangre del desgraciado Harry Gibson?...

Así es que, desconfiando de la debilidad del contraamaestre, Vin Mod tenía un gran interés en sacarle del mal paso en que estaba metido, y acaso tuviera medios para ello. Muy inteligente, muy fértil en recursos, sabía que Flig Balt tenía absoluta confianza en él... ¿Quién sospecharía que ellos eran los autores del asesinato cometido en las lejanas regiones de Nueva Irlanda? Vin Mod podía esperar en Hobart Town con toda tranquilidad, y con el dinero robado al capitán había de sobra para no preocuparse por los medios de existencia.

Este canalla debía de haber combinado algún plan, de acuerdo con Flig Balt, plan que procuraría poner en ejecución, puesto que gozaba de libertad completa. Pero en la imposibilidad de comunicarse con el contraamaestre, decíase, madurando su idea, estudiando su proyecto de memoria, para que no

quedase suelto ningún cabo:

«¿Me habrá comprendido bien?... La cosa es bien sencilla... Así se explicaría, y hasta se justificaría la sublevación... ¡Ah! ¡Si yo me encontrase en su lugar!... Verdad es que, en ese caso, estaría preso y no podría maniobrar... Desgraciadamente, ése es un hombre que no comprende media palabra... Es preciso recalcarle las cosas para metérselas en la cabeza... Veamos: ¿no habría modo de llegar hasta él, yo u otro, Kyle o Sexton, y decirle: “Todo está arreglado”? Será preciso hacerlo la víspera del Consejo, no sea que los hermanos lo descubran antes de tiempo... En fin, ya lo pensaré... Lo que importa es salir del atranco y vengarse de ese maldito capitán de ocasión... ¡Ganas tengo de verle junto a su hermanito balancearse con una cuerda al cuello y los pies en el aire!...»

En tanto que Vin Mod razonaba así, su cara palidecía, los ojos se le inyectaban de sangre; toda su fisonomía delataba un odio implacable.

No hay para qué decir que el miserable tramaba alguna sombría maquinación contra los hermanos Kip. Así es que, desde la llegada del bergantín, Vin Mod no se preocupó más que de lo que hacían los hermanos Kip. Si se hubiesen apresurado a dejar Hobart Town para regresar a Europa, ya sabía a qué atenerse. Pero, no siendo una casualidad, no se encuentran tan fácilmente estas ocasiones.

Además, Vin Mod no ignoraba que Karl Kip buscaba una plaza de segundo y que el armador le prestaba su concurso para procurársela. Era una causa más de retraso, y, seguramente, los hermanos Kip estarían en Hobart Town el día que se celebrara el Consejo marítimo para juzgar a los sublevados del James Cook, lo que favorecía las maquinaciones de Vin Mod.

Y, además, ¿es que podría prescindirse de la presencia de Karl Kip en los debates del proceso?... En rigor, podría faltar su hermano, puesto que ya figuraban como testigos el armador, Nat Gibson y los marineros del bergantín. Pero la declaración del capitán debía ser la más importante, y no podría excusarse de comparecer ante el Consejo, en calidad de testigo principal.

Además de esto, Vin Mod se proponía no perder de vista a los dos hermanos durante su estancia en Hobart Town. En cuanto estuvo seguro de que ambos se habían alojado en la posada del Great Oíd Man, después de desfigurarse con una barba postiza, se presentó en el establecimiento, alquiló una habitación, pagando una quincena adelantada, inscribiéndose bajo el falso nombre de Ned Pat. Su verdadero nombre figuraba en el alojamiento que, en unión de Sexton, Kyle y Bryce, había tomado en otro barrio del puerto. Salía temprano, regresaba tarde, y no tomaba allí nunca nada de comer. Todo esto tendía a que Karl y Pieter Kip no pudieran darse cuenta de sus maniobras. Se dio tan buena maña, que nunca se encontró con los dos hermanos, que

seguramente no le hubiesen reconocido.

Vin Mod tuvo buen cuidado de escoger una habitación próxima a la que ellos ocupaban, y las persianas de la cual daban a un balcón común, lo que facilitaba extraordinariamente introducirse en el cuarto de los vecinos, operación necesaria para el éxito de sus proyectos.

Vin Mod podía hasta oír la conversación de Karl y Pieter Kip, cuando por la noche se deslizaba por el balcón y miraba a través de las persianas, entreabiertas generalmente por el excesivo calor. Los hermanos Kip, que estaban muy lejos de sospechar que les espiaban, no hablaban más que de sus asuntos personales, en modo alguno comprometedores, y no tenían para qué tomar la precaución de hacerlo en voz baja.

En la noche del 13 Vin Mod se puso al acecho. La oscuridad era profunda, la habitación estaba iluminada por la débil luz de una lámpara de petróleo, y el marinero podía, no solamente escuchar, sino ver todo lo que pasaba en el interior.

La habitación estaba amueblada muy modestamente: dos camas de hierro, arrimadas a la pared, un armario, una mesa en medio, un palanganero, tres sillas de madera curvada; en la chimenea estaban aún las cenizas del último fuego encendido.

Sobre un taburete descansaba la maleta recogida en los restos de la Wilhelmina. Contenía todo el ajuar de los dos hermanos: lo que se habían procurado en Hobart Town de ropa y efectos comprados con dinero de la caja de Hawkins. Algunas prendas de vestir, adquiridas en las mismas condiciones, estaban en un portamantas colgado a la derecha de la puerta de entrada que daba a un pasillo común con varias habitaciones, entre ellas la ocupada por Vin Mod.

Pieter Kip, sentado junto a la mesa, repasaba los diferentes papeles relativos al comptoir de Amboine cuando su hermano entró, exclamando con alegría:

—¡Ya lo he conseguido, Pieter... ya lo he conseguido! Nuestro regreso es ahora seguro.

Pieter Kip comprendió que aquellas palabras se referían a las gestiones que su hermano venía haciendo con el fin de conseguir el cargo de segundo, en uno de los barcos holandeses que se preparaban a salir de Hobart Town con rumbo a Europa.

Pieter cogió la mano de Karl, la estrechó afectuosamente, y dijo:

—¿De modo que la casa Arnemniden te acepta para segundo del Skydnam?...

—Sí, Pieter, gracias a la eficaz recomendación del señor Hawkins.

—El excelente hombre, a quien tanto debemos ya, y con quien podemos contar siempre, mi querido Karl... Si te debe algún agradecimiento por haber salvado el James Cook, ¿qué no le adeudamos nosotros por todo lo que ha hecho en nuestro favor?... Ya ves cómo nos ha recibido su familia, y también la de Gibson, a pesar de la terrible desgracia que han sufrido.

—¡Pobre capitán! —exclamó Karl Kip—. ¡Quién había de decirme que le había de reemplazar en tan tristes circunstancias! El señor Hawkins está inconsolable por la muerte de su desgraciado amigo... ¡Ah! ¡Si pudieran ser descubiertos y castigados los miserables asesinos!

—Lo serán... Lo serán —contestó Pieter.

Y a esta declaración, que le pareció demasiado afirmativa, Vin Mod, que observaba desde la sombra, se encogió de hombros, diciendo para su capote:

«Si... serán castigados... y antes de lo que tú te figuras, Karl Kip »

Pieter preguntó a su hermano:

—¿Te han presentado al capitán del Skydnam?

—Esta noche misma, Pieter, y he sacado de él la mejor impresión. Es un holandés de Ámsterdam, y me parece que nos entenderemos muy bien. Está al corriente de lo ocurrido a bordo del James Cook, sabe cómo me conduje al tomar el mando del bergantín, después de la destitución de Flig Balt.

—Ese contramaestre necesita un castigo ejemplar. ¡Después de estar a punto de perder el barco por su impericia, cometer la felonía de capitanear una sublevación!...

—El Consejo marítimo no será blando con él, puedes estar seguro.

—Me he preguntado muchas veces, Karl, si has hecho bien dejando en libertad a los camaradas de esos bribones. Ya sabes que los cuatro enrolados en Dunedin son de la misma calaña, y que el capitán Gibson no tenía ninguna confianza en ellos...

—Es verdad, Pieter.

—Y te añado que siempre he sentido desconfianza hacia ese Vin Mod, que me parece maestro en maulerías. Su actitud me ha parecido siempre muy sospechosa. Aunque no resulte comprometido en apariencia, mi opinión es que se las entendía con Flig Balt. Si la sublevación hubiera resultado, estoy seguro de que él hubiera sido el segundo del nuevo capitán.

—Es posible —contestó Karl—. En este asunto no se ha dicho la última palabra, y es posible que los debates nos reserven alguna sorpresa... Como los

marineros del James Cook han de comparecer como testigos, ¿quién sabe lo que nos revelará su testimonio? Se interrogará a Vin Mod, se le apremiará... Si estaba en connivencia con el contra maestre, tal vez salga a relucir ante el Consejo... Y luego han de hablar Hobbes, Wickley y Burnes, honrados marineros, que tal vez resulten testigos de cargo contra Vin Mod.

«¡Eso ya lo veremos! —murmuró Vin Mod, que no perdía una palabra de esta conversación—; ¡y las cosas tornarán un giro que vosotros no sospecháis, holandeses del demonio!»

En aquel momento Karl Kip se aproximó al balcón, y Vin Mod tuvo que retirarse precipitadamente para no ser sorprendido. Las persianas no se abrieron, y el bandido volvió a ocupar su puesto de observación. La conversación le interesaba mucho, y quería escucharla hasta el final, para sacar de ella todo el partido posible.

Los dos hermanos habíanse sentado el uno frente al otro, y en tanto que Pieter recogía los papeles que estaba examinando, su hermano decía:

—Ya estoy admitido como segundo del Skydnam, y no ha sido poca fortuna conseguirlo... Pero acaso sea mayor nuestra suerte...

—¿Es, hermano, que han cesado ya los males que nos agobian? —dijo Pieter—. ¿Habrán terminado ya nuestros pesares?...

—Tal vez, amigo mío, nos depare el porvenir alguna compensadora satisfacción. Sé que el capitán Fork, que manda el Skydnam, hace su último viaje. Es un hombre de edad, que ha hecho ya su posición, y debe retirarse a su regreso a Holanda. Si durante la travesía cumplo a satisfacción de la casa Arnemnidem, no sería extraño que reemplazase a Fork en las funciones de capitán cuando el Skydnam vuelva a la mar. Esto colmaría mis esperanzas...

—Y lo que sería tan satisfactorio para ti, redundaría seguramente en ventaja de nuestros negocios...

—Así lo espero —afirmó Karl—. No tengo perdida la esperanza. ¿Por qué no han de arreglarse las cosas mejor todavía de lo que nosotros deseamos?... Tenemos muy buenos amigos en Groninga, y nuestro padre ha dejado una reputación de probidad.

—Y además —repuso Pieter—, que nos hemos creado aquí algunas relaciones, y no ha de faltarnos nunca el apoyo del señor Hawkins. Quién sabe si, gracias a él, estableceremos relaciones comerciales con Hobart Town; con Wellington, por conducto del señor Zieger, y con el archipiélago Bismarck, mediando el señor Hamburg.

—¡Ah, querido hermano, cómo te remontas hacia el porvenir!

—Si..., Karl, cuento con evitar la catástrofe que amenaza a nuestros

intereses... No me hago ilusiones... Es que hay un encadenamiento de felices casualidades, de las que debemos sacar partido. Empecemos por tu cargo de segundo del Skydnam. Luego, cuando estemos en Holanda, trabajaré con ardor...; tendremos crédito, y la casa de Kip, de Groninga, estará más floreciente que nunca.

—Dios te oiga, Pieter.

—Me oirá, porque siempre tengo puesta la esperanza en Él.

Luego, pasado un instante de silencio, preguntó Pieter:

—Dime, ¿el Skydnam sale pronto del puerto?

—Creo que lo zarpará hacia el día 25 de este mes.

—Una docena de días.

—Si, Pieter; según lo que yo mismo he podido comprobar, su cargamento estará terminado para ese día.

—¿Cuánto durará la travesía?

—Con buen tiempo, el Skydnam no empleará más de seis semanas de Hobart Town a Hamburgo.

Efectivamente, ese tiempo debía bastar a un vapor de buena marcha que siguiera la ruta del oeste por el océano Índico, el mar Rojo, el canal de Suez, el Mediterráneo y el Atlántico. No tendría necesidad de dar vista al cabo de Buena Esperanza ni de doblar el de Hornos, después de atravesar el océano Pacífico.

Pieter Kip preguntó a su hermano si iba a tornar posesión enseguida de su nuevo cargo.

—Desde mañana mismo —contestó Karl—; ya estoy citado con el capitán Fork, que me presentará a la tripulación.

—¿Tienes intención de instalarte desde luego a bordo?

Esta pregunta interesaba muy especialmente a Vin Mod. ¿No fracasarían sus proyectos si los dos hermanos dejaban aquel alojamiento?

—No —contestó el mayor de los Kip—; las reparaciones durarán todavía una decena de días. No embarcaré hasta el 23, y en esa fecha ya podrás venir tú también a tomar posesión de tu camarote... He escogido para ti uno de los mejores, próximo al mío.

—Lo haré con mucho gusto, hermano; pues te confieso que tengo ganas de dejar esta posada.

Y añadió riendo:

—No es muy digna del oficial que es segundo del Skydnam.

—Y menos aún —contestó Karl en el mismo tono— del jefe de la casa Kip Hermanos, de Groninga.

En aquel momento sentíanse dichosos aquellos dos hombres de tan hermoso corazón. Volvía a su ánimo la confianza, pensando que el primer indicio de las dichas que le deparaba el porvenir era la buena suerte de encontrar la deseada plaza de segundo. Así es que aquella noche sería la primera, después de mucho tiempo, que su sueño no sería interrumpido por las preocupaciones del porvenir.

Acababan de dar las diez, y los hermanos se dispusieron a acostarse.

Su conversación había tocado a su fin, y Vin Mod iba ya a dejar su observatorio cuando una última pregunta de Pieter Kip le retuvo inmóvil.

—¿Dices, Karl, que la partida del Skydnam se efectuará el 25?

—Sí, todo estará dispuesto para esa fecha, día más día menos.

—¿Y cuándo se reunirá el Consejo que ha de juzgar a Flig Balt?

—Está señalado para el 21, y nosotros compareceremos como testigos, en unión del señor Hawkins, Nat Gibson y los hombres de la tripulación.

—Perfectamente, y ojalá se arregle todo bien, porque tu presencia en el Consejo es absolutamente indispensable.

—Claro que sí, y creo que mi testimonio hará que el Consejo no tenga benevolencia alguna con ese bandido, que impulsó a sus hombres a la sublevación.

—¡Oh! Las leyes inglesas no tienen consideración alguna en casos semejantes... Es preciso garantizar la seguridad de la navegación del comercio, y mucho me sorprendería que Flig Balt no sacase una decena de años de presidio en la penitenciaría de Puerto Arturo.

Vin Mod, con los dientes apretados de rabia, murmuró para sí:

«No serán sólo esos diez años de presidio que esperan ustedes, señores; y en vez de ir a Puerto Arturo, Flig Balt tendrá el gusto de veros patalear en la horca más alta de Hobart Town».

Pieter Kip hizo una última pregunta a su hermano:

—¿Sabe el señor Hawkins que has sido nombrado segundo del Skydnam?

—Quise darle esta buena noticia, pero era ya tarde; y cuando llegué al comptoir, había ya salido.

—Iremos mañana, si te parece.

—Si, a primera hora.

—Y ahora, buenas noches y a dormir.

—Buenas noches.

Un instante después, la habitación se había sumido en la oscuridad, y Vin Mod no tenía ya nada que hacer allí.

En cuanto volvió a su cuarto, antes de dejar, siguiendo su costumbre, la posada del Great Old Man, para volver a su verdadero alojamiento de los Fresh-Fishes, cerró cuidadosamente el armario donde guardaba sus papeles y otros diversos objetos, entre ellos el puñal que cogió en los restos de la Wilhelmina. Luego salió tomando el camino del puerto.

En el trayecto iba pensando:

«Hasta el 23 no piensan instalarse a bordo del Skydnam..., bien. El 21 es cuando Flig Balt ha de comparecer ante el Consejo..., bien... No embrollemos las fechas... En la noche del 20 es cuando tiene que quedar todo hecho...; pero es necesario prevenir a Flig Balt... Y ¿cómo conseguirlo?...»

XVII. ÚLTIMAS MANIOBRAS

La satisfacción de Hawkins fue muy grande cuando al siguiente día recibió la visita de los hermanos Karl y Pieter Kip, que le comunicaron el buen éxito de las gestiones que había hecho el armador con la casa Arnemnidén. Esto no merecía tanto agradecimiento. Ellos ya sabían que todo su crédito, toda su influencia estaba al servicio de los dos hermanos. ¿Acaso no les estaba obligado por haberles salvado la vida? En fin, el excelente hombre felicitó calurosamente a Karl Kip por su nombramiento de segundo del Skydnam.

Nat Gibson, que se encontraba en aquel momento en casa de Hawkins, unió sus felicitaciones a las del armador. Figuraba ya en calidad de asociado; pero las preocupaciones de los negocios, su trabajo asiduo, no conseguían desvanecer los tristes recuerdos del pasado. La imagen de su padre estaba siempre ante sus ojos, y no entraba en su casa más que para confundir sus lágrimas con las de su madre. A este sentimiento profundo uníase el insuperable horror que le inspiraban los desconocidos asesinos, que probablemente no serían nunca cogidos ni castigados.

Aquel mismo día, Karl Kip, acompañado de su hermano, se presentó en el Skydnam, donde el capitán Fork les recibió muy afectuosamente.

El Skydnam, vapor de 1200 toneladas y 600 caballos, hacía la travesía

entre Hamburgo y los diferentes puertos del litoral australiano. Exportaba carbón e importaba trigo. Su descarga estaba hecha, y sólo faltaba concluir algunas reparaciones en la cala y la limpieza de las calderas y las máquinas.

—Seguramente lo terminaremos todo en esta semana —dijo el capitán Fork—, y sólo nos quedará la carga... Esto le ocupará a usted un poco, señor Kip...

—No perderé ni un día ni una hora, capitán —contestó el nuevo segundo—; y lo que siento es no poder ocupar desde ahora mismo mi camarote.

—Lo creo, pero ya ve usted que estamos entregados a los obreros, a los carpinteros, a los pintores, y no es mucho concederles una docena de días para terminar su tarea... Ni el camarote de usted ni el mío están dispuestos para recibirnos...

—Después de todo, eso importa poco, capitán —declaró Karl Kip—. Yo estaré a bordo al amanecer, y no saltaré a tierra hasta que anochezca... No será, pues, por culpa mía si el Skydnam no está listo para el 24 o el 25, según se ha convenido...

—Por supuesto, señor Kip —dijo el capitán Fork—. Dejo a su cargo el cuidado del barco, y si me necesita usted para algo, me encontrará casi siempre en las oficinas de la casa armadora.

De este arreglo resultaba que Karl Kip pasaría todo el día a bordo del vapor. Pieter, por su parte, trataría de crearse relaciones en la plaza de Hobart Town. Proponíase visitar a los principales comerciantes con la referencia de Hawkins. Serían buenas simientes para asegurar la cosecha del porvenir.

Entretanto, el proceso de los sublevados del James Cook seguía su curso. La instrucción, confiada al relator del Consejo, practicábase según los reglamentos especiales del Código marítimo.

Encerrado en la prisión del puerto con Len Cannon, Flig Balt no estaba incomunicado. Conversaba libremente con los otros detenidos. Esta cárcel no servía más que para los marineros presos por insubordinación o por delitos del derecho común. Además se amontonaban allí por las noches los borrachos, los pendencieros recogidos por las calles o en las tabernas del barrio, no menos bullicioso y revuelto que el de Dunedin, donde Vin Mod reclutó a Len Cannon y sus camaradas.

Sexton, Kyle y Bryce, aunque no les faltaban deseos de abandonar Hobart Town, no los habían realizado. Les repugnaba partir dejando a su compañero Len Cannon en manos de la justicia, bajo el peso de una grave acusación. Estaban citados como testigos en el proceso, y Vin Mod esperaba poderles instruir de modo que su comparecencia resultara provechosa. Se veían de

continuo, pues se alojaban en el mismo tugurio que Vin Mod ocupaba con su verdadero nombre. Cuando los tres marineros se hubiesen comido y, sobre todo, bebido la paga cobrada al desembarcar, Vin Mod intervendría, y ya había salido fiador de ellos en la posada. Así es que Sexton, Kyle y Bryce no se preocupaban de buscar plaza en un barco.

—¡Esperad..., esperad!... —les repetía Vin Mod—. ¡Qué diablo, no hay prisa! El amigo Balt nos citará como testigos, y cerraremos el pico a todo el que declare contra él y vuestro camarada Len Cannon. ¿No estábamos en nuestro derecho al querer meter en su camarote de pasajero a ese maldito holandés, para devolver el mando del barco al bravo inglés, que era el verdadero capitán?... Sí, ¿no es verdad?... Pues bien: es lo que quiso hacer Flig Balt, y se le va a condenar... ¡Es lo que hizo Len Cannon, lo que todos intentamos hacer!... Creedme, amigos, nuestro contraamaestre será absuelto, y Len Cannon saldrá de la prisión al mismo tiempo que él.

—Pero —observó Bryce— ¿no hay peligro de que nos pongan a la sombra, para hacer compañía a Len Cannon?

—No —declaró Vin Mod—. Vosotros sois testigos, nada más que testigos..., y cuando Len Cannon embarque para regresar a Nueva Zelanda o a otra parte, embarcaréis con él... Yo os buscaré un barco..., un buen barco..., en compañía del amigo Balt... y acaso tengamos en él más suerte que con el James Cook.

De este modo conseguía Vin Mod ir reteniendo en Hobart Town a los camaradas de Len Cannon, tal vez con el propósito de distribuirles su papel en la trama urdida por el canallesco marinero, a fin de conseguir la absolución del contraamaestre.

En tanto preparaba sus sordas maquinaciones, que, si resultaban, habían de acarrear la perdición de los hermanos Kip, éstos, que nada sospechaban, estaban entregados por completo a sus asuntos.

La carga del Skydnam se verificaba metódicamente bajo la dirección de Karl Kip; las reparaciones seguían su curso con la ayuda de los obreros del puerto, y la partida se efectuaría a fecha fija.

La casa Arnemniden podía apreciar el celo e inteligencia del nuevo oficial del barco. El capitán Fork no regateaba los elogios, después de haber visto que Karl Kip estaba a la altura de la complicada misión de un segundo de a bordo. Así es que Hawkins recibía felicitaciones y gracias de parte de los armadores del Skydnam.

—Si el señor Kip maniobra tan hábilmente en el mar, hay que proclamarlo un marino de cuerpo entero —le dijo un día el capitán Fork.

—Puede usted estar seguro de ello, capitán —contestó el armador—. ¡No lo dude usted un momento!... Ya hemos tenido ocasión de juzgarle en el James Cook. ¡Bien lo probó cuando instintivamente lanzose a tomar la dirección del barco!... No, no tuve que arrepentirme de haberle colocado en el puesto de ese miserable Flig Balt, que hubiese perdido el bergantín... Sí, Karl Kip es un verdadero marino.

—Le veremos trabajar, señor Hawkins —contestó el capitán Fork—; y como no dudo que durante la travesía confirmará la buena opinión que de él hemos formado, la casa Arnemniden le tendrá en cuenta y su porvenir está asegurado.

—Sí, la confirmará —declaró Hawkins con tono convencido—; ¡la confirmará!

Como se ve, el armador era, no sin razón, afecto del todo a los hermanos Kip. Lo que opinaba del mayor, hacía extensivo al pequeño, pues había reconocido en Pieter una gran inteligencia para los asuntos comerciales. Confiaba en que había de reconstituir la casa de Groninga, gracias a las relaciones que se establecerían con Tasmania y Nueva Zelanda.

Se comprende cuán grande era la gratitud de los hermanos para con Hawkins, que tales servicios les prestaba. Le veían con toda la frecuencia posible, y a veces se quedaban a cenar en su casa. La señora Hawkins también había cobrado afecto a aquellos dos hombres de inteligencia y de corazón. Le gustaba hablar con ellos acerca de sus proyectos del porvenir. De vez en cuando Nat Gibson iba a pasar la velada a aquella hospitalaria casa, y se interesaba vivamente por los hermanos Kip. El Skydnam se haría muy pronto a la mar, pero antes de un año estarían de regreso en Hobart Town... Sería una gran satisfacción volver a verlos.

—Y si el capitán Kip manda el Skydnam —decía Hawkins—, ¡entonces sí que los recibiremos con gusto!... Sí, el digno Fork tiene derecho a su retiro en cuanto llegue a Europa... usted, Karl, le reemplazará, y bajo su dirección el Skydnam será lo que ha sido... lo que era el James Cook.

Desgraciadamente, el nombre del bergantín evocaba siempre tristes recuerdos. Hawkins, Nat Gibson y los dos hermanos se veían en Nueva Irlanda, en Port Praslin, en Kerawara, en medio de aquel bosque donde había caído el infortunado Gibson, ante el modesto cementerio donde reposaba el capitán.

Y cuando se pronunciaba aquel nombre, Nat Gibson palidecía. Toda su sangre aflucía al corazón, su voz temblaba de cólera, y exclamaba:

—¡Padre, pobre padre mío..., todavía no estás vengado!

Hawkins procuraba calmarle... Era necesario esperar las noticias que llegarían del archipiélago Bismarck en el primer correo. Tal vez Hamburg y Zieger habrían logrado descubrir a los culpables. Verdad es que las comunicaciones no son frecuentes entre Tasmania y Nueva Irlanda; pero tal vez se conocieran pronto los resultados de la información.

Era el 19 de enero. El 21 había de verse ante el Consejo marítimo el proceso de los sublevados del James Cook, y, a menos de incidentes imprevistos, los debates concluirían aquel día mismo.

El 24 el Skydnam dejaría Hobart Town, llevando a bordo a los hermanos Kip. Durante la tarde del día siguiente, hubiérase podido ver a Vin Mod rondando alrededor de la prisión del puerto. Aunque generalmente era hombre muy dueño de sí mismo, aquella tarde mostrábase bastante agitado, andaba con paso rápido, evitando las miradas, dejando escapar frases entrecortadas, que hubiese sido interesante escuchar gestos de inquietud mal reprimida.

¿Qué intentaba al pasar y repasar por la puerta de la cárcel?... ¿Trataría de introducirse para comunicar con Flig Balt? No; seguramente sabía que no era posible franquear aquella puerta.

¿Conseguiría que le viese el contramaestre por alguna ventana del edificio, el último piso del cual dominaba al muro de ronda?... No era probable, a menos que Flig Balt, sabiendo que al día siguiente era la vista del proceso, hubiese pensado que Vin Mod intentaría comunicarse con él por cualquier medio... Acaso estuviese convenido entre ellos de antemano.

Pero, estando el uno fuera y el otro dentro, toda la comunicación habría de reducirse a unos cuantos signos de inteligencia: una inclinación de cabeza, un gesto, una señal con la mano. Y ¿conseguirían comprenderse de esta manera?

Pero ni Vin Mod advirtió la presencia de Flig Balt, ni éste la de Vin Mod. Así es que el marinero, cuando llegó la noche, después de una última mirada al sombrío edificio, se fue alejando de él lentamente.

Y entonces, sumido siempre en sus reflexiones, se decía:

«Sí, es el único medio de poderle prevenir, y si fracasa... ¡Bah! Después de todo, yo estoy citado como testigo, hablaré..., y si Flig Balt no puede decirlo, lo diré yo...».

Y continuó caminando en dirección al alojamiento de los hermanos Kip.

Eran las siete. Una lluvia fría y penetrante caía desde las primeras horas de la tarde. El barrio estaba sumido en una profunda Oscuridad, débilmente desvanecida de trecho en trecho por los mecheros del alumbrado público.

Vin Mod, sin que nadie le viese, subió la escalera que conducía a su habitación, deslizose a lo largo del balcón, miró a través de las persianas del

cuarto de los hermanos Kip.

Después de haber escuchado atentamente, adquirió la certeza de que en la habitación no había nadie en aquel momento.

Precisamente aquella noche Karl y Pieter Kip cenaban en casa de Hawkins, y no volverían a su alojamiento hasta las diez o las once.

Así es que las circunstancias favorecían a Vin Mod, que tendría tiempo sobrado para sus maquinaciones, sin riesgo de ser sorprendido.

Volvió, pues, a su cuarto, y abriendo un armario, sacó unos papeles, unas cuantas monedas de oro y el puñal con que Flig Balt había matado al capitán Gibson.

Momentos después Vin Mod penetraba en la habitación de los dos hermanos, sin necesidad de romper ni siquiera un cristal, pues la habían dejado entreabierta.

Conocía muy bien su disposición, por haber observado días antes su interior, cuando trataba de sorprender la conversación de Karl y Pieter Kip. No tuvo necesidad de encender ninguna luz, lo que hubiera podido comprometerle. Sabía cómo estaban colocados los muebles y dónde se encontraba la maleta recogida en los restos de la Wilhelmina.

No estaba cerrada con llave, y una vez aflojadas las correas, Vin Mod no tuvo más que levantar la ropa que contenía y deslizar en el interior los papeles, las monedas y el puñal, volviendo a dejarla lo mismo que estaba.

—¡Ya está hecho! —murmuró.

Salió al balcón, cerrando las persianas tras de sí, y se introdujo de nuevo en su cuarto.

Inmediatamente se echó a la calle, dirigiéndose a su verdadero albergue, donde Sexton, Kyle y Bryce le esperaban.

Eran las siete y media cuando entró en la sala del piso bajo, encontrando a sus compañeros bebiendo.

Sexton y Bryce habían vaciado ya unos cuantos vasos de whisky y ginebra, y estaban borrachos, no con esa borrachera bulliciosa y batalladora, sino con una embriaguez melancólica y embrutecedora, que los hacía incapaces de comprender lo que les hubiera dicho Vin Mod, si los hubiese necesitado.

Kyle —con quien acostumbraba a cambiar impresiones— apenas había tocado las botellas depositadas sobre la mesa, advertido sin duda por Vin Mod.

Así es que cuando éste apareció en la sala, el marinero salió a su encuentro; pero Vin Mod le hizo una señal para que no hablara, y los dos se

sentaron el uno junto al otro.

Había allí una veintena de bebedores, marineros casi todos, que apuraban las botellas en medio de aquella atmósfera asfixiante.

A cada momento entraban y salían consumidores. En la sala había bastante estrépito para que fuese fácil hablarse al oído, sin correr el riesgo de ser escuchados. Además, la mesa donde estaba Kyle ocupaba el rincón más sombrío.

He aquí lo que Vin Mod dijo a su camarada, pegándose a él:

—¿Hace ya una hora que estáis aquí?

—Sí; esperándote, como habíamos convenido.

—¿Y éstos no han podido resistir sin beber?

—No... ya ves... una hora.

—¿Y tú?

—Yo no he hecho más que llenar mi vaso, y ya lo ves, todavía está lleno.

—No te arrepentirás, Kyle, pues necesito que tengas muy segura la cabeza.

—La tengo, Mod.

—Pues bien, ya que no has bebido, vas a beber ahora...

—¡A tu salud! —contestó Kyle, cogiendo un vaso y llevandoselo a la boca.

Vin Mod le agarró el brazo; obligándole a dejar el vaso en la mesa sin haber llegado a los labios.

—Pero ¿no quieres que beba?

—No; quiero que hagas como que bebes, como que bebes mucho.

—¿Y por qué, Mod?

—Porque, fingiéndote borracho, te vas a levantar, a recorrer la sala, a buscar querrela a unos y otros, amenazando con hacerlo todo cisco, y el tabernero llamará a los agentes para que te prendan y encierren.

—¿Encerrarme?

Kyle no acababa de comprender lo que Vin Mod se proponía. Fingirse borracho o ir a la cárcel por escándalo nocturno no le hacía maldita la gracia.

—Esta noche mismo, porque mañana se reúne el Consejo y ya sería tarde. Así es que no hay tiempo que perder, y espero que te harás el borracho.

—¿Sin haber bebido?

—¡Claro que sin beber, Kyle! La cosa es bien fácil... ¡Te levantas, gritas, insultas a los otros bebedores, armas la bronca!

—¿Y si me atizan un golpe en la refriega?

—Doblaré la suma —contesto Vin Mod. A esta respuesta se desvanecieron todas las vacilaciones de Kyle, que no hizo más que esta observación:

—Si es necesario conversar con Flig Balt, ¿por qué no tratas tú de hacerlo, en vez de darme a mí esa comisión?

—¡Basta de palabras, Kyle! —replicó Vin Mod, que empezaba a impacientarse—. Yo necesito estar libre, estar allí cuando se juzgue a Flig Balt... Una vez en prisión, le retienen a uno lo menos veinticuatro horas, y, te lo repito, importa mucho que yo esté mañana en el Consejo.

Y, como último argumento, Vin Mod registró su bolsillo, sacó una libra esterlina y la deslizó en la mano del marinero.

—Esto a cuenta; el resto, en cuanto te pongan en libertad.

—¿Y dónde te encontraré?

—Aquí, todas las noches.

—Convenido —respondió Kyle—. Y ahora un vaso de ginebra para cobrar ánimos. ¡Ya verás qué bien hago el borracho! Levantó su vaso lleno del abrasador y corrosivo líquido, y lo vació de un trago.

—Ya es tiempo —repuso Vin Mod—. Escucha bien... Lo que habría que decirle a Flig Balt pudiera haberle escrito en un pedazo de papel, que tú le entregarías de mi parte... Pero si te lo encontraran, el asunto fracasaría. Por otra parte, unas cuantas palabras bastan para el caso, y tú las recordarás... En cuanto te metan en la prisión, procura hablar a Flig Balt... Si no lo consigues esta noche, que sea mañana, antes de que salga para comparecer ante el Consejo...

—Entendido, Mod. ¿Y qué he de decirle de tu parte? —Le dirás que está todo hecho y que puede acusar con valentía...

—¿A quién?

—Él lo sabe.

—Bueno; ¿nada más que eso?

—Nada más que eso.

—Está bien, Mod. Y ahora voy a estar tan borracho como el más borracho de los súbditos de la Reina.

Y, en efecto, Kyle dejó su asiento titubeando, cayendo, levantándose,

agarrándose a las mesas... Amenazaba a los bebedores, que le contestaban con vigorosos empujones.

Insultó al tabernero porque se negó a darle más de beber, y de una cabezada en mitad del pecho, le envió rodando hasta la calle, a través de la puerta entreabierta.

El tabernero, fuera de sí, llamó en su auxilio a los agentes. Acudieron dos o tres policemen, que se arrojaron sobre Kyle, quien no opuso más que una débil resistencia para evitar los golpes.

Finalmente fue preso, maniatado y conducido a la prisión del puerto.

Vin Mod le siguió hasta allí, y después de asegurarse que Kyle había entrado en la cárcel, volvió sobre sus pasos en busca del lecho.

XVIII. ANTE EL CONSEJO MARÍTIMO

Los tristes acontecimientos ocurridos a bordo del James Cook en el curso de su último viaje habían tenido una gran resonancia en Hobart Town. De una parte, el misterioso asesinato del capitán Harry Gibson; de otra, la tentativa de insurrección producida por Flig Balt, frustrada gracias a la energía de Karl Kip. Sobraba materia para la expectación general.

Del asesinato no se sabía más que el día de la llegada del bergantín con su pabellón de duelo.

En cuanto a la insurrección de a bordo, las autoridades marítimas iban a fallar acerca de la culpabilidad de Flig Balt y su cómplice. Según la opinión pública, el contramaestre debía ser castigado severamente; su situación a bordo agravaba el delito, y no sacaría menos de diez a quince años de presidio.

Los principales testigos, Hawkins, Nat Gibson, Karl y Pieter Kip, los marineros Hobbes, Wickley y Burnes, el grumete Jim, habían declarado ya en el sumario. Los otros, citados por el acusado, Vin Mod, Sexton, Kyle, Bryce y el cocinero Koa comparecerían como testigos de descargo.

A menos de imprevistos incidentes, la vista del proceso no duraría más que una audiencia.

La sala del Consejo marítimo se llenó de espectadores. Desde las nueve de la mañana, el público, en el que había un gran número de armadores, oficiales de la marina mercante, negociantes y periodistas, ocupó todo el espacio disponible; en el fondo veíanse un gran número de marineros procedentes de las tabernas del puerto, y dispuestos, con seguridad, en favor de los acusados.

Hawkins y Nat Gibson llegaron al empezar la audiencia, y se sentaron en el banco reservado a los testigos.

Los hermanos Kip entraron en la sala momentos después, saludando a sus amigos con afectuosos apretones de manos.

Aquel día la presencia de Karl Kip no era indispensable a bordo del Skydnam. El embarque del trigo hablase concluido la víspera. A las reparaciones no le faltaban más que algunos retoques; el carbón llenaba los pañoles; la máquina estaba dispuesta; la tripulación se había hecho cargo del servicio. El vapor estaba listo, y podría zarpar el día designado.

Los hermanos Kip se proponían ocupar aquella misma noche sus camarotes. Detrás de ellos, los marineros Hobbes, Wickley, Burnes habían tomado asiento, así como el grumete Jim, a quien Hawkins y Nat Gibson dieron un amistoso «buenos días».

En otro banco estaban alineados Vin Mod, Sexton, Bryce y el cocinero Koa, que se extrañaba, sin duda, de no figurar entre los acusados, y cuyo repugnante rostro negro era un gesto incesante.

Sólo faltaba Kyle. El supuesto borracho no saldría de la prisión hasta las cuarenta y ocho horas, pues había acentuado mucho su papel, debatiéndose contra los policemen.

Su declaración no era esencial, y lo único que preocupaba a Vin Mod era saber si Kyle había podido comunicar con Flig Balt, y si le había dicho lo que necesitaba saber. Tal vez se tranquilizaría en cuanto el contramaestre apareciera en la sala. Si Flig Balt estaba prevenido, un signo casi imperceptible, una mirada bastaría, y cuando llegase el momento, Flig Balt se convertiría de acusado en acusador.

Mientras esperaban la constitución del tribunal, Hawkins hablaba con los hermanos Kip, comunicándoles que habían llegado noticias de Nueva Irlanda

—¿Una carta del señor Zieger? —preguntó Pieter.

—No, un telegrama que me envía mi corresponsal Balfour. Un barco que ha llegado a Wellington, procedente de Kerawara, y que dejó el archipiélago Bismarck diez días después que el James Cook, le ha llevado una carta del señor Zieger. Inmediatamente Balfour me ha telegrafiado su contenido, y el telegrama llegó esta mañana.

—¿Y qué dice Zieger respecto a la información judicial? —preguntó Karl Kip.

—Nada —se apresuró a contestar Nat Gibson—, nada... Los asesinos no han sido descubiertos.

—Así es, desgraciadamente —repuso Hawkins—. Zieger y Hamburg han hecho todo cuanto estaba de su parte, sin obtener resultado alguno.

—¿Y no han obtenido algún indicio que les permita dirigir las pesquisas con algunas probabilidades de éxito? —preguntó Pieter Kip.

—No —contestó Hawkins—, y las sospechas no recaen sobre nadie... No cabe duda de que el crimen fue cometido por indígenas, que tuvieron tiempo de huir a la isla de York, donde será bien difícil poderles descubrir.

—Sin embargo, no debe el señor Gibson perder toda esperanza —declaró Karl Kip—. Si los papeles robados han podido ser destruidos, queda el dinero; y si los asesinos quieren gastarlo serán seguramente presos.

—Volveré a Kerawara —dijo Nat—. ¡Sí, volveré! ¡Y quién sabe si este pobre muchacho no sería capaz de hacerlo!

Puso fin a la conversación la entrada de los miembros del Consejo marítimo, que ocuparon su sitio en el estrado: un comodoro, un capitán y un teniente, asistidos del relator que había redactado el acta de acusación.

Se abrió la sesión, y el presidente dio la orden para que entraran los acusados. Flig Balt y Len Cannon, conducidos por dos agentes, fueron a sentarse uno cerca del otro, en el banquillo, a la izquierda del tribunal.

El contraamaestre parecía muy seguro de sí mismo; el rostro sereno, la mirada indiferente. Pero si lograba refrenar los sentimientos que agitaban su alma, no podía, en cambio, desvanecer la impresión de profunda astucia que revelaba toda su persona.

Y al verle Hawkins, se operó en su espíritu una revelación. Le parecía que era la primera vez que tenía frente a frente a Flig Balt tal como era en realidad. ¡Sí!... ¿Cómo él y su amigo Gibson habrían cegado hasta el punto de depositar toda su confianza en aquel hombre, dejándose engañar por las manifestaciones obsequiosas de aquel bandido?...

Los hermanos Kip no experimentaron la misma sorpresa. Como ya sabemos, el contraamaestre les inspiró desde el principio una verdadera antipatía, que no pasó inadvertida para el interesado.

En cuanto a Len Cannon, su actitud no prevenía en favor suyo. Echaba miradas a derecha o izquierda, tan pronto a Vin Mod, tan pronto a Sexton o a Bryce, preguntándose tal vez por qué no se sentaban a su lado en el banquillo de los acusados, puesto que eran tan culpables como él...

Si Len Cannon no parecía tan tranquilo como Flig Balt, pensó Vin Mod, era que Flig Balt no le había dicho nada de la comunicación de Kyle. ¿Pero habría logrado comunicar con el contraamaestre, o éste no sabía nada? Esto es lo que se preguntaba con ansiedad Vin Mod.

Kyle había conseguido su propósito. Flig Balt y él habíanse encontrado en la cárcel aquella misma mañana. El contraмаestre podía acusar... A una mirada interrogadora que le dirigió Vin Mod, contestó con un gesto que no dejaba duda alguna.

«Ahora, dijo para sí el criminal marinero, la mecha está encendida... ¡Cuidado con la bomba!»

El presidente concedió la palabra al relator, que resumió brevemente todo el proceso. Indicó en qué circunstancias Flig Balt había recibido el mando del James Cook, en qué condiciones fue destituido; cómo por causa de incapacidad notoria Flig Balt fue reemplazado por el marinero holandés Karl Kip, pasajero a bordo; de qué manera había lanzado a la tripulación contra el nuevo capitán, poniéndose a la cabeza de los rebeldes, seguramente con el objeto de apoderarse del barco.

En cuanto a Len Cannon, era patente su complicidad con Flig Balt. Él era quien, valiéndose de su influencia sobre los camaradas de Dunedin, los había arrastrado. Además, desde el principio de la lucha se distinguió por sus excitaciones y sus violencias... Se había arrojado, cuchillo en mano, sobre Karl Kip, y no había retrocedido más que al sentir sobre su pecho el revólver del capitán... No había, pues, duda alguna acerca de su complicidad y su culpabilidad.

Cuando el relator hubo acabado su lectura, pidió el máximo de la pena para los acusados.

El presidente preguntó a Flig Balt qué tenía que alegar a propósito de la acusación de que era objeto.

—Nada —contestó simplemente el contraмаestre.

—¿Reconoce usted los hechos que se acaban de exponer? —Los reconozco.

Estas palabras las pronunció con voz tan clara y firme, que produjo sorpresa en el auditorio.

—¿No tiene usted nada que añadir en su defensa? —le preguntó el presidente.

—Ni una palabra —contestó Flig Balt; y considerando terminado su interrogatorio, volvió a sentarse.

Vin Mod le miró, no sin experimentar cierta inquietud.

Flig Balt había dejado pasar la ocasión de decirlo todo... ¿Habría interpretado mal Vin Mod aquel signo que le había hecho el contraмаestre?... Tal vez no hubiera podido hablar con Kyle... ¿Pero qué importaba, después de

todo?... Si Flig Balt no hablaba, lo haría Vin Mod cuando le tocase el turno de declarar.

Len Cannon, interrogado a su vez, no contestó más que con evasivas, fingiendo no comprender las preguntas del presidente; sin duda Flig Balt le había recomendado que hablara todo lo menos posible.

Vin Mod pensó entonces que el contramaestre quería escuchar los debates, las declaraciones de todos, especialmente la de Karl Kip. Valía más que los hermanos se explicasen ante el Consejo, y después lanzar contra ellos la aplastante acusación.

Terminado el interrogatorio del principal acusado y de su cómplice, procediose a la declaración del primer testigo.

Era Karl Kip, y un ligero rumor corrió entre los asistentes cuando avanzó hasta la barra.

Dio su nombre, apellido y nacionalidad: holandés, natural de Groninga, su profesión, oficial de la marina mercante, habiendo ejercido durante algunos días las funciones de capitán del James Cook, y en la actualidad las de segundo del vapor Skydnam, consignado a Hamburgo.

Concluidos estos preliminares de ritual, Karl Kip se expresó con tal acento de sinceridad y buena fe, que convenciera al más receloso.

—Mi hermano y yo —empezó diciendo—, pasajeros de la Wilhelmina, fuimos recogidos de la isla de Norfolk, donde habíamos encontrado refugio después del naufragio, por el señor Hawkins y el capitán Gibson.

»Me complazco en rendir aquí público homenaje a estos hombres tan humanos y generosos, que tanto han hecho por nosotros, y son merecedores de nuestro profundo agradecimiento.

»Durante la travesía del James Cook de Norfolk a Port Praslin, tuve ocasión de observar la actitud del contramaestre, que desde el primer momento me inspiró una desconfianza que los hechos han justificado bien sobradamente. Me extrañó mucho que el capitán y el armador se hubieran dejado ganar por tal sujeto. Pero la cosa no era de mi incumbencia, y no les hice observación alguna a propósito de ello. También pude comprobar que Flig Balt no estaba a la altura de su misión. Cuando el capitán Gibson se confiaba a él para ciertas maniobras, resultaban tan mal ordenadas, que en más de una ocasión estuve a punto de intervenir. Sin embargo, como no se comprometía la seguridad del barco, me abstuve de hablar al capitán.

»El 20 de noviembre, el James Cook fondeó en Port Praslin, para desembarcar su cargamento y hacer algunas reparaciones. Su escala duró nueve días; luego se dirigió a Kerawara, la capital del archipiélago Bismarck.

»En la noche del 2 de diciembre el desgraciado capitán Gibson cayó bajo el puñal de los asesinos, que aún permanecen ocultos...»

Estas palabras fueron dichas con tan dolorosa expresión, que el auditorio se impresionó visiblemente.

En este momento Flig Balt, que escuchaba con la cabeza baja, se irguió en la actitud de un hombre que no se puede contener.

El presidente le preguntó si tenía algo que decir al Consejo.

—Nada —contestó el contraamaestre, dejándose caer sobre el banco, echando una rápida mirada a Vin Mod, que empezaba a inquietarse.

En este momento Karl Kip lanzó una mirada tan penetrante sobre Flig Balt, que éste bajó los ojos.

—Muerto Harry Gibson —continuó diciendo el declarante—, fue necesario nombrar nuevo capitán del James Cook. No se encontró ni en Kerawara ni en Port Praslin ningún marino inglés que pudiese reemplazarle. Era, pues, lo indicado que se confiaran estas funciones al contraamaestre. Pero desde luego pensé que el barco quedaba entregado a un hombre incapaz y malvado.

»Flig Balt fue encargado por el señor Hawkins para conducir el barco a Port Praslin, donde completó su cargamento.

»En este último punto fue donde el contraamaestre quedó investido de las facultades de capitán.

»El 10 de diciembre, el bergantín dejó el archipiélago. Durante los primeros días, al atravesar los parajes de las Luisiadas, la navegación no ofreció nada de particular. El viento era favorable y no era preciso maniobrar. Pero noté que el James Cook se separaba poco a poco de su verdadera ruta, tendiendo hacia el este, en vez de seguir siempre hacia el sur.

Esto no dejó de chocarme, y se lo comuniqué a mi hermano, que me aconsejó que previniese a los Sres. Hawkins y Nat Gibson, pues compartía conmigo la desconfianza hacia el nuevo capitán. No obstante, continué callado, porque me repugna la denuncia... Pero no cesaba de comprobar la dirección del barco siempre que me era posible. Creo que Flig Balt advirtió la vigilancia de que era objeto, y tal vez mi actitud le hiciera ser prudente...

Y como Karl Kip parecía no decidirse a completar su pensamiento, el presidente creyó deber decirle:

—Ha dicho usted, señor Kip, que Flig Balt parecía querer modificar su ruta. ¿Qué cree usted que se proponía?

—No lo puedo precisar, pero, para mí, su intención no era dudosa. Flig

Balt trataba de echar el barco al este, hacia los archipiélagos mal afamados, donde siempre es de temer por la seguridad del barco... Puesto que luego Flig Balt ha intentado una sublevación a bordo, yo me pregunto si su intención no era ya apoderarse del James Cook.

Este golpe directo dejó al acusado indiferente, y se limitó a encogerse de hombros.

—Una tempestad que nos asaltó en el límite del mar del Coral podía favorecer su proyecto corriendo el temporal. Mi opinión era que debía hacerse frente a los primeros vientos del oeste, manteniéndose a la capa... No fue éste el criterio del nuevo capitán; emprendió la fuga en dirección a los parajes de las islas Salomón, y bien pronto vimos que estaba comprometida la seguridad del bergantín... Vi llegado el momento de ser tragado por el mar, pues las olas lo cubrían y no gobernaba. Estábamos perdidos si no intervenía... Me precipité al timón... La tripulación estaba trastornada... Flig Balt no hacía más que dar órdenes incoherentes... «¡Déjeme usted!», exclamé. El señor Hawkins comprendió, y sin titubear me dijo: «¡Haga usted lo que quiera!»... Empecé a mandar; los marineros me obedecían... Conseguí virar en redondo, y al día siguiente, habiendo aplacado la tempestad, no tuvimos que hacer más que buscar el abrigo de tierra.

»Entonces fue cuando Hawkins me confió el mando del James Cook, destituyendo a Flig Balt. Éste protestó; yo le reduje a la obediencia.

»El James Cook volvió a tomar su verdadera ruta hacia el sur. Navegábamos tranquilamente cuando en la noche del 30 de diciembre estalló la sublevación a bordo. A la cabeza de los rebeldes estaba el indigno contraamaestre... Arrastraba a sus cómplices hacia la camareta alta con el fin de apoderarse de las armas... Len Cannon se precipitó sobre mí para herirme... Cogí un revólver y le amenacé con meterle una bala en la cabeza... Mi actitud se impuso a los hombres... Los marineros fieles se pusieron de nuestra parte... Los otros retrocedieron hacia proa. Hice amarrar a Flig Balt y Len Cannon, y los encerré en la bodega.

»No era de temer una segunda tentativa. La navegación continuó en circunstancias favorables. El 1 de enero, el James Cook, doblaba el cabo, y al día siguiente echaba el ancla en el fondeadero de Hobart Town.

»Esto es todo lo que tenía que decir, y todo es rigurosamente exacto».

Concluida su declaración, volvió a ocupar el banco de los testigos, con la certidumbre de que se había concedido a sus palabras completo crédito. Cuando hubo llegado cerca de Hawkins y de Nat Gibson, los dos le estrecharon afectuosamente la mano.

—Acusado, ¿qué tiene usted que decir? —preguntó el presidente.

—Nada —contestó Flig Balt.

Los otros testigos fueron compareciendo sucesivamente ante el tribunal, y sus declaraciones no hicieron más que confirmar la de Karl Kip.

Hawkins confesó su equivocación respecto al contraamaestre, equivocación compartida con el pobre Gibson, que tenía en Flig Balt una confianza absoluta. Así es que después del asesinato cometido en Kerawara, no dudó en confiarle el mando del bergantín para el viaje de regreso. La mayoría del pasaje pareció aprobar el nombramiento. Pero cuando la tempestad asaltó al barco en el norte del mar del Coral, no hubo más remedio que reconocer que el nuevo capitán era incapaz de gobernarlo... Perdió toda su sangre fría..., y el James Cook hubiera naufragado seguramente sin la intervención de Karl Kip, a quien Hawkins dio público testimonio de su reconocimiento.

Nat Gibson, llamado después del armador, no hace más que confirmar la anterior declaración. Pero cuando se trata de su padre, se ve la intensidad de su odio hacia los asesinos.

Pieter Kip repite, abreviándolo, el relato hecho por su hermano. Pone de relieve la desconfianza que desde el primer momento les inspiró el contraamaestre, y las sospechas de algún criminal propósito cuando el mayor de los Kip notó el cambio de rumbo. La tentativa de sublevación patentizó después lo fundado de todas sus suposiciones.

Las declaraciones de los marineros Wickley, Hobbes, Burnes y el grumete Jim concordaron absolutamente. Dijeron que se les excitó a la rebelión, y si la escena del 30 de diciembre les sorprendió antes de poder prevenir al capitán Kip, al menos se pusieron de su parte desde el primer momento.

El presidente les dirigió los elogios que merecían por su conducta.

Las declaraciones de los testigos de cargo habían concluido.

Procediose seguidamente a la comparecencia de los otros, más o menos comprometidos en el proceso, y que no debían tenerlas todas consigo hasta ver qué giro tomaba el asunto respecto a ellos.

Vin Mod fue el primer interrogado. No podía esperarse franqueza alguna de este hombre astuto. Habló de modo que no pudiera incurrir en responsabilidad... No pensó nunca que Flig Balt tuviese la intención de modificar la ruta del barco, como había afirmado Karl Kip... Flig Balt era un buen marino, lo había probado en muchas ocasiones; su maniobra durante la tempestad estuvo bien dirigida, y fue injusto quitarle el mando del barco.

—¡Basta! —exclamó el presidente, a quien sublevaba el tono y la actitud de Vin Mod.

Éste volvió a ocupar su asiento, no sin haber lanzado una mirada

significativa a Flig Balt, que contestó con un gesto imperceptible.

La mirada parecía decir:

«¡Habla; ya es tiempo!»

Las declaraciones de Sexton y Kyle no tuvieron importancia. Todavía bajo el influjo de las libaciones de la víspera, apenas comprendieron lo que se les preguntaba.

El presidente ordenó entonces a Flig Balt que se levantase. La vista de la causa iba a terminar, y antes de que el Consejo se retirara a deliberar el contraamaestre podía, por última vez, hacer uso de la palabra.

—Ya sabe usted de lo que se le acusa, Flig Balt. Ya ha oído usted los cargos que se le hacen... ¿Tiene usted alguna cosa que decir en su defensa?

—¡Sí! —declaró el acusado, con un tono bien diferente al de la palabra nada de sus últimas respuestas.

En la sala se hizo el más profundo silencio. El público presentía que iba a producirse algún incidente sensacional; tal vez alguna revelación que modificaría las condiciones del proceso.

Flig Balt, vuelto hacia los jueces, la vista baja todavía, la boca ligeramente contraída, esperaba que el presidente le hiciese una pregunta precisa, que fue ésta:

—¿Cómo se defiende usted de los actos delincuentes que la acusación le imputa?

—¡Acusando a mi vez!

Hawkins, Nat Gibson y los hermanos Kip se miraron, no intranquilos, pero sí sorprendidos. Ninguno de los cuatro podía comprender adónde iba a parar Flig Balt, ni contra quién dirigiría su acusación.

Flig Balt continuó diciendo:

—Yo era el capitán del James Cook, habiendo sido nombrado por quien podía hacerlo, por el armador... Debía conducir el barco a Hobart Town, y lo hubiese hecho, digan lo que quieran, cuando un nuevo capitán ocupó mi puesto... ¿Y quién? Un extranjero, un holandés... Ingleses a bordo de un barco inglés, no podían consentir navegar a las órdenes de un extranjero. Esto fue lo que nos impulsó a rebelarnos contra Karl Kip.

—Contra el capitán —afirmó el presidente—; y puesto que ocupaba legítimamente aquel puesto, usted le debía obediencia absoluta.

—Sea —repuso Flig Balt en tono decisivo...—. Admito que seamos culpables de ese hecho. Pero tengo algo más que decir. Si Karl Kip me acusa

de haberme rebelado contra él, si me acusa, desde luego sin pruebas, de haber querido cambiar el rumbo del James Cook, para apoderarme de él, ¡yo le acuso de un crimen del que no podrá defenderse!...

Ante una declaración tan grave, aun sin saber sus términos precisos, Karl y Pieter Kip se levantaron de su asiento como impulsados por un resorte, en ademán de lanzarse hacia el banco desde donde Flig Balt les miraba descaradamente.

Hawkins y Nat les contuvieron, evitando que dieran rienda suelta a su cólera.

Pero Pieter Kip recobró muy pronto su sangre fría, y cogió la mano de su hermano para no abandonarla. Luego, con voz difícilmente dominada, preguntó:

—¿De qué nos acusa ese hombre?

—¡De homicidas! —contestó Flig Balt.

—¡De homicidas! —exclamó Karl Kip—. ¡Nosotros!...

—¡Sí, vosotros sois los asesinos del capitán Gibson!...

Imposible sería pintar la sensación que se produjo en el auditorio. Un sentimiento de horror recorrió la sala...; pero de horror hacia el contraamaestre, que osaba formular semejante acusación contra los hermanos Kip.

Sin embargo, como por un irresistible instinto, Nat Gibson —se explica dado su estado de ánimo— había retrocedido, y Hawkins trató inútilmente de retenerle...

Pieter y Karl Kip, paralizados un instante ante esta acusación abominable, iban a tomar la palabra, en un terrible impulso de indignación, cuando el presidente se les anticipó diciendo:

—La audacia de usted, Flig Balt, rebasa todos los límites.

—¡Digo la verdad!

—Y ¿por qué no la ha dicho usted hasta este momento?

—Porque no la he sabido hasta la travesía de regreso. Me encerraron a la llegada del James Cook, y he esperado la vista del proceso para acusar públicamente a los que me acusan a mí.

Karl Kip, fuera de sí, con voz de trueno, como la de un capitán en medio del vendaval, gritó:

—¡Miserable!... ¡Miserable calumniador!... ¡Cuando se hacen tales acusaciones, es preciso basarlas en pruebas!

—Las tengo —contestó Flig Balt—. La justicia puede tenerlas cuando quiera...

—¿Dónde, dónde están?

—Que se registre la maleta que los hermanos Kip recogieron en los restos de la Wilhelmina. ¡Allí se encontrarán los papeles y el dinero del capitán Gibson!...

XIX. CONTINÚA EL PROCESO

Sería imposible describir el efecto producido por las últimas manifestaciones del contraamaestre. Prodújose en el auditorio un largo y penoso rumor, que al presidente le costó algún trabajo sofocar. Todas las miradas estaban fijas en los dos hermanos, bajo el peso de una acusación capital. Karl y Pieter Kip estaban inmóviles; la sorpresa, el horror de aquella infamia, les había paralizado. El mayor, de temperamento impetuoso, amenazaba con el gesto al odioso Flig Balt. El más joven, pálido el rostro, húmedos los ojos, se limitó a encogerse de hombros, en señal del más profundo desprecio hacia el acusador.

Acto seguido los dos hermanos, obedeciendo al presidente y dejando el banco de los testigos, avanzaron hasta el pie del estrado, acompañados de agentes encargados de vigilarles.

Hawkins, Hobbes, Wickley, Burnes y Jim, después de un murmullo de protesta que no pudieron contener, quedaron silenciosos, en tanto que Sexton, Bryce y Koa cambiaron algunas palabras en voz baja.

Nat Gibson, la cabeza inclinada, las manos febriles, el rostro convulso, se asía al banco... Y cuando levantaba la vista hacia los hermanos Kip, sus ojos despedían una mirada de odio. ¿Es que tenía ya la convicción de la culpabilidad?

En cuanto a Vin Mod, esperaba impasible el resultado de la denuncia del contraamaestre contra Karl y Pieter Kip.

Cuando el auditorio, tan profundamente conmovido, hubo recobrado la calma, el presidente concedió la palabra a Flig Balt, a fin de que pudiese completar su denuncia.

El contraamaestre lo hizo clara y brevemente, en términos que produjeron una impresión favorable al acusado.

El 25 de noviembre por la noche, cuando ya no era capitán del bergantín,

encontrábase cerca del camarote de los hermanos Kip. La puerta no estaba cerrada; un violento golpe de mar sacudió al barco, y una maleta rodó fuera del camarote. Era la que se había recogido en los restos de la Wilhelmina. El golpe abrió la maleta, de la que se escaparon papeles y un puñado de monedas de oro que se esparcieron por el suelo.

El ruido del oro atrajo la atención de Flig Balt, al mismo tiempo que producía su extrañeza, pues estaba en la creencia que los hermanos Kip lo habían perdido todo en el naufragio. Fuera lo que quisiera, Flig Balt, después de recoger las monedas, iba a meterlas en la maleta con los papeles cuando reconoció en ellos los del James Cook, el conocimiento de carga y el contrato de fletamento que el capitán Gibson llevaba consigo el día que lo asesinaron, y que no habían aparecido.

Flig Balt, espantado por este descubrimiento, se alejó de allí. No había duda de que los hermanos Kip eran los culpables. Su primer impulso fue ir en busca de Hawkins y decirle: «Mire usted lo que he descubierto»; y a Nat Gibson: «¡Éstos son los asesinos de su padre!...»

Sí... esto es lo que el contramaestre debía haber hecho: pero no hizo nada... No habló con nadie del secreto que acababa de sorprender... Pero permanecer bajo las órdenes de un criminal, del asesino de su capitán, era de todo punto imposible... Quiso arrancarle el mando, del que Flig Balt fue tan injustamente desposeído, y arrastró a los marineros a la rebelión...

Su tentativa no tuvo éxito. Fue desarmado, reducido a la impotencia, encerrado en el fondo de la cala por orden del miserable que había engañado la confianza de Hawkins... Sin embargo, decidió callarse lo que sabía hasta que el barco llegase a Hobart Town y esperar el resultado del proceso que se abriría contra él. Sería públicamente, ante el Consejo marítimo, cuando denunciaría a los autores del crimen de Kerawara...

Después de esta declaración tan terminante, que produjo un prolongado murmullo en el auditorio, el presidente no creyó que debía continuar la vista de la causa. Se levantó la sesión y los agentes condujeron a la cárcel del puerto a Flig Balt y Len Cannon. Ya se resolvería respecto a ellos lo que hubiese lugar. Karl y Pieter Kip fueron llevados a la cárcel de la ciudad.

Antes de dejar la sala del Consejo, Karl no pudo contener su indignación, protestando con violencia contra el miserable que les acusaba... Pieter se limitó a decirle:

—¡Deja, pobre hermano mío, deja a la justicia el cuidado de proclamar nuestra inocencia!

Y partieron sin que ninguna mano, ni siquiera la de Hawkins, se tendiese hacia ellos...

Indudablemente, Karl y Pieter Kip debían estar seguros de que la información judicial no podría establecer su culpabilidad... Ellos no habían cometido el abominable crimen. Las monedas, los papeles que Flig Balt declaraba haber visto en la maleta, no se encontrarían en ella cuando practicasen el registro... Podían esperar sin temor el resultado de la diligencia que habían de practicarse en su alojamiento... La sola declaración del contraamaestre no bastaría para convencer del robo y del asesinato.

Cuál no sería su estupefacción y el sentimiento de horror que se esparció por toda la ciudad, cuando aquel mismo día se supo que el registro confirmaba lo dicho por Flig Balt.

Los agentes de policía habíanse presentado en la hospedería del Great Old Man... La maleta designada por el contraamaestre había sido abierta y registrada... Bajo la ropa encontraron una suma de sesenta libras en oro y los papeles del James Cook robados al capitán Gibson.

Y luego... ¡prueba más concluyente todavía! En la maleta estaba oculta un arma, un puñal malayo de hoja dentada... Las diligencias practicadas en Kerawara, la fotografía hecha por Hawkins, demostraban claramente que la herida del capitán habíase producido con un puñal de esta clase.

No eran, pues, simples presunciones contra los hermanos Kip, sino pruebas graves, pruebas materiales, tales como las había anunciado Flig Balt en plena audiencia. Y lo que daba más autoridad a lo dicho por el contraamaestre era que no se había referido al puñal malayo, sin duda porque no sabía que estuviese en poder de los dos hermanos, pues en caso contrario lo hubiera dicho en la audiencia, cómo dijo lo de las monedas de oro y los papeles de Harry Gibson.

Se recordará que Jim había visto el puñal, colocado a propósito por Vin Mod en una mesita del camarote de los hermanos Kip... ¿Y quién sabe si el grumete no sería en el proceso Kip un testimonio aplastante para los acusados?

Como se ve, la trama urdida por el miserable Vin Mod era hábil y resistente. Todos los elementos empleados para comprometer; para perder a los dos hermanos daban juego... ¿Podrían los acusados esclarecer los hechos y destruir la terrible acusación que pesaba sobre ellos?

El grave incidente que se había producido —Vin Mod ya contaba con ello— originó, en primer término, el abandono del proceso seguido contra Flig Balt y Len Cannon. ¿Qué era aquella tentativa de rebelión a bordo del James Cook junto a los hechos que se acababan de revelar? La calidad de acusado del contraamaestre se desvanecía, apareciendo ante la justicia como testigo de cargo.

Inútil es insistir acerca de la violencia —ésta es la palabra— con que Nat Gibson se lanzó por aquella pista. ¡Al fin eran conocidos y serían castigados

los asesinos de Kerawara!... Tampoco es de extrañar que en el estado de ánimo en que se encontraba el desgraciado joven olvidase todo lo que invocar pudiera en descargo de los hermanos Kip: su actitud desde el día que el James Cook les recogió en la isla de Norfolk, su conducta frente a los papúas de Nueva Guinea, el dolor que manifestaron cuando murió el capitán Gibson; luego, en el curso de la travesía de regreso, aquella intervención de Karl Kip, que salvó el bergantín en el período álgido de la tempestad, y su energía frente a la rebelión suscitada por el contraamaestre. ¡Hasta olvidó la viva simpatía que siempre le inspiraron los náufragos de la Wilhelmina!... Todos estos sentimientos se desvanecieron al calor de su odio contra los asesinos, a los que todo acusaba, ante el imperioso deseo de vengar a su padre.

Además, forzoso es reconocerlo, en Hobart Town la opinión cambió radicalmente. Lo mismo que se habían interesado por los hermanos Kip, ayudándoles, al uno para procurarse una plaza de segundo, al otro proporcionándole para la casa de Groninga relaciones comerciales con Tasmania, así fueron en un momento objeto de la execración pública. En cambio Flig Balt aparecía como una especie de héroe. ¡Qué fuerza de carácter había mostrado guardando su secreto hasta el día de la comparecencia ante el Consejo marítimo! ¿No merecía que se le perdonara aquella tentativa de rebelión hecha con el objeto de sustraer al James Cook del mando de un asesino, refriega donde al fin y al cabo arriesgaba su vida?... Y hasta aquellos bravos marineros, Hobbes, Wickley, Burnes, arrastrados por el sentimiento general, no se acordaban de la estimación que habían experimentado hacia su nuevo capitán, de la abnegación de que en todas las ocasiones le dieron prueba.

Si en Hobart Town todo el mundo sabía ya a qué atenerse respecto al crimen, no se dejaría que continuasen en la incertidumbre en Port Praslin y Kerawara, evitando que los Zieger y Hamburg se afanasen en proseguir unas pesquisas completamente inútiles.

Lo que producía inmenso dolor a la viuda de Gibson era la pérdida de su marido, más que el sentimiento de saber que no se le había vengado. Pero para ella, como para tantos otros, ¡como para todos!, después de la justificada declaración del contraamaestre, después de las pruebas materiales encontradas, los dos hermanos eran los únicos, los verdaderos asesinos de Harry Gibson.

¿Para todos?... No; tal vez Hawkins no se pronunciaba todavía con la misma seguridad. Aunque su confianza respecto a Pieter y Karl Kip había sufrido un rudo quebranto, no estaba absolutamente convencido de su culpabilidad. Rechazaba, con repugnancia, la idea de que aquellos hombres que habían merecido toda su estimación fuesen los autores de semejante fechoría. Además, no alcanzaba cuáles pudieran ser los móviles del atentado... ¿Habría que buscarlos en el deseo de apoderarse de aquellos miles de dólares

que el interfecto llevaba consigo, o en la esperanza de sucederle en el mando del barco? Esto no satisfacía al clarísimo criterio de Hawkins, y cuando su mujer, que escuchaba sus reflexiones, le repetía:

—Pero las pruebas, las pruebas materiales, ese dinero, esos papeles, en fin, ese puñal... ¿Puede admitirse que nuestro desgraciado Gibson no fue herido con esa arma?

—Sí... —contestaba el armador—, ya lo sé; existen pruebas que parecen abrumadoras... ¡Pero se evocan en mi espíritu tantos recuerdos!... No puedo desechar la duda..., y a menos que esos infortunados confiesen su crimen...

—¿Supongo que no te expresarás así delante de Nat?

—No; no está en disposición de reflexionar. ¿Para qué intervenir en el estado de exaltación en que se encuentra?... Esperemos los resultados del proceso... ¿Quién sabe si Pieter y Karl Kip no conseguirán probar su inocencia?... Y, aun cuando sean condenados, yo seguiré diciendo: ¡esperemos en el porvenir!

Después del registro practicado en el alojamiento de los hermanos Kip, el proceso no tenía más que seguir su marcha regular por la jurisdicción criminal. El sumario sería breve. Los únicos testigos que podían comparecer residían en Hobart Town. En cuanto a las informaciones que habían de recibirse de Holanda respecto a la familia de los procesados, su situación personal, sus antecedentes penales... el telégrafo podía proporcionarlos en veinticuatro horas. La información judicial no exigía ni lejanas pesquisas ni voluminosa documentación.

Transcurrieron tres días, y el 25, la fecha fijada de antemano, el Skydnam se hizo a la mar, después de haber escogido el capitán Fork otro segundo. Ni Karl ni Pieter Kip iban a bordo del vapor, y a Hawkins se le oprimió el corazón cuando lo vio partir.

Fácil es imaginarse que Flig Balt y Vin Mod creían no tener ya nada que temer respecto al crimen de Kerawara. ¿Quién hubiera podido penetrar en aquella espantosa maquinación contra dos inocentes, a quienes sería imposible desasirse del lazo que se les había tendido?

Efectivamente; sólo el contramaestre y su cómplice habían urdido esta odiosa maniobra. Ni Sexton, ni Bryce, ni el cocinero Koa tenían de ella la menor sospecha, y ellos fueron los primeros sorprendidos por el golpe teatral ante el Consejo marítimo. En cuanto a Kyle, puesto en libertad a los dos días, cierto es que había servido de intermediario entre Vin Mod y Flig Balt; pero las palabras de que fue portador no eran reveladoras de que ellos fuesen los asesinos y preparasen una emboscada a los hermanos Kip. Len Cannon, por su parte, no sabía más que los otros. Así es que estos marineros de desecho no

tenían más que motivos de satisfacción por el giro que iban tomando las cosas. Flig Balt, puesto en libertad, podía buscar barco en compañía de Vin Mod y sus compinches... Además estaba en condiciones de hundir por completo a los dos hermanos.

Después de la partida del Shydnam, en la tarde del 25, los dos cómplices permanecieron en el muelle, a la sazón desierto, para cambiar impresiones, sin correr el riesgo de ser escuchados.

—Buen viaje al Skydnam —dijo Vin Mod—; buen viaje, puesto que no lleva a los dos holandeses... ¡Ah! ¡Karl Kip ocupó el sitio de usted a bordo del James Cook, patrón Balt!... Pues bien; ahora, le sustituye nuevamente bajo los cerrojos de la justicia, ¡y esos cerrojos cierran bien!...

—El golpe ha resultado con mayores facilidades y eficacia de lo que yo creía —contestó el contramaestre.

—¡Oh! Estaban tomadas todas las medidas; los hermanos Kip no conseguirán desenredarse.

—Esperemos el desenlace, Mod.

—Se puede asegurar cuál ha de ser. ¡La cara que pondrían al saber lo que se había encontrado en la maleta!... ¡No fue poca fortuna encontrar los restos de la Wilhelmina y que la maleta no se fuese a pique!... Y vea usted, todavía guardaban el dinero y los papeles del capitán. ¡Imprudentes!... He tenido que sacrificar un centenar de dólares, pero no es para sentirlo...

—¿Y qué nos queda? —preguntó Flig Balt.

—Más de mil, así es que podemos largarnos cuando nos convenga.

—Después de la vista del proceso.

—¡Desde luego!... No hay que olvidar que Flig Balt, excomandante del James Cook, es el principal testigo, y espero que estará sereno.

—No temas nada, Mod.

—A propósito, patrón; fue una suerte que no hablase usted más que del dinero y los papeles, porque el hallazgo del puñal ha producido un gran efecto... ¡Es la prueba más aplastante! Ésa no deja duda. Y ya verá usted cómo nadie creerá a los Kip cuando afirmen que ignoraban que se hubiese recogido aquel puñal en los restos del naufragio; sobre todo cuando confiesen que ese puñal es de su pertenencia. Porque hay que tener en cuenta que se trata de gente honrada, incapaz de mentir. ¡Habría que ver la cara que ponen los hombres honrados en la horca!

El miserable reía sus ocurrencias sin conseguir, no obstante, comunicar al contramaestre su jovialidad. Éste, siempre preocupado, no podía sustraerse a

ciertas inquietudes. No cabía duda de que el asunto estaba llevado por una mano maestra; pero hasta el final no se estaba libre de que se produjeran incidentes comprometedores...

—Sí, Vin Mod, no me convenceré de que esto está concluido del todo hasta después de la sentencia, cuando hayamos dejado Hobart Town, para ir en busca de fortuna lejos de aquí, al fin del mundo, al diablo...

—Le es a usted imposible estar tranquilo... Cuestión de temperamento...

—No lo niego, Mod.

—Usted no ve las cosas tal como son. Le repito a usted que no tenemos nada que temer... ¡Si ahora mismo confesáramos que éramos nosotros los autores, estoy seguro que no nos creerían!...

—Di, Mod —repuso el contraamaestre—, ¿no ha advertido nadie tu presencia en el alojamiento de los Kip?

—Nadie, ni conocido ni desconocido. No es Vin Mod quien ha vivido allí; es un tal Ned Pat, que no se me parece en nada.

—Es muy arriesgado lo que has hecho.

—¡Quia! ¡No se puede usted imaginar cómo me desfigura la barba, una hermosa barba rojiza, que sube hasta los ojos!

Además, yo no iba más que por la noche, a la hora de acostarme, y me largaba al amanecer...

—¿Y no has dejado todavía la habitación?

—Aún no, y más vale estar allí algunos días más. Si me hubiese marchado en cuanto los Kip fueron presos, hubiera dado qué pensar... En fin, por exceso de precaución no me iré de allí hasta después de la vista de la causa.

—Lo importante es que no te reconozcan.

—No tema usted nada, patrón... Tres o cuatro veces han pasado junto a mí Sexton, Kyle y Bryce, cuando me dirigía a mi escondite, y no se les pasó por la mollera que era su camarada el que se había cruzado con ellos... Ni usted mismo hubiera dicho al verme: «¡Calle!... ¡pues si es Vin Mod!».

Como se ve, las precauciones estaban tan bien tomadas, nadie había descubierto que Vin Mod, bajo el nombre de Ned Pat, había ocupado una habitación inmediata a la de los hermanos Kip.

El sumario continuaba, y el juez encargado de instruirlo ponía en ello un gran cuidado. Nadie dudaba de la culpabilidad de los dos holandeses, tan explícitamente acusados, en posesión de los cuales habíanse encontrado los papeles y el dinero del capitán. Era de toda evidencia que estos objetos no

habían podido ser robados más que por los asesinos de Harry Gibson, puesto que los llevaba consigo cuando fue agredido.

Además, entre la ropa que contenía la maleta la policía encontró un puñal. Pero ocurría preguntar: ¿había sido herido con esta arma el capitán Gibson? La contestación no podía ser más que afirmativa. Los bordes de la herida ofrecían bien claramente la huella de dientes de sierra, y no podía haberse producido más que con uno de esos puñales de fabricación malaya. Sería fácil comprobarlo con la fotografía que estaba en poder de Hawkins.

Verdad es que en Melanesia esos puñales son de uso muy corriente. Los indígenas de Kerawara y de la isla de York, los de Nueva Zelanda y Nueva Bretaña se suelen servir de ellos como arma de combate. ¿No era, pues, lo probable que aquel puñal hubiese sido el instrumento del crimen?...

Pero a la presunción no tardó en reemplazar la certidumbre.

En la mañana del 15 de febrero un barco inglés, el Gordon, de Sydney, fondeó en el puerto de Hobart Town.

Tres semanas antes, el Gordon, había dejado el archipiélago Bismarck, después de hacer escala en Kerawara y en Port Praslin.

El correo del Gordon era portador de una carta, acompañada de un paquetito postal dirigido a Hawkins.

La carta procedía de Port Praslin, y estaba firmada por Zieger, que la había escrito con posterioridad a las noticias enviadas a Wellington y transmitidas a Hawkins por su corresponsal; noticias que no revelaban ningún hecho nuevo relativo a la información judicial.

La carta en cuestión decía:

«Port Praslin, 22 de enero.

»MI QUERIDO AMIGO:

»Aprovecho la salida del Gordon para escribirle, rogándole, en primer término, salude en nuestro nombre a su señora y exprese a la viuda de Gibson y a su hijo toda la parte que mi esposa y yo tomamos en su duelo.

»El amigo Hamburg, por su cuenta en Kerawara, yo aquí por la mía, hemos practicado una minuciosa y severa información relativa al asesinato, sin que hayamos obtenido el menor resultado. Las pesquisas entre las tribus indígenas de la isla de York no han descubierto los papeles que pertenecieron al capitán Gibson, ni el dinero que llevaba consigo. Posible es, pues, que el crimen no lo hayan cometido los indígenas de la isla de York, pues es muy raro que no se haya encontrado una suma tan importante en metálico.

»Pero hay otra cosa. Ayer, por casualidad, en el bosque de Kerawara, a la

derecha del sendero que conduce a la casa de Hamburg, precisamente en el lugar donde fue perpetrado el crimen, uno de los empleados de la factoría recogió una virola de cobre, que debió desprenderse del puñal en el momento en que el matador agredía a nuestro infortunado amigo.

»Le envió a usted dicha virola, no con la esperanza de que sirva de pieza de convicción, puesto que no se ha encontrado el instrumento del crimen; pero, en fin, creo deber hacerlo, con el vehementísimo deseo de que lleguen a descubrirse los autores de tan abominable fechoría.

»Reitero a usted, mi querido amigo, mi cordial amistad, con expresiones de afecto para las señoras Gibson, y Hawkins y para Nat. Si supiese algo nuevo, se lo comunicaría inmediatamente, rogándole al mismo tiempo la reciprocidad para con nosotros, si ustedes consiguieran descubrir algo interesante.

»Suyo,

»R. ZIEGER.»

Zieger ignoraba que los magistrados de Hobart Town tenían en su poder el arma con que verosímilmente se había cometido el crimen. Y lo que luego se comprobó fue que en el mango del puñal faltaba la virola del remate.

Cuando la que enviaba Zieger se ajustó en el sitio indicado, pudo verse que se adaptaba perfectamente.

Ante este nuevo testimonio, que, por decirlo así, venía a remachar el clavo, Nat Gibson se dirigió a casa del armador, y le dijo:

—Y ahora, señor Hawkins, ¿continuará usted dudando de la culpabilidad de esos miserables?

El armador, por toda respuesta, se limitó a bajar la cabeza.

XX. EL VEREDICTO

El sumario estaba concluido. Los hermanos Kip habían sido interrogados y careados con el contramaestre, su principal, mejor dicho, su único acusador hasta entonces, el único que descubriera en el camarote del James Cook la irrecusable prueba del delito. Los acusados habían contestado con las más rotundas y enérgicas negativas.

Pronto hubieron de ver fallida su esperanza en el sobreseimiento del proceso, por tan graves cargos, por tan abrumadoras pruebas materiales sostenido. Además, no podían preparar juntos sus medios de defensa, ni el consuelo de animarse el uno al otro, de reconfortarse, de hablar durante las

largas horas de prisión. Separados el uno del otro, no hablaban más que con el abogado defensor. Cuando el juez procedía a tomarles declaración, lo practicaba por separado, y los hermanos no habían de volverse a ver más que ante el tribunal.

La carta de Zieger y el objeto que la acompañaba eran ya conocidos del público. Los periódicos de Hobart Town lo habían referido. Ya no era posible negar que el puñal encontrado en la maleta de los Kip fuese el instrumento del crimen, y esta certidumbre hacía formidable la acusación contra los procesados. El veredicto del jurado no podía ser más que de culpabilidad, y la sentencia de pena capital, dadas las circunstancias agravantes que en el hecho concurrían.

Y, sin embargo, a medida que se acercaba la vista del proceso, Hawkins se encontraba cada vez más perplejo. En su espíritu se despertaban muchos recuerdos. ¡Le parecía imposible que aquellos hombres que tanta simpatía le inspiraron hubiesen cometido tan espantoso crimen! ¡No; su conciencia rechazaba la idea, su corazón se rebelaba contra ella!... Advertía en este proceso puntos oscuros, inexplicables... Pero sus dudas no descansaban más que en razones puramente morales, en tanto que la materialidad de los hechos se levantaba ante él como un infranqueable muro.

Por otra parte, Hawkins evitaba hablar de este asunto con Nat Gibson, cuya convicción no hubiese podido quebrantar. Una o dos veces, estando en casa de la viuda Gibson, había exteriorizado su opinión acerca de la posibilidad de que los hermanos Kip pudieran demostrar su inocencia; pero el obstinado silencio de la señora, sus visibles reservas, demostraban que participaba de la opinión de su hijo. Ella no había podido, como Hawkins, apreciar las condiciones de los naufragos de la Wilhelmina, penetrar en su pasado, interesarse por su porvenir... La viuda no debía ver en ellos más que dos criminales, los asesinos del capitán...

En cuanto a la señora Hawkins, ¿cómo no iba a tener confianza en la rectitud de espíritu, en la seguridad de juicio de su marido? Puesto que él no estaba convencido, tampoco ella podía estarlo. También ella participaba de sus dudas, pues sólo de dudas se trataba. Pero la verdad es que en Hobart Town nadie pensaba como ellos. Desde el fondo de su prisión los acusados no podían imaginarse hasta qué extremo les era hostil la opinión pública y de qué modo la sobreexcitaban los periódicos con sus violentos artículos.

El proceso debía verse el 17 de febrero. Como ya habían transcurrido veinticinco días desde la audiencia del Consejo marítimo, ante el cual Flig Balt denunció a Karl y Pieter Kip, Vin Mod no creyó necesario prolongar su estancia en el alojamiento de sus víctimas. Se despidió de la casa y pagó la cuenta. Luego, no teniendo ya necesidad de disfrazarse, se fue al tugurio

donde se alojaba su cómplice. Desde allí siguieron los dos bandidos las peripecias de su maquiavélica maquinación, esperando el desenlace que había de asegurar su libertad personal.

Los otros marineros del James Cook esperaban que se les presentase la ocasión de un nuevo embarque.

La vista del proceso empezó en la mañana del 17 de febrero. El tribunal estaba constituido por el presidente y dos magistrados; a la derecha estaba el fiscal y a la izquierda el jurado, compuesto de doce ciudadanos.

La muchedumbre llenaba la sala y las calles de los alrededores. Gritos de venganza recibieron a los acusados al salir de la prisión. Apenas si tuvieron tiempo para estrecharse la mano, pues los agentes los separaron y tuvieron que protegerlos contra las iras populares hasta su llegada al palacio de justicia. No podían esperar nada de la opinión pública.

Habían de comparecer los testigos que asistieron al Consejo marítimo, Hawkins, Nat Gibson y los marineros del James Cook. Pero la atención pública estaba fija sobre Flig Balt, pues en sus aseveraciones descansaba toda la acusación, y había gran interés en saber cómo se defenderían los dos hermanos.

Karl y Pieter Kip tenían un defensor que se había impuesto una difícil tarea, puesto que a las afirmaciones del contra maestre, apoyadas en pruebas materiales, no podía oponer más argumentos que las rotundas negativas de los acusados.

Conforme al ritual de la ley inglesa, el presidente se limitó a preguntarles si eran culpables o no culpables.

—No culpables —respondieron, estrechándose la mano.

Y entonces tuvieron que repetir la declaración que habían hecho en el primer proceso, explicar su conducta durante la navegación, desde que el James Cook los recogiera en la isla de Norfolk hasta su llegada a Hobart Town.

Afirmaron que la maleta no contenía más que ropa blanca y algunas prendas de vestir. En cuanto al puñal, no lo habían encontrado en los restos de la Wilhelmina, y no podían explicarse cómo resultaba en su poder. A la afirmación de Flig Balt de que dicha maleta encerraba los papeles y el dinero del capitán Gibson, oponían ellos la más enérgica protesta. O el contra maestre se engañaba, o había inventado una infamia.

—¿Con qué objeto? —preguntó el presidente.

—¡Con objeto de perdernos y de vengarse! —contestó Karl Kip.

Estas palabras fueron recibidas por el público con murmullos muy poco tranquilizadores.

Llegó el turno al fiscal, que procedió al interrogatorio de los testigos.

Interpelado Flig Balt, contestó:

«Sí, durante la travesía de regreso él había visto que un violento golpe de mar lanzó la maleta fuera del camarote de los hermanos Kip, cuya puerta estaba abierta... Las monedas de oro rodaron por el suelo, al mismo tiempo que unos papeles se escapaban de entre la ropa; eran los de a bordo que habían desaparecido desde el asesinato del capitán.

»Si no hablé del puñal, era porque no lo había visto. Ignoraba hasta que perteneciese a los acusados... Pero no le extrañaba que la policía lo hubiese encontrado en el alojamiento de los hermanos Kip, puesto que era el que había servido para matar a Harry Gibson... Los acusados declaraban que aquella arma les perteneció antes del naufragio de la Wilhelmina, pero negando que la hubieran vuelto a ver, no comprendiendo, por lo tanto, cómo había aparecido en su maleta».

Pieter Kip objetó:

—En Melanesia abundan los puñales de esta clase, llamados kriss. Casi todos los indígenas lo usan; es su arma favorita... Es, pues, posible que no sea el instrumento del crimen el que ustedes afirman, pues todos los kriss de fabricación malaya se parecen mucho.

Esta explicación provocó fuertes rumores, que tuvo que reprimir la presidencia. Luego el fiscal le hizo observar la certidumbre de haber servido el puñal de referencia para ejecutar el asesinato, puesto que la virola encontrada en el lugar del crimen se ajustaba perfectamente al mango del arma.

—Añadiré —dijo entonces Pieter Kip— que nadie ha visto el puñal en nuestras manos, y si lo hubiésemos encontrado en la Wilhelmina, lo probable es que no hubiera pasado inadvertido para los de a bordo.

Pero él y su hermano se dieron cuenta muy pronto de la esterilidad de su argumentación. No había duda de que el puñal era suyo; no podía negarse que la herida estaba hecha por la hoja dentada de un kriss; era incontestable que su virola era la encontrada en el lugar del crimen en el bosque de Kerawara.

Así es que Pieter Kip se limitó a hacer esta última declaración:

—Mi hermano y yo somos víctimas de circunstancias verdaderamente inexplicables. ¡Haber nosotros asesinado al capitán Gibson... al hombre generoso a quien debemos nuestra salvación!... ¡La acusación es tan odiosa como injusta; protestamos contra ella, y no tenemos nada más que decir!...

Esta frase, pronunciada con energía, con acento de sinceridad y firmeza, pareció producir cierta conmoción en el público. Pero el juicio estaba ya formado, y no se vio en aquella declaración más que un natural medio de defensa. Si los hermanos Kip rehusaban contestar al interrogatorio, ¿no sería por imposibilidad de poderlo hacer satisfactoriamente?...

Empezó la audición de testigos.

El primero que declaró fue Nat Gibson. El joven, sin poderse contener, exteriorizó todo su odio hacia los asesinos en una declaración abrumadora para los hermanos Kip, que le miraban con piedad... De buena gana hubiesen tomado la palabra para decir:

«¡Comprendemos tu dolor, pobre niño, y no somos capaces de corresponder a la aversión que te inspiramos!» Cuando Hawkins se presentó en el estrado, su actitud fue la de un hombre visiblemente turbado por sentimientos encontrados que batallaban en su espíritu. ¿Podía él admitir que los náufragos de la *Wilhelmina*, los huéspedes del *James Cook*, hubiesen correspondido con el más abominable de los crímenes a la generosidad, a las bondades del capitán?... ¡Le debían la vida, y habían de asesinarle para robarle, cuando sabían que Harry Gibson estaba dispuesto a auxiliarles!... Sí; no cabía duda de que contra ellos había cargos abrumadores; pero Hawkins se resistía a declararles asesinos, y dominado por la emoción, no pudo hablar en los primeros momentos.

Nada especial hubo que consignar en las declaraciones de los marineros del *James Cook*: Hobbes, Wickley, Burnes, ni en las de Len Cannon, Sexton, Kyle, Bryce y Koa.

En cuanto a Vin Mod, sus declaraciones fueron muy afirmativas respecto a *Flig Balt*. Algunos días antes de que estallase a bordo del bergantín la tentativa de rebelión, le pareció que el contramaestre era presa de sorda cólera... ¿Era porque había sido reemplazado por Karl Kip en el mando del barco? Vin Mod creyó adivinar que *Flig Balt* tenía algún otro grave motivo...

—¿No le hizo a usted ninguna confidencia? —preguntó el fiscal.

—Ninguna —contestó Vin Mod.

Había una consideración favorable a los acusados: que no se había visto el puñal entre sus manos durante la travesía. Esto resultaba hasta de las declaraciones de *Flig Balt*, y dio motivo a que Pieter Kip pudiese declarar nuevamente:

—Si el *kriss* lo hubiésemos encontrado en los restos de la *Wilhelmina*, si lo hubiésemos llevado a bordo del bergantín, no lo hubiéramos ocultado, como no ocultamos los demás objetos contenidos en nuestra maleta. ¿Hay algún

testigo que haya visto ese puñal en nuestro poder?... No: ¡ni uno sólo!...

Verdad es que la policía lo encontró en nuestro alojamiento, así como los papeles y el dinero del capitán; pero ¡nosotros afirmamos que ha sido colocado allí por una mano oculta!

En este momento se produjo un grave incidente, capaz de destruir la duda en el ánimo de los jurados, si acaso existía alguna favorable a los hermanos Kip.

El grumete Jim fue llamado por el presidente, que le dijo:

—Debes decir todo lo que sepas, y nada de lo que no estés absolutamente seguro.

—Sí, señor presidente —contestó Jim.

Y parecía que su mirada inquieta buscaba la de Hawkins.

El armador no dejó de advertirlo, y tuvo el presentimiento de que el muchacho iba a hacer alguna importante revelación, algo que Jim no se había atrevido a declarar hasta entonces. Y cuando el fiscal le preguntó, dijo el grumete:

—Se trata del puñal... que nadie ha visto a bordo, de ese kriss que pertenecía a los señores Kip...

Después de haber pronunciado estas palabras entrecortadas, Jim no fue dueño de disimular su turbación. Pareció como que dudaba en continuar su declaración. Pero el presidente le dio ánimo, y acabó por decir:

—¡Ese puñal..., yo..., yo lo he visto!

Los hermanos Kip levantaron la cabeza. ¿Es que se les escapaba la única tabla de salvación a que habían logrado asirse? Se presentó a Jim el arma homicida.

—¿Es éste el puñal que viste? —le preguntó el fiscal.

—Sí; lo reconozco.

—¿Y aseguras haberlo visto a bordo?

—Sí.

—¿Dónde?

—En el camarote de los señores Kip.

—¿En su camarote?

—Sí.

—¿Y cuándo?

—Durante la primera escala del James Cook en Port Praslin.

Y Jim refirió en qué circunstancias había visto el arma, que había atraído su atención, y la estuvo examinando, dejándola después en el mismo sitio donde la encontrara.

Como se recordará, el puñal había sido colocado en el camarote por Vin Mod momentos antes de que Flig Balt enviase allí al grumete con objeto de que lo viera; después el infame marinero lo volvió a ocultar en su saco.

Esta declaración del muchacho produjo un efecto extraordinario, al que ni la concurrencia, ni los jueces, ni los jurados pudieron sustraerse. ¿Quedaría ya alguna duda en los espíritus?

Los hermanos Kip afirmaban que el kriss no lo habían tenido nunca a bordo, y resultaba que había sido visto el mismo que luego fue encontrado en su maleta por la policía.

—¿El puñal tenía su virola cuando lo tuviste tú en la mano? —preguntó el fiscal.

—Sí —contestó Jim—; no le faltaba nada.

Quedaba, pues, establecido que la virola debía haberse desprendido del puñal durante la lucha de los asesinos con el capitán Gibson, puesto que fue recogida algún tiempo después entre el follaje.

A esta declaración de Jim no había qué responder, y los acusados no dijeron nada. Hasta Hawkins veía desvanecerse sus sentimientos favorables a los hermanos Kip. ¿Cómo se iba a imaginar que eran víctimas de una emboscada dispuesta por Vin Mod; que este miserable había llevado secretamente el puñal a bordo del James Cook, y lo había dejado un instante para que el grumete pudiese dar fe de haberlo visto antes de que se cometiese el asesinato; que los asesinos del capitán Gibson eran él y su cómplice Flig Balt, asociados en esta espantosa maquinación para perder a dos inocentes?

En aquel instante Nat Gibson tomó la palabra.

Quería llamar la atención del jurado sobre un hecho del que hasta entonces no había hablado, hecho que le interesaba revelar.

Y con la venia del presidente, se expresó en estos términos:

—Señores jueces, señores del jurado: no ignoran que durante la travesía de Nueva Zelanda al archipiélago Bismarck el James Cook tuvo que sufrir y rechazar el ataque de los indígenas de las Luisíadas. Pasajeros y tripulación concurrieron a la defensa del bergantín... Mi padre estaba en primera fila. En lo más recio de la lucha, una bala, que no se sabe por quién fue disparada, rozó la frente del capitán Gibson... Hasta ahora pude creer que se trataba de un

accidente casual, explicable en medio de una profunda oscuridad y en el ardor de la defensa... Pero ya no pienso así, y creo que aquello fue un atentado premeditado, dirigido contra mi padre, cuya muerte estaba ya decidida... ¿y por quiénes, sino por los que después habían de asesinarle?...

Bajo la violencia de esta nueva acusación, Karl Kip se puso en pie, la mirada ardiente, la voz vibrante de cólera:

—¡Nosotros!... ¡Nosotros!... —exclamó—. ¡Nat Gibson, se atreve usted a decirlo!...

Karl estaba fuera de sí. Pero Pieter, cogiéndole la mano, le calmó, y se dejó caer en el banquillo con el pecho anhelante, hinchado por los sollozos.

La conmovedora escena impresionó vivamente a toda la sala, y por el rostro de Hawkins corrieron algunas lágrimas.

Vin Mod dio con la rodilla al contramaestre, y le miró como diciendo: «¡Diantre! ¡No había pensado en esto! Al hijo del capitán no se le escapa nada».

El acusador no tenía que, esforzarse para llevar al ánimo del jurado la culpabilidad de los dos hermanos. Presentó su situación embarazada, la liquidación que amenazaba a su casa comercial de Groninga, la pérdida de cuanto poseían en el naufragio de la *Wilhelmina*... El dinero que tenían al salir de Amboine, que seguramente no lo volvieron a encontrar en los restos del naufragio... Luego el que se les encontró en la maleta era el resto del que robaron al desgraciado capitán. Y, por último, ¡quién sabe si no había entrado ya en los cálculos de Karl Kip suceder a su víctima en el mando del *James Cook*, como se verificó después!

¿En qué condiciones se cometió el crimen?... Los jurados no lo ignoraban. Cuando Harry Gibson desembarcó para dirigirse a casa de Hamburg, los dos hermanos no estaban a bordo. Ellos le esperaron, le espionaron, le siguieron a través del bosque de Kerawara, le atacaron, le arrastraron fuera del sendero, y le despojaron; luego volvieron tranquilamente al *James Cook*, y nadie sospechó lo más mínimo. ¡Y al día siguiente tuvieron el cinismo de unirse al fúnebre cortejo que había de conducir a su víctima a la última morada y de mezclar sus lágrimas con las del hijo del capitán!

Así es que la acusación pidió al jurado que no tuviese piedad para tales criminales; que su veredicto fuese afirmativo en todas sus partes; que condenase a Karl y a Pieter Kip a la pena capital.

El defensor tomó la palabra, y no desfalleció ante las insuperables dificultades que se le ofrecían. ¿Pero podía esperar que el éxito coronara sus esfuerzos? ¿No sentía que estaba ya formada la opinión del público y la de los

jueces? A las pruebas materiales, reveladas contra los acusados, ¿qué iba él a oponer? Nada más que presunciones morales, que no habían de pesar en el platillo de la balanza. Habló del pasado de sus defendidos, de la honradez de su vida, reconocida por todos los que estuvieron en relación con ellos: que la casa de Groninga no estaba en situación próspera; que habían perdido todos sus recursos en el naufragio de la Wilhelmina, desgraciadamente era verdad... Pero para procurarse una suma, relativamente mínima, dos o tres mil dólares, ¿iban ellos a asesinar al capitán Gibson, a su bienhechor? ¡No! ¡Eso no era admisible! ¡Los hermanos Kip eran víctimas de una inexplicable fatalidad!... Había dudas bastantes para impedir que el jurado condenase a dos inocentes, y debía absolverlos.

Terminados los debates, el jurado se retiró a la sala de deliberaciones.

Nat Gibson permaneció en el banco de los testigos con la cabeza entre las manos. Pero no vaya a figurarse que el abogado defensor había logrado despertar alguna duda en su conciencia. ¡No! Para él Karl y Pieter Kip seguían siendo los asesinos de su padre.

Hawkins, con el corazón lacerado, miraba el lugar vacío que los acusados habían de volver a ocupar para oír la sentencia.

En este instante el grumete Jim se le aproximó, y le dijo con voz temblorosa:

—Señor Hawkins, yo no debía declarar de otro modo, ¿no es verdad?

—No, hijo mío, tú no podías hacer otra cosa.

La deliberación se prolongaba. ¿Acaso la culpabilidad no era diáfana para todos los miembros del jurado? Tal vez se acordaran circunstancias atenuantes por la digna actitud observada por los dos hermanos, que no había dejado de causar cierta impresión durante el curso del proceso.

Entretanto, había dos hombres que no lograban disimular su impaciencia. Eran el contraamaestre y Vin Mod, sentados el uno junto al otro, y sin atreverse a proferir más que palabras sueltas en voz baja... Pero no tenían necesidad de hablar para comprenderse, para cambiar sus pensamientos. Lo que ellos esperaban, lo que era preciso para su completa seguridad, era la sentencia a pena capital, era la ejecución de los hermanos Kip... ¡Muertos ellos, asunto concluido!

Viviendo, protestarían siempre de su inocencia, aunque fuese desde el fondo del presidio, ¡y quién sabe si la casualidad no pondría algún día a la justicia sobre la pista de los verdaderos culpables!...

Pasada media hora, la campanilla volvió a sonar, y el jurado volvió a ocupar su sitio en la sala de audiencia. El veredicto hablase dictado por

unanimidad.

El público se aprestó a escuchar, estrujándose, ahogándose, produciendo una agitación que llegaba al colmo. Inmediatamente después aparecieron los magistrados, y el presidente anunció que iba a reanudarse la audiencia.

Uno de los jurados leyó el veredicto.

Afirmativo en todas sus partes, no se acordaban circunstancias atenuantes para los acusados.

Karl y Pieter Kip entraron de nuevo, y se colocaron de pie junto al banquillo.

El presidente y sus asesores deliberaron algunos instantes acerca de la pena que debía ser aplicada; el crimen era el de asesinato, es decir, homicidio con premeditación.

Karl y Pieter Kip fueron condenados a muerte, y al pronunciarse la sentencia salieron del público algunos aplausos.

Los dos hermanos, después de una dolorosa mirada, cogiéronse las manos. Luego abrieron los brazos, y, sin decirse una palabra, se estrecharon fuertemente pecho con pecho.

XXI. ESPERANDO LA EJECUCIÓN

Los hermanos Kip no podían esperar nada de la justicia de los hombres: se había pronunciado contra ellos sin admitir siquiera circunstancias atenuantes para el crimen que se les imputaba. Ninguno de los argumentos de la defensa había impresionado al jurado. Ni la actitud tan firme y digna de los acusados durante el curso de los debates, ni la cólera de Karl Kip, que se escapaba a veces entre frases de indignación, ni las tranquilas explicaciones de Pieter Kip, habían podido nada contra los hechos alegados, contra los cargos acumulados sobre sus cabezas, contra las declaraciones del miserable Flig Balt, apoyadas por la última del grumete Jim.

Y, en efecto; en tanto que Karl y Pieter Kip habían podido afirmar que el instrumento del crimen no había estado nunca entre sus manos; sostener, no sin apariencias de razón, que los kriss eran el arma más usual entre los naturales de la Melanesia, y que el puñal homicida debiera pertenecer a un indígena de Kerawara, de la isla de York, o de alguno de los islotes vecinos, parecía admisible la duda. Pero aquel puñal era el que ellos habían recogido en los restos de la Wilhelmina y llevado al James Cook sin mostrarlo a nadie. ¿Y cómo poner en duda la declaración del grumete, que lo había visto en el

camarote de los Kip?

Esta sentencia tenía como primer efecto dar satisfacción al pueblo de Hobart Town. En aquel odio general, manifestado contra los asesinos del capitán Gibson, tomaba gran parte el egoísmo de la raza sajona. Había sido muerto un inglés, y eran dos extranjeros los que le habían matado... Y ante un crimen de esta naturaleza, ¿quién iba a atreverse a intervenir pidiendo piedad para los acusados?... Ni de entre el público se elevó una voz pidiendo gracia, ni un solo periódico de los muchos que hay en Tasmania propuso la conmutación de pena.

Nadie reprochó al hijo de la víctima el horror que le inspiraban los hermanos Kip. Él creía en su culpabilidad como en Dios; una culpabilidad basada no en presunciones, sino en pruebas materiales. Negaciones, protestas, era todo lo que los acusados habían opuesto a las declaraciones precisas y concordantes. Después de haber desesperado de encontrar a los asesinos de su padre, los tenía al fin: los dos monstruos que debían su salvación al capitán, y que a su bondad, a su generosidad habían correspondido con el más cobarde de los asesinatos.

Algunas razones de más o menos fuerza podían alegarse en favor de los acusados; pero él no las quería ver, él no las podía ver a través del espeso velo de indignación y de dolor.

Así es que el día de la sentencia, al volver a su casa, exclamó con voz temblorosa por la emoción:

—¡Madre, pagarán el crimen con su cabeza; mi padre será vengado!...

—¡Dios tenga piedad!... —murmuró la viuda de Gibson.

—¿Piedad de esos miserables? —exclamó Nat Gibson.

—¡No...; piedad de nosotros, hijo mío! —contestó estrechando al joven contra su corazón.

Éstas fueron las palabras que Nat Gibson pronunció al llegar a la casa materna.

He aquí las cambiadas entre el armador y su mujer al regresar aquél de la Audiencia:

—¡Condenados!...

—¿Condenados?

—¡A muerte! ¡Haga el cielo que la justicia humana no se haya equivocado!

—¿Continúas dudando, amigo mío?

—¡Siempre!

Como se ve, por presentimientos, más bien que por razones, Hawkins se resistía aún a admitir la culpabilidad de los hermanos Kip. ¡No, no podía creerlos culpables de un crimen tan odioso, cometido contra su bienhechor, al que siempre habían testimoniado tanto agradecimiento!... No veía el móvil, un móvil incontestable... ¿Qué les hubiese reportado la muerte de Gibson? Unos cuantos miles de dólares. En cuanto a la esperanza de reemplazarle en el mando del bergantín, bien sabían que era irrealizable, puesto que el contraamaestre ejercía las funciones de segundo y era el indicado para sustituir al capitán en un caso desgraciado.

Para decirlo todo, en el ánimo de Hawkins había hecho mella la declaración del grumete Jim. Era cierto que el puñal encontrado en la maleta de los Kip había sido visto por Jim en el camarote del James Cook; luego Karl o Pieter lo habían recobrado en su visita a los restos de la Wilhelmina, y si a nadie lo habían enseñado, es que tenían interés en ocultarlo... Así es que la acusación concluía afirmando que la idea del crimen había ya germinado en su espíritu.

Pues bien, ¡no!; y a pesar de tantas pruebas abrumadoras, a pesar del veredicto afirmativo pronunciado por los jurados en la plenitud de la independencia de su conciencia honrada, ¡no!... Hawkins no se rendía... Aquella sentencia le sublevaba... El proceso Kip le turbaba profundamente, y si no hablaba de ello con Nat Gibson, era porque comprendía el estado de ánimo del joven, contristándole mucho verle tan refractario a su convicción. Pero no desesperaba que se hiciera la luz y triunfase la inocencia en plazo más o menos largo.

Aunque en tales casos la opinión pública suele dividirse en favorable y adversa a los acusados, no sucedía ahora tal cosa en Hobart Town y en las demás poblaciones de Tasmania. ¿Quién hubiera podido entrever que se efectuaría un cambio en favor de los hermanos Kip?... Hawkins no ignoraba que si lo intentaba, todo el mundo se pondría en su contra. Pero esto no le descorazonaba. Tenía la fe, y esperaba en el tiempo, que es generalmente el gran reformador de los errores humanos.

El recurso que los hermanos Kip habían interpuesto contra su condena no tardaría en ser denegado. No había motivo alguno de casación, y se preveía que la sentencia se cumpliría en la segunda quincena de marzo, un mes después de haberse pronunciado el veredicto.

Hay que convenir en que se esperaba con impaciencia verdaderamente feroz por aquel pueblo siempre inclinado a las acciones brutales, siempre dispuesto a los peores excesos, como lo demuestran los linchamientos de los culpables o de los que creen que lo son. Algo violento hubiese ocurrido en Hobart Town si el jurado no hubiera satisfecho los deplorables instintos de la

plebe con una sentencia de pena capital. El día de la expiación veríase a toda aquella muchedumbre bullendo alrededor de la cárcel.

¡Y estarían en primera fila los abominables Flig Balt y Vin Mod!... Indudablemente querrían asegurarse por sus propios ojos de que los hermanos Kip habían pagado con la vida el crimen que los dos canallescos marineros cometieron... Y entonces es cuando podrían partir con toda seguridad y lanzarse en otras aventuras sin tener que preocuparse del porvenir...

Después de la audiencia los hermanos volvieron a la prisión, y no es de extrañar que su paso provocase entre la turbamulta innobles insultos y furores, contra los cuales tuvo que protegerlos la fuerza pública. A los ultrajes no contestaron más que con la actitud más digna, con el más desdeñoso silencio.

Cuando las puertas de la cárcel se cerraron tras ellos, el alcaide no los condujo a las celdas que cada cual había ocupado desde su detención, sino a la de condenados a muerte. Al menos, en medio de tantas desdichas tendrían el consuelo de estar reunidos; durante los últimos días de su existencia podrían cambiar sus pensamientos, hablar del pasado, confortarse mutuamente, vivir unidos hasta el pie del patíbulo.

Verdad es que no tenían toda la soledad que hubiesen deseado. Los guardianes no debían perderlos de vista ni de día ni de noche, vigilándolos y escuchándolos. Aun en medio de sus más íntimas expansiones habían de soportar la presencia de aquellos dos rígidos centinelas de rostros duros, a los cuales seguramente no les inspiraban piedad alguna.

Pudieron observar que si Karl Kip daba rienda suelta a su indignación ante la abominable injusticia cometida por dos inocentes enviados al patíbulo, su hermano, que trataba inútilmente de contenerle, se mostraba más tranquilo, más resignado con su suerte.

Además, Pieter Kip no se hacía ilusiones acerca del recurso que los dos habían presentado, atendiendo a los consejos de su abogado. Si Karl, en el fondo del alma, conservaba la esperanza de que sería casada la sentencia, que se revisaría el proceso, que la verdad aparecería en todo su esplendor, Pieter pensaba todo lo contrario. Considerando la enormidad de los cargos que pesaban sobre ellos, ¿quién los destruiría?... ¿Qué intervención, a no ser la de la Providencia, sería bastante fuerte para salvarles?

Luego su espíritu se retrotraía, pensando en todas las desventuras que les venían agobiando desde el naufragio de la Wilhelmina, causa de todas las vicisitudes que les condujeran a la desesperada situación en que se encontraban. ¡Ah! ¡Más hubiese valido que el James Cook hubiera pasado de largo, sin recogerlos de la isla de Norfolk!... ¡Más valiera que el capitán Gibson no hubiera advertido sus señales!... ¡Seguramente habrían perecido de

miseria y hambre en aquella costa desierta...; pero se habrían librado del infamante patíbulo, de la muerte reservada a los asesinos!...

—¡Pieter, Pieter! —exclamaba Karl Kip—. ¡Si nuestro pobre padre viviera! ¡Si viese deshonrado su nombre!... ¡Esta vergüenza le mataría!...

—¿Puedes tú pensar que nos creería culpables, Karl?

—¡No, hermano...; jamás..., jamás!

Y entonces hablaban de los días de navegación a bordo del James Cook, de sus generosos salvadores, que les dieron pruebas de tan vivas simpatías, a los que tanto tenían que agradecer. Que en el exceso de su dolor Nat Gibson hubiese tomado una actitud acusadora, se lo explicaban, se daban cuenta de su estado de ánimo...

En cuanto a Hawkins, por la manera reservada de prestar su declaración, comprendíase que su espíritu estaba ensombrecido por la duda. Decíanse que el corazón de este excelente hombre no se les había cerrado por completo. A los afirmativos testimonios del contra maestre y del grumete no pudo oponer más que presunciones morales; pero las había presentado al jurado, siguiendo las inspiraciones de su conciencia...

Los demás testigos, ¿podían haber declarado de distinto modo que lo habían hecho? Los dos hermanos no veían en la conducta del miserable Flig Balt más que la satisfacción de su odio, un acto de venganza contra el nuevo comandante del James Cook, contra el capitán cuya energía había contenido la rebelión y enviado a su jefe a la cala del barco. Por lo que respecta a los objetos encontrados en su maleta, claro es que habían sido colocados allí por el que los había robado, con objeto de perderles. ¿Y cómo habían de suponer que uno de los asesinos de Kerawara era precisamente el contra maestre?...

Hawkins se devanaba los sesos buscando nuevas pistas, no logrando seguir ninguna con éxito. Según él, los autores del asesinato eran indígenas de la isla de York; y ¡quién sabe si las autoridades alemanas lograrían descubrirlos algún día!

Pero, entretanto, aproximábase la hora en que dos hombres, dos hermanos, habían de sufrir el último suplicio por un crimen que no habían cometido, que no eran capaces de cometer.

El armador, cada vez más obsesionado por la convicción de que Karl y Pieter Kip eran inocentes, siquiera fuese imposible aportar una prueba de su inocencia, había dado ya algunos pasos en favor suyo.

Assy Carrigan, el gobernador de Tasmania, era muy conocido del armador, que consideraba a su excelencia como hombre de muy buen sentido y de sereno juicio. Resolvió pedirle audiencia, y en la mañana del 25 de febrero se

presentó en el palacio del gobierno, y fue recibido inmediatamente.

El gobernador no sospechaba, ni remotamente, el motivo que llevaba a Hawkins a su presencia. Después de haber seguido con interés el curso del proceso contra los hermanos Kip, estaba, como todos, convencido de su culpabilidad.

Así es que fue grande la sorpresa de su excelencia cuando Hawkins le comunicó su opinión.

Como le prestaba toda su atención, el armador se abandonó sin reserva. Habló calurosamente de las dos víctimas de un error judicial, y puso tan de relieve, con franca lógica, los puntos oscuros, indecisos o, al menos, inexplicables, que el gobernador se manifestó impresionado.

—Veo, mi querido señor Hawkins —declaró—, que durante la travesía del James Cok; ha tomado usted a los hermanos Kip un cariño de que no son dignos...

—Les he considerado y les considero aún como hombres honrados, señor gobernador —afirmó Hawkins en tono convencido—. No puedo proporcionar pruebas materiales en apoyo de mi convicción, porque no las tengo al alcance de la mano, ¡y acaso no pueda presentarlas nunca!... Pero nada de lo que se ha dicho ha podido destruir mi convicción de la inocencia de estos dos desventurados. Y, como su excelencia podrá observar, todos los testimonios se reducen a uno solo, el del contraamaestre, que tengo motivos para considerarlo como muy sospechoso... Por odio y por venganza ha acusado a los hermanos Kip de un crimen que yo atribuyo a cualquier indígena de Kerawara.

—Pero hay otro testimonio además del de Flig Balt, mi querido Hawkins...

—El del grumete Jim, señor gobernador, y lo acepto tal cual es, porque considero a ese muchacho incapaz de mentir. ¡Sí! Jim ha visto en el camarote de Karl y Pieter Kip el puñal de que no tenían noticia. ¿Pero puede asegurarse que sea ése el instrumento del crimen, basados únicamente en el hecho de ajustarse a él la virola, que puede ser una coincidencia fortuita?

—Tiene su valor. ¿Y cómo los jurados no habrían de tenerlo en cuenta, mi querido Hawkins?...

—Seguramente, señor gobernador, que eso ha sido lo que ha determinado la convicción de los jueces... Sin embargo, lo repito, todo el pasado de los hermanos Kip les abona... Para hablar así es necesario que olvide el dolor que me ha producido la muerte de mi pobre amigo Gibson, y que hubiera podido ponerme una venda sobre los ojos, como ha hecho con su hijo, cuyo estado de ánimo lamento y excuso. ¡Pero yo..., yo..., yo veo! ¡Yo siento la verdad en

medio de las oscuridades de este proceso, y tengo la convicción de que ha de llegar el día en que brille para todos!...

Fue visible la impresión que produjeron en el ánimo del gobernador las declaraciones de Hawkins, cuya probidad y rectitud eran por todos reconocidas. Verdad es que su argumentación sólo descansaba en una base moral; pero, en fin, en las causas de esta índole las pruebas materiales no lo son todo, y conviene tener en cuenta las otras.

Assy Carrigan, después de unos instantes de silencio, contestó en estos términos:

—Comprendo y estimo todo el valor de su opinión, mi querido Hawkins. Y ahora yo pregunto: ¿qué es lo que desea usted de mí?

—Que intervenga para salvar la vida de esos desgraciados.

—¿Intervenir?... —contestó el gobernador—. ¿Ignora usted que la única intervención posible es el recurso contra la sentencia pronunciada? Ya sabe usted que ha sido entablado dentro del plazo legal, y no queda más esperanza que su admisión.

En tanto hablaba su excelencia, Hawkins no pudo contener signos de negación, y dijo a su vez:

—Señor gobernador, yo no me hago ilusiones respecto al recurso... El procedimiento se ha seguido rigurosamente... No hay motivo alguno para casar la sentencia, y el recurso será desechado.

El gobernador guardó silencio sabiendo que Hawkins tenía razón.

—Será desechado, lo repito, y entonces, señor gobernador, únicamente su excelencia podría intentar un último esfuerzo para salvar la cabeza de los condenados.

—¿Me pide usted que solicite el indulto?

—Sí, que pida gracia a la Reina... Un despacho solicitando la conmutación de la pena, lo que nos reservaría el porvenir... Y entonces yo practicaría nuevas diligencias, volvería, si preciso fuera, a Port Praslin, a Kerawara..., secundaria a los señores Zieger y Hamburg, y acabaríamos, ¡no cabe duda!, por descubrir a los verdaderos culpables, sacrificando mi tranquilidad y mi dinero... Si insisto con esta pasión, señor gobernador, es porque me siento impulsado por una fuerza irresistible; es porque deseo que la justicia no tenga que lamentar después la muerte de dos inocentes...

Hawkins se despidió del gobernador, no sin que éste le dijese que volviera para tratar del asunto.

El armador volvió todos los días, y gracias a la abnegación del excelente

hombre, la causa de los dos hermanos ganó terreno en el ánimo de su excelencia, que concluyó por asociarse de muy buen grado a aquella obra de reparación.

Ambos personajes guardaron el mayor secreto. Nadie supo que, sin esperar la resolución acerca del recurso, Assy Carrigan había enviado a Inglaterra, por telegrama oficial, una proposición de indulto, que Su Majestad había de sancionar.

El 7 de marzo se esparció por la población la noticia de haber sido desechado el recurso que contra la sentencia interpusieron los hermanos Kip.

La noticia era cierta, y no provocó ningún sentimiento de sorpresa. Desde el principio del proceso se esperaba la pena capital, y nadie puso en duda que se había de verificar la ejecución.

Por otra parte, nadie pensaba que el gobernador de Tasmania había intervenido cerca de la Reina, ni que Hawkins había practicado tan apremiantes diligencias para conseguirlo.

La gente contaba, pues, con que la ejecución tendría lugar en breve, y ya se sabe hasta qué punto, lo mismo en la raza sajona que en la latina, los suplicios provocan irresistibles y malsanas curiosidades.

Aunque las leyes inglesas determinan que la ejecución no sea pública, y sólo se verifique en presencia de determinadas personas, no por eso la plebe deja de agolparse en las proximidades del patíbulo.

Así es que a partir del 7 de marzo, antes de salir el sol, innumerables curiosos afluían para ver izar el pabellón negro que señala el instante del suplicio.

Y entre ellos, ¿se extrañará alguien de que estuviesen Flig Balt y Vin Mod, Len Cannon y los camaradas, que aún no habían dejado Hobart Town?... Sí, querían ver con sus propios ojos bajar el pabellón negro después de la ejecución. Entonces estarían seguros de que ya otros habían pagado por ellos la deuda del crimen. Ya no habría que hablar más del asunto, y los miserables volverían con sus compañeros a la taberna, donde con el dinero robado se bebería de largo whisky y ginebra.

La viuda y el hijo de la víctima resolvieron marcharse de Hobart Town, y no volver a la población más que cuando la justicia estuviese cumplida.

Cuando Nat comunicó este propósito a Hawkins, éste se limitó a contestarle:

—Tienes razón, Nat; más vale hacerlo así.

Después de la sentencia, el armador había encontrado algunas veces a los

marineros Hobbes, Wickley, Burnes y al grumete Jim. Los buenos muchachos no se habían ocupado de buscar un barco donde embarcar, y tal vez su intención era esperar a que el James Cook se hiciese de nuevo a la mar bajo la dirección de otro capitán.

Sabían, además, que podían contar con Hawkins cuando reconstituyera la tripulación del bergantín, o para otro barco de su casa. Inútil es decir que no tenían relación alguna con Flig Balt, Vin Mod y demás compañeros de la tripulación del bergantín.

Era el 19 de marzo, y la gente se extrañaba de que no hubiese llegado ya la orden para la ejecución; Flig Balt y Vin Mod se impacientaban, por el interés personal en que concluyese aquello y poder marcharse tranquilos de Hobart Town.

El día 25 llegó un despacho de Londres para el gobernador general de Tasmania.

El indulto había sido aprobado por Su Majestad, Reina de Inglaterra, Emperatriz de las Indias, y la pena de muerte pronunciada contra los hermanos Kip quedaba conmutada por la de trabajos forzados a perpetuidad.

XXII. PUERTO ARTURO

Un mes después del día en que los condenados obtuvieron el beneficio de la regia prerrogativa que les conmutara la pena, dos hombres trabajaban bajo el látigo del cómitre en la penitenciaría de Puerto Arturo.

Estos dos forzados no pertenecían a la misma escuadra. Separados el uno del otro, no podían cambiar ni una palabra, ni una mirada, ni compartían el rancho de la misma cazuela, ni el albergue de la misma choza. Iban cada cual por su lado, vestidos con la innoble chaqueta de presidiario, abrumados por las injurias y los golpes de la chusma, en medio de aquella turba de bandidos que Gran Bretaña expide a sus colonias de Ultramar.

Al amanecer salían del presidio para no volver hasta la caída de la tarde, rendidos de fatiga, insuficientemente mantenidos por una bazofia que no se le da ni a los perros. Se acostaban al lado de un compañero de cadena, buscando inútilmente el olvido en algunas horas de sueño. Luego, en cuanto amanecía, con los abrasadores calores del estío o con los terribles fríos del invierno, vuelta al trabajo hasta la hora en que la muerte, tan deseada, les libertase de aquella abominable existencia.

Estos hombres eran los hermanos Kip, que hacía tres semanas que habían

llegado a la penitenciaría de Puerto Arturo.

Hasta la mitad del siglo XVII, Tasmania sólo estuvo habitada por tribus de una raza inferior, indígenas que bien puede decirse que marcaban el punto de separación del irracional y el hombre. Los primeros europeos que pusieron el pie en aquella gran isla no valían seguramente mucho más que los salvajes; pero después fueron expediciones de emigrantes que, con su esfuerzo inteligente, en el transcurso del tiempo, formaron una colonia de las más florecientes.

En aquella época Gran Bretaña había fundado ya un establecimiento de este género en Botany Bay, sobre la costa oriental de Australia, denominada entonces Nueva Gales del Sur. Suponiendo que Francia tenía el propósito de crear una penitenciaría similar en Tasmania, se quiso anticipar, como hizo más tarde en Nueva Zelanda.

A mediados del año 1803, John Bowin, dejando en Sydney un destacamento de tropas coloniales, desembarcó en la orilla izquierda del río Derwent, a 20 millas de su desembocadura en el lugar denominado Risens. Conducía un cierto número de forzados, que al año siguiente ascendía a 400, bajo el mando del teniente coronel Collins.

Este militar dejó Risens y fundó Hobart Town en la otra orilla del Derwent, en un lugar con agua potable, en el fondo de la bahía de Sullivan-Cove, donde los navíos de mucho tonelaje podían encontrar excelentes fondeaderos. La nueva villa no tardó en tomar incremento, y entre los edificios que se construyeron uno fue el presidio, encerrado dentro de cuatro altas murallas de piedra, dura como el granito.

Tres elementos han contribuido a formar la población de Tasmania: los hombres libres, o sea los emigrantes, los colonos, que han dejado voluntariamente el Reino Unido; los emancipados, o sea los deportados a quienes por su buena conducta se les ha abreviado la condena y los forzados, que son los que desde el momento del desembarco están sujetos a la vigilancia de las autoridades.

Los forzados comprenden tres categorías: primero, los condenados a penas graves, que ingresan desde luego en el presidio y se les emplea en trabajos de fuerza, especialmente en la construcción de caminos; segundo, los condenados por faltas más ligeras —los magistrados ingleses suelen tener la mano dura—, que obtienen el favor de entrar al servicio de los colonos sin salario alguno, pero con la condición de ser alojados convenientemente y nutridos con la ración reglamentaria, teniendo que cumplir los domingos los deberes religiosos; tercero, los condenados que, gracias a su buena conducta, tienen la libertad de trabajar por su cuenta, y de éstos ha habido algunos que llegaron a la fortuna y a la independencia.

Tales fueron las primeras medidas adoptadas para la organización penal de la colonia, y tales las categorías de forzados, tanto de hombres como de mujeres. Según los datos tomados por Dumont d'Urville, cuando llegó a Tasmania en 1840, las penas infligidas estaban graduadas según la gravedad de los delitos: la reprensión, el castigo a dar vueltas a las ruedas de un molino durante un cierto tiempo, trabajos forzados durante el día y prisión solitaria por la noche, trabajos forzados en las carreteras, envió al establecimiento penal de Puerto Arturo.

A propósito de esta penitenciaría, conviene recordar que en 1768 se fundó una en la isla de Norfolk, de donde fueron recogidos por el James Cook los dos naufragos de la *Wilhelmina*. Pero en 1805 el gobierno ordenó la evacuación, porque la falta de puerto era una dificultad muy grande. Sin embargo, la isla volvió a ser posteriormente colonia penal, adonde eran deportados los grandes criminales de Tasmania y de Nueva Gales del Sur. Más tarde, en 1812, esta penitenciaría se abandonó definitivamente, siendo reemplazada por la de Puerto Arturo.

Además del presidio de Hobart Town, Tasmania tenía otro, cuya situación conviene conocer con algún detalle.

La isla, profundamente hendida en su parte meridional por Storm Bay, está limitada al oeste por un litoral muy recortado, por el que serpentea el Derwent, en la orilla derecha del cual encuéntrase Hobart Town. Limita al este con la península de Tasmania, batida en el lado opuesto por las olas del Pacífico. Esta península se une por un istmo muy estrecho a la de Forestier, que a su vez no está unida al distrito de Panbroke más que por una angosta y prolongada lengua de tierra. Al sur proyéctanse en el mar las agudas puntas del cabo del sudoeste y del de Pillar.

Desde el istmo que une las penínsulas de Forestier y Pasman hasta el cabo Pillar hay una distancia de seis millas, y en una pequeña bahía de esta costa meridional fue donde se fundó Puerto Arturo.

La península de Tasmania está cubierta de espesos bosques, muy ricos en maderas para construcciones marítimas. Son árboles gigantescos, seculares, sin ramas laterales y cuya frondosidad sólo se desarrolla en la copa.

Puerto Arturo está situado en anfiteatro, sobre la colina del fondo de la bahía. Su puerto, bien acondicionado, ofrece seguridad completa a los barcos que por las terribles ráfagas del noroeste no pueden entrar en aguas de Storm Bay. Por lo demás, salvo para las necesidades en la penitenciaría, los barcos no entran en él más que de arribada forzosa. La razón es la ausencia absoluta de comercio en este puerto, al que el porvenir reserva cierta prosperidad si llega a cambiar su modo de ser.

En efecto, la población de Puerto Arturo está compuesta por los empleados del gobierno, los agentes de policía y los soldados de las dos compañías que la custodian. Este personal, bajo las órdenes de un comandante militar, está establecido para el funcionamiento y seguridad del penal. El jefe era el capitán Skirtle, residente en Puerto Arturo; ocupaba un confortable edificio, construido en un punto elevado del litoral, desde donde se descubría un gran espacio de tierra y de mar.

En aquella época el establecimiento tenía dos divisiones afectas a dos distintas categorías de forzados.

La primera estaba situada a la izquierda de la entrada del abra. Estaba destinada a los jóvenes detenidos —unos cuantos centenares de adolescentes—, entre doce y dieciocho años. Deportados por delitos de escasa gravedad, ocupaban barracas de madera, que eran a la vez talleres y dormitorios. Tratábase de volverlos al bien por el trabajo, por la instrucción moralizadora que los reglamentos imponían, por las lecciones recibidas del director de las prácticas religiosas. Algunos salen de allí convertidos en buenos obreros de zapatería, carpintería y otros oficios manuales, y pueden ganarse honradamente la existencia.

Pero la vida es dura para estos jóvenes reclusos, siempre bajo la amenaza de los castigos reglamentarios; la prisión en celda, el ayuno a pan y agua, el látigo incesantemente blandido contra los recalcitrantes por la mano de los constables.

Cuando expira la condena, los unos se quedan en la colonia como obreros, y los otros regresan a Europa. En el primer caso, conservan algo de las buenas lecciones que han recibido; pero los que se marchan no tardan en olvidarlas por completo. Impelidos de nuevo hacia el crimen, vuelven a la deportación —cuando no paran en el patíbulo—, y en la penitenciaría permanecen, a veces por toda la vida, sometidos a todos los rigores de una disciplina de hierro.

La otra división de Puerto Arturo contenía unos ochocientos presidiarios: la hez de los bandidos de Inglaterra, en el último escalón de la depravación humana. Tales eran también los deportados de la isla de Norfolk antes de ser evacuada. No había uno que no tuviera su hoja penal llena de robos y asesinatos, y para casi todos ellos la única pena que les faltaba que sufrir era la muerte.

No es, pues, de extrañar que en Puerto Arturo se tomaran toda clase de precauciones para impedir que se evadiesen los penados. Las mayores facilidades estaban por la parte del mar, siempre que encontraran un barco que les transportase fuera de la península de Tasmania, lo que rara vez ocurría. Los forzados no tienen acceso al puerto; y si alguna vez se les emplea en ciertos trabajos, están rigurosamente vigilados.

Pero si difícil es escapar por mar, resulta imposible efectuarlo por tierra, puesto que, en realidad, los confinados se encuentran en las mismas condiciones que los de la isla de Norfolk. Si alguna vez han logrado evadirse de la penitencia ría, refugiarse en los bosques que la rodean, sustraerse a toda persecución, ha sido a costa de una existencia más espantosa que la del presidio, muriendo casi todos de miseria y de inanición. Además, es más difícil sustraerse a la persecución, aun en medio de los bosques, donde se han multiplicado los puestos, que se relevan de dos en dos horas, y durante la noche las patrullas rondan incesantemente.

Sería preciso que los fugitivos pudieran abandonar la península de Tasmania, y esto es imposible.

Efectivamente: el istmo que la une con la de Forestier no mide más de cien pasos de anchura en su parte más estrecha. En esta playa, que no ofrece el menor abrigo, la Administración ha establecido pilotes muy próximos unos de otros. A cada uno de ellos hay encadenado un perro —unos cincuenta dogos feroces como fieras—. Cualquiera que intentara forzar esta línea, sería inmediatamente devorado. Además, en previsión de que un evadido se aventurase por aquella parte, otros perros metidos en nichos, situados en alto, avisarían con sus ladridos a los centinelas escalonados a lo largo de la plaza y siempre alerta. En tales condiciones, los deportados han de renunciar a todo proyecto de evasión.

Tal era la penitenciaría de Puerto Arturo, reservada a los malhechores más endurecidos. Y allí fue donde Karl y Pieter Kip fueron trasladadas quince días después de conmutárseles la pena. Durante la noche, un bote les llevó a bordo del vaporcito que hacía el servicio del establecimiento penal. Este barco atravesó Storm Bay, dobló el cabo del sudoeste, entró en el abra y fue a atracar al muelle. Los dos hermanos fueron inmediatamente encerrados, esperando el momento de comparecer ante el comandante militar de Puerto Arturo.

El capitán Skirtle era hombre de unos cincuenta años, con toda la energía necesaria para desempeñar sus difíciles funciones: incommovible cuando era necesario, pero justo y bueno hacia los miserables que merecían su justicia y su bondad. Castigaba con el mayor rigor las faltas de disciplina, y no toleraba los abusos de fuerza a los agentes sometidos a su autoridad. Las severidades del reglamento las aplicaba lo mismo a los forzados que a los constables encargados de su vigilancia.

El capitán Skirtle hacía diez años que residía en Puerto Arturo, acompañado de su esposa, de su hijo William y de su hija Belly, de catorce y doce años, respectivamente. Vivían en el edificio que ya hemos mencionado, sin tener relación alguna con el personal de la colonia. El capitán salía todas las mañanas, y no volvía a su casa hasta por la tarde. Todos los meses giraba

una revista de inspección hacia el interior de la península hasta el istmo, visitando los diferentes puestos, examinando los trabajos de las diferentes escuadras empleadas en la construcción de caminos. La familia paseaba por los alrededores de Puerto Arturo, a través de los admirables bosques que lo rodean, y el aviso transportaba a la señora y a los niños a Hobart Town siempre que querían; de suerte que estaban en constante relación con la capital de Tasmania.

En cuanto el comandante llegaba a la primera división de la penitenciaría, se le presentaban los adolescentes que la víspera habían cometido alguna falta, y les amonestaba, aplicándoles las penas reglamentarias. ¡Y qué grado de perversión alcanzan a veces esos monstruos!... Uno de ellos, que odiaba a un constable, respondía cuando se le sermoneaba, haciéndole entrever lo que el porvenir le reservaba si no se enmendaba:

«¡Mi padre y mi madre me enseñaron el camino, y antes de que me cuelguen, mataré a ese constable!»

El capitán Skirtle se dirigía después al penitenciario de hombres; aquí fue donde, en la mañana del 5 de abril, comparecieron ante él Karl y Pieter Kip.

Estaba al corriente de este proceso que tanta resonancia había tenido, proceso terminado con la condena a muerte de los dos culpables. No porque la Reina les hubiese indultado dejaban de ser unos asesinos, ni desaparecían las circunstancias que hacían más odioso su crimen. Deberían, pues, ser tratados con el mayor rigor, y no eran merecedores de consideración alguna.

Y, sin embargo, el capitán Skirtle no pudo por menos de impresionarse ante la actitud de los dos hermanos, cuando éstos se le presentaron. Después de contestar a las preguntas que les dirigieron, Karl Kip añadió con voz firme:

—¡La justicia de los hombres nos ha condenado, señor comandante; pero somos inocentes del asesinato del capitán Gibson!

Los dos hermanos se habían cogido de la mano, como lo hicieron ante el tribunal que los condenó, y ésta fue la última vez que pudieron cambiar un fraternal apretón.

Los agentes se los llevaron a cada uno por su lado, habiendo recibido la orden de no dejarles juntos. Incorporados a distintas escuadras, en la imposibilidad de no hablarse nunca más, sólo la casualidad podría hacer que se vieran en lo sucesivo.

Entonces empezó para ellos la espantosa existencia del forzado, bajo la vestimenta amarilla, reglamentaria en la penitenciaría de Puerto Arturo.

Aquí no sucede como en otros países, donde los presidiarios viven acoplados de dos en dos por medio de una cadena que les une noche y día.

Hay que decir en su honor, que Gran Bretaña no ha impuesto jamás en sus colonias esta tortura, más moral que física. Pero los condenados llevan, de tobillo a tobillo, una cadena de unos tres pies de larga, aproximadamente, y para andar es preciso levantarla hasta la cintura. No obstante no existir en Puerto Arturo el aparejamiento continuo, alguna vez, por medida disciplinaria, los forzados de una misma escuadra van unidos unos a otros por medio de una cadena, y trabajan de esta manera en el transporte de troncos de árboles y otros materiales.

Los hermanos Kip no fueron sometidos a esta horrible pena.

Durante algunos meses ocupáronse en la construcción de caminos que el gobierno hacía abrir a través de la península de Tasmania, sin haber podido dirigirse la palabra ni una sola vez.

Generalmente, al terminar la jornada, entraban en los dormitorios del penal, donde los presidiarios son encerrados por grupos de cuarenta. ¡Ah! ¡Qué lenitivo para sus penas si en aquel momento se les hubiera permitido encontrarse, descansar el uno cerca del otro, aunque hubiese sido sobre las canteras, aunque hubieran tenido que pasar toda la noche al aire libre!

Un solo día de la semana, el domingo, Karl y Pieter Kip tenían la alegría de verse, cuando los penados se reunían en la capilla, donde celebraba los divinos oficios un ministro metodista. ¿Y qué pensarían de la justicia humana los dos inocentes, en la promiscuidad de los criminales, cuyas cadenas sonaban lamentablemente entre los cantos y las plegarias?...

Lo que destrozaba el corazón de Karl Kip, lo que provocaba en él momentos de protesta, que hubiera podido ser de graves consecuencias, era que su hermano estuviera sujeto a tan penosas tareas. Él, de una salud de hierro, de un vigor excepcional, podría soportarlas, aunque la ración del presidio fuera insuficiente para su nutrición: tres cuartos de libra de carne fresca u ocho onzas de fiambre, media libra de pan o cuatro onzas de harina y media libra de patatas. Pero Pieter, de constitución mucho menos fuerte, ¿podría soportar aquello? Después de los sofocantes calores de un clima casi tropical, tendría que sufrir el frío intenso, las ráfagas glaciales y las espesas nevadas, sin más abrigo que aquellos harapos amarillos, uniforme del presidio. El trabajo había que hacerlo sin interrupción, bajo el látigo del cómitre. El descanso sólo a las horas de comer, el indispensable para engullirse la mísera ración que los ha de mantener en pie. Y a la menor señal de resistencia, los castigos disciplinarios, el caer sobre los desgraciados una lluvia de golpes, la encarcelación en los calabozos, el suplicio del encadenamiento, en fin, el más terrible de todos, que a veces ocasionaba la muerte, la fustigación del culpable, destrozado por las correas de las disciplinas.

Semejante existencia debía inspirar a los forzados un deseo irresistible de

evadirse. Algunos lo intentaban, aunque ya sabían los peligros a que se exponían y las pocas probabilidades de lograr su intento. Y cuando a los fugitivos se les capturaba en los bosques de la península, se les castigaba ante todo el personal de la penitenciaría. Las disciplinas, manejadas por un brazo vigoroso, caían sobre las desnudas espaldas del paciente, convirtiéndolas en una llaga.

Si Karl Kip estaba muchas veces a punto de sublevarse contra los rigores de la disciplina, su hermano Pieter se sometía, esperando que llegase el día de la verdad y la justicia; que un hecho, un incidente, un descubrimiento cualquiera hiciera brillar su inocencia. Aceptaba, pues, por penosa, por deshonrosa que fuera, aquella vida del presidio; y si él no poseía el vigor físico de su hermano, su energía moral le permitía soportarla, mantenido por su confianza en Dios. Lo que más le atormentaba era el temor de que Karl no pudiera contenerse, dejándose llevar por la violencia. Seguramente que su hermano no había de intentar la huida, habiéndole de dejar solo en la penitenciaría, de donde habían de salir juntos... ¿Pero no llegaría un momento en que Karl se dejase dominar por la desesperación, no estando allí Pieter para calmarle, para contenerle?...

Así es que, devorado por la intranquilidad, Pieter creyó que debía intentar algo, y un día, durante la inspección del comandante del presidio, se resolvió a dirigirle la palabra. Y lo que le pidió con voz suplicante no fue reunirse con su hermano, trabajar en la misma escuadra, sino el favor de pasar unos cuantos minutos a su lado.

El capitán Skirtle dejó hablar a Pieter Kip, observándole con viva atención, en la cual parecía revelarse cierto interés. ¿Era porque Karl y Pieter Kip pertenecían a una clase social donde rara vez se reclutaban los huéspedes del presidio?... ¿Era que Hawkins, con el apoyo del gobernador, había continuado trabajando en favor de los dos hermanos?... ¿Acaso después de la conmutación de la pena, obtenida gracias al noble armador, el excelente hombre continuaba sus diligencias, con el fin de obtener para ellos alguna atenuación en los rigores del régimen penitenciario?...

Pero Skirtle era impenetrable. Los hermanos Kip no eran, no podían ser a sus ojos más que dos hombres condenados por el crimen de asesinato. Ya era mucho que la piedad de la Reina les hubiera librado del último suplicio. Más tarde tal vez accedería a la demanda de Pieter Kip; pero de momento no era posible hacerlo.

Pieter, con el corazón oprimido, ahogado por los sollozos, no tuvo el valor de insistir. Comprendió que sería inútil, y volvió a la fila.

Habían transcurrido seis meses desde la llegada de los hermanos Kip a la penitenciaría de Puerto Arturo. Aproximábase el fin del invierno. Había sido

muy duro para estos desgraciados, que estaban muy lejos de sospechar el cambio que en su situación había de operarse. Se produjo, no obstante, por imprevistas circunstancias.

El 15 de septiembre, una hermosa mañana, Skirtle, su mujer y sus dos hijos habían hecho una larga excursión a través del bosque. Cuando llegaron al istmo bajaron del carruaje.

En este lugar unos cuantos forzados ocupábanse en profundizar un canal de irrigación, y el comandante había querido inspeccionar los trabajos.

Las dos escuadras de Karl y Pieter Kip trabajaban en aquella obra, pero distanciada la una de la otra. Los dos hermanos no tenían ni siquiera el consuelo de verse, porque la frondosidad de los árboles formaba una cortina impenetrable a las miradas.

Concluida la visita, el capitán Skirtle y su familia disponíanse a volver al carruaje cuando se oyeron gritos del lado de la empalizada que cerraba el istmo. Casi al mismo tiempo resonaron furiosos ladridos, que procedían de los perros atados a los postes de la infranqueable barrera del istmo.

Uno de estos animales, después de romper la cadena, habíase lanzado hacia el bosque, entre los gritos de los guardas y los alaridos de toda la banda.

Hubiérase dicho que el dogo quería arrojarle sobre los forzados, cuyo traje le era bien conocido. Pero, espantado por su vocerío, se fue hacia el bosque, y entró de un salto en la espesura, antes de que los guardas hubieran podido darle alcance.

Lo que el capitán quiso hacer fue subir al coche y dejar aquel lugar antes de que el animal espantase a los caballos. Por desgracia, éstos se dieron cuenta del peligro, y a pesar de los esfuerzos del cochero, salieron disparados en dirección de Puerto Arturo.

—¡Venid..., venid! —gritó a su mujer y a sus hijos, arrastrándolos hacia una espesura, donde creyó poder refugiarse.

De improviso apareció el perro, la boca espumeante, los ojos inflamados. Lanzaba bramidos de bestia feroz, y de un salto se precipitó sobre el joven Skirtle, derribándole en tierra.

El capitán iba a arrojarse sobre el animal cuando éste se vio sujeto por dos brazos vigorosos.

Un instante después el joven Skirtle estaba a salvo, y el perro se debatía contra el salvador, cuyo brazo izquierdo había cogido entre sus mandíbulas, mordiéndolo con rabia.

Este hombre tenía en la mano el hierro de un zapapico, y lo sepultó en el

cuerpo del dogo, que cayó pataleando entre la maleza.

La señora Skirtle, abrazando a su hijo, le cubría de caricias, en tanto que el capitán se dirigía hacia el hombre, un presidiario con su traje amarillo.

Era Karl Kip. Trabajaba a cien pasos de allí, y al oír los gritos se giró y vio al perro atravesar la espesura. Y entonces, sin reparar en el peligro, lanzose en persecución del animal.

El capitán Skirtle reconoció a este hombre, cuya sangre fluía de una horrible herida.

Iba a llegar a él para darle las gracias, para prodigarle sus cuidados, cuando Pieter Kip se le anticipó.

A los gritos de los guardas y de los hombres de la escuadra donde trabaja, Pieter se aproximó al lugar del suceso.

Al ver a su hermano tendido junto al cuerpo del animal, corrió hacia él gritando:

—¡Karl..., Karl!

Hubiera sido inútil que los vigilantes intentasen detenerle.

Por otra parte, a una señal del capitán, hacia quien su esposa y sus hijos tendían las manos, implorando gracia para su salvador, los constables se separaron.

Y por primera vez, después de siete largos meses de separación, de miseria y de desesperación, Karl y Pieter Kip, reunidos al fin, lloraron el uno en brazos del otro.

XXIII. ¡JUNTOS!

Karl Kip, después de transportado en el coche del comandante del presidio, ingresó en una de las salas de la enfermería, adonde no tardó en acudir su hermano, autorizado para estar junto a él.

¡Cuál no sería el agradecimiento de los esposos Skirtle hacia este hombre valeroso!... Gracias a su arrojo, su amado hijo habíase librado de una muerte espantosa. En el primer momento, en un irresistible impulso del corazón, el niño se había arrojado a los pies de su padre, repitiendo con voz entrecortada por los sollozos:

—¡Gracia para él, padre!

La señora Skirtle unió sus súplicas a las de su hijo, y los dos rogaban al capitán, como si él pudiera complacerlos, como si fuese dueño de dar la libertad a Karl Kip.

Y, por otra parte, ¿podríase olvidar por qué crimen estaban los dos hermanos en Puerto Arturo, después de haberles conmutado la pena capital?... No conociendo las maniobras de Flig Balt y Vin Mod, ¿cómo era posible que el comandante pusiera en duda la culpabilidad de los condenados?... Porque uno de ellos acabase de arriesgar su vida para salvar la de un niño, no por eso dejaba de ser el asesino de Harry Gibson, condenado como tal a cadena perpetua... Semejante acto de abnegación, por hermoso que fuese, ¿podía borrar tan espantosa fechoría?

—Amigo mío —dijo la señora Skirtle, después de haber dejado al herido en manos del médico—, ¿qué sería posible hacer por ese desgraciado?

—Nada —contestó el capitán—, nada más que recomendarle a la benevolencia del gobierno, a fin de que esté sometido a un régimen menos severo; que se le exima de los trabajos forzados...

—Pues bien, es preciso informar hoy mismo al gobernador de lo ocurrido...

—Lo sabrá esta misma tarde —contestó el capitán—; pero todo se reducirá a obtener cierta tolerancia y no una disminución de la pena. Karl Kip y su hermano han sido ya objeto de la regia prerrogativa, que les ha otorgado la gracia de la vida.

—Y yo doy gracias al cielo por ello, como se las doy a ese hombre que es el salvador de nuestro hijo...

—Querida mía, yo haré todo cuanto pueda para demostrar a Karl Kip nuestro agradecimiento. Por otra parte, desde que los hermanos han llegado a Puerto Arturo, su conducta ha sido irreprochable, y nunca han incurrido en las severidades del reglamento. Tal vez pueda obtener del gobierno la autorización para eximirles de los trabajos en el campo, muy penosos para hombres de su condición, y poderles ocupar en las oficinas del penal... Esto aliviaría mucho su situación... Pero ya sabes por qué crimen fueron procesados y en qué indiscutibles pruebas se funda la convicción del jurado...

—¿Será posible que quien es capaz de tanta abnegación sea un asesino?

—Pues no hay duda alguna acerca del caso; los hermanos Kip no han podido demostrar su inocencia.

—No ignoras, amigo mío —insistió la señora Skirtle—, cuál es la opinión del señor Hawkins.

—La conozco... Ese excelente hombre no les cree culpables; pero siente

bajo la influencia de sus recuerdos, y nada ha podido hacer por ellos, aparte de la conmutación de la pena, lograda por mediación del gobernador...

—Figúrate, pues, si se afirmará en su convicción cuando sepa lo que acaba de hacer Karl Kip.

El capitán no contestó, pues no había dejado de causarle impresión todo lo que Hawkins le había contado acerca de los dos hermanos. Pero ante las pruebas materiales, ante los abrumadores argumentos, ¿era posible mantener la duda?

—En todo caso, amigo mío —añadió la mujer del capitán—, tengo que pedirte un favor, un favor que no depende más que de ti, y que seguramente no me negarás...

—Que los dos hermanos no vuelvan a separarse de aquí en adelante, ¿verdad?

—¡Eso es! Lo has adivinado. Desde hoy autorizarás a Pieter Kip para que permanezca junto a su hermano y pueda prodigarle sus cuidados.

—Lo haré así —dijo el capitán Skirtle.

—Y yo le visitaré también. Procuraré que a ese infortunado no le falte nada... Y, quién sabe..., acaso más tarde...

Habíase cumplido el vehemente deseo de los dos hermanos, lo que Pieter había solicitado del comandante con lágrimas en los ojos.

Desde aquel día Karl y Pieter se vieron a todas horas; a las tres semanas del suceso, cuando la herida estuvo casi cicatrizada y Karl pudo dejar la enfermería, los dos se paseaban por el patio del penal. Ocupaban ahora la misma habitación, dormían en el mismo dormitorio, trabajaban en la misma escuadra. A los pocos días se les empleó en trabajos del interior, con la esperanza de poderlos ocupar pronto en las oficinas de Puerto Arturo.

Fácil es imaginarse lo que los hermanos se decían, cuál era el tema de sus conversaciones y bajo qué aspecto examinaban el porvenir.

Cuando el más joven veía al mayor abandonarse a la idea pesimista de que jamás se reconocería su inocencia, Pieter le repetía:

—¡Perder la esperanza sería ofender a Dios, hermano mío!... Puesto que han conservado nuestra vida, es que la Providencia quiere que los asesinos se descubran algún día..., que nuestra rehabilitación se proclame públicamente...

—¡El cielo te oiga, Pieter! —contestaba Karl Kip—. ¡Y te envidio esa confianza en el porvenir!... Pero, en fin, ¿quiénes serán los asesinos del capitán Gibson?... Evidentemente indígenas de Kerawara, de la isla de York o de alguna otra isla del archipiélago Bismarck... ¿Y cómo descubrirlos en

medio de esta población melanesia, dispersa por todo el territorio?...

¡No importaba! La cosa sería difícil; Pieter Kip convenía en ello, pero tenía fe... Algún hecho imprevisto surgiría... Zieger y Hamburg tal vez obtuviesen nuevas informaciones que los pusieran sobre la verdadera pista.

—Y, además —le dijo un día, viendo a su hermano presa de la desesperación—, ¿estás seguro de que los asesinos son indígenas?...

Karl Kip le cogió las manos, y exclamó, fijando su mirada en los ojos de su hermano:

—¿Qué quieres decir?... ¡Explícate!... ¿Piensas que algún colono, algún empleado de la factoría pudiera haber cometido el crimen?...

—No, hermano, no.

—Entonces... ¿quién?... Marineros... ¡Sí! En el puerto había unos cuantos barcos.

—Y también estaba nuestro bergantín, el James Cook —contestó Pieter.

—¡El James Cook!...

Y Karl Kip, al repetir este nombre, interrogaba a su hermano con la mirada... Entonces Pieter le comunicó las sospechas que habían tomado cuerpo en su espíritu. Pues qué, ¿no había en la tripulación del bergantín hombres capaces de todo, como lo demostraron los que secundaron en la rebelión al infame Flig Balt? ¿Es que entre estos hombres —Len Cannon, por ejemplo, para citar uno— no podía haberse enterado de que el capitán llevaba consigo una suma considerable? Precisamente aquella tarde Len Cannon y sus camaradas estaban en tierra. ¿No pudieron espiar a Harry Gibson, seguirle a través de la espesura del bosque de Kerawara, atacarle, asesinarle y llevarse cuanto consigo llevaba?

Karl escuchaba a su hermano con ansiosa devoradora atención. Parecía que en su espíritu operábase una verdadera revelación. Jamás se le había ocurrido atribuir el asesinato más que a los indígenas... Y he aquí que Pieter le señalaba como posibles culpables a Len Cannon y los otros enrolados en Dunedin.

Después de unos momentos de pausa, dijo:

—Pero, aun admitiendo que los asesinos deban buscarse entre esos hombres, no cabe duda de que el capitán Gibson fue herido con un puñal malayo...

—Sí, Karl... y añadido que fue con el nuestro...

—¿Con el nuestro?

—Esto es indiscutible, con el nuestro, cuya virola se encontró en las proximidades del lugar del crimen...

—¿Y cómo estaba este puñal en poder de los asesinos?...

—Porque fue robado, Karl.

—¿Robado?

—Sí, en los restos de la Wilhelmina, mientras nosotros la registrábamos.

—Robado, y ¿por quién?

—Por uno de los marineros que conducían el bote y que saltó con nosotros a la toldilla del barco naufrago...

—¿Y qué marineros fueron? ¿Te acuerdas tú de sus nombres?

—Muy vagamente... Éramos, en primer lugar, Nat Gibson, que quiso acompañarnos... En cuanto a los hombres designados por el capitán, no recuerdo quiénes eran...

—¿Estaba entre ellos el contramaestre? —preguntó Karl Kip.

—No, hermano. Creo poder asegurar, que Flig Balt se quedó a bordo.

—¿Y Len Cannon?

—Ése creo que sí... Me parece verle aún en la toldilla... En fin, él u otro pudo entrar en nuestro camarote y coger el kriss, que para nosotros pasó inadvertido, oculto tal vez en cualquier rincón... Luego, cuando estos miserables pensaron en el crimen, se sirvieron de esa arma para cometerlo, y después la colocaron en nuestra maleta.

—¡Pero allí la habiéramos encontrado, Pieter!

—¡No, si la han colocado a última hora!

Se ve hasta qué punto Pieter Kip se aproximaba a la verdad. Solamente se equivocaba respecto a los verdaderos asesinos. Sus sospechas, que recaían sobre Len Cannon y compinches, no alcanzaban a Flig Balt y Vin Mod.

Lo que era seguro es que el contramaestre no había embarcado en el bote para dirigirse a los restos de la Wilhelmina; pero no era menos cierto que Vin Mod encontrábase allí, y, sin embargo, ni Karl ni Pieter se acordaban. Ya se sabe cómo el bandido había maniobrado con la suficiente destreza y astucia para no hacerse sospechoso.

Esta conversación hubieranla ya tenido los dos hermanos mucho tiempo antes si hasta entonces no hubieran permanecido separados, primero en la cárcel de Hobart Town, luego en la penitenciaría de Puerto Arturo.

Verdad es que lo que para ellos era una certidumbre, puesto que nada tenían que ver con el crimen, para los demás no pasaría de presunción. ¿Cómo conseguirían demostrar de un modo evidente que el puñal fue recogido por un marinero del James Cook, y que éste se había servido del arma para matar al capitán Gibson?... Se convendría —y ellos así lo comprendían— que todas las apariencias estaban contra ellos... Las hipótesis de Pieter Kip eran lógicas, convenido; pero sólo admisibles para ellos, que estaban seguros de su inocencia... Y esto es lo que les desesperaba, sobre todo a Karl; desesperación que Pieter, mantenido por su fe inquebrantable en la justicia divina, a duras penas podía contrarrestar.

Entretanto, el capitán Skirtle continuaba sus gestiones, hasta que consiguió que lo autorizaran para admitir a los hermanos Kip en las oficinas de Puerto Arturo. Su situación cambió por completo. No pertenecían ya a las escuadras destinadas a los duros trabajos forzados. Estaban ocupados en la contabilidad, y hasta en la preparación de los trabajos en los diversos puntos de la península. A pesar de esto, al llegar la noche tenían que volver a los dormitorios comunes, sin poder sustraerse a la horrible promiscuidad del presidio.

Esta nueva situación produjo furiosas envidias. ¡Asesinos condenados a muerte, dos indultados de pena capital gozando de semejantes favores!... ¿Es que el servicio prestado por Karl Kip a la familia del capitán valía tanto? Arrojar sobre un perro, corriendo solamente el riesgo de unos cuantos mordiscos, cualquiera lo hubiera hecho... Los hermanos Kip tuvieron, pues, que defenderse contra las bestias, y se necesitó todo el vigor de Karl para hacerles entrar en razón.

Sin embargo, en medio de este revoltillo de presidiarios, con los cuales vivían, dos condenados hicieron causa común con ellos, defendiéndoles de las violencias de sus compañeros.

Eran dos hombres de treinta y cinco a cuarenta años, dos irlandeses, llamados O'Brien y Macarthy. No sabían por qué crimen habían sido destinados a la penitenciaría. Manteníanse a cierta distancia, y, dotados de una fuerza excepcional, habían sabido imponer el respeto a sus personas. Notábase a primera vista que no eran dos vulgares delincuentes, y poseían una instrucción muy superior a la de sus compañeros de presidio. Indignados al ver a los hermanos Kip atacados por una veintena de forajidos, ayudáronles a defenderse contra tan odiosas brutalidades.

Era de esperar, a pesar del carácter sombrío y poco comunicativo de los irlandeses, que se establecería entre ellos y los Kip cierta intimidad cuando una nueva providencia administrativa cambió el curso de las cosas.

El capitán Skirtle tuvo conocimiento de la conducta observada por los presidiarios, de los más abyectos e intratables de la colonia. Supo que Karl y

Pieter Kip habían sido objeto de ataques personales y que estaban expuestos a peores tratamientos cuando la noche los reunía en los mismos dormitorios que sus compañeros de presidio.

La señora Skirtle, por su parte, no había dejado de interesarse por los dos hermanos, intentando todo lo posible por hacer más llevadera su situación. Después de haber hablado de ellos en diversas ocasiones, cuando en Hobart Town visitaba la casa de Hawkins, sentía apoderarse de su espíritu la duda, y sin llegar hasta admitir la inocencia del crimen de Kerawara, las pruebas de su culpabilidad no la parecían absolutamente decisivas... Y luego, ¿cómo había de olvidar lo que debía al arrojó de Karl Kip?... Su gratitud la impulsaba, y tan constantes fueron sus gestiones, que el gobernador de Tasmania concluyó por autorizar que los dos hermanos ocupasen una celda particular.

Antes de instalarse en ella, quisieron despedirse de O'Brien y Macarthy y reiterarles las gracias por sus buenos oficios.

Los irlandeses recibieron con frialdad las manifestaciones de los Kip. Después de todo, no habían hecho más que su deber defendiendo a los dos hermanos. Y cuando éstos les tendieron la mano en el momento de separarse, aquéllos no la tomaron entre las suyas.

Solos ya en su celda, Karl Kip exclamó en un transporte de cólera:

—¡No sé por qué delito están aquí esos dos hombres; pero seguramente no es por asesinato, porque han rechazado la mano de dos asesinos como nosotros!... ¡Nosotros..., nosotros asesinos!... ¡Y que no haya medio de demostrar que no lo somos!...

—Espera, mi pobre Karl —contestó Pieter—. ¡Ha de llegar el día de la justicia!

Era marzo de 1887, y había transcurrido un año desde que los dos hermanos ingresaron en el penal de Puerto Arturo. ¿Qué podían esperar después de haberse librado de los rigores del régimen penitenciario? Por mucha que fuese la confianza de Pieter Kip en el porvenir, ¿no era de temer que no se deshiciera nunca el error judicial de que eran víctimas?...

Y, sin embargo, no estaban tan abandonados como ellos creían. Sus amigos, al menos protectores, ocupábanse seriamente de su situación. Aunque Nat Gibson, lacerado por su dolor, rehusaba admitir nada favorable a los condenados, Hawkins continuaba sus diligencias relativas a este desgraciado asunto. Mantenía frecuente correspondencia con Zieger y Hamburg, apremiándoles para que hiciesen nuevas informaciones en Nueva Irlanda y Nueva Bretaña. Si no lograba comprobarse que los indígenas eran los autores del crimen, había que admitir la posibilidad de que fueran los obreros de las factorías o los marineros de los barcos que se encontraban fondeados en el

puerto de Kerawara...

Siguiendo este orden de consideraciones, Hawkins llegó lógicamente al mismo razonamiento de los hermanos Kip: también pudieran estar los asesinos entre los tripulantes del James Cook. ¿No había motivos para sospechar de Len Cannon y de sus camaradas, y tal vez de otros?... A veces el nombre de Flig Balt cruzaba por su mente. Pero preciso es convenir en que no se trataba más que de hipótesis que no tenían apoyo alguno, ni en las declaraciones de los testigos, ni en las pruebas materiales.

A Hawkins se le ocurrió la idea de ir a Puerto Arturo. Sentía un deseo irresistible de volver a ver a sus protegidos, una especie de presentimiento instintivo que le empujaba hacia el establecimiento penitenciario.

Fácil es imaginarse la extremada sorpresa, la incalculable emoción que se apoderó de los hermanos Kip cuando en la mañana del 15 de marzo fueron llamados al despacho del capitán-comandante, encontrándose frente a frente del armador.

Éste no sintió menor impresión al ver bajo la vestimenta del presidiario a los náufragos de la Wilhelmina. En el primer impulso, Karl Kip quiso lanzarse hacia su protector... Su hermano le retuvo. Y como Hawkins —su reserva es bien comprensible— no dio ningún paso hacia ellos, permanecieron inmóviles y mudos, esperando que se les dirigiera la palabra.

Skirtle manteníase indiferente en apariencia. Quería dejar a Hawkins la libertad de dar a esta entrevista el carácter que creyese conveniente, y a la conversación el curso que quisiera.

—Señores... —dijo el armador.

Esta palabra fue como la elevación moral de estos desgraciados, que no eran más que dos números del presidio.

—Señores Kip, he venido a Puerto Arturo para poner a ustedes al corriente de cosas que les interesan y de las que yo me he ocupado.

Los dos hermanos creyeron que esta declaración se refería al proceso que los había conducido allí... Se engañaban. No era la prueba de su inocencia lo que les llevaba Hawkins, que continuó expresándose en estos términos:

—Se trata de la casa de comercio de Groninga. Me he puesto en correspondencia con diversos comerciantes de aquella ciudad, donde, debo decírselo, parece ser que la opinión pública siempre ha sido favorable a ustedes.

—¡Somos inocentes! —exclamó Karl, que no pudo reprimir la protesta de su corazón.

—Pero —repuso Hawkins, que a duras penas conseguía guardar su reserva — ustedes no están en situación de arreglar sus asuntos... Sus cosas se ponían cada vez peor... Importaba que la liquidación se hiciese lo más pronto posible, y yo he tomado eso por mi cuenta.

—Señor Hawkins —contestó Pieter Kip—, le damos a usted las gracias; es un favor más que añadir a tantos otros.

—Deseaba comunicar a ustedes —prosiguió el armador— que la liquidación se ha hecho en condiciones más ventajosas de lo que se esperaba... Las mercancías se han vendido a muy buen precio y el balance arroja un saldo a favor de ustedes.

En el pálido rostro de Pieter pintose la más viva satisfacción. En medio de los tormentos que le abrumaban en esta abominable existencia del presidio, había pensado muchas veces en sus negocios, en su casa de comercio en quiebra, en aquella nueva vergüenza que esperaba al apellido de su padre... Y he aquí que Hawkins acababa de decirle que la liquidación se había realizado con ventaja para sus intereses.

Karl Kip dijo entonces:

—Señor Hawkins, no sabemos cómo darle a usted pruebas de nuestro reconocimiento... Después de cuanto ha hecho usted en nuestro obsequio, después de la estimación que nos ha profesado, ¡de la que somos dignos, de la que somos dignos aún, lo juro!..., gracias a usted el honor de nuestra casa está a salvo... ¡Y habremos de estar sumidos para siempre en la infamia!... ¡No; somos inocentes del crimen que se nos imputa!... ¡Nosotros no somos los asesinos del capitán Gibson!...

Y como hicieron delante del tribunal, los dos hermanos se cogieron de la mano, poniendo al cielo por testigo.

Skirtle los observaba atentamente, y lleno de emoción sentíase penetrado por la dignidad de aquella actitud, por el acento de sinceridad impreso en su voz.

Y entonces Hawkins, abandonándose a sus sentimientos, incapaz de contener todo lo que tenía en el corazón, hizo su defensa con un ardor comunicativo.

¡No! ¡No creía en la culpabilidad de los hermanos Kip...! ¡No lo había creído nunca...! Por desgracia, las pesquisas practicadas en Port Praslin y Kerawara no habían resultado... inútilmente se había buscado la pista de los asesinos entre las tribus indígenas... Sin embargo, no desesperaba de vencer, de conseguir la revisión del proceso.

¡Revisión!... Era la primera vez que aquella palabra se pronunciaba

delante de los dos condenados, que no esperaban oírlos nunca... ¡La revisión que les haría comparecer ante nuevos jueces, que permitiría aportar pruebas nuevas...!

Pero a estos nuevos jueces, a las nuevas pruebas, era preciso que acompañara un nuevo hecho indiscutible que dejase presentir la posibilidad de un error judicial, para que un nuevo acusado pudiera sustituir a los que por él estaban purgando el delito... Sería preciso encontrar al verdadero autor del crimen para ponerle frente a los dos hermanos ante el jurado de Hobart Town...

Hawkins y ellos repasaron los principales puntos de la acusación. Sí; el capitán Gibson fue herido con el puñal encontrado en la habitación de los dos hermanos, y que realmente les pertenecía... No lo habían encontrado en los restos de la Wilhelmina, ni, por consiguiente, fueron ellos los que lo llevaron a bordo del James Cook. Si Jim lo vio en su camarote, es que alguien lo había puesto allí; y si en su maleta estaban los papeles y el oro del capitán, era porque otro los había depositado para comprometerles... Este otro no podía ser más que el que los había robado después de asesinar a Harry Gibson en el bosque de Kerawara... Sí; ésta era la verdad, aunque las pruebas estableciesen otra cosa.

Puestas así las cosas, las sospechas recaían irremisiblemente sobre los marineros del James Cook. Uno de ellos podía haberse apoderado del puñal en el camarote de la Wilhelmina... uno de los que tripulaban el bote...

—¿No estaba Flig Balt entre ellos? —preguntó con viveza Karl.

—No —contestó Pieter—, no. Mi memoria no me engaña... Flig Balt no puso el pie en la toldilla del barco naufragado.

—Efectivamente; recuerdo que se quedó a bordo del bergantín —declaró el armador.

—¿Quiénes eran, pues, los hombres que iban en el bote?

—Hobbes y Wickley —contestó Hawkins—; he tenido ocasión de interrogarles acerca de este punto, y están seguros de haber embarcado con Nat Gibson y ustedes...

—¿No iba también Len Cannon?

—Me aseguraron que no.

—Había creído que sí.

—Pero —repuso Karl Kip— Hobbes y Wickley no pueden ser sospechosos.

—Seguramente que no —repuso Hawkins—. Son dos honrados

marineros... Pero iba con ellos un tercero...

—¿Quién, señor Hawkins?

—Vin Mod.

—¡Vin Mod! —exclamó Karl Kip—. ¡Vin Mod... Ese hipócrita, ese canalla!...

—Mod —añadió Pieter—, a quien siempre he considerado como el espíritu malo de Flig Balt.

Ni el marinero ni el contramaestre se encontraban ya en Hobart Town, y hubiera sido muy difícil dar con aquel par de bribones extraviados en cualquier país lejano.

XXIV. LOS FENIANOS

Para comprender a qué grado de empobrecimiento y de miseria había llegado el país, bastará consignar que de cinco millones de hectáreas laborables, millón y medio estaban convertidas en eriales, abandonadas completamente por falta de recursos.

O'Connell murió en 1847, antes de haber podido concluir su obra, sin entrever siquiera el éxito de un porvenir más o menos lejano. Sin embargo, los esfuerzos individuales continuaron manifestándose, y en 1867 el gobierno del Reino Unido encontróse frente a una nueva sublevación, que estalló, no en una ciudad de Irlanda, sino de Inglaterra. Manchester vio alzarse por primera vez la bandera de los fenianos, que ondeó por la causa de la independencia.

Esta revuelta fue reprimida, como lo había sido la primera, y con el mismo implacable rigor. La policía se apoderó de sus principales jefes, Allen, Kelly, Deary, Laskin, Gorld. Prisioneros y procesados, los tres primeros sufrieron la pena capital el 23 de noviembre en Manchester.

En aquella época se preparó otra tentativa, debida a la enérgica tenacidad de Burke y de Casey, los cuales, presos en Londres, fueron encerrados en la prisión de Clerckenwell. Sus amigos, sus cómplices no habían de abandonarles. Resueltos a salvarles, hicieron saltar los muros de la prisión el 13 de diciembre —explosión que costó unas cuarenta víctimas entre muertos y heridos—. Burke, que no pudo escapar, fue condenado a quince años de trabajos forzados por crimen de alta traición.

Siete fenianos fueron presos: William y Timothy, Desmond, English, O'Keeffe, Michel Baret y una mujer, Anna Justice.

Los rebeldes tuvieron por defensor al célebre Bright, leader de los derechos de Irlanda en el Parlamento británico.

Los esfuerzos del gran orador fracasaron en parte. En abril de 1868 comparecieron los acusados ante el tribunal central. Michel Baret fue condenado a muerte el 27, y Bright no pudo impedir la ejecución.

Si desde la explosión de Clerckenwell el fenianismo había perdido mucho ante la opinión pública, las persecuciones hacían esperar nuevas represalias. Era de temer que la causa de Irlanda promoviese alguna nueva tentativa desesperada por los hombres que la sostenían. Gracias a la energía de Bright, se promulgó el bill de 1869. Este bill equiparaba las Iglesias irlandesa y anglicana, esperando una ley relativa a la propiedad territorial, inspirada en un espíritu de equidad que justificase el nombre de Reino Unido que llevan Inglaterra, Escocia e Irlanda.

La policía continuó vigilando a los fenianos, que fueron tratados sin piedad. Consiguió descubrir varios complots, los autores de los cuales fueron perseguidos y condenados a deportación.

Los irlandeses O'Brien y Macarthy prepararon una nueva tentativa en Dublín, en 1879.

Los rebeldes fueron denunciados, y la policía les prendió antes de que pudieran poner en ejecución sus proyectos.

O'Brien y Macarthy no quisieron nunca comprometer a sus cómplices, y asumieron toda la responsabilidad de aquella conspiración. El tribunal fue excesivamente severo con ellos, condenándoles a deportación perpetua en la penitenciaría de Puerto Arturo.

Eran, por lo tanto, dos condenados políticos; pero de esta clase de presidiarios tenía ya Puerto Arturo cuando en 1840 lo visitó Dumont d'Urville, que, justamente indignado, protesta contra el bárbaro régimen en los siguientes términos: «Las penas infligidas a los ladrones, a los falsificadores, no son bastante duras para aplicarlas a los condenados políticos; juzgándoseles indignos de vivir entre esta gente, se les arroja entre los asesinos, entre los miserables de la peor estofa declarados incorregibles».

Los irlandeses llevaban ya ocho años de presidio, sufriendo el régimen penitenciario en todo su rigor, en medio de aquella turba inmunda.

O'Brien era un antiguo contramaestre de una fábrica de Dublín; Macarthy un obrero del puerto. Los dos eran hombres de extraordinaria energía y habían tenido cierta instrucción. Los lazos de familia, los recuerdos, el ejemplo de los suyos les alistaron en la bandera del fenianismo. Habían arriesgado su vida y perdido su libertad. ¿Podrían esperar que pudiera tener término su condena,

que un indulto les permitiese dejar el presidio? No, no alimentaban tan grata esperanza, y estaban convencidos de que habían de arrastrar hasta la muerte aquella espantosa existencia si no lograban escapar.

¿Produciríase una eventualidad favorable? ¿No son casi imposibles las evasiones en la península de Tasmania?...

Hacia ya años que los fenianos de América venían combinando diversos medios para arrancar a sus hermanos a los horrores de Puerto Arturo.

O'Brien y Macarthy acababan de tener noticia de la tentativa que preparaban los amigos de San Francisco. Cuando llegase el momento preciso, recibirían un nuevo aviso para que estuviesen preparados para la evasión.

¿Cómo había podido llegar la primera noticia a la penitenciaría?... ¿Por qué medios llegaría a su conocimiento el siguiente aviso?... ¿Y cómo se valdrían para burlar la vigilancia de sus guardianes, que ni de día ni de noche les perdían de vista?

Había entre estos últimos un irlandés que estaba en relación con sus compatriotas. Por devoción a la causa del fenianismo, por salvar las dos últimas víctimas, este irlandés, llamado Farnham, había entrado al servicio de la penitenciaría de Puerto Arturo con el objeto de colaborar en la evasión de los prisioneros. No cabe duda de que arriesgaba mucho si la tentativa fracasaba, si se descubría que estaba en connivencia con O'Brien y su compañero de desgracia. Pero entre los fenianos la abnegación es un hábito; la solidaridad entre ellos llega hasta el sacrificio de la vida. Algunos años antes, seis de estos deportados políticos se habían evadido de Australia, gracias a los diversos tiros de caballos establecidos de distancia en distancia, que les permitieron ganar la costa y embarcar en el Catalpa, el cual, después de un combate con el barco de la policía, les trasladó a América.

Hacia año y medio que Farnham desempeñaba las funciones de constable a satisfacción de sus jefes, cuando sus compatriotas llevaban ya seis años de deportación. Farnham se las arregló de manera que le destinasen a la vigilancia de la escuadra de O'Brien y Macarthy, para estar siempre en contacto con ellos. Lo que le costó más trabajo fue inspirarles confianza, pues, como no le conocían, le tomaron al principio por un fingido correligionario que quería tenderles un lazo. Pero al fin logró que le creyesen, y se estableció entre los tres un perfecto acuerdo.

El gran cuidado de Farnham fue no dar lugar a que sospechasen; así es que tuvo que mostrarse con sus protegidos tan severo como lo eran los otros guardianes. Nadie hubiera podido advertir que trataba a O'Brien y Macarthy con cierta indulgencia. Verdad es que los dos se sometían sin protestar a la dura disciplina de la penitenciaría, y Farnham no se vio nunca en la dura

necesidad de tener que maltratar a sus dos compatriotas.

No había pasado inadvertido para los hermanos Kip que este constable se distinguía de los otros por sus maneras menos vulgares, menos groseras. Pero esta observación no les llevó a adivinar el papel que Farnham estaba representando. Por otra parte, ellos no habían pertenecido a la escuadra que aquél vigilaba, y desde su entrada a las oficinas no le veían más que de tarde en tarde.

Como los documentos personales y el historial de los presidiarios pasaba por sus manos, pudieron enterarse de todo lo concerniente a O'Brien y Macarthy. Así es como supieron que aquellos dos hombres estaban allí por un delito puramente político, que les imponía la abominable promiscuidad de los más viles criminales.

Y entonces Karl Kip, cuando supo la condición de los dos irlandeses, le dijo a su hermano:

—¡Ya está explicado por qué rehusaron estrechar la mano que les tendíamos!...

—¡Y lo comprendo! —contestó Pieter.

—Sí, hermano..., nosotros no somos para ellos más que dos asesinos, dos condenados a muerte que por casualidad se han librado de la horca.

—¡Pobres! —repuso Pieter Kip, pensando en los dos irlandeses tan inicualemente encerrados en aquel infierno.

—¡También estamos aquí nosotros!... —exclamó Karl Kip en uno de esos arranques de cólera que no podía contener, y las consecuencias de los cuales siempre temía su hermano.

—Sin duda —contestó Pieter—; pero nosotros somos víctimas de un error judicial, que será reparado algún día, en tanto que estos hombres están condenados a perpetuidad por querer la independencia de su país.

Si es cierto que Farnham, por las funciones que desempeñaba en el penal, podía facilitar la evasión de los dos fenianos, nada indicaba que el momento propicio estuviese próximo a presentarse. Hacía un año que los dos irlandeses sabían por él que los amigos de América se ocupaban en preparar su evasión, pero después no habían recibido aviso alguno. O'Brien y Macarthy empezaban a perder la esperanza cuando en la noche del 20 de abril Farnham les comunicó lo siguiente:

Venía de Puerto Arturo al penal cuando un individuo se aproximó a él, le llamó por su nombre y le dio el suyo —Walter—, y la palabra convenida entre los fenianos de San Francisco y él. Luego le dijo que la tentativa de evasión iba a verificarse en las siguientes condiciones: antes de quince días el vapor

Illinois saldría de San Francisco para Tasmania, entraría en Hobart Town, permaneciendo en la rada. Allí esperaría circunstancias favorables para atravesar Storm Bay y aproximarse a la península. El día y el punto de la costa donde habían de esperar la embarcación se señalarían en un aviso posterior. Este aviso, en caso de que Farnham y su interlocutor no se pudieran hablar, estaría en un papelito envuelto en una hoja verde que Walter dejaría caer al pie de un árbol, donde Farnham podría recogerlo sin ser visto. No habría que hacer más que seguir estrictamente las indicaciones que se consignaran en dicho papel.

Ya puede el lector imaginarse cuán grande sería la emoción y el contento de los dos irlandeses al escuchar tan gratas nuevas. ¡Con qué impaciencia iban a esperar la llegada del Illinois a la rada de Hobart Town, haciendo votos por que no se retrasase la travesía!... En el hemisferio meridional, abril no es el mes en que las tempestades del Pacífico se desencadenan con violencia: Una quincena de días había dicho Walter que tardaría el vapor en llegar. ¡Y qué eran dos semanas de paciencia para quienes llevaban años en aquel infierno de Puerto Arturo!

Ya se ha visto cómo Walter, no pudiendo franquear los muros de la penitenciaría, esperó fuera a poder comunicar con Farnham, quedando citado con él para prevenirle el día en que los fugitivos debían dejar el presidio y el sitio en que había de esperarles el bote del Illinois. Tal vez aquel día, en el momento en que la escuadra, ocupada en los trabajos exteriores, se dispusiese a regresar al penal, conseguirían ganar el litoral. Ya se vería; ya se procedería con arreglo a las circunstancias... Lo importante era que Farnham fuese prevenido a tiempo, que de una manera o de otra llegase a sus manos el aviso... Aunque no había visto a Walter más que una vez, le reconocería seguramente. Durante los días sucesivos debía permanecer muy alerta, y si Walter no conseguía comunicar directamente con él, vigilar su llegada para sorprender el menor signo... Luego, cuando hubiese dejado caer el papel al pie del árbol, ¡qué de precauciones para recogerlo y comunicar su contenido a los dos irlandeses!

—¡Venceremos! —añadió él después de las anteriores reflexiones—. Todas las medidas han sido bien combinadas...

La llegada del Illinois no puede suscitar sospechas... Fondeará en Hobart Town como uno de tantos barcos que hacen allí escala, y cuando se haga a la mar, a través de la bahía, las autoridades marítimas no tendrán motivo para desconfiar... Una vez en alta mar...

—Estaremos salvados, Farnham —exclamó O'Brien—; salvados por ti, que vendrás con nosotros a América...

—Hermanos —contestó Farnham—, no habré hecho por vosotros más que

lo que intentabais hacer por Irlanda.

Transcurrió una semana sin que apareciese Walter, que sin duda esperaba en Hobart Town la llegada del vapor americano.

Los hermanos Kip, por su parte, no oían hablar de Hawkins. Su pensamiento estaba fijo constantemente en la revisión del proceso, la posibilidad de la cual les había hecho ver su generoso protector, y no hacían más que preguntarse en qué podía basarse un hecho tan trascendental. Estaban convencidos del papel que Flig Balt —y acaso Vin Mod, su instigador— había representado en el drama de Kerawara, la parte que habían tomado en el asesinato del capitán Harry Gibson... Pero aquellos dos miserables no estaban en Hobart Town y nadie conocía su paradero.

Así es que cuando consideraba que su situación no llevaba trazas de mejorar, Karl Kip se abandonaba a irresistibles impaciencias. Pensaba en la evasión y proponía a su hermano arriesgarlo todo para huir. Pero sin el auxilio del exterior toda tentativa era una locura.

Era el 3 de mayo, y habían transcurrido quince días desde que Walter se avistó con Farnham. Estos dos hombres no se habían vuelto a ver. A menos que hubiera ocurrido algún accidente, el Illinois debiera ya encontrarse en la rada de Hobart Town, y seguramente que en tal caso los irlandeses estarían ya prevenidos.

¡En qué ansiedad vivían! Y cuando su escuadra se aproximaba al litoral, ¡con qué avidez sus ojos se dirigían hacia el mar buscando entre los barcos que cruzaban Storm Bay el que había de llevarles lejos de aquella tierra maldita!

Y permanecían inmóviles, mirando la nubecilla de humo que, impulsada por el viento sudeste, señalaba la proximidad de un vapor antes de que su silueta se proyectase en el horizonte. Luego aparecía el barco, y doblaba el cabo Pillar para entrar en la bahía.

—¿Será ése? ¿Será ése? —repetía O'Brien.

—Tal vez —contestaba Macarthy—; y en todo caso no se pasarán cuarenta y ocho horas sin que Farnham reciba aviso. Y se quedaban los dos pensativos.

Entonces la ruda voz del jefe de los constables les llamaba al trabajo, y para no despertar sospechas, su compatriota procuraba no disculparles.

En cuanto el irlandés terminaba su servicio, dejaba el penal y se dirigía a la población, errando a través de las calles y del puerto con la esperanza de encontrar a Walter, que no aparecía por parte alguna. Después de todo, no era en Puerto Arturo, sino en Hobart Town, donde aquél había de esperar al Illinois, y no reaparecería por los alrededores de la penitenciaría hasta después de la llegada del vapor, a fin de dar las últimas instrucciones a Farnham.

La tarde de aquel día varias escuadras —entre ellas la de los dos hermanos— fueron enviadas a cinco millas en dirección sudoeste. En la linde del bosque estaba haciéndose una gran tala de árboles, para establecer una granja a una media milla de la costa.

Como se trataba de señalar el emplazamiento, los hermanos Kip fueron agregados a la escuadra, encargados de vigilar la ejecución de los planos, en cuya confección habían trabajado en las oficinas.

Unos cien forzados marchaban bajo la vigilancia de veinte constables y su jefe. Como era de rigor, los presidiarios llevaban la cadena sujeta al pie y recogida a la cintura. Desde su ingreso en las oficinas, Karl y Pieter Kip estaban exceptuados de esta pesada traba, y no tenían del forzado más que la amarilla vestimenta de Puerto Arturo.

Desde el día que se despidieron de O'Brien y Macarthy dándoles las gracias, rara vez habían tenido ocasión de encontrarlos. Ahora que conocían la historia de los fenianos, deportados por causa política, llegaban a olvidarse de su propia situación para compadecerse de la suerte de estos patriotas irlandeses.

En cuanto el grupo de presidiarios estuvo sobre el terreno, comenzaron inmediatamente los trabajos. Karl y Pieter Kip, bajo la vigilancia de uno de los guardianes, fueron a señalar los árboles que habían de ser talados, siguiendo las indicaciones del plano.

Hacía un tiempo bastante fresco. El invierno se aproximaba y las ramas y las hojas secas cubrían ya el suelo. Solamente los árboles de hoja perenne, los robles y los pinos marítimos, conservaban su frondosidad. El aire, embalsamado por las substancias resinosas, mezclábase a los potentes olores marinos. Oíase el rumor de la resaca al chocar contra las rocas del litoral, sobre el cual aleteaban bandadas de pájaros nocturnos.

Seguramente que O'Brien y Macarthy pensaban que en estas condiciones ningún bote podría atracar a la costa. En cuanto a Farnham, después de haber examinado el horizonte desde una altura, pudo comprobar que no había señales de vapor alguno por aquella parte de Storm Bay. O el Illinois no había llegado todavía, o encontrábase fondeado en la rada.

Hacía algunos meses, en previsión de los trabajos que iban a emprenderse, habíase abierto un camino entre Puerto Arturo y aquella parte de la península; camino bastante frecuentado, pues ponía en comunicación otros establecimientos agrícolas. Los que por él pasaban deteníanse a mirar cómo trabajaban los forzados, con quienes no les estaba permitido comunicarse.

Entre los transeúntes llamó la atención de O'Brien y Macarthy un individuo que subió y bajó por el camino varias veces...

¿Era Walter?... Ellos no le conocían, pero Farnham le reconoció; y evitando cometer la menor imprudencia, no le perdió de vista. Al mismo tiempo un imperceptible signo hecho a sus amigos dio a comprender a los fenianos que se trataba del hombre esperado. ¿Qué venía a hacer allí? ¿Por qué trataba de aproximarse a Farnham sino para comunicarle la llegada del vapor, y convenir el día y lugar en que había de efectuarse la evasión?...

El jefe que dirigía las escuadras era un hombre brutal, receloso, de una extrema severidad para el servicio. Farnham no hubiera podido entablar una conversación con Walter sin hacerse sospechoso. Éste lo comprendió así, y después de varias tentativas inútiles, se decidió a proceder según lo de antemano convenido.

Un papel ya preparado contenía todas las indicaciones necesarias. Lo sacó del bolsillo, y, habiéndoselo mostrado de lejos a Farnham, se fue hacia uno de los árboles que bordeaban el camino, a unos cincuenta pasos de donde el constable estaba, y envolvió el papel en una hoja, depositándola al pie del árbol.

Walter hizo entonces un último gesto, que fue comprendido por Farnham, y aquél echó a andar, desapareciendo en dirección de Puerto Arturo.

Los fenianos no habían perdido ni uno solo de los movimientos de este hombre... Pero ¿qué hacer?... No podían recoger el papel sin arriesgarse a ser vistos.

Era, pues, necesario que Farnham maniobrase con toda clase de precauciones. Había que esperar a que los forzados acabasen los trabajos en aquella parte.

Por su mala suerte, el jefe acababa de enviar allí a una de las escuadras que no era la de Farnham.

Imagínese cuál no sería la inquietud de sus compatriotas. Encontrábanse a más de doscientos pasos del camino cuya linde ocupaban otros forzados.

Entre ellos, Karl y Pieter Kip procedían a marcar los árboles que habían de ser cortados, siendo uno de ellos aquel cerca del cual se había detenido Walter un momento. Había motivo para temer que se descubriese el papel, que sería entregado al jefe.

Inmediatamente se daría la voz de alarma... En cuanto regresasen las escuadras a Puerto Arturo, se organizaría una severa vigilancia en el interior y exterior del penal..., y la tentativa de evasión fracasaría. Cuando el Illinois echase al agua su bote para recogerá los dos fenianos, no encontraría a nadie en el lugar convenido... Después de una espera de algunas horas, el vapor no tendría más remedio que hacerse nuevamente a la mar...

El sol empezó a declinar, y a las seis el jefe dio la señal de partida, a fin de que las escuadras estuviesen en Puerto Arturo antes de la noche. No bastaba que Farnham pudiese llegar hasta el árbol; era necesario que lo hiciese con luz bastante para poder distinguir la hoja arrollada alrededor del papel. Si no lograba cogerla antes de alejarse de allí, luego ya no sería posible. El viento y la lluvia que amenazaban barrerían del suelo las hojas caídas.

Los irlandeses no separaban la vista de Farnham.

—¿Quién sabe? —murmuró O'Brien al oído de su compañero—. ¿Quién sabe si no es esta noche misma cuando nuestros amigos proyectan salvarnos?

¿Aquel mismo día? No era probable. Lo natural era dejar a Farnham algún tiempo para que él tomase sus medidas y los irlandeses pudieran ganar el litoral. Pero antes de cuarenta y ocho horas el bote del Illinois les esperaba en la costa.

Los últimos rayos del sol rozaban el suelo. Si Farnham podía aproximarse al árbol, la luz solar le permitiría aún recoger la hoja depositada al pie. Se las compuso hábilmente para llegar al sitio donde se había detenido Walter, y esto no fue notado por nadie más que por los irlandeses, que apenas se atrevían a volver la cabeza hacia esta parte.

Una vez cerca del árbol, Farnham se bajó. Entre las hojas amarillas que llenaban el suelo, distinguió una verde: la que debía contener el papel depositado por Walter...

El papel no estaba allí... Tal vez el viento se lo había llevado... Acaso se había descubierto, y estaba ya en poder del jefe.

Cuando Farnham se incorporó a su escuadra, O'Brien y Macarthy le interrogaron con la mirada, y comprendieron que había fracasado en su intento... Y cuando entraron en la penitenciaría, ¡cuál no sería su desconsuelo al saber por boca de Farnham que el papel de Walter había desaparecido!...

XXV. EL AVISO

He aquí lo que decía el papel:

«Pasado mañana, 5 de mayo, cuando se presente la ocasión durante los trabajos de campo, ganad los tres la punta Saint James, en la costa oeste de Storm Bay, adonde el barco destacará el bote... Si por causa del tiempo no hubiese podido salir de Hobart Town y atravesar la bahía, esperad en dicho punto, y vigilad desde el anochecer hasta la salida del sol...

¡Dios proteja Irlanda, y ayude a vuestros amigos de América!»

El escrito no estaba firmado ni tenía nombre alguno de destinatario. Tampoco decía cómo se llamaba el vapor fletado por los americanos para libertar a sus hermanos presos. El nombre de Irlanda era el único que aparecía con todas sus letras. No cabía duda de que el aviso era para los fenianos de Puerto Arturo. Si caía en manos del comandante del presidio, seguramente comprendería que eran O'Brien y Macarthy los que proyectaban la fuga.

¿Pero quién se había apoderado de este escrito depositado por Walter con tan precisas indicaciones para que los fugitivos estuviesen en la punta Saint James a las cuarenta y ocho horas de recibirlo?...

Los hermanos Kip habían advertido las idas y venidas de Walter. Tal vez pensaron que este hombre trataba de ponerse en relación con alguno de los forzados; pero el desconocido no fijó su atención en el mismo grado que la de Farnham y sus compatriotas. No se fijaron en que Walter arrancó una hoja de un árbol, arrollando en ella el papel depositado en el suelo. Solamente la casualidad había hecho que el aviso cayese en sus manos.

En tanto que las escuadras se ocupaban de la corta de árboles, Karl y Pieter iban y venían por la linde del camino marcando los troncos que habían de ser abatidos.

Cuando Pieter, que iba delante de su hermano, estuvo cerca del árbol donde Walter se había detenido, vio una hoja verde arrollada por uno de los extremos de la cual asomaba un papel. Cuando la hubo recogido, observó que contenía un escrito.

Pieter Kip recorrió con avidez aquellas líneas, y cuando se hubo asegurado de que nadie le había visto, guardó el papel en el bolsillo.

Su hermano llegó hasta él, y mientras los dos procedían al trabajo, le puso al corriente de su descubrimiento.

—Se trata de una evasión, sí..., una evasión —murmuró Karl—; condenados que quieren recobrar su libertad..., criminales, en tanto que nosotros...

—No son asesinos ni criminales, Karl —respondió Pieter—. Se trata de los dos irlandeses O'Brien y Macarthy... Los amigos les han preparado la huida.

Bien claro estaba que el aviso sólo podía ser dirigido a los dos irlandeses deportados en Puerto Arturo.

—Pero en el penal no hay más que dos fenianos —repuso Karl—, y fíjate que en el papel se designa a tres fugitivos.

Evidentemente esto había de resultar inexplicable para los dos hermanos,

que no estaban en el secreto de la connivencia de Farnham y sus compatriotas.

—¿Tres? —repetía Karl Kip—; ¿quién es, pues, el que ha de evadirse con ellos?

—El tercero tal vez sea el portador de este aviso —contestó Pieter—. Tal vez sea el hombre que hemos visto rondar por el camino... Probablemente trataría de aproximarse a O'Brien o a Macarthy.

En este momento Pieter advirtió que los dos irlandeses cambiaban rápidamente unas cuantas palabras con uno de los guardianes, el que vigilaba su escuadra. De repente surgió en él la sospecha. Aquél, Farnham, era irlandés como ellos... ¿Sería acaso el tercer fugitivo de referencia?

Eran las seis de la tarde, y habiendo dado el jefe la señal de partida, la columna de forzados se puso en marcha hacia Puerto Arturo.

Los hermanos Kip iban a la cola de la columna, mientras que los irlandeses formaban en cabeza... ¡Qué angustiosa inquietud para éstos y para Farnham! ... No cabía duda de que Walter había depositado el papel, que se había extraviado o caído en manos extrañas.

Eran las siete cuando los forzados llegaron al penal, y, concluida la cena, Karl y Pieter Kip se reintegraron a su celda.

Por falta de luz no podían volver a leer el escrito, pero no era necesario; Pieter Kip lo retenía en la memoria palabra por palabra.

Sí, se preparaba una evasión; sí, O'Brien, Macarthy y Farnham eran los que proyectaban la fuga. Éste era el encargado de facilitar la huida, de proporcionar la ocasión, en la tarde del 5 de mayo, de ganar la punta Saint James.

Allí les recogería un bote del vapor llegado a Hobart Town con el objeto de libertarles... Si el estado del mar no le permitía dejar la rada, tendrían que esperar hasta el día siguiente..., tal vez más tiempo; ¡y quién sabe si los fugitivos no serían descubiertos, presos nuevamente, encerrados en el penal!...

—¡No importa! —declaró Karl Kip, que seguía el curso de las reflexiones de su hermano—; ¡tienen grandes probabilidades de lograr su propósito!... No necesitan ocultarse en el bosque, a riesgo de ser perseguidos por los vigilantes de los puestos destacados... No necesitan atravesar la empalizada del istmo, donde serían devorados por los perros... ¡Nada de esto! La costa no está más que a cinco millas, y precisamente los trabajos acortan la distancia... El barco irá a buscarles..., el bote les llevará a bordo..., en pocas horas habrán doblado el cabo Pillar, en tanto que nosotros..., nosotros...

—Estás divagando, hermano —dijo Pieter Kip—, olvidas que ni O'Brien, ni Macarthy, ni Farnham saben a estas horas lo que tú y yo conocemos.

—¡Es verdad, pobre gente!...

—Creo que no ignoran que el aviso fue depositado al pie del árbol, y hasta recuerdo haber visto a Farnham dirigirse hacia allí, sin duda con objeto de recogerlo... Pero el papel no lo han encontrado ellos. Hasta temerán que esté a estas horas en manos del gobernador. Y en este caso, saben que la evasión será imposible por las medidas de seguridad que se adopten.

—¡Pero el papel nadie lo ha leído más que tú y yo! —exclamó Karl—. Nadie conoce su contenido, y sólo depende de nosotros que la tentativa de evasión se efectúe...

—Sí, Karl, a condición de que O'Brien y Macarthy estén advertidos, ¡y no lo están!...

—¡Lo estarán, Pieter, lo estarán! No podemos olvidar que tomaron nuestra defensa... No podemos olvidar que se trata de dos patriotas, que no han cometido otro crimen que soñar con la independencia de su país.

—Mañana, Karl, encontraremos el medio de entregarles el escrito.

—Y —dijo Karl, cogiendo entre las suyas las manos de Pieter—, ¿por qué no hemos de huir nosotros con ellos?

Pieter esperaba esta proposición. Había pensado en ello y pesado el pro y el contra de la aventura. Sí, cuando llegase la ocasión, cuando diese el escrito a los irlandeses, cuando supiesen que todo estaba preparado para su evasión, que el barco iba a fondear cerca de la punta Saint James, que un bote había de recogerlos en la tarde del 5, Pieter podía decirles: «Pedimos a ustedes que nos admitan en su compañía, para huir también». ¿Acaso podrían contestar con una negativa? ¿Les rechazarían como indignos de seguirles?...

Los fenianos consideraban a los hermanos Kip como dos criminales que no merecían compasión, y ¿no les repugnaría proporcionar la libertad a los asesinos del capitán Gibson?

Pieter había reflexionado sobre todo esto, al mismo tiempo que pensaba en las diligencias que Hawkins no cesaba de practicar para obtener la revisión de su proceso... ¡No podía hacerse a la idea de la huida!

Mas, por otra parte, Karl no participaba de su confianza. La idea de una rehabilitación incierta y lejana no le tranquilizaba... Por lo tanto, lo que Pieter le dijo entonces le impresionó vivamente. Con el corazón oprimido, sentíase desfallecer escuchando a su hermano:

—Karl, escúchame... Lo he pensado mucho. Admito, sí, después de lo que hacemos por ellos..., admito que O'Brien y Macarthy no sean capaces de rechazarnos, a pesar de que no ven en nosotros más que dos miserables asesinos...

—¡Pero no lo somos! —exclamó Karl Kip.

—Lo somos para ellos..., como para tantos otros..., como para todos, excepto el bueno de Hawkins. Pues bien, si logramos escapar del penal, llegar a bordo de ese barco y refugiarnos en América, ¿qué habremos ganado?...

—¡La libertad, Pieter, la libertad!...

—¡La libertad, hermano, cuando nos veremos obligados a vivir bajo un nombre supuesto, cuando nuestra requisitoria se expedirá a la policía de todos los países..., cuando estaremos siempre bajo la amenaza de una extradición!... ¡Ah! Mi pobre Karl, al pensar en lo que será nuestra existencia en tales condiciones, me pregunto si no vale más quedarse en el presidio, si no es preferible esperar aquí la proclamación de nuestra inocencia...

Karl Kip permaneció silencioso. En su alma librábase un terrible combate. Comprendía la fuerza, la precisión de las razones que hacía valer su hermano. Realizada la evasión, su vida sería abominable, siempre con el estigma del crimen en la frente. A los ojos de los fenianos y de sus compañeros, los dos hermanos Kip no dejarían nunca de ser los asesinos del capitán Gibson.

Toda la noche estuvieron los dos hermanos debatiendo el asunto, hasta que Karl se dio por vencido... Si, para todo el mundo —hasta para Hawkins— la huida sería como una confesión de culpabilidad.

Los irlandeses y Farnham eran presa de la mayor intranquilidad. No era posible la duda... Farnham no se había equivocado... El hombre que iba y venía por el camino era Walter. Un papel envuelto en una hoja verde había sido depositado por él al pie del árbol... Si el escrito no estaba allí, ¿lo tendría ya el comandante del presidio? Tal vez el capitán Skirtle sabría a aquellas horas que se preparaba una tentativa de evasión en las condiciones que el aviso revelaba, que se trataba de los dos irlandeses en complicidad con su compatriota... Y entonces se extremarían contra ellos las medidas de rigor y tendrían que renunciar a la esperanza de recobrar su libertad.

Así es que no les hubiese sorprendido mucho que se presentaran los agentes para conducirlos a los calabozos del penal.

Al día siguiente era domingo, día en que no trabajan los forzados. El reglamento prescribe el cumplimiento de los ejercicios religiosos, después de los cuales permanecen en los patios del penal.

Cuando llegó la hora de dirigirse a la capilla, O'Brien y Macarthy sintieron disminuir sus temores. No habían sido objeto de ninguna medida disciplinaria, y sacaron como consecuencia que el comandante no había tenido conocimiento de lo que decía el escrito desaparecido.

En cuanto los presidiarios hubieron ocupado sus puestos, el sacerdote dio

comienzo a los divinos oficios, y ningún incidente interrumpió la ceremonia. Los dos irlandeses observaban a Farnham, cuya mirada significaba claramente: nada nuevo.

Skirtle asistía a la capilla, como todos los domingos, por orden de la autoridad superior. Su actitud no indicaba la preocupación que seguramente se hubiera retratado en su rostro en caso de tener noticia de la proyectada evasión.

Por otra parte, ninguno de los tres interesados pudieron observar que fuesen objeto de atención especial. Era, pues, probable que el papel hubiese sido barrido por el viento y ocultado entre la espesura.

Cuando el sacerdote hubo terminado la alocución con que siempre ponía fin a la ceremonia, los presidiarios salieron de la capilla para tomar el desayuno, esparciéndose por los patios.

Lo que Pieter Kip se proponía era encontrar a O'Brien y Macarthy entre los grupos, y entregarles el papel, diciendo:

«He recogido este escrito. Nadie más que mi hermano y yo lo conoce. Ustedes verán lo que tienen que hacer».

Luego se retiraría.

Pero como estaba prohibido a los penados hablar unos con otros el proyecto de Pieter Kip tenía sus riesgos. Sólo se trataba, después de todo, de deslizar el papel en manos de O'Brien o de su compañero, indicando su procedencia.

Por desgracia, lo que era relativamente fácil cuando los penados se agrupaban en los patios, resultaba difícil estando en las salas comunes. Allí los ochocientos o novecientos prisioneros estaban más estrechamente vigilados.

Un violento chaparrón obligó a los penados a retirarse de los patios, y ni Karl ni Pieter Kip encontraron ocasión propicia para acercarse a los dos irlandeses.

Y sin embargo, era indispensable que O'Brien y Macarthy quedasen enterados aquel mismo día.

Era el 4 de mayo, y, según el aviso, al día siguiente debían estar los fugitivos en la punta Saint James, donde había de esperarles el bote del Illinois.

En cuanto a la posibilidad de ganar el lugar convenido, he aquí cómo se la explicaban los hermanos Kip: Al día siguiente los penados trabajarían en la tala de árboles. Los trabajos se prolongaban de ordinario hasta las seis de la tarde. En este momento, cuando las escuadras formasen para regresar a Puerto

Arturo, Farnham se destacaría con los irlandeses, buscando un pretexto cualquiera. Nadie sospecharía de la complicidad del agente con los penados, y las escuadras se pondrían en movimiento sin preocuparse de la ausencia de los tres individuos. Claro es que si la ausencia se echaba de ver, el jefe daría la voz de alarma; pero con las sombras del crepúsculo y en medio de la espesura del bosque, sería más difícil dar con los fugitivos.

Por otra parte, si su ausencia no se notaba hasta después de que las escuadras de penados entrasen en Puerto Arturo, se dispararía un cañonazo que esparciría la alarma por toda la península. Pero como la costa sólo se encontraba a media milla del lugar donde se hallaban trabajando los irlandeses, los fugitivos habrían tenido tiempo más que sobrado para llegar a la punta Saint James. Si el bote estaba esperándoles, unos cuantos golpes de remo bastarían para ponerlos a salvo a bordo del Illinois, que al salir el sol se encontraría lejos de la costa.

Pero, ante todo, era necesario prevenir a los irlandeses, si no podía ser aquel mismo día, al siguiente por la mañana. Si durante la tarde no podía Pieter comunicar con ellos, sería imposible hacerlo durante la noche, puesto que su hermano y él ocupaban una celda separada, de la que no podían salir.

Tal era la situación: inquietudes de parte de los fenianos, pensando en el paradero del papel desaparecido; impaciencia de los hermanos Kip, por no haber podido prevenir todavía a uno de los dos irlandeses. Y el tiempo pasaba, y se acercaba la hora de encerrar a los penados en los dormitorios.

¿No bastaría que los irlandeses fuesen avisados a la mañana siguiente?... ¿No tendrían tiempo de evadirse durante todo el día? Además que para ganar la costa era indispensable que estuviesen fuera del penal... Pues bien: al día siguiente, durante el trabajo, ¿no había de encontrar uno de los dos hermanos la ocasión de aproximarse a cualquiera de los irlandeses, aprovechando la libertad que ambos Kip gozaban para el señalamiento de los árboles?...

Hacia las seis de la tarde, después de un día lluvioso, el cielo se despejó en el momento que el sol iba a desaparecer. El viento arrastraba las nubes. Los penados pudieron salir algunos minutos a los patios antes de entrar en los dormitorios, y, siempre bajo la vigilancia de sus guardianes, se dispersaron en una y otra dirección.

Tal vez se presentase ahora la ocasión de comunicar con O'Brien y Macarthy... Pieter era quien tenía el papel, y él debía intentar entregarlo a los fenianos.

A las siete, reglamentariamente, los penados entraban en los dormitorios, cincuenta aproximadamente en cada uno. Después de pasar lista se les encerraba hasta el día siguiente, y los hermanos Kip eran conducidos a su

celda.

Diversos grupos habíanse formado aquí y allá. No solían hablar del pasado: ¿para qué?; ni del presente: ¿qué se iba a decir que todos no supieran? ... Hablaban casi siempre del porvenir, según cada cual lo entrevía en sus esperanzas: alguna atenuación en la severidad del régimen penitenciario, a veces un indulto, tal vez una feliz evasión.

Ya hemos dicho que los hermanos Kip y los irlandeses apenas se veían. Desde el día que O'Brien y Macarthy recibieron con tanta frialdad los cumplimientos de Karl y Pieter Kip, no habían vuelto a dirigirse la palabra. No estando reunidos en las escuadras de trabajo, no se encontraban más que los días festivos, por la mañana o por la tarde.

El tiempo avanzaba. Era necesario que los irlandeses estuviesen solos en el momento de entregarles el aviso de Walter, y precisamente Farnham, rondando en torno de ellos, parecía no perderles de vista.

Ya hemos dicho que Pieter estaba en la creencia de que Farnham era cómplice de la tentativa y había de acompañar en la huida a los prisioneros. Pero si la hipótesis era errónea, y Farnham sorprendía a los hermanos Kip en conversación con los fenianos, todo estaba perdido... Y, sin embargo, ¡no!, Pieter Kip no se engañaba. Entre aquellos tres hombres cambiábase miradas de inteligencia, en las que se retrataba la inquietud... La impaciencia no les permitía estar parados cinco minutos en un sitio...

En aquel instante Farnham salió del patio a cumplir una orden que su jefe le diera en voz baja. Al pasar no pudo decir ni una sola palabra a sus compatriotas, que estaban como sobre ascuas... En la disposición de ánimo en que se encontraban, todo les parecía sospechoso. ¿Qué se quería a Farnham? ¿Por qué le habían llamado? ¿Sería que el comandante estaba enterado del escrito de Walter? ¿Se habría descubierto su complicidad?...

Presa de una emoción que no conseguían disimular, O'Brien y Macarthy dieron unos cuantos pasos hacia la puerta, como acechando la llegada de Farnham, preguntándose si no serían llamados ellos después...

En el lugar sombrío y desierto donde se habían detenido, parecía que no había riesgo alguno de ser visto ni oído.

Pieter Kip avanzó con paso rápido, se unió a los irlandeses, y con un movimiento pronto, cogió la mano de O'Brien, que quiso retirarla.

Pero el irlandés sintió que se deslizaba entre sus dedos un papel, en tanto que Pieter le decía en voz baja:

«—Es un escrito que le interesa... Ayer lo recogí cerca del camino, al pie de un árbol... Nadie lo conoce más que mi hermano y yo... No he podido

entregárselo a usted más pronto... Pero aún es tiempo... No es hasta mañana. Ustedes verán lo que deben hacer».

O'Brien había comprendido, pero tan grande era su emoción que no pudo contestar.

Y entonces Karl Kip, que se les había incorporado, añadió, dirigiéndose a los dos irlandeses:

«—¡Nosotros no somos asesinos, señores, y ya ven ustedes que tampoco somos traidores!»

XXVI. LA PUNTA SAINT JAMES

Al día siguiente, un poco después de las siete, tres fogonazos iluminaron sucesivamente la alta muralla del penal. Tres violentas detonaciones les sucedieron. Era el cañón de alarma que, retumbando por toda la superficie de la península de Tasmania, había de dar la alerta a todos los guardianes de la colonia penitenciaria. Los puestos destacados se pondrían en comunicación por medio de patrullas, los perros se agitarían a lo largo de la empalizada, queriendo romper sus cadenas, dispuestos a devorar a quien se aventurase por el istmo. Ningún rincón, ninguna espesura del bosque había de escaparse a las pesquisas de los guardias.

Estos tres cañonazos querían decir que acababa de descubrirse una evasión, y se tomaron inmediatamente todas las medidas del caso para evitar que los fugitivos pudieran abandonar la península.

El tiempo era tan malo, que era imposible escapar por mar. Ningún barco hubiera podido aproximarse al litoral, ningún bote atracar a la costa. No pudiendo franquear la empalizada del istmo, los evadidos se verían obligados a ocultarse en el bosque, y verosímilmente no tardarían en ser conducidos a Puerto Arturo.

El fuerte viento sudoeste agitaba el mar en Storm Bay y en toda la costa de la península.

Aquella tarde, al regresar al penal, hablase notado la falta de dos deportados de la quinta escuadra. Al conducirlos a Puerto Arturo, el jefe que iba a la cabeza de la columna no advirtió la desaparición de aquellos dos penados de la quinta escuadra, confiada a la vigilancia de Farnham, de quien nadie sospechaba.

Al pasar lista se descubrió la evasión, y se dio parte inmediatamente al comandante del penal.

Como se trataba de los irlandeses O'Brien y Macarthy, dos condenados políticos, lo probable era que contasen con el concurso de algunos amigos del exterior. Pero ¿en qué condiciones se habrían evadido? ¿Estarían ya a salvo?... Las pesquisas darían la respuesta, ahora que los tres cañonazos habían puesto sobre aviso a todo el personal de la península.

Aun cuando también se comprobó la ausencia de Farnham, no recayeron sobre él sospechas desde el primer momento. El capitán Skirtle se inclinaba a creer que los irlandeses se habrían desembarazado de él antes de emprender la fuga.

Como ya se ha dicho, era inadmisibile que O'Brien y Macarthy se hubieran escapado en una embarcación cualquiera, dado el estado del mar. Así es que, por orden de Skirtle, un destacamento de guardias se trasladó inmediatamente hacia el istmo para vigilar aquella parte y asegurarse de que los dogos de la empalizada hacían buena guardia. Los otros perros fueron soltados en la playa.

Una tentativa de evasión tiene siempre una extraordinaria resonancia entre el personal de una penitenciaría. Los deportados de Puerto Arturo no ignoraban que habían huido dos de sus compañeros, ni que se trataba de los dos irlandeses. ¡Y cómo excitaba la envidia de los miserables aquella tentativa!... Ellos, condenados por crímenes y delitos comunes, se ponían al mismo nivel que los deportados políticos... ¡Eran prisioneros como ellos y habían podido evadirse!... ¿Lograrían abandonar la península, franquear la empalizada del istmo?... ¿Estaban ocultos en el bosque esperando algún socorro del exterior?...

Lo que se decía en los dormitorios, repetíase en la celda de los hermanos Kip. Pero éstos sabían lo que los demás ignoraban: que un vapor había de recoger a los fugitivos... ¿Estaría el bote en la punta Saint James a la hora prefijada?

—No, no es posible —decía Karl Kip, contestando a las preguntas de su hermano—. Las ráfagas de viento soplan furiosamente sobre Storm Bay. Ningún bote podría atracar. Un barco grande, un vapor no se arriesgaría a aproximarse tanto al litoral...

—Entonces —observó Pieter— esos desgraciados no tendrán más remedio que pasarse la noche sobre las rocas.

—La noche y todo el día de mañana; porque la evasión no puede hacerse a plena luz... ¡Y quién sabe si esta tempestad habrá cedido en veinticuatro horas!

Durante aquella noche ninguno de los dos hermanos pudo conciliar el sueño. En tanto que la tormenta azotaba la estrecha ventana de su celda, escuchaban si se producía algún ruido anormal que indicase la captura de los

fugitivos.

He aquí en qué condiciones se había efectuado aquel día la evasión de O'Brien y Macarthy, con la complicidad de su compatriota Farnham.

Eran las seis de la tarde. Las escuadras acababan su trabajo, y el bosque se perdía ya en la sombra. El jefe daría enseguida la orden de marcha hacia Puerto Arturo.

En este momento los hermanos Kip observaron que Farnham se aproximaba a los irlandeses, diciéndoles una palabra en voz baja. Luego le siguieron hasta la linde del bosque, deteniéndose ante uno de los árboles marcados para ser abatidos.

El jefe del destacamento no se preocupó al verles separarse en aquella dirección bajo la vigilancia de un guardia, y permanecieron los tres en aquel lugar hasta el momento en que las escuadras formaron en columna para dirigirse al penal.

Aprovechando el movimiento que precedió a la formación, los tres individuos desaparecieron, y nadie echó de ver que no se habían incorporado a la columna hasta que se pasó lista en el patio del presidio.

Al amparo de la creciente oscuridad, los tres fugitivos pudieron alejarse sin ser vistos. A fin de evitar el encuentro con una patrulla que regresaba al puerto próximo, tuvieron que agazaparse en el fondo de una espesura, teniendo cuidado de que no les denunciase el soniquete de las cadenas que O'Brien y Macarthy llevaban al pie y a la cintura.

Cuando pasó la patrulla volvieron a emprender el camino, deteniéndose a veces, con el oído atento al menor ruido, y lograron ganar la cresta de aquel derrumbadero, al pie del cual se extendía la punta Saint James.

La oscuridad envolvía entonces toda la península de Tasmania, oscuridad tanto más profunda, cuanto que las densas nubes, empujadas por el viento del oeste, llenaban el espacio.

Eran las seis y media cuando los fugitivos hicieron alto para observar la bahía.

—¡No hay ningún barco! —dijo O'Brien.

Y efectivamente, la bahía estaba desierta, pues, a falta de su silueta invisible en la sombra, las luces de a bordo hubieran denunciado la presencia de un barco cualquiera.

—Farnham —preguntó Macarthy—, ¿estás seguro de que ésta es la costa de Saint James?

—Si —declaró el interpelado—; pero dudo que haya podido atracar un

bote a la costa.

¡Y cómo iban a esperar en aquella altura oyendo toda la noche los mugidos del mar y recibiendo las salpicaduras de las furiosas olas!...

Farnham y sus compañeros se dirigieron hacia la izquierda y bajaron a la playa con el fin de ganar el extremo de la punta.

Era una especie de cabo estrecho, atestado de rocas que formaban una reducida caleta, donde una embarcación hubiera encontrado tranquilo fondeadero si lograra franquear los arrecifes contra los cuales rompía el mar con extraordinaria violencia.

Cuando llegaron a aquella extremidad de tierra, después de haber tenido que luchar con la tormenta, los fugitivos se pusieron al abrigo de una alta roca. El aviso de Walter les prescribía encontrarse allí aquella noche, y ellos lo cumplían estrictamente, aunque sin la esperanza de ser recogidos aquella noche. El escrito precavía el retraso:

«Si por causa del tiempo no hubiera podido salir de Hobart Town y atravesar la bahía, esperar en dicho punto y vigilar desde el anochecer hasta la salida del sol».

Había que atenerse a estas prescripciones.

—Busquemos un abrigo —dijo O'Brien—; un agujero cualquiera donde pasar la noche y el día de mañana.

—Sin alejarnos de la punta —añadió Macarthy.

—Venid —les dijo Farnham.

En previsión del mal tiempo, éste se había cuidado de reconocer aquella playa salvaje y desierta durante su última salida del domingo. Tal vez en su base la roca ofrecería alguna anfractuosidad donde los tres fugitivos pudieran ocultarse hasta la llegada de la embarcación. Farnham descubrió un escondrijo, donde depositó algunos víveres, galletas y carne fiambre, comprados en Puerto Arturo, más una garrafa que llenó de agua fresca en un río próximo.

En medio de las tinieblas, azotados por las violentas ráfagas, no les fue muy fácil encontrar aquella excavación, y los fugitivos estuvieron dando vueltas y más vueltas por la playa antes de topar con el lugar deseado.

—Aquí es —dijo al fin Farnham.

En un instante se introdujeron los tres en una cavidad profunda, de más de cinco o seis pies, donde estarían al abrigo de la tempestad. Los víveres estaban tal y como Farnham los dejara.

Apenas se habían instalado los tres compatriotas cuando oyeron una triple detonación, dominando el fragor de la tormenta.

Era el cañón de Puerto Arturo.

—Ya se ha descubierto la evasión —exclamó Macarthy.

—Y se sabe quiénes son los evadidos —añadió O'Brien.

—¡Pero no están cogidos! —dijo Farnham.

—¡Y no se dejarán coger! —declaró O'Brien.

En primer lugar convenía que los dos deportados se librasen de la cadena, por si era necesario huir, y a este fin Farnham se había provisto de una lima.

Era evidente que durante aquella noche ningún bote podría atracar a la costa, y sería una locura pensar que un vapor había de aventurarse, de noche y con borrasca, por entre aquellos formidables arrecifes, que se extendían desde el fondo de Storm Bay hasta el cabo Pillar.

A pesar de todo, su sobreexcitación era tan grande, que los fugitivos no pudieron resistir a la necesidad de observar las proximidades de la punta. Varias veces dejaron su abrigo sin temor a ser vistos; varias veces se arrastraron por la playa buscando en vano en aquella oscuridad una luz de a bordo.

Luego, reintegrados a su escondrijo, cambiaron impresiones acerca del día siguiente, que sería de los más peligrosos.

Efectivamente, después de registrar los alrededores de Puerto Arturo y el bosque hasta el istmo, los guardianes extenderían sus pesquisas hacia el litoral, y los perros, amaestrados para la caza de fugitivos, ¿no descubrirían el escondrijo donde estaban ocultos Farnham y sus compañeros?...

En el curso de la conversación, O'Brien pronunció el nombre de los hermanos Kip, haciendo referencia al inestimable servicio que les habían prestado.

—¡No! —exclamó él—. ¡No!... No son asesinos... ¡Ellos lo han dicho, y yo lo creo!

—Son dos grandes corazones —añadió Macarthy—. Denunciándonos, podían esperar que se les tendría en cuenta... ¡y no lo han hecho!

—He oído hablar varias veces de ese crimen en Hobart Town —repuso entonces Farnham—; del asesinato del capitán del James Cook... y hasta las personas que pasaban por afectas a los hermanos Kip creen que el fallo ha sido justo...

—¡Pues son inocentes! —repitió O'Brien—. ¡Y cuando pienso que rechacé

su mano!... ¡Ah! Pobre gente... Tengo la evidencia de que no son culpables, y en ese presidio de Puerto Arturo, confundidos con tanto criminal, deben de sufrir horriblemente... ¡Tanto como nosotros hemos sufrido! Pero nosotros estábamos por haber querido arrancar a nuestro país de las garras de Inglaterra; nosotros tenemos amigos que nos quieren, que nos auxilian, que tratan de salvarnos, en tanto que esos infelices son objeto de la abominación universal y estarán encerrados ahí toda la vida... ¡Ah! Cuando se han acercado a nosotros para entregarnos el aviso de Walter, yo debiera haberles dicho: «¡Huyamos juntos!... Nuestros compatriotas recibirán a ustedes como hermanos... ¡Vengan, vengan!...»

La noche avanzaba lluviosa y glacial. Los fugitivos experimentaban los efectos del frío, y, sin embargo temían que llegase la luz del nuevo día. Los lejanos ladridos, que llegaban hasta ellos, les indicaban que los perros andaban sueltos para darles caza. Acostumbrados a olfatear a los forzados, a reconocer el uniforme del presidio, estos animales podían descubrir la guarida de los tres irlandeses.

Poco después de media noche la playa aparecía cubierta por la marea, que subía a impulsos del viento del oeste. El mar se encrespó de tal modo, que las olas rompían al pie de la roca donde se habían refugiado los fugitivos. El agua entró en el escondrijo, cubriéndoles hasta media pierna. Afortunadamente, no llegó más arriba, y el reflujo arrastró las aguas, a pesar de la resistencia del viento.

Antes del amanecer, la tempestad mostró tendencia a amainar. El viento cambió de cuadrante, haciendo la bahía más practicable. Farnham, O'Brien y Macarthy podían esperar que el mar se tornaría sereno. Cuando aparecieron las primeras luces del alba la situación había mejorado sensiblemente. Aunque las olas rompían aún contra la punta, una embarcación bien dirigida hubiera podido atracar a la costa.

Pero era necesario esperar las sombras de la noche para arriesgarse a salir a la playa.

Farnham hizo tres partes de los comestibles que habían llevado, la galleta y la carne fiambre. Era conveniente no prodigarlos, en previsión de un retraso fortuito, puesto que no había medio de renovar los alimentos. En cuanto al agua dulce, fácil sería cogerla en cualquier riachuelo en cuanto llegase la noche.

Transcurrió parte de la mañana sin que ocurriera incidente alguno. La tormenta cesó por completo y el sol reapareció por entre las últimas nubes que se desvanecían hacia el este.

—El vapor podrá salir de Hobart Town —dijo O'Brien—, atravesar Storm

Bay, y lo tendremos a la vista esta misma tarde.

—Pero se vigilará cuidadosamente la costa —observó Macarthy.

—Razonemos —repuso O'Brien—. Nadie sabe en Puerto Arturo que el barco ha llegado de América para recogerlos a bordo, ni que se nos ha dado cita en la punta Saint James... Lógicamente, ¿qué pueden sospechar? Que estamos escondidos en el bosque, y hacia allí dirigirán todas las pesquisas más bien que sobre el litoral...

—¿Y qué será de Walter? —preguntó Farnham—. Hace dos días, el sábado, le vimos en el camino de Puerto Arturo. ¿Habrá vuelto a Hobart Town?... Es lo probable. A bordo ya del vapor, habrá dicho al capitán que esperaríamos aquí en la noche del lunes.

—Seguramente —respondió Macarthy—, pues si Walter no se hubiera ido a Hobart Town, estaría ahora con nosotros... En medio de la oscuridad no le hubiese sido difícil burlar las patrullas.

—Soy de la misma opinión —declaró O'Brien—; Walter debió salir de Puerto Arturo el domingo en uno de los vapores que hacen el servicio de la bahía.

—Y debernos confiar —añadió Farnham— que apresurará la salida del vapor. Tengamos paciencia hasta que pase el día. En cuanto llegue la noche, el bote atracará a la punta.

—¡Dios lo quiera! —respondió O'Brien.

Poco después de mediodía se produjo una viva alarma. Oyéronse distintamente voces que procedían de la cresta del derrumbadero, a unos cien pies sobre el escondrijo que abrigaba a los tres fugitivos.

Al mismo tiempo resonaban los ladridos de los perros, azuzados por sus amos.

—¡Los guardias, los dogos! —exclamó Farnham—. ¡Éste es el peligro mayor!

Era de temer, en efecto, que estos animales bajasen a la playa, donde los guardias les seguirían por el sendero que Farnham había tomado la víspera. Allí los perros husmearían por todas partes, su instinto les guiaría hacia la base de la roca, y acabarían por descubrir la guarida de los fugitivos... ¿Y qué resistencia podrían oponer O'Brien, Macarthy y Farnham a una docena de hombres armados?... No tendrían más que cogerlos y conducirlos al penal, donde ya se sabía la suerte que les esperaba... ¡La doble cadena y el calabozo para O'Brien y Macarthy!... ¡La muerte para Farnham, convicto de haber favorecido la fuga!

Los tres permanecían inmóviles en el fondo de su cavidad. No era posible salir sin ser vistos. ¿Y dónde refugiarse mejor que donde estaban?... Para no volver al presidio no tendrían más remedio que arrojarse al mar. ¡Todo antes que caer en manos de los constables!

Las voces de éstos llegaban hasta ellos. Oían las frases que se cambiaban en el mismo borde de la roca, los gritos de sus perseguidores mezclados con los ladridos de los perros.

—¡Por aquí, por aquí! —repetía uno de ellos.

—Dejad a los perros —contestó otro—, y registremos esta playa antes de regresar al puesto.

—¿A santo de qué iban a venir aquí?... —contestó el brutal jefe, que Farnham reconoció por la voz—. Seguro que no han pensado salvarse a nado, y en el bosque es donde tenemos que seguir buscando.

O'Brien había cogido las manos de sus compañeros. Después de aquella observación del jefe, lo probable era que los guardias se alejasen. Pero uno de ellos contestó:

—No perdemos nada con echar un vistazo... Bajemos a la playa por el sendero. ¡Quién sabe si estarán los tres ocultos en cualquier hueco de las rocas!

¿Los tres?... ¡De modo que se daba como seguro que Farnham, cómplice en la tentativa de evasión, estaba con los dos irlandeses!...

Las frases oyéronse menos distintamente, prueba de que los perseguidores se dirigían hacia el sendero; los gruñidos de los perros se aproximaban.

Una feliz circunstancia iba a impedir, tal vez, que los fugitivos fuesen descubiertos.

El mar inundaba la playa hasta el pie de las rocas, y las últimas palpitations de la resaca bañaban la excavación. Era imposible advertir la abertura, a menos que se diese la vuelta a todo el rocoso promontorio. De la punta Saint James no se veía más que las extremas rocas cubiertas por la espuma del oleaje. Necesitaríanse dos horas de reflujo para que la playa quedase practicable. Así es que probablemente los perseguidores no permanecerían allí mucho tiempo, apresurándose a buscar mejor pista.

Sin embargo, los perros ladraban furiosamente, y su instinto, sin duda, les empujaba hacia la playa. Uno de ellos se lanzó al agua, pero los otros no le siguieron.

En el mismo momento el jefe dio la orden de retirada. Todo aquel tumulto, todo aquel ruido de ladridos y voces fue disminuyendo, hasta sólo oírse el

incesante batir del mar contra las rocas.

XXVII. LA EVASIÓN

El peligro estaba alejado, pero no conjurado. Después de registrar el bosque, continuarían las pesquisas por todo el litoral.

Conviene repetir que si alguna vez las evasiones han tenido éxito en el presidio de Puerto Arturo, han sido realizadas por mar. O los penados logran llegar a bordo de un barco, o lo construyen ellos mismos, pudiendo así ganar algún otro punto de Storm Bay. Atravesar el istmo sería un intento descabellado. Los refugiados en la espesura del bosque fueron siempre descubiertos, pasados más o menos días. El comandante del presidio lo sabía perfectamente, y la persecución de los evadidos se dirigía siempre hacia el bosque cuando el temporal impedía la fuga por mar.

Puesto que la tormenta había cedido y el litoral resultaba ya abordable, los destacamentos de constables registrarían todos los rincones de la costa.

O'Brien, Macarthy y Farnham, que veían claramente su situación, volvieron a ser presa de indecible angustia. ¡Qué interminables les parecieron aquellas horas de la tarde, siempre alerta, escuchando los ruidos del exterior, creyendo oír sobre la playa los pasos de sus perseguidores, los ladridos de los feroces perros, temiendo a cada instante ver aparecer un dogo que se precipitaría sobre ellos!...

A veces recobraban la confianza. Sin arriesgarse fuera, podían abarcar con la mirada una vasta extensión de la bahía, divisar los barcos que pasaban a lo lejos. Alguna que otra vela dibujose sobre el horizonte en cuanto el viento norte se tomó en blanda brisa. Varios barcos volvían bordeando, después de haber doblado el cabo Pillar. Farnham recordaba perfectamente que la nave salvadora fondeada en Hobart Town era el vapor americano Illinois. Era, pues, una columna de humo lo que él y sus compañeros anhelaban ver en el horizonte: ¡el humo anunciador del barco esperado en medio de tantos peligros!...

Todavía era demasiado pronto. Entre Hobart Town y la punta Saint James no hay más que una veintena de millas. Bastaría, por lo tanto, que el Illinois saliese de la rada a las seis de la tarde, pues no sería prudente aproximarse a la punta antes de que las sombras de la noche permitiesen enviar el bote que había de recoger a los fugitivos.

—Pero ¿sabrán a bordo que hemos conseguido escapar?... —preguntó Macarthy.

—¡No cabe duda! —contestó Farnham—. Hace ya veintiséis horas que estamos aquí, y desde esta mañana todo Hobart Town tiene noticia de la evasión. Al gobernador se le habrá notificado por telégrafo, y además, yo creo que Walter estará a bordo del Illinois. Si el vapor no ha podido salir por el temporal, no tardará en levar anclas con rumbo a esta parte.

—Son ya las cinco —observó O'Brien—, y dentro de hora y media la oscuridad dificultará mucho distinguir la punta Saint James. ¿Cómo se las arreglará el capitán del Illinois para enviarnos el bote?...

—Tengo la seguridad de que habrá tomado bien sus medidas. Alguien irá a bordo que conozca perfectamente toda esta parte del litoral. Aunque llegue la noche, la oscuridad no será obstáculo para que...

—¡Un vapor! —exclamó Macarthy.

En dirección noroeste, sobre la línea del horizonte, aparecía una nubecilla grisácea, que velaba el sol poniente.

—¿Será el nuestro?... ¿Será el Illinois? —dijo con voz temblorosa O'Brien, que se hubiera lanzado a la playa si Farnham no le hubiese retenido prudentemente.

En tiempo normal los vapores cruzan de continuo por Storm Bay. El que acababa de divisarse tal vez tratara de poner rumbo al sudeste para salir de la bahía y entrar en alta mar. Nada autorizaba a afirmar que se dirigiera hacia la costa.

La emoción de los fugitivos fue más viva que nunca, más grande aún que cuando los guardias del presidio bajaron por el sendero azuzando a los perros para que se precipitaran en la playa. En cambio, tampoco habían experimentado hasta aquel momento tan grande esperanza de salvación. La nubecilla de humo dirigíase visiblemente hacia el sudeste. Antes de media hora, con luz todavía, habían de ver el barco proyectándose sobre el horizonte. A juzgar por la poca intensidad del humo, el vapor no forzaba la marcha. Si era el Illinois, no tenía necesidad de hacerlo, pues navegando a media máquina, encontraríase al llegar la noche a unos cuantos cables de la punta Saint James, y podría echar el bote al agua sin riesgo de ser descubierta la maniobra.

De repente O'Brien lanzó un grito desesperado...

—¡No es el nuestro! ¡No es el Illinois!...

—¿Por qué? —preguntó Farnham.

—¡Mirad!

El vapor acababa de tomar nueva dirección, que había de alejarlo de la

península. Maniobraba como hacen los barcos que tratan de doblar el cabo Pillar para salir de Storm Bay.

¡Y después de aquella mortal espera de todo un día, iba a caer la noche!... Desvanecía la esperanza de haber llegado la hora de salvación, de que aquel barco les recogería a bordo... El vapor se alejaba de la península con rumbo a alta mar.

¡No era aquél el Illinois anunciado por Walter!... El vapor americano debía de estar aún en la rada de Hobart Town... Pero todavía era tiempo... Tal vez llegase a media noche...

Pues bien, se esperaba, se vigilaría... En cuanto llegase la noche, los fugitivos atravesarían la playa, se apostarían en las rocas más avanzadas de la punta... Si se aproximaba un vapor, oirían las trepidaciones de la máquina, el trájín de su hélice... Si echaba un bote al agua, lo atraerían hacia los arrecifes... Si la resaca le impedía atracar, ellos llegarían hasta él a nado... ¡Sí! ¡Arriesgarían hasta la vida! ¡Todo menos volver al presidio!...

El sol acababa de ocultarse detrás del horizonte. El crepúsculo es allí muy breve en esa época del año. La bahía y el litoral no tardarían en confundirse bajo las sombras de la noche. La luna, en cuarto menguante, no luciría antes de las tres de la mañana. Bajo un cielo sin estrellas, velado por nubes inmóviles, la noche sería oscura.

En aquel momento reinaba un profundo silencio en el espacio. La brisa, que había caído con la tarde, no se dejaba sentir más que por débiles e intermitentes soplos. Los fugitivos hubiesen podido advertir la marcha de un vapor a distancia de dos o tres millas, y a la de cinco o seis cables la aproximación de un bote impulsado por sus remos.

O'Brien se consumía de impaciencia, y quiso, a pesar de sus compañeros, ganar la punta Saint James.

Era una imprudencia, porque alumbraba aún la última luz del crepúsculo, y si los vigilantes estaban en lo alto del derrumbadero, podría ser descubierto. Parecía, no obstante, que aquella parte del litoral estaba desierta.

Arrastrándose por la arena, O'Brien avanzó hacia el mar. La punta Saint James terminaba en enormes rocas, que en la baja marea aparecían prolongadas mar adentro hasta unos doscientos o trescientos pies, inclinándose luego hacia el norte.

En aquel instante la voz de O'Brien llegó hasta Farnham, acurrucado cerca de Macarthy en el fondo de su escondrijo.

—¡A la punta..., a la punta! —exclamó aquél.

¿Había divisado algún bote o al menos escuchado ruido de remos?... Era

preciso acudir al llamamiento, y fueron a unirse a su compañero, arrastrándose por la playa.

Cuando los tres estuvieron reunidos al pie de las primeras rocas, O'Brien dijo:

—¡He creído, o creo, que viene un bote!...

—¿De qué lado?

—Por aquí.

Y O'Brien señalaba al noroeste.

Era precisamente la dirección que había de llevar un bote que tratase de penetrar por entre los arrecifes.

Macarthy y Farnham escucharon. También ellos creyeron oír el ruido rítmico de los remos. No había duda: un bote avanzaba hacia ellos con lentitud, como inseguro de su ruta.

—¡Sí..., sí! —repitió Farnham—. ¡Es el choque de los remos!... ¡Es un bote!...

—¡Es el del Illinois! —añadió O'Brien.

Efectivamente; no podía ser más que el del vapor enviado al lugar convenido. Pero en medio de la oscuridad creciente, en vano era que los fugitivos trataran de distinguir el barco. Tal vez estaría fondeado a más de una milla, tanto por no llamar la atención de los vigilantes, como por no aproximarse demasiado a aquella costa sembrada de arrecifes.

No había más remedio que aproximarse a la orilla todo lo posible para esperar al bote, darle prisa e indicarle la dirección, si fuera menester, y saltar inmediatamente a bordo en cuanto atracase a las rocas...

De improviso oyéronse ladridos en lo alto del derrumbadero, acompañados de voces y gritos.

La cresta estaba ocupada por un destacamento de constables con una docena de perros. Después de registrar todo el bosque, habían vuelto hacia aquella parte de la costa.

Los fugitivos comprendieron que habían sido descubiertos al atravesar la playa. Tal vez las voces de O'Brien les habían traicionado.

La única probabilidad de salvación estribaba en la pronta llegada del bote, y no estaba en sus manos el darle prisa... Si no se habían equivocado, si efectivamente la nave salvadora se aproximaba, ¿podría recogerlos antes de que sus perseguidores llegasen a la punta?... ¿Los marineros que la tripulaban se decidirían a atracar al oír el ruido de lucha?... Por otra parte, ¿se

encontrarían con fuerza para atacar a los guardianes del presidio y arrancarles de las manos los prisioneros, en caso de que los fugitivos cayesen en su poder?

—¡Los perros, los perros! —exclamó en aquel momento Macarthy.

Cuatro o cinco de estos animales estaban ya en la playa, y sus ladridos resonaban con furor.

Casi al mismo tiempo apareció un grupo de constables con el revólver en la mano.

—¡Por aquí, por aquí! —gritaban.

—¡Allí están los tres!...

—¡A la punta, a la punta!...

—¡Ahí viene un bote!...

O'Brien no se había equivocado. Una embarcación trataba de atracar. Desde su escondrijo no la pudo divisar, pero los vigilantes habíanla visto desde la altura, y creyeron desde el primer momento que se dirigía a la costa con intención de salvar a los irlandeses. Observando más atentamente, vieron a lo lejos un barco sospechoso.

También lo habían visto dos forzados que, estando en aquellas cercanías, avanzaron hasta la cresta del derrumbadero. Eran Karl y Pieter Kip.

Pasaron todo aquel día muy preocupados. Consideraban que el temporal de la víspera no habría permitido al vapor americano acercarse a la costa... Pensaban que los tres fugitivos se habrían refugiado en cualquier excavación durante la noche anterior y todo aquel día... ¿Y cómo se habrían pro, curado un poco de comida?...

Verdad es que la tempestad había cesado, dejando la bahía practicable. Lo que no fue posible la víspera, se efectuaría aquella misma noche en cuanto la oscuridad velase el espacio.

Como de costumbre, los hermanos Kip habían dejado el penal desde por la mañana para dedicarse a los trabajos del exterior. Cuando estuvieron en la proximidad de la punta, buscaron con ansiedad en el horizonte la nubecilla de humo que indicara la llegada del vapor.

Transcurrió el día sin incidente alguno, y diez minutos antes de dar la señal de partida, oyéronse gritos y ladridos hacia aquella parte del litoral.

—¡Desgraciados! ¡Han sido descubiertos! —exclamó Karl Kip.

En aquel instante diez o doce constables dejaron la vigilancia de sus escuadras a sus camaradas y corrieron en aquella dirección; los hermanos Kip les siguieron sin que nadie lo advirtiera.

Cuando llegaron a la cresta echáronse en el suelo y miraron hacia abajo.

Un bote se deslizaba a lo largo de la costa tratando de ganar la punta Saint James.

—¡Llegará tarde! —dijo Karl.

—¡Esos pobres van a ser cogidos! —añadió su hermano—. ¡Y no poder socorrerles!...

Apenas había pronunciado Karl estas palabras, levantose apresuradamente y dijo a su hermano:

—¡Sígueme!

Un minuto después bajaban por el sendero hacia la playa.

El bote del Illinois doblaba entonces las extremas rocas de la punta. Aunque habían visto correr a los constables y a los perros, al oficial americano y a sus marineros no les pasó por la mente desistir de su intento.

Impulsando el bote con todo su vigor, a riesgo de estrellarse contra los arrecifes, hicieron un esfuerzo para llegar a la punta antes que los perseguidores.

Pero cuando la embarcación estuvo a la orilla, ya era tarde. O'Brien, Macarthy y Farnham estaban en manos de los constables, a pesar de toda su resistencia.

—¡Adelante, adelante! —gritó el oficial americano.

Sus marineros, armados de machetes y revólveres, se precipitaron en la playa para rescatar a los fugitivos.

Entablose una lucha encarnizada. Los americanos sólo eran ocho: el oficial, el timonel y seis marineros. Aun contando a los tres irlandeses, no sumaban más que once contra una veintena de la parte contraria.

Además, los perros, esos dogos feroces, no habían de ser los adversarios menos peligrosos.

Así es que para ellos fueron los primeros disparos. Sonaron unas cuantas detonaciones. Las balas hicieron blanco en dos de aquellos animales, que cayeron muertos, y los demás huyeron, desgarrando el aire con sus ladridos.

Los combatientes se atacaron entonces con violencia en medio de la sombra. Macarthy y Farnham, que no habían podido desasirse, eran ya arrastrados tierra adentro cuando dos hombres cerraron el paso a los constables.

Karl Kip y su hermano se precipitaron sobre ellos, consiguiendo

arrancarles los prisioneros.

Los disparos se sucedieron, produciendo heridos de una y otra parte. La lucha, en aquel reducido espacio de la punta, era imposible sostenerla con ventaja para los americanos. El oficial y los marineros del Illinois se veían obligados a abandonar la partida. Los fugitivos no lograrían su intento, ¡y quién sabe si los que trataban de salvarlos no pagarían con su libertad en las prisiones de Hobart Town aquella generosa tentativa en favor de los irlandeses!...

Afortunadamente, los del Illinois oyeron las detonaciones, comprendiendo que se había entablado una lucha, en la que era necesario intervenir.

El capitán del vapor dio orden de avanzar, y cuando estuvo a dos cables de la punta, echó al agua otro bote con una docena de marineros. En algunos instantes llegó a tierra este refuerzo, y las cosas cambiaron inmediatamente. Los constables tuvieron que batirse en retirada, abandonando a los prisioneros y recogiendo a sus heridos. En cuanto al oficial y los marineros, apresuráronse a embarcar en los dos botes con los tres fugitivos, después de cambiar unos cuantos disparos más.

En aquel instante los hermanos Kip, llamando a O'Brien, dijeron:

—¡Salvados!... ¡Estáis salvados!...

—¡Y vosotros también! —exclamó el irlandés.

Y antes de que Karl y Pieter se dieran cuenta, a un signo de O'Brien, los marineros se apoderaron de los dos hermanos, que fueron arrastrados hasta uno de los botes.

Cinco minutos después estaban todos a bordo del Illinois, que puso la proa hacia la entrada de Storm Bay, dobló el cabo Pillar y entró a toda máquina en alta mar

XXVIII. LA CAUSA DE LOS KIP

Hacía tiempo que en Hobart Town volvía a tratarse con vivo interés del proceso Kip. Aunque se había operado cierto cambio en la opinión, la gente estaba aún lejos de pensar que Karl y Pieter fueran víctimas de un error judicial. Pero se sabía que Hawkins les juzgaba inocentes. Nadie ignoraba que el armador hacía incesantes gestiones cerca del gobernador de Tasmania. Así es que algunos ya decían:

—¡La verdad es que si el señor Hawkins tuviese razón!...

Sin embargo, para la mayor parte de la población la culpabilidad de los dos hermanos era evidente, y el proceso hubiera hecho ya tiempo que estaría olvidado sin la energía del armador, que se había propuesto conseguir la revisión.

La visita a Puerto Arturo reforzó la convicción de Hawkins; los informes del comandante del presidio, la conducta de los dos hermanos en el penal, el acto de arrojo realizado por el mayor, su digna actitud, las sospechas recaídas sobre los verdaderos autores del crimen, el profundo reconocimiento de los Kip cuando les hizo entrever alguna esperanza, todo había hecho que su creencia se afirmara cada vez más. Además, ¿cómo era posible olvidar sus relaciones con los náufragos holandeses, su conducta a bordo cuando el ataque de los papúas, y, por último, que Karl Kip había salvado el James Cook, perdido irremisiblemente en manos de Flig Balt?

No; Hawkins no desmayaba. ¡Firme en su idea, él solo arrancararía al proceso su secreto; él haría resplandecer la inocencia de los infelices condenados!

La señora Hawkins compartía la convicción de su marido, si no la esperanza en el éxito. Le daba ánimos, comprendiendo que la opinión era refractaria. Sufría al verle animoso unas veces, otras desalentado, y ella, por su parte, no cesaba de hacer ambiente en el círculo de sus relaciones. Pero la mayor parte se mostraban resistentes, impresionados todavía por aquel espantoso asesinato, seguido de una condena a pena capital.

La viuda de Gibson fue una de las más difíciles de vencer. Al principio se negó hasta a escuchar a su amiga. En su inmenso dolor sólo veía una cosa: que su marido no existía. Sin embargo, la señora Hawkins mostrose tan insistente y afirmativa, que aquélla concluyó por escuchar, y al llegar a concebir la posibilidad de que los hermanos Kip no fuesen los asesinos, se espantó ante el pensamiento de que dos inocentes estaban tal vez sufriendo injusta condena en aquel infierno de Puerto Arturo.

—¡Ya saldrán! —repetía la señora Hawkins—. ¡Tarde o temprano, brillará la verdad, y los verdaderos culpables serán castigados!...

Pero si la viuda de Gibson estaba bajo la influencia de su amiga, el hijo continuaba obstinado en asegurar la culpabilidad de los dos hermanos. Aunque quería y respetaba mucho al armador; no se rindió jamás a sus razones. Nat Gibson atenía a los hechos materiales patentizados en el sumario. Así es que, cuando Hawkins le habló de sus sospechas acerca de Flig Balt y Vin Mod, Nat se limitó a contestar:

—Señor Hawkins, los papeles y el dinero de mi padre, el arma con que le asesinaron, fueron encontrados en la habitación y en la maleta de los dos

hermanos... Sería preciso probar que Flig Balt o Vin Mod los pusieron allí, y esto no se demostrará nunca...

—¡Quién sabe, mi pobre Nat! —contestó Hawkins—. ¡Quién sabe!...

Cuando el armador trató de indagar algo acerca de esto, interrogando al posadero, no obtuvo resultado. Aquel hombre no recordaba si en aquella época había estado alquilada la habitación contigua a los Kip, y en su casa nadie había visto nunca a Vin Mod.

La tenacidad de Hawkins por conseguir la revisión del proceso llegó a ser considerada por algunos como una verdadera monomanía.

En la mañana del 7 de mayo, una inesperada noticia se esparció por toda la ciudad.

El gobernador acababa de recibir un telegrama dándole cuenta de una evasión de forzados. Dos delincuentes políticos, dos fenianos, y uno de los constables, compatriota y cómplice, habían conseguido fugarse en un vapor enviado expresamente por sus amigos de América. Al mismo tiempo, otros dos penados, aprovechando la ocasión, habían huido con ellos.

Estos dos presidiarios, condenados por asesinato, eran los holandeses Karl y Pieter Kip.

Durante la lucha entre marineros y guardias del presidio, los dos hermanos llegaron en socorro de los tres fugitivos. Nadie podía creer que hubiesen embarcado en contra de su voluntad, como sabemos. Todo el mundo estaba seguro de que estaban de acuerdo con los fenianos para evadirse con ellos.

Así lo declararon los constables cuando llegaron al penal, donde ya se había advertido la ausencia de Karl y Pieter Kip. Esto fue lo que el comandante informó al gobernador general al darle cuenta de la quintuple evasión.

La noticia produjo una gran impresión en Hobart Town. Hawkins fue uno de los primeros en conocerla, porque el gobernador le llamó para comunicársela. Cuando tuvo ante sus ojos el telegrama expedido desde Puerto Arturo, se le cayó el papel de las manos. No podía dar crédito a lo que había leído, y mirando a su excelencia, balbuceó en voz baja:

—¡Se han escapado!... ¡Se han escapado!...

—Sí —contestó el gobernador—, y no cabe duda que estaban en connivencia con los dos condenados políticos y su cómplice...

—¡Éstos sí! —exclamó Hawkins extraordinariamente agitado—; éstos sí comprendo que hayan querido recobrar su libertad..., comprendo que los amigos les hayan auxiliado, que hayan preparado la fuga..., hasta lo

apruebo...

—¿Qué dice usted, querido Hawkins?... Olvida que se trata de enemigos de Inglaterra.

—Es verdad, es verdad; yo no debería hablar así en su presencia, señor gobernador. Pero, en fin, esos fenianos, esos condenados políticos no podían esperar gracia alguna... Estaban encerrados en Puerto Arturo por toda la vida, ¡en tanto que Karl y Pieter Kip...! ¡No, no puedo creer que se hayan asociado a esa evasión! Acaso se trate de una noticia falsa...

—No —contestó el gobernador—, es un hecho confirmado.

—¡Y sin embargo, Karl y Pieter Kip sabían que yo no cesaba de trabajar para conseguir la revisión de su proceso!... ¡Sabían que su excelencia se interesaba por ellos..., que su causa la había hecho mía!...

—Sin duda, señor Hawkins; pero han debido pensar que no conseguiría usted sus nobles propósitos, y han aprovechado la ocasión de huir.

—Habrá entonces que admitir que esos fenianos no les consideraban como criminales... ¡No hubieran consentido nunca en prestar ayuda a los asesinos del capitán Gibson... ni el comandante del vapor americano en recibirlos a bordo!

—No sé cómo explicar esto —contestó el gobernador—; tal vez lo sepamos más tarde... Lo cierto es que los hermanos Kip han huido de Puerto Arturo..., y usted ya no tiene para qué ocuparse de ellos, mi querido Hawkins...

—Al contrario, ¡ahora más que nunca!

—¿A pesar de la evasión, continúa usted creyendo en su inocencia?

—Absolutamente, señor gobernador —contestó Hawkins con acento de una inquebrantable convicción—. ¡Oh, ya sé lo que me espera...! Se dirá que estoy loco..., que rechazo la evidencia..., que esa huida es una confesión de su culpabilidad..., que no contaban con el éxito de la revisión, puesto que se consideran culpables..., que han preferido evadirse en cuanto se les ha presentado la ocasión...

—En verdad, mi querido Hawkins —declaró el gobernador—, resulta bien difícil interpretar de otro modo la conducta de sus protegidos...

—Sin embargo —repuso el armador—, esta fuga no es una confesión... Hay en todo esto algo inexplicable que el porvenir explicará... Yo me inclino a creer que los hermanos Kip han sido arrastrados a la evasión, a pesar suyo.

—¡Nadie querrá creerlo!

—Nadie más que yo..., ¡sea! Pero esto me basta, y no abandonaré su causa. ¡Cómo, señor gobernador, he de poder olvidar la actitud de esos desgraciados cuando los visité en Puerto Arturo..., la resignación de Pieter, sobre todo..., su confianza en mis gestiones...; olvidar su conducta a bordo del James Cook, lo que Karl ha hecho en el penal!... No les abandonaré nunca, y la verdad resplandecerá... ¡No, cien veces no!... ¡Karl y Pieter Kip no han vertido la sangre del capitán Gibson!... ¡No son ellos los asesinos!

El gobernador no quiso oponer nada contrario a la ardiente fe del armador, limitándose a comunicarle las informaciones recibidas.

—La comandancia del puerto me dice que hace tres días llegó a la rada el vapor americano Illinois, sin motivo justificado, para hacer escala en Hobart Town. Como levó anclas en la tarde de ayer, es de creer que este barco habrá recogido a los fugitivos en un punto convenido de la península. Seguramente navega con rumbo a América, donde los dos fenianos y su cómplice encontrarán hospitalidad, por tratarse de deportados políticos, para los cuales no está admitida la extradición. Pero no correrán la misma suerte los holandeses, que son condenados de derecho común, y serán entregados a las autoridades inglesas si se logra dar con su paradero...

—En caso de que yo no consiga antes descubrir a los verdaderos culpables —concluyó diciendo Hawkins.

¿De qué hubiera servido argumentar contra tan firme convencimiento? Para el gobernador y para la opinión aquella huida era la ratificación de la culpabilidad de los Kip, que en adelante no habían de tener más que un defensor: Hawkins, obstinado en su creencia, y que, lejos de aparecer desalentado, aferrábase más a sus nobles propósitos.

Nat Gibson evitaba hablar del asunto. Pero no podía hacerse a la idea de que los asesinos de su padre gozaban de libertad. La extradición haría que volviesen al penal, donde serían tratados con todo el rigor que merecían.

Pasaron los días sin que se tuvieran noticias del Illinois. Ningún barco lo había encontrado durante su navegación a través del Pacífico; ningún telegrama de la prensa daba cuenta de su arribada a ningún puerto. Todos estaban convencidos de que el Illinois había ido a Hobart Town con el exclusivo fin de libertar a los irlandeses. De la información llevada a cabo por orden del gobernador resultó que sólo aquel barco había dejado la rada después de la tempestad del día 5 de mayo. Los cinco fugitivos estaban, pues, a bordo del Illinois con rumbo a América. Pero ¿hacia qué punto de los Estados Unidos se dirigía el Illinois?... Nadie podía saberlo; y ¿cómo arreglárselas para prender a los hermanos Kip a su llegada al Nuevo Continente?...

El 25 de mayo los señores Hawkins tuvieron la satisfacción de recibir una visita que les estaba anunciada hacía algún tiempo. Sus amigos los señores Zieger habían salido de Port Praslin a bordo del vapor alemán Faust, con intención de pasar una temporada en Hobart Town.

Después de una rápida y feliz travesía, acababan de desembarcar en la capital de Tasmania.

Como en los viajes anteriores, los Zieger se alojaron en casa del armador, donde siempre había una habitación dispuesta para sus huéspedes. Su primera visita fue para la viuda del capitán y su hijo. Nat y su madre experimentaron muy viva emoción al ver a sus amigos, y cuando se hubieron tranquilizado y secado sus lágrimas, hablaron del terrible drama de Kerawara.

Cuando Zieger llegó ignoraba que los hermanos Kip se hubiesen evadido de Puerto Arturo. Al saberlo, vio en ello, como tantos otros, una nueva prueba de que la justicia no había cometido error en su sentencia.

Hawkins habló del proceso a su corresponsal de Port Praslin, a quien preguntó:

—Cuando supo usted que se acusaba a los dos hermanos, ¿les creyó culpables?

—No, en verdad, amigo mío. Me parecía inadmisibles que Karl y Pieter Kip fuesen dos asesinos... Siempre los consideré tan inteligentes como honrados, con mucho agradecimiento para Gibson y para usted, no olvidando nunca que eran los náufragos de la Wilhelmina, recogidos por el James Cook. No; jamás hubiera podido pasarme por la mente que fueran culpables.

—¿Y si no lo fuesen? —dijo Hawkins mirando cara a cara a su amigo.

—¿Abriga usted alguna duda después de todo lo demostrado en contra de ellos?

—Tengo la convicción de que no son los autores del crimen; ¡espero tener la prueba!

Ante una declaración tan categórica, Zieger dijo:

—Escúcheme usted, mi querido Hawkins: Hamburg en Kerawara, yo en Port Praslin y en toda Nueva Zelanda, hemos llevado a cabo una información minuciosa. No ha quedado tribu del archipiélago que no haya sido objeto de indagaciones. En ninguna parte hemos encontrado ni el menor indicio que permita atribuir el crimen a los indígenas.

—Yo no digo, mi querido Zieger, que el crimen haya sido cometido por indígenas del archipiélago Bismarck; lo que afirmo es que no son los autores los hermanos Kip.

—¿Quiénes entonces?... ¿Colonos, marineros?

—Sí, marineros.

—¿Y de qué tripulación? En aquel momento no había más que tres barcos en el puerto de Kerawara, y ni uno en el de Port Praslin.

—Pues de uno de ellos.

—¿De cuál?

—Del James Cook.

—¿Cómo!... ¿Supone usted que los asesinos salieron de la tripulación del bergantín?

—Sí, Zieger, ellos; son los mismos que encontraron en los restos de la Wilhelmina el puñal homicida; los mismos que más tarde lo colocaron en la maleta de los Kip, con los papeles y el dinero de Gibson.

—¿Y había en la tripulación del bergantín hombres capaces de eso?...

—Sí: los reclutados en Dunedin; los que se sublevaron contra el nuevo capitán...

—¿Y será alguno de éstos el asesino?...

—No; yo acuso a Flig Balt.

—¿Al contraamaestre?

—Sí, al que nombré capitán del bergantín al dejar Port Praslin, y que, por su impericia, lo hubiera echado a pique de no haber intervenido Karl Kip.

Añadió que Flig Balt debía de tener por cómplice al marinero Vin Mod.

Zieger expuso los argumentos que le sugerían los hechos, objetando las afirmaciones que Hawkins mantenía contra viento y marea.

—Mi querido Zieger —le dijo—, cuando Flig Balt y Vin Mod concibieron el crimen, tenían ya en su poder el puñal de los Kip. Entonces se les ocurrió la idea de servirse de él, a fin de que la acusación pudiera recaer contra los desgraciados hermanos... A usted no le parece esto más que hipotético... Para mí es la certidumbre misma.

Y, en suma, la explicación que daba el armador era la verdadera.

—Por desgracia —añadió—, Flig Balt y Vin Mod abandonaron Hobart Town hace casi un año... No me han dado tiempo para vigilarles, para procurarme contra ellos pruebas decisivas, que hubieran producido la revisión del proceso. Hasta me ha sido imposible averiguar su paradero.

—Pero ¡yo lo sé, yo lo sé! —dijo Zieger.

—¿Usted lo sabe? —exclamó el armador, cogiendo las manos de su amigo.

—¡Ya lo creo!... He visto a Flig Balt, Vin Mod y los otros cuatro marineros...

—¿Dónde?

—En Port Praslin.

—¿Cuándo?

—Hace tres meses.

—¿Y están allí todavía?

—No; se embarcaron en un vapor alemán, el Kaiser, y después de quince días de escala, salieron de Port Praslin.

—¿Con rumbo...?

—Al archipiélago Salomón; después no he tenido noticias de ellos.

De modo que Flig Balt, Vin Mod, Len Cannon y sus camaradas habían encontrado embarque... ¿En qué puerto? Se ignoraba... Lo único que Zieger sabía era que formaban parte de la tripulación del Kaiser, y que no habían tenido reparo en reaparecer en el teatro de su crimen, caso que fueran los asesinos del capitán Gibson.

En los peligrosos parajes hacia donde habían querido arrastrar al bergantín, tal vez harían con el Kaiser lo que intentaron, sin éxito, con el James Cook.

¿Cómo encontrar sus huellas a bordo de un navío que tal vez tuviese ya otro nombre?... ¿Cómo echarles el guante?... ¿Sería posible la revisión del proceso sin la comparecencia de los verdaderos culpables?...

Así estaban las cosas cuando el 20 de junio la prensa publicó la llegada del Illinois a San Francisco de California, Estados Unidos de América.

Los correligionarios de O'Brien, Macarthy y Farnham les habían hecho un entusiasta recibimiento. Los periódicos de aquella tierra de libertad celebraron con bombo y platillos el gran éxito de aquella evasión, felicitando a los que la habían preparado en revancha del fenianismo.

Al mismo tiempo se comunicaba que los dos irlandeses Karl y Pieter Kip habían desaparecido después del desembarco.

¿Estaban ocultos en San Francisco para no caer en manos de la policía americana? ¿Se habrían dirigido hacia el interior? ¿Cómo averiguarlo? De todos modos, la petición de extradición llegaría demasiado tarde.

La población de Hobart Town ratificose en su creencia de que los Kip eran los verdaderos culpables, y desvaneciéronse las pocas dudas que algunos

podieran haber abrigado. El mismo Hawkins, conservando en toda su integridad sus convicciones, procedió con más reserva acerca del asunto. ¿A qué conducía la revisión, si los hermanos Kip, evadidos de la penitenciaría de Puerto Arturo, se habían refugiado en América, de donde probablemente no volverían jamás?...

Iba, pues, a poner fin a sus gestiones, cuando en la mañana del 25 de junio se esparció por la ciudad una sensacional noticia, a la que en los primeros momentos nadie dio crédito.

Karl y Pieter Kip habían llegado la víspera, siendo presos y encerrados en la cárcel de Hobart Town.

XXIX. REVELACIÓN PROVIDENCIAL

No, aquello no podía ser más que uno de tantos bulos que se inventan no se sabe dónde, que se esparcen sin saber cómo, pero que el buen sentido no tarda en rechazar.

¿Era admisible que los hermanos Karl y Pieter Kip, después de tener la suerte de refugiarse en América, reaparecieran en Tasmania?... ¿Los asesinos del capitán Gibson estaban de vuelta en Hobart Town?... ¿Sería acaso que el barco en el que tomaron pasaje en San Francisco después de la evasión se habría visto precisado a hacer escala en aquel puerto?... ¿Y acaso reconocidos, denunciados, presos, esperarían en la cárcel a que el vapor de la penitenciaría los llevase de nuevo a Puerto Arturo, de donde, seguramente, ya no se escaparían?... Todo era admisible, menos pensar en la voluntaria presentación de los dos criminales.

Lo cierto era que Karl y Pieter Kip estaban presos desde la víspera. Lo que la gente no consiguió saber fue en qué condiciones se había producido la detención.

Sin embargo, por inexplicable que aquello pareciese, hubo un hombre que se lo explicó satisfactoriamente.

Una verdadera revelación se produjo en su espíritu, mejor dicho, en su corazón. Aquello era la solución del problema que se había planteado desde la inverosímil evasión de los hermanos Kip.

—¡No huyeron, no! —exclamó Hawkins—. ¡Se los llevaron de Puerto Arturo a la fuerza!... ¡Y ahora vuelven por su propia voluntad..., vuelven porque no son culpables, porque quieren que su inocencia resplandezca como la luz del sol!...

Era la verdad.

La víspera, un vapor americano, el Standard, había fondeado en la rada con cargamento para Hobart Town. Karl y Pieter Kip iban a bordo en calidad de pasajeros.

Durante la travesía del Illinois, entre Puerto Arturo y San Francisco, los dos hermanos se habían mantenido reservados con sus compañeros de presidio. Protestaron de la forzosa fuga, afirmando una vez más que eran inocentes, y que lamentaban la evasión porque con ella se comprometía el éxito de la revisión del proceso. Su acento de sinceridad era tal, que nadie puso en duda sus manifestaciones.

Por otra parte, aunque sólo el azar llevó a los Kip a la punta Saint James, un generoso impulso les hizo acudir en ayuda de los fugitivos. ¿Qué cosa más natural que los fenianos aprovecharan aquella circunstancia para arrastrarlos a bordo del barco americano? Después del servicio prestado por Karl y Pieter a los irlandeses, ¿no era en ellos un acto de agradecimiento proceder como procedieron?... Era innegable, y lo hecho, hecho estaba.

Al llegar el Illinois al puerto de San Francisco, los hermanos Kip se despidieron de los irlandeses, que en vano trataron de retenerlos. ¿Dónde iban a refugiarse? No lo dijeron; pero admitieron un auxilio pecuniario, a condición de reembolsarlo cuando les fuera posible. Después de un último adiós, separáronse de O'Brien, Macarthy y Farnham.

Felizmente para ellos, las autoridades americanas no habían recibido aún ninguna petición de extradición, y pudieron desembarcar sin ningún tipo de trabas.

En los días sucesivos no se vio a los hermanos por las calles de San Francisco, y los compañeros de navegación juzgaron que habían abandonado la ciudad.

Efectivamente, cuarenta y ocho horas después de haber desembarcado, Karl y Pieter Kip entraban en una modesta hospedería de San Diego, capital de la Baja California, donde esperaban encontrar algún barco dispuesto a hacerse a la mar con rumbo a alguno de los puertos del continente australiano.

Su decidida intención era regresar a Hobart Town, lo más pronto posible, para entregarse a la justicia que tan injustamente les había condenado. Si la fuga se había interpretado como un reconocimiento de su culpabilidad, el regreso proclamaría ante el mundo entero su inocencia. ¡No; no vivirían en el extranjero bajo el peso de una acusación criminal, con el constante temor de ser reconocidos, denunciados, detenidos!... Lo que anhelaban era la revisión de su proceso, la rehabilitación pública.

Los hermanos no dejaron de hablar de este proyecto durante la travesía del Illinois. Hubo en Karl un instante de protesta... ¡Sentirse libre y renunciar a la libertad!... ¡Someterse a la justicia de los hombres, a la falibilidad humana!... Pero pronto se rindió a las observaciones de Pieter.

Continuaron en San Diego a la expectativa de un vapor con destino a la misma Tasmania, si era posible. Las circunstancias les favorecieron. Precisamente el Standard, consignado a Hobart Town, tornaba a bordo pasajeros de diferentes clases. Los hermanos Kip se contentaron con un modesto pasaje de tercera, y se inscribieron en el registro con nombre supuesto.

Al día siguiente el vapor navegaba con rumbo sudoeste, y después de una larga travesía, retardada por el temporal, dobló la extrema punta de Puerto Arturo y echó el ancla en la rada de Hobart Town.

Todo lo que acaba de decirse en unas cuantas líneas, lo supo la población en las primeras horas de la mañana. En la opinión pública prodújose un cambio brusco a favor de los hermanos Kip. ¿Tratábase, pues, de un error judicial?... ¡Aquellos infelices habían abandonado el presidio contra su voluntad, y ahora se presentaban voluntariamente, renunciando a su libertad en América!... ¿Y no sería posible establecer su inocencia sobre base más sólida que las presunciones?...

Inmediatamente que Hawkins supo la noticia, trasladose a la cárcel, donde le franquearon todas las puertas, encontrándose en presencia de los dos hermanos, encerrados en la misma celda.

Al ver entrar al armador, se levantaron.

—Señor Hawkins —dijo Pieter Kip—, nuestro regreso es para usted un nuevo testimonio. Usted conoce la verdad desde hace mucho tiempo, y jamás nos ha creído culpables... Pero esta verdad es preciso evidenciarla a los ojos de todos, y por eso el Standard nos ha traído a Hobart Town.

El armador estaba tan emocionado, que las palabras se le anudaban a la garganta y las lágrimas le corrían por las mejillas. Al fin pudo hablar:

—¡Sí..., señores!... ¡Lo que han hecho ustedes es grande!... ¡Es la rehabilitación que les espera aquí con la simpatía de todas las gentes honradas!... ¡Vosotros no podíais continuar siendo los evadidos de Puerto Arturo!... Los esfuerzos que he realizado, las diligencias que reanudaré darán su resultado... ¡La mano, Pieter Kip!... ¡La mano, capitán del James Cook!...

Entonces hablaron los tres acerca de las sospechas que Flig Balt y Vin Mod les habían inspirado, enterándose los dos hermanos de que aquellos bandidos habían embarcado en el Kaiser, que tal vez estuviera ya convertido en barco

pirata.

—Pero —observó Pieter—, aun suponiendo que consiguiésemos que esos miserables compareciesen de nuevo ante el tribunal, ¿qué pruebas alegaremos contra ellos?... ¿Cómo demostrar que los asesinos del capitán Gibson son ellos y no nosotros?...

—¡Se nos creerá! —exclamó Karl—. ¡Se nos creerá, puesto que volvemos voluntariamente a proclamar nuestra inocencia!

Tal vez; ¿pero qué hecho nuevo, qué incidente se invocaría para obtener la revisión del proceso?...

La aparición de los hermanos Kip produjo en la familia Gibson un efecto indescriptible. La viuda, que sentía aumentar sus dudas, no logró quebrantar la convicción de su hijo. Para Nat los asesinos no podían ser más que los dos hermanos. Su pensamiento le llevaba constantemente al teatro del crimen. ¡Veía a su desgraciado padre atacado en el bosque de Kerawara, herido por la mano de los que él recogiera en la isla de Norfolk, asesinado por los náufragos de la Wilhelmina!...

Hawkins solicitó inmediatamente audiencia al gobernador. Éste, muy impresionado, le prometió hacer cuanto de su parte estuviera para reparar el error judicial, para conseguir la revisión que rehabilitara a los hermanos Kip. ¡Y qué gran paso se daría si se lograra echar mano a Flig Balt, Vin Mod y compinches!...

La población de Hobart Town se declaró a favor de los condenados.

Ante lo excepcional de las circunstancias, nombrose un juez especial para que practicase una nueva información judicial, con el fin de ver si de las declaraciones de los condenados y de algún nuevo testigo podía resultar la presunción de un error judicial, y proceder a la revisión del proceso.

Si de esta información no se deducía que otro u otros debían ser los asesinos del capitán Gibson, fuerza sería declarar por bien juzgado el proceso, y no habría lugar a proceder a una rehabilitación.

Entretanto los prisioneros eran tratados con todas las consideraciones compatibles con el régimen interior de la cárcel, y su celda estaba siempre abierta para aquellos que se interesaban por su suerte, Hawkins y Zieger en primer término.

Como se consideraba de gran importancia encontrar el Kaiser, se dieron órdenes para que se le buscara en aquella porción del Pacífico que comprende Nueva Guinea, el archipiélago Bismarck, las Salomón y las Nuevas Hébridas. El gobierno alemán, por su parte, practicó sus pesquisas en previsión de que el Kaiser hubiese caído en manos de piratas en aquellos parajes donde Inglaterra

y Alemania ejercían su doble protección.

El juez encargado de la información, con el concurso oficioso de Hawkins, estaba enterado de las gestiones de referencia, y procedió al interrogatorio de nuevos testigos. También los dos hermanos fueron interrogados a propósito de su estancia en la posada de Great Old Man. ¿Habían advertido que la habitación vecina estaba ocupada?... Nada podían responder, porque dejaban el alojamiento por la mañana y no volvían hasta la hora de acostarse.

El magistrado y Hawkins pudieron hacerse cargo de que la habitación que ocuparon los hermanos Kip tenía un balcón corrido que daba acceso al cuarto contiguo. Pero el dueño del establecimiento no podía precisar si aquella habitación había estado ocupada.

Por otra parte, el amo del tugurio donde se habían alojado Vin Mod y los otros declaró ante el juez que el cómplice de Flig Balt no había faltado de su establecimiento desde la llegada del James Cook a Hobart Town hasta el día en que fueron presos los hermanos Kip.

Era el 20 de julio. Había pasado casi un mes desde que Karl y Pieter Kip se presentaron a la justicia, y la información no daba resultado alguno... Faltaba la base donde apoyar la revisión... Hawkins no desfallecía. ¡Pero qué amargura tan grande al darse cuenta de su impotencia!

A pesar de las confortantes palabras del armador, Karl Kip era presa de un gran desaliento, que su hermano procuraba contrarrestar. ¡Quién sabe si en el fondo no reprochaba a Pieter aquella decisión de volver a presentarse a la justicia que los había condenado ya una vez!...

—¡Y que nos condenará, tal vez, la segunda! —dijo un día Karl.

—¡No, hermano, no!... —exclamó Pieter—. ¡Dios no lo permitirá!...

—¡Ha permitido que seamos condenados a muerte como asesinos, y que nuestro nombre se cubra de infamia!...

—¡Ten confianza, pobre hermano, ten confianza!

Pieter Kip no podía contestar otra cosa. La confianza que aconsejaba a su hermano era en él inquebrantable, absoluta, como la convicción de Hawkins en su inocencia.

Por aquellos días, Zieger, que no podía prolongar mucho más su estancia en Hobart Town, ocupábase en tomar pasaje en un barco alemán o inglés, con destino a Port Praslin.

Las dos familias pasaban el tiempo en la más completa intimidad. Desde el regreso de los hermanos Kip, compartían las mismas ideas, las mismas esperanzas. En cuanto a la viuda de Gibson, el pensar que dos inocentes

podían ser víctimas de un error judicial, la conturbaba profundamente, y sufría viendo prolongarse la situación.

El proceso permanecía estacionario en lo relativo a la demanda de revisión. Las nuevas referencias tomadas en Holanda no hicieron más que confirmar las primeras. En aquel país, donde tan buenos recuerdos habían dejado los Kip, pocos fueron los que en principio creyeron en su culpabilidad; ninguno, después de conocerse en Groninga la presentación de los fugitivos en Hobart Town.

Pero, en resumen, el juez no obtenía nada positivo de lo que jurídicamente es menester para ordenar la revisión de un proceso.

Del barco alemán Kaiser nada se había podido averiguar desde que saliera de Port Praslin, ni se tenía la menor noticia de Flig Balt, Vin Mod y los demás marineros.

El juez iba a suspender la información, produciendo a Hawkins un gran desconsuelo. Era la condena definitiva, el reingreso de los dos hermanos en la penitenciaría de Puerto Arturo, a menos que una gracia real pusiera fin a tan terrible situación.

—¡Antes morir que volver al presidio! —exclamó Karl.

—¡O de ser objeto de una gracia deshonrosa! —añadió Pieter.

Tal era la situación, que conturbaba profundamente los espíritus y podía provocar cualquier acto de indignación pública.

La partida de los señores Zieger había de verificarse el 5 de agosto, a bordo de un vapor inglés con carga para el archipiélago Bismarck.

Se recordará que al día siguiente del crimen de Kerawara Hawkins había fotografiado el cadáver del capitán Gibson, dejando al descubierto el pecho con la herida que le produjera la muerte.

Zieger quiso tener una reproducción ampliada para colocarla en el salón de Wilhelmstaf.

El armador accedió de muy buen grado a los deseos de su amigo.

En la mañana del 27 de julio Hawkins procedió a la operación, y dispuso el aparato de manera que pudiese obtener una prueba de tamaño natural.

La nueva fotografía fue puesta en un cuadro y colocada sobre un caballete, en medio del taller.

A mediodía Zieger y Nat Gibson, prevenidos por Hawkins, dirigieron a casa de éste.

Difícil sería pintar su emoción al encontrarse delante de la imagen fiel de

Harry Gibson, el viviente retrato del infortunado capitán.

Era él, su misma cara seria y simpática, con el sello de la mortal angustia que se apoderó de la víctima en el momento en que los asesinos le herían en el corazón..., en el instante en que los miraba con los ojos desmesuradamente abiertos.

Nat Gibson habíase aproximado al caballete con el pecho hinchado por los sollozos, presa de un dolor que Hawkins y Zieger compartían.

El hijo se inclinó para besar la frente de su padre...

De improviso se detuvo, y luego se aproximó más, hasta tocar sus ojos a los del retrato...

¿Qué había creído ver?... Su rostro está convulso, su fisonomía contraída... Está pálido como un muerto... Diríase que quiere hablar y no puede... Sus labios se contraen..., le falta la voz...

Por fin vuelve la vista..., coge de encima de una mesa una de esas potentes lupas de las que se sirven los fotógrafos para retocar los detalles de una prueba..., la pasea por la fotografía, y de repente exclama con voz de espanto:

—¡Ellos!... ¡Ellos!... ¡Los asesinos de mi padre!

En el fondo de los ojos del capitán Gibson, sobre la retina agrandada, aparecían, en toda su ferocidad, las siniestras figuras de Flig Balt y Vin Mod.

XXX. CONCLUSIÓN

Las curiosas experiencias oftalmológicas realizadas por ingeniosos hombres de ciencia han demostrado que las imágenes de los objetos exteriores que impresionan la retina del ojo pueden conservarse indefinidamente. El órgano de la visión contiene una sustancia particular, sobre la cual se fijan precisamente las imágenes. Se ha conseguido apreciarlas con una perfecta claridad cuando, después de la muerte, se sumerge el ojo en un baño de alumbre.

En el momento en que el capitán Gibson exhalaba el último suspiro, su mirada suprema, una mirada de angustioso espanto, se dirigió a los asesinos, y en el fondo de sus ojos fijáronse, de modo indeleble, las figuras de Flig Balt y Vin Mod. Así es que cuando el armador hizo el retrato de la víctima, reprodujéronse en la placa sensible los menores detalles de la fisonomía, por la larga exposición que la inmovilidad del cadáver permitía. Si la primera prueba se hubiera examinado con la lente, allí hubieran encontrado a los autores del

crimen.

Pero ¿cómo se le iba a ocurrir a nadie semejante cosa?...

Fue preciso todo aquel conjunto de circunstancias, para que ante los ojos del hijo apareciera la providencial revelación de la verdad.

La lente pasó de manos de Nat a las de Hawkins y Zieger, y los dos convinieron con el hijo del pobre Gibson en que no había duda de que aquellas dos minúsculas figuras eran las de Flig Balt y Vin Mod.

Existía ya un hecho nuevo, la indiscutible presunción de la inocencia de los acusados, que permitía la revisión del proceso... No habría duda acerca de la autenticidad del retrato, porque la primera prueba figuraba unida al sumario.

—¡Ah!... ¡Desgraciados, desgraciados!... —exclamó Nat Gibson—. ¡Inocentes, inocentes!... Y yo, que en vez de tratar de salvarlos...

—¡Pero si eres tú quien los salvas, Nat! —contestó Hawkins—. ¡Si, tú, que acabas de ver lo que casi seguramente nadie hubiera observado!...

Media hora después, provisto de la fotografía pequeña y de la ampliación, Hawkins se presentaba en la residencia del gobernador.

Sir Edward Carrigan dio orden de que pasara inmediatamente a su despacho. En cuanto el gobernador estuvo al corriente de lo que ocurría, declaró que aquélla era una prueba material de absoluta indiscutibilidad.

La inocencia de los hermanos Kip era ya evidente, y los magistrados no habrían de poner reparo alguno a la revisión del proceso.

Antes de dirigirse a la cárcel quiso visitar al juez que instruía el sumario, y que fue del mismo criterio que el gobernador.

Los verdaderos autores del crimen aparecían designados por la víctima... No cabía duda: los asesinos del capitán Gibson eran el contraamaestre del James Cook y el marinero Vin Mod.

¿Quién publicó la noticia? Se ignora. Lo cierto es que se esparció por la ciudad como un reguero de pólvora, y antes de que Hawkins saliese del palacio del gobierno, la muchedumbre se agolpaba delante de la cárcel.

Desde el fondo de su celda Karl y Pieter Kip escuchaban anhelosos el ruido de la calle, semejante al rumor del oleaje, gritos de exaltación y sus nombres mil veces repetidos.

—¿Qué será eso? —preguntó Karl Kip—. ¿Vendrán a buscarnos para conducirnos al presidio?... ¡Ah, no!... ¡Todo antes que reanudar aquella espantosa existencia!...

Pieter Kip no contestó nada.

En aquel momento se oyeron por el pasillo pasos precipitados.

La puerta de la celda se abrió, apareciendo en el umbral Nat Gibson, acompañado de Hawkins y Zieger.

El hijo del capitán se detuvo, sin atreverse a entrar, y con la cabeza inclinada, las manos tendidas hacia los dos hermanos, la actitud suplicante, exclamó con voz conmovida:

—¡Karl... Pieter... perdónenme!...

Los hermanos no comprendieron, no podían comprender... ¡El hijo del pobre Gibson que les suplicaba..., que imploraba su perdón!...

—¡Inocentes!... ¡Inocentes!... —exclamó entonces Hawkins—. ¡Al fin tenemos la prueba de su inocencia!...

—¡Y yo que he podido creer!... —repuso Nat Gibson, cayendo en los brazos que le abría Karl Kip.

El cuadro era conmovedor. ¡No hay pluma que pueda describir la intensa emoción que se desprendía de aquel interesante grupo de hombres abrazados, reconciliados, a quienes aquel felicísimo instante compensaba de todas sus amarguras!...

La revisión del proceso sólo tardó el tiempo indispensable para llenar las formalidades legales. Después que la verdad resplandeció, fácil fue la reconstitución de los hechos: en los restos de la Wilhelmina fue donde encontró Vin Mod el puñal de los Kip. Con él cometieron el crimen, a fin de que se pudiera atribuir a los dos pasajeros del James Cook. Ellos eran los que dejaron el kriss en el camarote de los dos hermanos para que lo viese el grumete Jim.

En cuanto a los papeles, el dinero y el arma homicida que se encontró en la maleta de los condenados, no había duda de que serían colocados la víspera de la vista de la causa contra Flig Balt y Len Cannon, por el cómplice Vin Mod, que estaba en libertad.

Todo esto lo sospechaba Hawkins desde hacía tiempo; pero era necesario tener la certidumbre proporcionada por la providencial revelación, que produjo un estado de opinión tan unánime como justificado.

A las cuarenta y ocho horas los magistrados declararon que procedía la revisión del proceso.

Apoyada sobre un hecho desconocido, podía presumirse un error judicial, y los hermanos Kip comparecieron nuevamente ante sus jueces.

En la vista de este segundo proceso la concurrencia fue más numerosa que en la del primero, y favorable por completo a los acusados.

La sala de la Audiencia resultaba insuficiente para contener el enorme gentío que se estrujaba en las puertas, ansiando presenciar el extraordinario suceso que iba a tener lugar.

La sesión duró escasamente una hora, proclamándose la rehabilitación de Karl y Pieter Kip entre los entusiastas aplausos del auditorio.

En cuanto los pusieron en libertad, el nobilísimo señor Hawkins se los llevó a su casa, y cuando estuvieron en el salón rodeados de las familias del armador, de Gibson y Zieger, todos se desvivían por prodigarles sus atenciones, por hacerles olvidar todas las miserias, todas las vergüenzas que les habían abrumado durante tanto tiempo.

La viuda de Gibson y su hijo Nat deshacíanse en cariñosas solicitudes para con los pobres inocentes, a quienes tantas veces habían maldecido.

Inútil es afirmar que se ofrecieron a ellos todas las personas principales de Hobart Town.

Si Karl Kip quería navegar, tendría el mando de un barco... Si Pieter quería emprender de nuevo los negocios, tendría negociantes deseosos de prestarle ayuda...

¿Y no era lo mejor que podían hacer, puesto que la liquidación de la casa de Groninga había sido ventajosa para ellos?...

Así es que en cuanto el James Cook estuvo aparejado, se hizo a la mar mandado por el capitán Kip y con los bravos marineros de su antigua tripulación, gozosos de poder navegar a las órdenes del que para ellos tenía la doble aureola de héroe y de mártir.

Para acabar esta historia, digamos que transcurrieron bastantes meses sin que la justicia recibiese noticias del Kaiser, en el que habían embarcado Flig Balt, Vin Mod y sus cómplices.

Al fin se supo que dicho barco, que ejercía la piratería en los parajes de las Salomón, acababa de ser capturado por un buque de guerra inglés.

Los marineros del Kaiser se defendieron como se defienden los miserables que saben que les espera la horca. Murieron una porción de estos bandidos, entre ellos Flig Balt y Len Cannon.

Vin Mod había logrado ganar, con algunos otros, una de las islas del archipiélago, y se ignoraba su paradero.

Tal fue el desenlace de esta célebre causa, raro ejemplo de errores judiciales, que tuvo una gran resonancia bajo el nombre de «Proceso de los hermanos Kip».